

DIARIO de  
una INVASIÓN  
**ZOMBIE**

J. L. Bourne

¿Cómo se mata a un muerto?

No sienten dolor

No ~~tienen~~ conocen el miedo

No hay forma de pararlos

... vienen a por mi



de

**Cuando los muertos vivientes invaden la tierra, huir es la única salida.**

**Una epidemia desconocida arrasa el planeta. En Estados Unidos, un marine desertor empieza un diario desde el sótano de su casa, convertida en búnker, en el que nos relata sus problemas para resistirse a los muertos vivientes que parecen haber invadido por completo el país y el mundo. Pero no hay lugar seguro y, en seguida, tiene que emprender una huida sin rumbo, por tierra, mar y aire, siempre medio paso por delante de los muertos vivientes que amenazan con devorarlo y convertirlo en uno de ellos.**



**J. L. Bourne**

# **Diario de una invasión zombie**

**Diario de una invasión zombie 1**

**ePUB r1.5**

**Miguellex 16.06.13**

Título original: *Day by Day Armageddon*

J. L. Bourne, 2009

Traducción: Carles Muñoz.

Editor digital: Miguelex

ePub base r1.0.



# Introducción

Hace años que soy fan de los zombis. Puedo asegurar que he pasado más de la mitad de mi vida como un adicto sin remedio a cualquier cosa que tuviera que ver con no muertos. Me compro cualquier novela o película que incluya la palabra zombi en el título. No hace falta decir que este sistema de compras me ha deparado algunas decepciones horribles, como *Night of the Zombies (Apocalipsis caníbal)* pero también algún hallazgo genial (*Redneck Zombies*).

La mayoría de compras se produjeron por pura casualidad. Habría salido a buscar una cosa determinada y acababa topándome con algún artículo de mi género preferido. No hay nada que me entretenga tanto como los zombis. Sabido esto, no os extrañará que, años después, desapareciera completamente de la faz de la Tierra durante todo un día. No contesté a las llamadas de teléfono. No respondí los e-mails. Estoy seguro de que me olvidé de comer. Y también estoy seguro de que no me olvidé de fumar como un carretero. Nunca me olvidé de fumar como un carretero.

Lo cierto es que el verdadero motivo de que me replegase en mi propio universo fue el descubrimiento de esta sorprendente crónica online sobre un hombre que intenta sobrevivir en un mundo dominado por los no muertos... y lo mejor era que no era un fanfic. Cubría la historia de este hombre día a día... su agonía día a día... desde el principio de la plaga de los no muertos hasta dejarme mordiéndome las uñas con uno de los finales abiertos más tensos con que jamás me haya encontrado. Estoy hablando, claro está, de *Diario de una invasión zombi*.

No me acuerdo de dónde encontré el enlace que me llevó hasta la crónica de J. L. Bourne sobre el apocalipsis zombi, pero recuerdo perfectamente que me pasé las siete u ocho horas siguientes leyéndola desde el principio hasta el post más reciente. Normalmente leo mucho más rápido, pero la historia me atrapó tanto que tenía que detenerme de vez en cuando para visitar el foro y examinar las reacciones de los otros lectores a los mismos pasajes que acababa de leer yo. Exprimí aquella historia como si fuera una toalla empapada, para sacarle hasta la última gota de narración que pudiese; cuando llegué al final, ya era demasiado tarde... Estaba enganchado. Estoy seguro de que por ahí fuera hay un montón de yonquis que han vivido historias similares cuando empezaron a meterse. Había descubierto el secreto mejor guardado de las historias zombis de Internet gracias a *Diario de una invasión zombi*. Mi primer paso fue registrarme en el foro del señor Bourne y empezar a charlar con los demás seguidores del género.

Debería añadir que, hasta ese momento, mis amigos (en la vida real) se limitaban a tolerar mi afición por los no muertos. Ahora me encontraba rodeado de gente que me animaba a seguir con ella. Hablaban de temas en los que yo siempre había pensado, pero que nunca había podido compartir con nadie: qué equipo habría que reunir si se producía un apocalipsis zombi, los planes a largo plazo, y siempre, siempre, siempre estar preparados para lo inesperado. Y todos estos temas son consejos sensatos seas quien seas, te gusten o no los zombis.

Salté de foro en foro. Incluso me atreví a meterme en un par de hilos de conversación sobre política, algo parecido a hundir la cabeza en un montón de brasas encendidas: sabes que te vas a quemar, sabes que hacerlo es una estupidez... y, aunque te vaya la vida, no puedes explicar por qué lo has hecho. No tendría que haberme preocupado; era como una moneda dando vueltas en uno

de esos embudos de donativos. Tardaría más o tardaría menos pero iba a acabar donde debía. Y ese lugar era el foro de ficción. Allí había docenas de historias sobre la vida en el mundo de los no muertos. Me sumergí en ellas, las surqué... Lo curioso de la ficción sobre zombis es que, a diferencia de la comida, cuanto más consumes, más hambre te entra. En poco tiempo decidí que no sólo quería leer las obras de otra gente; iba a empezar mi propia serie. Así que empecé a escribir lo que se convertiría en una novelita titulada *Pandemic*, sobre un virus llamado la Cepa Morningstar que barre todo el planeta y, claro, zombifica a sus víctimas.

Tuve una acogida bastante positiva, por lo que seguí añadiendo entregas. En poco tiempo creció fuera de mi control. Había superado la extensión típica de una novela corta... Le creé su propia página web, me aseguré de poner un banner que llevase a la gente hasta la página de *Diario de una invasión zombi* y continué escribiendo. Unos años después, *Pandemic* se ha convertido en *Plague of the Dead*, una novela completa, publicada, con dos continuaciones en marcha... Para ir al grano, todo esto ocurrió porque fui a parar a *Diario de una invasión zombi* y descubrí el género.

Esta historia contiene todo lo que hace que sea un género tan querido en los corazones de sus seguidores: supervivencia estoica, muertos tambaleantes, lentos, un peligro siempre presente, un sentido genial de lo macabro, de lo repugnante, y, claro, listas de equipos.

Seas o no un zombifan, éste es uno de esos libros que logra llamarte la atención y te mantiene pegado a la lectura por el simple placer de saber qué sucederá a continuación... y eso es lo que hace que valga la pena leer un libro. Cuando se lee un libro sin descanso porque hay un oscuro secreto que descubrir, o porque lo que sucede te asquea tanto que quieres que se acabe cuanto antes, no se está pasando un buen rato. Esa clase de libros te dejan con una sensación de apatía, de desilusión, cuando los has terminado. *Diario de una invasión zombi* te cuenta una historia... y te la cuenta bien. Cuando la terminas, sientes cómo la sangre corre por tus venas. Acabas de terminar una gran historia. Te sientes vivo... y eso es más de lo que pueden afirmar la mayoría de personajes de la novela.

¿Puedo añadir algo más que no sea «disfrútala»? No se me ocurre nada. Así que disfrútala, lector. Disfrútala.

Mahalo...

Z. A. Recht.

autor de *PLAGUE OF THE DEAD*.

Dedico este libro a mis hermanos y hermanas del Ejército de Estados Unidos, que han combatido y combaten contra el Terror en Irak, Afganistán y la República de las Filipinas, igual que otros lugares oscuros y menos conocidos de la Tierra.

En este mundo, ya no existo.  
Soy un monumento decadente a la humanidad.  
Debo luchar por sobrevivir solo, asustado, vulnerable.  
Son fríos, obstinados, letales, pero yo estoy vivo.

**SUPERVIVIENTE DESCONOCIDO.**

# EN EL PRINCIPIO...

**1 de enero.**

*03:58 h.*

Me deseo feliz Año Nuevo. Ha sido una noche de borrachera y diversión, pero ya estoy sobrio y he vuelto a casa. Estoy bastante aburrido, harto de estos días libres que estoy pasando en casa. Les agradezco mucho el descanso en la instrucción, pero enseguida me harto de Arkansas. Mis viejos amigos beben la misma cerveza y hacen las mismas cosas. Estaré contentísimo cuando pueda volver a San Antonio. A casa. Propósito de Año Nuevo: escribir un diario.

**2 de enero.**

*11:00h.*

Ya se me ha pasado la resaca. Si tengo cerca alguna tele, me encanta ver las noticias, pero parece que en casa de mis padres sólo se sintonizan los canales locales. No intentaré conectarme a Internet, porque seguramente enloquecería de la frustración. Ya comprobaré el e-mail cuando vuelva a casa. Parece que pasa algo en China: en las noticias dicen que hay una especie de virus de la gripe que los está barriendo a todos. Este año, aquí también nos ha afectado mucho la gripe. Yo me vacuné en la base, antes de que hubiese escasez de medicamentos. Qué ganas tengo de volver mañana a casa, de volver a tener Internet a una velocidad decente, de volver a tener tele por cable.

Ni mi móvil funciona en este lugar dejado de la mano de Dios. Lo peor de estar aquí es saber que tendré que volar un montón para poder ponerme al día. Cuando me alisté en la aviación naval, no pensaba que sería necesario estudiar y trabajar tanto para ser competente.

**3 de enero.**

*08:09 h.*

La abuela ha llamado a mamá esta mañana para informarle de que vamos a declarar la guerra a China y para intentar convencerme de que deserte del Ejército y huya a Canadá. Creo que a mi abuela se le ha ido la pinza, de verdad. He puesto las noticias, seguro de que estarían hablando de que habían impuesto un embargo comercial a China o alguna mierda por el estilo. Informaban de que el presidente había decidido enviar personal sanitario militar a China, sólo para realizar un reconocimiento.

Todo esto me hace preguntarme qué podemos tener en América que pueda querer un país grande y malo como China. Si tienen todos los recursos naturales que puedan desear... Sigo pensando que tal vez me dejé una luz encendida en el piso de San Antonio. Tengo dos pequeños paneles solares en el techo, pero sigo conectado a la red eléctrica. Los paneles los uso para venderle a la compañía la electricidad que generan cuando estoy destinado en alguna parte. Ya he recuperado el dinero que me costaron.

**5 de enero.**

*20:04 h.*

Tras un agradable viaje de diez horas conduciendo desde la zona noroeste de Arkansas, ayer llegué a casa. Por Navidad me regalaron una radio por satélite y la activé en el viaje de vuelta. Durante el trayecto escuché sobre todo la BUZZ y la FOX, aunque también algo de música de mi mp3. Ojalá se me hubiese ocurrido conectar la radio cuando estaba en casa de mis padres; aunque estuviésemos en medio de la nada estoy seguro de que habría funcionado.

Empieza a calentarse toda esta historia con China. Las noticias informan de que ya hay diez bajas entre miembros del personal médico, ocasionadas por este virus chino. Los otros «consejeros militares» que siguen en China tendrán que pasar un periodo de cuarentena antes de volver a Estados Unidos. Vaya putada. Te vas allí para ayudar a alguien y lo único que sacas a cambio es una temporada en la cárcel.

Hoy no ha sido un mal lunes. He tenido que hacer algunas salidas de entrenamiento. El EP-3 es básicamente un C-130 con muchas antenas. Resulta un poco complicado de maniobrar, pero recibe muchos datos valiosos desde una altura de 6000 metros.

Me ha llamado mi colega de Groton (Connecticut). Bryce es un oficial de submarinos de la Armada. Me ayudó un montón hace unos años cuando instalaba los paneles en casa, usando piezas de viejas barcas a diesel. Me ha comentado que al final había decidido divorciarse, que ella le confesó que le había puesto los cuernos. Creo que yo ya sabía del palo que iba esa mujer, pero nunca le había dicho nada. Tampoco hubiese importado mucho que lo hiciese. Hablamos de lo de China durante un rato; él cree que es un virus bastante malo. Yo opino lo mismo, creo.

**9 de enero.**

*16:23 h.*

Por fin es viernes.

Mamá me ha llamado al móvil. Estaba preocupada y me ha preguntado si yo sabía algo más de lo que está pasando al otro lado del mar. Le he tenido que contar, de nuevo, que aunque sea un

oficial de la Armada eso no significa que sepa quién mató a Kennedy o lo que pasó en Roswell. Quiero a mamá, pero a veces me vuelve loco. La he tranquilizado lo mejor que he sabido, pero hay algo que no chuta. Las noticias le dan demasiada importancia a toda esta locura. Estoy convencido de que a los reporteros les huelen a podrido las respuestas que les dan la FEMA (la Agencia General de Emergencias), la Casa Blanca o Seguridad Nacional.

El presidente ha dado un discurso (que sólo ha podido escucharse en el AM de las radios, seguramente para que no tuviese mucha publicidad) y ha comunicado al pueblo que no hay de qué preocuparse, que el equipo médico de la Marina destinado en China ha tenido que enviar de vuelta a uno de los doctores porque estaba demasiado enfermo para dejarlo en las precarias instalaciones del lugar en que se encontraban. Ha sucedido otra cosa extraña: mi escuadrón estaba destinado a Atsugi, en Japón, el próximo mes, para un entrenamiento en el Pacífico, pero lo han cancelado.

Le he preguntado a mi capitán sobre esto, pero lo único que me ha contestado ha sido que no quieren correr ningún riesgo, y que les han llegado rumores de que también hay «enfermos» en el área de Honshu, en Japón. Me ha saludado con la cabeza y me ha aconsejado que no me preocupe. Hay algo en todo esto que no encaja, y yo no paro de darle vueltas. Me parece que lo mejor es que vaya al súper y empiece a almacenar agua embotellada y ese tipo de cosas.

**10 de enero.**

*07:00 h.*

Anoche no dormí mucho. Dejé las noticias puestas toda la noche, por si me había perdido algo. «Puedo asegurar al pueblo americano que estamos tomando todas las medidas a nuestro alcance para mantener esta epidemia dentro de las fronteras de China». Sigue... No dejes de repetirlo con tu acento sureño. Ayer fui al súper y compré unas cuantas provisiones, por si acaso tengo que quedarme encerrado en casa para evitar contagiarme. Compré botellas de agua, carne en lata y pasé por la base, para charlar con un colega del almacén que se ocupa de los suministros. Me dijo que podía intercambiarme unas cuantas cajas de raciones preparadas MRE por un traje de vuelo de Nomex nuevo. No me importó, ya que tenía un par de docenas de trajes. Escogí uno de los menos gastados y se lo llevé. Al menos, si me tenía que quedar en casa, tendría una dieta un tanto variada, aunque las raciones preparadas no sean las mejores en estos casos, ya que pesan mucho y el paquete ocupa mucho espacio.

Vanee, mi contacto en Suministros, me informó de lo que había leído en una factura online del gobierno: se habían enviado miles de cajas de MRE al NORAD (el Mando de defensa aérea) y a otras localizaciones del noroeste. Cuando le pregunté si algo así era normal, me contestó que esas instalaciones no habían solicitado tanta comida desde la crisis de los misiles en Cuba. Si esto es lo bastante grave como para que los jefazos se encierren durante unos meses, es que es más grave

de lo que pensaba.

*10:42 h.*

He descargado las raciones preparadas y me he dado cuenta de que uno de los paquetes estaba rasgado. El olor a MRE de tipo A llenaba el aire y me recordaba a las que me había comido en la estación del área del Golfo cuando estuve destinado allí. Era un puesto ridículo. Odiaba estar allí. Hacía calor todo el rato, y cuando volábamos, no mejoraba lo más mínimo. He comprobado las baterías, y las seis estaban en verde. Me he acordado de Bryce, de cómo conseguí aquellas viejas baterías de submarino «robadas».

Cuando los submarinos todavía no eran nucleares y contaban con motores diesel, funcionaban con baterías cuando estaban sumergidos y recargaban las baterías con los generadores diesel cuando volvían a la superficie. Algunos países todavía usan naves con esta vieja tecnología. Aunque es buena idea cargarlos con energía solar, tardan mucho más: en lugar de las tres horas, son diez, pero el sol es gratis.

Echo de menos a mis hermanas, a Jenny y a Mandy. Desde que me alisté no las he visto mucho: supongo que las aprecio ahora más que antes. He llamado a casa de mi padre y he hablado con Jenny, la menor, que todavía estaba medio dormida. Cuando era pequeña, yo siempre me metía con ella. Vale, sí, me encanta el cachondeo, y así se le endurecía el carácter. Mandy ha vuelto a casa de nuestros padres hasta que pueda valerse por sí misma. Ella nunca se ha abierto, nunca hemos hablado mucho. Ojalá las cosas fuesen distintas. Ojalá hubiésemos estado más unidos de pequeños.

Necesito limpiar mis armas. Sobre todo mi CAR-15, que está muy sucia. Ya que me pongo, también podría limpiar las pistolas. No estaría de más hacerme con un centenar de cargadores para el fusil. No me gustan los saqueadores, y si toda esta mierda de la cuarentena nos llega a salpicar, quiero estar al nivel.

*14:36 h.*

Vale, ahora ya me he empezado a preocupar. El Centro de Control de Enfermedades de Atlanta ha informado sobre un caso de la «enfermedad» en el hospital Naval Bethesda, en Maryland. Y la información ha salido a la luz, porque aquí no hay comunistas que puedan silenciar las noticias. Parece ser que uno de los efectos secundarios de la enfermedad es que la víctima pierde algunas funciones motoras, lo que hace que se mueva de forma errática. He llamado al escuadrón para preguntar algunos detalles, y me han dicho que seguramente nos den el lunes de fiesta para que el Departamento de Defensa tenga tiempo de informar al personal de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos.

Mamá me ha llamado al escuchar las noticias, y me ha dicho que el Hospital Naval Bethesda es el mismo al que llevaron a Kennedy cuando le dispararon. Me he reído de los miedos conspiranoicos de mamá, y le he recomendado que cuide bien de su marido, mi padrastro, y que eviten ir a la ciudad, si tienen suficiente comida en casa. He salido para ir al supermercado HEB a comprar más cosas y, es verdad, para comprar mil recargas para la escopeta. Para conseguirlas he tenido que pasar por varias tiendas, porque ninguna me quería vender tantas de golpe. No sé si era por algún tipo de ley sobre la cantidad permitida que yo desconozca, o porque el propietario de la armería también estaba preocupado por la situación y, aunque quisiera satisfacer a sus clientes, deseaba quedarse munición de reserva para él.

Estoy a punto de salir cuando me llaman para que me enfunde el uniforme y me persone en el cuartel. Luego sigo.

*19:12 h.*

Acabo de volver de la reunión de mi escuadrón en la base. Estoy bastante preocupado. Nos han comunicado que mañana domingo tenemos que salir a realizar una misión muy importante. Tenemos que realizar un vuelo de reconocimiento por la zona de Atlanta; de hecho, sobre Decatur, en Georgia. Nos tenemos que centrar en un área específica, alrededor del Centro de Control de Enfermedades de Atlanta, el CDC. No es nada muy grave, pero nos han ordenado que comprobemos la zona y hagamos un informe para los jefazos de Washington, que nos aseguremos que el CDC no esconde nada. Se trata de una misión de reconocimiento fotográfico y de reconocimiento de señales.

Me recuerda a la época en que escuchaba las conversaciones telefónicas de mi exnovia cuando sobrevolaba San Antonio en misiones de entrenamiento. Me encanta el equipo de reconocimiento de señales (el SIGNINT). Me ahorró mucho tiempo y dinero con la tía esta. En las noticias, uno de los periodistas ha arremetido descontroladamente contra la relaciones públicas del Bethesda por no permitir el libre paso a la prensa para que pudiesen preguntar directamente al personal médico. O'rielly le preguntaba: «¿Qué estáis escondiendo?». La joven oficial se ha mantenido firme y ha contestado que no se permite que entre más personal en el hospital por el bien de los periodistas y, que, además, no es un hospital público sino que se trata de un hospital militar del gobierno de Estados Unidos. Me parece un poco raro que una oficial con un rango tan bajo dé esta clase de respuestas.

**11 de enero.**

*19:44 h.*

Ya no sé qué pensar. Esta mañana, a las 08:16, nos han enviado a espiar a nuestro propio gobierno (el CDC). Hemos empezado sintonizando el equipo para interceptar cualquier tipo de transferencia de datos que se produzca desde o hacia el CDC, sea a través de teléfono móvil o de línea terrestre. Casi ni me podía creer algunas de las cosas que se decían. Hasta ha venido un agente del FBI, algo muy poco habitual. Durante el informe antes del vuelo, nos ha comunicado que según el acta Posse Comitatus es técnicamente ilegal desplegar fuerzas militares en misiones oficiales en el interior de Estados Unidos.

El agente es el comandante del avión que hemos usado en la misión oficial, de modo que así hemos evitado romper alguna ley al operar en territorio estadounidense. Hemos recibido transmisiones entrecortadas entre las diferentes instalaciones del CDC sobre la dificultad para contener el virus, y sobre cómo el director del CDC no quiere quedar mal delante del presidente. Han hablado todo lo que han podido de forma confidencial. Usaban unidades telefónicas seguras (teléfonos STU), pero la Agencia de Seguridad Nacional nos ha ayudado un poco, por lo que para saltarnos su código lo único que teníamos que hacer era presionar el botón de «desencriptar» en nuestro software.

Han dicho que en un arrebato de furia uno de los hombres infectados que estaba en cuarentena ha mordido a una enfermera que le llevaba la comida. Lo han atado a la cama y lo han amordazado para evitar más problemas. La enfermera no estaba reaccionando muy bien, y al hombre le había subido la fiebre durante las últimas horas. La voz del CDC ha dicho: «Jim (la persona que había al otro lado de la línea), no te vas a creer los signos vitales de este hombre». Jim ha respondido: «¿Qué quieres decir? ¿Puedes darme más detalles?». La voz del CDC: «No, no puedo dar detalles por teléfono».

Suficiente para que empezase a preocuparme. Después de aterrizar, me han obligado a firmar un contrato de confidencialidad, pero enseguida lo he roto. He llamado a mis padres y les he contado lo que creo que deben hacer, y a continuación he empezado con mis propios preparativos. Me he enterado de que mañana no tenemos que personarnos en el cuartel y que sólo hará falta que llamemos a las ocho de la mañana.

Ya he limpiado el fusil, así que ha llegado el momento de ocuparme de las pistolas. Mi cómputo total de armas es de cuatro armas de fuego y un buen cuchillo. He subido al tejado para limpiar las placas solares, que estaban sucias y llenas de polvo. También he recuperado mis notas sobre cómo encender los generadores de las baterías de los submarinos, ya que en el futuro las puedo necesitar. He llenado todos los cargadores (10) con un total de 290 balas. Nunca me ha gustado tener que meter las treinta balas que caben en cada cargador, ya que eso puede hacer que el arma se encasquille.

Las ventanas del piso inferior de mi casa son dobles, así que he ido a la ferretería de la ciudad para comprar algunas barras para las dos ventanas que me quedan a la altura del pecho. Las otras están demasiado altas, y no se puede acceder a ellas si no es con una escalera. Las instalaré ahora mismo.

23:54 h.

Para instalar los barrotes he necesitado una cinta métrica, un lápiz, un taladro de 4 mm y un destornillador de cabeza cuadrada (el destornillador especial que venía incluido con las barras, ya que se supone que sería muy complicado arrancar los tornillos sin usar un taladro). Pero joder, si un merodeador tiene la fuerza suficiente para arrancar los barrotes y asaltarme mientras estoy dormido, hasta le ayudaré a cargar todos mis enseres en su camión.

He recorrido el perímetro de mi patio, en una vuelta rápida de reconocimiento, y he decidido que el muro de piedra no es bastante alto. Cualquiera tío en buena forma podría saltarlo. Lo construyeron al mismo tiempo que la casa. He roto algunas botellas vacías que tenía en el cuarto de invitados y he usado cemento instantáneo para pegar los fragmentos en la parte superior del muro, separados entre ellos unos treinta centímetros más o menos. Como mínimo puede servir para frenar a alguien. Mientras trabajaba he escuchado la radio, y ahora estoy un poco más informado; la situación va de mal en peor.

La radio dice que el presidente dará un mensaje oficial a las nueve de la mañana (hora de la costa Este). En la calle, a lo lejos, he visto como una familia cargaba su todoterreno con todas sus cosas y se iba. Como no hay nadie que se vaya de vacaciones en esta época del año, lo único que puedo suponer es que huían. Mañana, después del discurso del presidente y de llamar al escuadrón para reportarme, iré a buscar más víveres.

**12 de enero.**

09:34 h.

Lo único que se me ocurre decir es ¡guau! El presidente ha comunicado que la enfermedad es muy contagiosa y que todavía no se ha descubierto ninguna cura. Ha dicho que recomienda a todos los americanos que se queden en casa y que informen enseguida a las autoridades de cualquier persona con «síntomas sospechosos». Uno de los reporteros ha logrado que le permitan hacer una pregunta: «Señor presidente, ¡señor presidente! ¿Puede dar más detalles sobre esos “síntomas sospechosos”?». El presidente ha respondido que tenemos que ir con cuidado con cualquier persona que actúe de forma salvaje y que tenga aspecto enfermizo.

Ha añadido: «Es extremadamente importante que si algún miembro de su familia presenta esta sintomatología, no lo traten de ninguna forma especial sino que lo denuncien igual que harían con un desconocido con los mismos síntomas».

Un número 1-800 ha parpadeado en la pantalla, y el presidente ha continuado:

«Les pido que llamen a este número en caso de que sean testigos de síntomas de la enfermedad en su comunidad. Tenemos hombres y mujeres entrenados específicamente para manejar este tipo de situaciones, que llevarán a sus seres queridos a una instalación médica para que les traten».

El presidente también ha informado de que va a ordenar la retirada completa de todas las fuerzas militares y de todos los civiles americanos que sigan en China y en Irak. También ha comentado que se está valorando la posibilidad de retirar la zona desmilitarizada de Corea del Sur. De fondo emitían las imágenes de la evacuación de la embajada Estadounidense en China, bajo la supervisión de unos marines armados hasta los dientes. Uno de los vídeos ha mostrado a tres marines que arriaban nuestra bandera, lo que simboliza que la embajada ha sido desmantelada por completo. Otra de las escenas no ha sido muy distinta de la caída de Saigón: había gran cantidad de ciudadanos americanos a los que evacuaban en helicóptero desde la terraza de un edificio de Pekín. De fondo se podía apreciar el sonido de algunas armas automáticas, pero no parecía que a la gente del techo le preocupase mucho. Lo único que les importaba era salir de allí. Me voy a comprar.

*15:22 h.*

Ha sido una locura total. He tenido un accidente en el aparcamiento de la ferretería, y una señora casi se pelea conmigo por las cuatro garrafas de agua que he comprado en el súper. Ya que estaba fuera, he aprovechado para comprar algo más de munición de 9 mm. Qué bien tener algunas cajas de MRE y agua suficiente para sobrevivir si la situación empeora. También he comprado mascarillas desechables por si se produce algún brote en mi localidad. Me he llevado lo que quedaba en la estantería de comidas enlatadas: cincuenta latas de sopas variadas. No me lo puedo creer. Desde el 11-S que no tenía esta sensación de irrealidad.

Mis padres están a salvo en las colinas de Arkansas. Les he aconsejado que se queden en casa, que no bajen para nada al pueblo. Además, siempre tienen el congelador bien surtido y el agua no será un problema para ellos porque la extraen de un pozo. También cuentan con un pequeño generador de electricidad, que normalmente usan en invierno cuando los cables se quiebran al congelarse.

He comprado algunas herramientas en una cadena de ferreterías: tablas, algunos soportes de acero y barras para construir una barricada sencilla tanto en la puerta delantera como en la trasera. Se trata de deslizar una tabla de 4x4 en un soporte por la parte interior de la puerta, para evitar que nadie pueda derribarla. Creo que si me raciono los víveres a un litro de agua y una dieta de entre 1000 y 1500 calorías al día, podré aguantar cinco meses con los suministros que tengo almacenados.

He sintonizado la radio local para ponerme al día sobre lo que sucede. He seleccionado el canal 19 para oír las conversaciones de los camioneros. La impresión general es que están enfadados por los controles de carretera y por los registros de cargamento a los que se ven sometidos. Parece que al CDC y al INS les preocupa que se estén cruzando a inmigrantes ilegales por la frontera en los remolques de los camiones. Han dicho algo sobre que eso no era muy seguro, y que se produjo un incidente con alguien afectado por el virus cuando un agente del INS abrió la puerta del remolque de un camionero.

Según lo que he escuchado, pusieron en cuarentena a todo el camión y al agente que estaba de servicio, ya que se ve que todos los putos ocupantes del remolque estaban infectados, y uno de los inmigrantes infectados atacó al agente, seguramente porque tenía miedo de que lo deportaran otra vez a México. Llamaré a uno de mis colegas marine de San Diego para ver cómo lo lleva.

*18:54h.*

He hablado por teléfono con mi colega Shep, de los marines. Me ha contado que hay guardias nacionales armados apostados en las esquinas de San Diego, y que a él lo habían llamado para formar parte del equipo de seguridad de su base. Me ha comentado que han reabierto el refugio, construido durante la Guerra Fría y que le han ordenado que lleve allí a su mujer. Dice que van a cerrar las puertas y que mantendrán en cuarentena la base, por si surge un brote de la epidemia en aquella área. El sol ya se ha puesto. Alrededor del perímetro de mi casa tengo luces que funcionan con sensores de movimiento. Si un saqueador atraviesa el muro e intenta robar algo, al menos se encenderán las luces. Cuando me vaya a dormir, meteré la Glock bajo la almohada y dejaré la CAR-15 al lado de la cama.

Las noticias siguen informando de un extraño fenómeno que se repite en las ciudades grandes: parece ser que se han denunciado varios casos de canibalismo. En esto se ha convertido América. Las cosas se ponen un poco feas y todo el mundo se vuelve loco. Como yo vivo en las afueras de la octava ciudad más grande de la región, no es que sean muy buenas noticias. No paro de oír sirenas de policía y de ambulancias que suben y bajan por mi calle. Tengo hambre, pero hoy ya he comido demasiado. Con poco es suficiente.

*21:13 h.*

La CNN está transmitiendo con una cámara web instalada en Times Square. Parece ser que es suya y los federales ni han pensado en apagarla. La enfocan hacia todas partes, y las imágenes, aunque granuladas, nos muestran tropas de soldados armados que disparan contra civiles. ¡Maldita sea! ¡Estoy seguro de que les van a caer unas cuantas demandas!

La imagen ha durado poco; la ha cortado el sistema de retransmisiones de emergencia. Unos minutos después, ante las cámaras ha aparecido el secretario de Defensa, que se ha colocado en un estrado decorado con el sello del presidente.

América, siento informarles que a pesar de todos nuestros esfuerzos, la enfermedad ha

superado nuestras medidas de contención. Se están preparando zonas seguras en las afueras de las áreas más pobladas, que serán de libre acceso para cualquier persona que no esté infectada por la enfermedad. Por favor, conserven la calma, ya que lo que voy a decir a continuación es bastante espantoso. La enfermedad se transmite mediante el mordisco de un infectado. No estamos seguros de si está relacionada con la saliva, la sangre o con ambas. Los infectados sucumben muy rápidamente a la enfermedad y expiran, pero en una hora vuelven a levantarse y buscan seres humanos vivos. No sé sabe por qué, los que mueren por causas naturales también resucitan, es así. Pido disculpas porque el presidente no haya podido estar presente, pero está siendo trasladado a una localización segura. Qué Dios nos ampare en estos tiempos difíciles. Cedo la palabra al general Mevers.

En cuanto el secretario de Defensa ha empezado a cerrar su carpeta, los miembros de la prensa presentes entre el público le han bombardeado a preguntas. Parecía más una sesión en Wall Street que una rueda de prensa. Aunque no se podía ver a la multitud de periodistas que había ante el estrado, podía oírlos en el ruido ambiente, por los flashes de las cámaras y las voces confusas. Una de las preguntas ha sido particularmente alarmante, ya que un reportero le ha preguntado cómo podía estar seguro de que aquellas criaturas estaban muertas y no enfermas. La respuesta del secretario ha sido: «Los humanos vivos no tienen una temperatura corporal idéntica a la temperatura ambiental. Esta mañana hemos encerrado a una de esas criaturas en un furgón refrigerado, y hemos comprobado que ha mantenido durante más de doce horas una temperatura corporal regular de 4°C. Y sigue así».

El público ha soltado una exclamación, incrédulo, y ha seguido lanzando preguntas. «¿Cuáles son las probabilidades de contagiarse con un mordisco?». El secretario ha respirado con profundidad antes de responder: «Hasta ahora, el rango de contagio de esta enfermedad si la piel se rasga con el mordisco es del cien por cien». Puta mierda, no me puedo creer lo que está pasando. Voy a llamar a mi familia.

*11:00 h.*

He intentado llamar durante treinta minutos antes de darme cuenta de que eso es lo que debe de estar haciendo todo el resto de americanos. Las líneas telefónicas no pueden asumir todo ese tráfico. Lo he intentado con el móvil, pero con los mismos resultados: «Red ocupada». Mientras intentaba llamar, he escuchado lo que tenía que comunicar el general.

La mejor defensa en esta situación es quedarse en casa y esperar a los equipos de evacuación. Eviten a toda costa el contacto con cualquier persona infectada. Si se ven obligados a enfrentarse con uno de estos seres, lo único que les causa algún efecto son los golpes en el cráneo. Si tienen la mala suerte de tener que defenderse de un ser querido, háganlo con las mismas precauciones que

tomarían ante un desconocido. En esos momentos ya se habrá convertido en uno de ellos. Eviten por todos los medios que les muerdan, ya que en ese caso no hay forma de detener la infección.

Los informes recibidos de nuestras tropas destinadas en China indican que los ruidos elevados son lo que más atrae a estas criaturas. Parece que es su método instintivo de localizar a sus presas. Debo hacer hincapié en que lo mejor es que se queden dentro de sus casas, en silencio, y que mantengan la calma. Las informaciones que nos llegan de los operadores del servicio de inteligencia humana de la CIA (el HUMINT), apostados en China, dicen que la enfermedad ha circulado por China durante más de tres semanas, y que el país se encuentra en un completo caos. Si no nos enfrentamos a esto de forma distinta que los chinos, estaremos condenados a correr la misma suerte.

En aquel momento han obligado al general a bajar del estrado, y uno de los oficiales del gobierno civil le ha lanzado una dura mirada. A continuación uno de los portavoces ha intentado restablecer la calma tras las palabras que nos ha dirigido el general.

Tengo miedo... No sé qué más hacer, aparte de apagar las luces y quedarme aquí sentado, y escribir... Llevo el fusil colgado al hombro, incluso cuando estoy sentado. Han llamado a la puerta... Vuelvo enseguida.

*23:50h.*

Uno de mis compañeros de escuadrón ha venido a verme y me ha explicado lo que le había contado un amigo común que había regresado de una misión en una de las áreas infectadas en Atlanta.

Jake le ha dicho que había podido ver un gran número de cadáveres infectados deambulando por las calles en la zona sur de la ciudad, que había visto los perros callejeros ladrándoles y a los infectados intentando atraparlos. Usaba la cámara de la cabina para verlos de cerca, con el zoom digital. Le ha parecido que los miembros más jóvenes de las bandas callejeras impartían su propia ley y disparaban contra los cadáveres infectados.

Por lo que me ha contado mi amigo, cuando Jake ha aterrizado estaba pálido como un fantasma, y su cerebro no se creía lo que había visto con sus propios ojos. Chris, el que ha venido a visitarme, estaba asustado por todo lo que Jake le ha contado. Se lo he visto en los ojos. Me ha preguntado si quería acompañarle, si quería reunirme con ellos en el refugio que han organizado en la base. Soy totalmente consciente de lo que me está hablando: en la base siguen activos muchos refugios construidos durante la Guerra Fría, y la mayoría se han estado usando hasta ahora para almacenar comida, agua y suministros médicos. He mirado a Chris y le he contestado que estaré bien, que no cometa ninguna insensatez y que se cuide mucho.

Le he informado de que me quedaría aquí, solo, y que intentaría mantenerme fuera de la vista de todo el mundo, de todos los seres. Me ha preguntado si estaba seguro, y le he dicho que sí. Se ha ido. Yo estoy agotado. Voy a cerrarlo todo y a ver las noticias; después intentaré dormir un poco. Todavía no me puedo creer nada de esto. Una parte de mí quiere verlo con sus propios ojos, otra parte de mí quiere esconderse bajo la mesa, temblando y armado hasta los dientes.

**13 de enero.**

*11:43 h.*

Anoche no pude dormir. No paraba de oír sirenas de la policía, ambulancias, y bomberos. Todo muy inquietante. Hasta me pareció oír disparos en la distancia, pero también pudo ser algún coche. Me he levantado a las 5.00 h. He salido al garaje y he cogido las bombillas de bajo consumo que necesito para las luces del perímetro y las interiores. Habitualmente uso bombillas normales, que brillan más, pero dada la situación, si algún incendio destruye los transformadores o la red eléctrica, es probable que tenga que sobrevivir con energía solar o de las baterías.

Las noticias sólo muestran imágenes de muerte y destrucción. Dicen que todas las grandes ciudades han informado de casos de muertos vivientes. Esta mañana he empezado a cubrir con tablas todas las ventanas que no están al nivel del suelo. Por si acaso, también he cubierto las dos ventanas vulnerables, las mismas en las que he instalado barrotes no hace mucho. Con las ventanas así, me siento más seguro. He puesto las bombillas en las luces del perímetro.

Desventaja: Tardan un par de segundos en encenderse cuando se dispara el sensor de movimiento.

Ventaja: No agotarán con tanta rapidez mis baterías cíclicas.

Estoy preocupado por mi seguridad, pero tomo todas las precauciones posibles. Estoy creando una nueva zona para suministros, para poder controlar la cantidad de agua y comida que voy consumiendo. También he comprobado el nivel de ácido de las baterías: están bien. Me durarán hasta... bueno, no quiero pensar en eso ahora.

*15:55 h.*

Por fin he conseguido localizar a mi madre y a mi padrastro (papá). Mamá estaba histérica. He tenido que hablar con papá para entender lo que decía. Me ha dicho que todo va bien, que están todo lo seguros posible. No han visto ninguna señal de la enfermedad, pero les han llegado noticias de un posible brote de la infección en el pueblo (que está a unos dieciséis kilómetros).

Tienen armas y perros para enfrentarse a los merodeadores si la situación llega a empeorar. Le he preguntado a papá qué planes tienen si las cosas se ponen muy mal allí. Me ha dicho que seguramente irá con mamá y los perros a la cueva de Fincher. Es una pequeña cueva en la que yo jugaba de pequeño. El viejo Fincher siempre me amenazaba con dispararme con su escopeta del calibre doce llena de cartuchos de sal si iba a la cueva sin mis padres. Parece que fue hace tanto tiempo. Sólo tenía doce años. Le he dicho que mientras las líneas telefónicas funcionen mantendré el contacto con ellos. El móvil ya no nos sirve de nada; está muerto. Los servicios que requieren mantenimiento elevado han sido los primeros en desaparecer.

*19:10 h.*

Las luces han parpadeado todo el día. No es algo que suceda habitualmente. Estaba limpiando el fusil cuando ha pasado. Pensaba que iba a producirse un apagón, pero al final han aguantado. A lo lejos, se oyen sirenas y disparos. Estos son todos los ruidos que he escuchado hoy. Después de hablar por teléfono con mi familia (he decidido llamar a mi padre, pero no me ha contestado), he empezado los preparativos para evitar que mi casa parezca habitada.

He cogido la pistola de grapas y algunas mantas, y las he grapado ante las ventanas reforzadas, para asegurarme de que desde fuera no se vea ninguna luz cuando mire la tele para ver las noticias o encienda una luz o use el ordenador. Tengo un par de baterías viejas de mi anterior portátil; no son del mismo modelo que el Apple, pero podré hacerlas funcionar con unos cuantos cables si es necesario. Si acaba pasando lo peor, claro. Con un poco de cinta de embalar he fijado la webcam de manera que enfoque al patio delantero; así puedo saber lo que pasa fuera sin tener que correr las cortinas. Sólo tengo que mirar la pantalla.

Cuando el ordenador está en reposo (cuando la tapa está bajada), las agujas que controlan el gasto energético de las baterías ni siquiera se mueven. Tengo que usar un cable USB extra para la impresora, pero en los tiempos que corren, ¿a quién le importa tener que imprimir algo? No voy a empezar a imprimir cupones de descuento para pizzas. He enviado algunos e-mails, pero me los han devuelto todos. Me han llegado muchos mensajes de error diciendo que el servidor tal está caído. Qué oscuro está. Me gustaría coger la cámara y sacar una foto del exterior desde la ventana del piso de arriba. Pero tengo demasiado miedo.

*23:19 h.*

Me he despertado por los disparos. Sonaban más cerca y he encendido la cámara. Parece que hay un camión de transporte del ejército de color verde aparcado bajo una farola, en la esquina que hay frente a mi casa. Unos soldados cargan un cuerpo en la parte trasera. Esta noche tengo que

dormir. El perímetro está seguro... Me he arriesgado y me he tomado una pastilla para que me ayude a dormir (aunque sólo la mitad), para intentar no estar tan nervioso. En las noticias dicen que han instaurado la ley marcial en el interior de la ciudad. Yo estoy en las afueras, pero si estos tipos del ejército siguen apareciendo por aquí, lo más seguro es que también la acaben instaurando. Ah, sí. Hoy me han llamado del escuadrón, pero no he contestado. Era mi director de operaciones que me decía que debía personarme en el refugio y que le llamase inmediatamente después de haber escuchado el mensaje. Sí, claro... que le jodan, señor... Empiezo a sentir los efectos del somnífero...

**14 de enero.**

*08:15 h.*

Me quedé dormido escuchando el rumor de las olas del mar en mi reproductor mp3. Lo encendí para aislarme un poco del ruido del exterior. Me he despertado a eso de las tres de la madrugada para echar una meada. Me había olvidado por un momento de lo que sucedía. Me recuerda a algunos episodios de mi infancia o de mi adolescencia; si algo malo sucedía, como la muerte de un familiar, sufría algunos momentos de ligereza en los que mi mente se olvidaba de la tragedia. Después me volvía a golpear la dureza de la realidad. En el momento en que estiré la mano para encender la tele, la tragedia volvió a mi pensamiento consciente. La miré mientras unos sabihondos explicaban su teoría sobre las causas y los efectos. El mercado de valores ha sobrepasado el punto de recuperación.

La flota de helicópteros de los Guardacostas ha sido asignada a tierra para ayudar a las fuerzas de la ley y al personal militar en la evacuación de las áreas más afectadas. Un vídeo de las noticias que me ha impactado bastante mostraba un grupo de supervivientes sobre el tejado de un edificio en San Diego. El helicóptero lo sobrevolaba en círculos, y hasta se distinguía como el viento generado por los rotores del helicóptero hacía volar el pelo y la ropa de la gente. Los supervivientes estaban atrapados sobre un aparato de aire acondicionado bastante grande; parecía que habían trepado allá arriba para huir de sus perseguidores (una docena de cadáveres andantes). Me ha impactado la imagen de una madre y una hija. La madre llevaba a la hija con las manos y los pies atados, y amordazada. Ya no era una de los nuestros. La hija estaba muerta, y la madre no podía abandonarla. Pobre ignorante.

No sé cómo reaccionar cuando veo cómo el mundo se desmorona. En las noticias ya aparece un incontable número de ciudades. Incluso el nombre de la mía ha aparecido en la parte inferior de la pantalla. Ya no ponen anuncios en la tele, sólo aparecen los presentadores hablando.

Presentador: «Las escenas que verán a continuación no están recomendadas para niños».

La escena en cuestión mostraba un grupo de reporteros que atravesaban el centro de Chicago en una furgoneta. La cámara enfocaba al conductor, y era evidente que temblaba y que intentaba por todos los medios mantener la furgoneta en la calzada. La cámara cambiaba a una vista frontal. Delante y a los lados de la furgoneta había un océano de figuras. Juraría que el vehículo avanzaba lo más rápido que podía. Se oía una voz masculina que gritaba desde la parte trasera. El conductor hacía lo imposible por sortear los cadáveres, pero había demasiados muertos vivos que se

colocaban delante de la furgoneta. La cámara enfocaba el asiento trasero y captaba la imagen de una reportera.

Decía: «Como ven, entrar en Chicago es un suicidio. Que Dios nos asista».

Se pasó el dedo por la garganta, como si la cortase, y la cámara cortó la imagen. La pantalla ha vuelto a mostrar al presentador que ha dicho alguna frase sin mucho convencimiento deseando que volviesen sanos y salvos, mientras intentaba mantener una sonrisa falsa. He apagado la tele y he comprobado la situación en el exterior de mi casa.

*09:00 h.*

— Muro del perímetro: aguanta.

— Situación de la calle: sólo vehículos de emergencia. Veo algunas formas humanas, no sé si amigas o enemigas.

— Amenazas: hay un incendio a un kilómetro y medio de distancia por carretera. Por la dirección del humo calculo que se aleja de aquí.

*09:00 h.*

He encontrado un post en un foro de supervivientes de Internet. Supongo que en las noticias no cuentan toda la verdad. Lo ha escrito un soldado que se encuentra en un barco de guerra de la Marina de Estados Unidos. Parece ser que se alimenta a base de pescado y gaviotas. Espero que sobreviva. Esto sólo ayuda a convencerme de que el gobierno ha intentado tapar los hechos y que seguirá haciéndolo, lo que me lleva a una pregunta: ¿qué gobierno? No ha aparecido ningún representante de la Casa Blanca en la tele en las últimas veinticuatro horas.

He pasado el resto de la mañana y de la tarde preparando una mochila con un kit de huida, por si acaso tengo que salir por patas. He aprovechado para llenar las bañeras de casa. Aún no han cortado el agua, por lo que he empezado a beber de la bañera para conservar el agua embotellada. Hoy he comenzado a racionar la comida. He comido tan sólo una lata de estofado y un plátano. Lo mejor será que empiece a comer ya la fruta, porque dentro de una semana, excepto las manzanas, estará toda pasada. He comprobado de nuevo el perímetro y he decidido que seguiré enfundado en mi traje de vuelo. Cada vez que salga me mantendré todo lo camuflado que pueda.

Tengo una máscara, unos guantes y diez trajes de vuelo de nomex. Creo que es buena idea llevarlos puestos porque:

1.-Son ignífugos, y.

2.-Son de una pieza y lisos, lo que significa que si me tengo que ir por patas, hay menos

probabilidades de que se enganchen en cualquier mierda. Lo único malo es que tendré que buscar un lugar seguro si tengo que ir al váter.

He fabricado una tabla de lavar bastante apañada con la rejilla de la barbacoa de propano. La he tenido que limpiar completamente, pero me va a ser bastante útil para mantener limpia la ropa, lo que disminuirá las posibilidades de coger una enfermedad o de que me salga un sarpullido. Me afeitaré cada dos días para ahorrar cuchillas.

*23:50 h.*

He oído algo moverse tras las puertas. He desconectado las luces del sensor de movimiento y me he puesto la máscara y los guantes. He agarrado el fusil y he salido a comprobar la zona. He visto un hombre muy raro, vestido con ropa civil, deambulando por la calle y golpeándose contra el muro de mi casa a intervalos irregulares. Parecía uno de esos cadáveres de la tele, por la forma en que caminaba. No iba a arriesgarme, no voy a dejarme llevar por la necesidad de un poco de acción. He decidido permanecer en silencio, para evitar que me vieran u oyeran tanto los vivos como los muertos. Además, estaba demasiado oscuro para discernir si estaba vivo o muerto. Me siento como un puto gilipollas por no haber robado unas gafas de visión nocturna del escuadrón cuando pude. Ahora me vendrían bastante bien. Buenas noches, diario.

**15 de enero.**

*22:37 h.*

Me he pasado el día entero vigilando la situación en el exterior de mi casa. Alrededor de las 10.45 h de la mañana he visto cómo algunos de esos pobres cabrones paseaban por la calle. He usado los prismáticos para poder observarlos mejor. Algunos de esos cuerpos pálidos parecían normales, pero otros no. Uno tenía la garganta arrancada. Bastante asqueroso. Mi teléfono ha sonado sobre mediodía (antes ha estado fuera de servicio durante un buen rato). Hace un par de días que lo puse en silencio, como estaba sentado al lado he decidido responder la llamada y medio esperaba que fuese uno de mis superiores preguntando por qué no me encontraba en el refugio de la base. Pero era uno de mis compañeros de escuadrón, Jake. Fuimos juntos a la Escuela de Cadetes.

Sorprendentemente, los dos escogimos la misma especialización y acabamos en los mismos destinos. Me ha contado en qué situación estaba la base, y lo único que puedo decir es que tomé la decisión acertada al quedarme aquí. Me ha contado que lo enviaron a recoger mantas del almacén de la base cercana a la puerta oeste. Cuando llegó, la policía militar disparaba sin descanso por encima de la valla contra las criaturas, intentando reducir un poco el grupo antes de que se concentrasen demasiados y la puerta no pudiese soportar la presión. Hasta enviaron un Humvee

con un arma del calibre .50 para encargarse de la horda, pero tuvieron que batirse en retirada cuando casi tiraron al que disparaba desde el vehículo.

Me ha contado que no sabía cuánto aguantarían las puertas, pero que estaba seguro de que no podrán entrar en el refugio de cemento. Le he preguntado desde dónde llamaba: lo hacía desde las líneas de satélite de la base (reservadas estrictamente para el Departamento de Defensa). Me ha explicado que todos los soldados del búnker están bien armados y que tienen comida suficiente para aguantar unas cuantas semanas. Le he dicho que no se preocupe por mí, que nadie sabe que estoy aquí. De fondo se oía la música de Instant Karma. Esto es todo por hoy, diario.

**16 de enero.**

*22:00 h.*

Los teléfonos vuelven a estar inservibles, pero al menos la banda ancha sigue funcionando. Las páginas web de noticias han dejado de acompañar las noticias de imágenes coloridas y destellos, y actualizan con líneas de texto plano. Supongo que no tienen tiempo de ponerlas bonitas. Me he pasado el día preparándome; he subido algo de agua embotellada y una caja de MRE al ático por si acaso. También he cogido unas tablas del garaje y me he preparado una tarima elevada lo bastante grande para poder dormir en ella. Hoy no han pasado vehículos de emergencia. El aire se ha espesado por el humo de los incendios de la ciudad. Incluso a través de la lluvia puedo ver los incendios. He apagado todas las luces de casa. La electricidad ha parpadeado durante todo el día. Si se produce un apagón, necesitaré al menos veinte minutos para poner en marcha la red eléctrica con baterías y energía solar.

En la tele ya no emiten noticias en directo. Es evidente que controlan la emisión remotamente porque sólo se ven cámaras fijas, conectadas al mundo a través de Internet. Ah, y aún se suceden mensajes en la pantalla que indican los centros de refugiados del gobierno. La mitad están mal escritos o con errores tipográficos. He visto unas imágenes bastante interesantes en una cámara que enfocaba hacia un punto indefinido de una carretera de California. Mostraba a algunos de esos cabronazos muertos atrapados en sus vehículos, con los cinturones de seguridad todavía atados; lo arañaban todo y gemían, mientras intentaban escapar. Por lo que parecía, habían muerto en un accidente y cuando habían vuelto a la vida, estaban atrapados en el coche, sin las habilidades motoras necesarias para desabrochar el cinturón. Eso me hace sentir mejor: si no pueden apretar el botón del cinturón, tampoco podrán girar el pomo de una puerta.

Teoría: los teléfonos no funcionan, Internet sí... ¿por qué? Creo que es porque la mayoría de líneas que ocupa Internet están enterradas o funcionan por satélite. En cambio las telefónicas son terrestres, y se han visto afectadas por los incendios y el mal tiempo.

**17 de enero.**

*14:24 h.*

El sol pica fuerte. Dentro hace mucho calor. No quiero encender el aire acondicionado por el ruido. La electricidad funciona de forma intermitente. La presión del agua falla. Después de beber, vuelvo a llenar las bañeras. No me atrevo a ducharme o a bañarme, ya que tendría que vaciar toda el agua y podría acabar perdiendo toda la presión. Me lavo con una palangana y una esponja. Intento afeitarme cada dos días para mantener la moral elevada. En la pantalla de la tele no paran de repetir las mismas noticias. Hace dos días que no aparece ningún presentador. Intento establecer una rutina para mantenerme cuerdo: a primera hora de la mañana, recorro el perímetro. Lo hago antes de que amanezca para no atraer la atención de esas cosas. Después hago unos cuantos ejercicios de gimnasia para mantenerme en forma.

Esta mañana he tenido un susto de muerte. Un gato ha saltado la valla para evitar que una de esas criaturas lo matase. No le he prestado mucha atención hasta que el gato ha superado la valla opuesta a aquella por la que había entrado y ha escapado.

En ese momento ha sido cuando la criatura que perseguía al gato ha decidido continuar con la caza: podía verle las manos al agarrarse a la valla, buscando a tientas el gato. Lo único que ha logrado ha sido cortarse con los trozos de cristales rotos que pegué hace unos días. Supongo que esas criaturas no sienten dolor.

Al final ha debido de enfadarse porque ha empezado a golpear el muro. A mí me llegaban perfectamente los sonidos desde el otro lado. Que golpee. Supongo que necesitará mucho más que eso para derribar mi muro de piedra. En el área se han congregado ya cuatro o cinco. No paran de deambular. Me parece que notan que estoy aquí, aunque no estoy seguro del todo. Si la cosa va a peor, tendré que ocuparme de ellos. Se me ha ocurrido que podría usar la escalera de mano y el rociador de pesticida cargado con algo de queroseno. Me encaramaré a la escalera y los regaré con el queroseno; después encenderé una cerilla y los mataré... otra vez. Será mucho más silencioso que dispararles. Al menos de esta forma podré ver de cerca a una de esas criaturas. Voy a prepararlo todo.

*16:00 h.*

No sé por dónde empezar a describir el asqueroso aspecto de esas cosas. Ahora ya me lo creo todo: me creo que están muertos, y me creo que quieren matarme. He ido en silencio al garaje, a por el queroseno, la escalera y el rociador. Lo primero ha sido colocar la escalera, por la zona por la que creían que andaban ellos. Cuando la estaba colocando hasta he podido oír sus pasos.

Tenía muchas ganas de verlos, pero me daba miedo mirar. He vuelto al garaje y he recogido el

resto del equipo de exterminio que he preparado. Podría haberles disparado, pero no quiero hacer ruido ni malgastar munición. He llenado el rociador y he subido a la escalera. Primer peldaño: vislumbro las coronillas de tres cabezas. Segundo peldaño: Se dan cuenta de mi presencia y de uno de ellos brota un gemido borboteante. Sonaba a... bueno, no sé a qué sonaba. Me encaramo hasta la parte superior de la escalera; hay seis criaturas en la parte exterior del muro, reunidas alrededor de mi posición.

Bombeo la lata para que el rociador tenga más presión y empapo a esos cabronazos de queroseno. Se les ve muy jodidos o enfadados o las dos cosas, no sé. Enciendo una cerilla y la lanzo al más cercano, pero no... No prende. Lo repito tres veces más mientras estas cosas feroces siguen arañando el muro y siguen intentado agarrarme. Por fin, al cuarto intento, una de ellas se enciende. Me he quedado en la escalera para que siguiesen saltando uno encima de otro y extendiesen el fuego.

Al final, cuando todos estaban en llamas, he bajado de la escalera y he guardado el equipo. Durante un par de horas he podido oír el burbujeo de la grasa ardiendo. Qué bien que haya llovido los últimos días; si no, ni se me habría ocurrido hacer esto. Tengo que empezar a pensar en un plan de huida, en caso de que acabe bien jodido aquí dentro.

1. No sienten dolor.
2. Quieren comerme.
3. El fuego los remata.
4. No estoy seguro del efecto de las armas de poco calibre.

*18:15 h.*

Está anocheciendo muy rápido. Por la cámara del portátil he visto que un montón de siluetas se han reunido alrededor de otra casa. ¿Seguirá alguien más con vida? He oído los pájaros de aquella zona, y están enloqueciendo. No estoy seguro de lo que sucede. Espero que si hay alguien con vida tenga el sentido común de mantenerse en silencio; aún no quiero averiguar cómo les afectan los disparos. Hoy no me apetece ser un héroe. Echo de menos el mundo. Echo de menos volar. Echo de menos ser un miembro de la Marina. Supongo que lo sigo siendo, pero no estoy seguro de que todavía quede un gobierno al que poder servir. He afilado el cuchillo hasta la perfección. Ha sido un sistema de relajación genial. También he limpiado el fusil, aunque no lo necesitaba. He examinado todas las armas.

Los paneles solares funcionan a la perfección. Temo el momento en que tenga que subir al tejado para limpiarlos, porque estoy seguro de que me verán. Tendría que hacerlo de noche. Igualmente, aún falta bastante. Hoy he oído el ruido de un helicóptero, pero no me he arriesgado a salir y comprobarlo, aunque sé que esas cosas no me pueden ver si estoy a ras del suelo. Tal vez pueden olerme. ¿Qué sentidos les habrán aumentado y cuáles habrán perdido al morir y volver

entre los vivos? Creo que los seres a los que prendí fuego tardaron más en quemarse de lo que tardaría un ser humano normal.

He podido ver las puntas de las llamas que sobresalían por encima del muro desde dentro de casa, dando vueltas, al menos durante tres minutos. Un humano normal se retorcería de dolor en el suelo en menos de treinta segundos, estoy seguro. Cuando oscurezca, usaré la mira láser de mi pistola para hacerle señales a la casa que hay más arriba, en esta misma calle. Las criaturas no podrán ver la señal, sólo lo harán los que queden dentro... si es que existen, si es que siguen con vida.

# JOHN

22:41 h.

He intentado comunicarme con la casa ante la cual se reúnen todas las criaturas, usando la mira láser de mi pistola. Al principio tan sólo he apuntado el «punto» hacia cada ventana y lo he meneado. Tras unos cinco minutos, he visto el débil resplandor de una linterna en la ventana del piso superior. Fuera quien fuese hacía destellar la luz. «Pim-pim-pim-pam-pam-pam-pim-pim-pim». Era SOS en código Morse. Aprendí Morse hace unos años, en la escuela militar de comunicaciones a la que fui. Era bastante bueno interpretándolo en comunicación visual, y un petardo cuando se trataba de medios auditivos.

Pero esta vez he tenido suerte. He cogido un lápiz y unos papelajos, unas facturas que nunca pagaré, y he emitido la señal de que estaba preparado para recibir su mensaje. Como las criaturas no reaccionaban ante la luz de aquella otra persona, he decidido usar mi linterna LED, porque tiene una autonomía de veinticinco horas, no como la mira de mi pistola. He empezado a copiar el código Morse. Al principio todo ha sido bastante lento, porque tenía que indicarle que repitiese la señal, pero tras un par de palabras ya he cogido el ritmo.

B... I... E... N... (pausa).

A... Q... U... I... (pausa)... N... O... M... B... R... E... (pausa).

... J... O... H... N... (pausa).

T... U... (interrogación).

Le he dicho mi nombre y que yo también me encontraba bien. También le he aconsejado que se mantenga en silencio, que a las cosas esas les atrae el sonido. Me ha comprendido. No nos hemos comunicado mal, a pesar de estar a más de cien metros de distancia. Me ha llamado la atención y me ha dicho que su casa está segura, que tiene un plan para comunicarnos de forma más rápida, pero que tendrá que esperar hasta mañana. Cuando le he preguntado de qué iba el plan, me ha contestado:

G... O... M... A... E... L... A... S... T... I... C... A... (pausa).

... W... A... L... K... I... E... T... A... L... K... I... E... (pausa).

... T... I... R... A... C... H... I... N... A... S... (pausa).

¿Qué?

Le he dicho a John que creía que lo había entendido, y él me ha hecho una señal en la que me indicaba que tenía que descansar. Después de eso he dejado que se fuese. Ha sido hace una hora, y todavía no he podido imaginar qué pretende lograr con una goma elástica, una radio pequeña y un tirachinas. No puedo ni imaginarme un tirachinas lo bastante grande para impulsar un walkie talkie por los cien metros que separan nuestras casas. Es que, aunque pudiese propulsarlo, se partiría en mil pedazos al llegar aquí. Supongo que al menos me ha dado algo que esperar de mañana.

**18 de enero.**

*10:12 h.*

Me he despertado a las 06.05 h y he subido al piso de arriba, a mirar por la ventana. Me he quedado sentado durante un minuto con la linterna, y después he intentado saludar a John. He hecho destellos con la linterna ante la ventana. No me ha respondido. He empezado a temerme lo peor.

Me he quedado allí sentado unos minutos más; me sentía triste, consciente de que en media hora ya no importaría nada de esto, porque el sol brillaría demasiado para que pudiésemos distinguir las señales de la linterna del otro. Entonces le he visto. He percibido algo de movimiento en el tejado: la silueta de un hombre de mediana edad, con una camisa de cuadros rojos y negros, y téjanos. He cogido los prismáticos, he vuelto a la posición y he empezado a emitir luces parpadeantes con la linterna.

El sol ya había empezado a brillar, por lo que no estaba muy seguro de si podía llegar a percibir mi linterna, que competía con la luz del sol. Ha mirado en mi dirección y me ha saludado con la mano. Después ha alzado una cosa verde, larga, con una pinta muy elástica, y lo que parecía un termo de café metálico y pequeño.

Después ha atado un extremo de la goma verde alrededor de la chimenea y la otra alrededor del aparato de aire acondicionado de su ático. Ha creado un tirachinas bastante rudimentario. Ha colocado el termo en el tirachinas y ha empezado a recular, descendiendo por la parte opuesta del techo, hasta desaparecer de mi vista mientras tiraba de la banda elástica verde. Me ha parecido que pasaba mucho tiempo. Por fin he visto que la banda volvía a su posición inicial, y menos de un segundo después, he oído el chasquido.

El termo que John había sujetado en la banda volaba en una trayectoria que lo haría aterrizar en alguna parte de mi patio. La decena o quincena de no muertos que vagaban alrededor de la casa de John ni siquiera se han dado cuenta de que el paquete de John viajaba directamente hacia su objetivo.

He oído un fuerte ¡pof! cuando el termo ha chocado contra una de las piedras del caminito del patio.

El paquete ha cruzado unos cien metros y ha logrado atravesar el perímetro de mi valla. Pero eso ha tenido un precio. El golpe ha sonado con mucha fuerza, y dos de las criaturas de la casa de John se han dado la vuelta, como si lo hubiesen oído, y han empezado a caminar en dirección hacia aquí. No he perdido el tiempo: me he enfundado los guantes y la máscara y he empuñado la

pistola.

No me ha parecido necesario llevar el fusil a una pequeña expedición al patio frontal.

He llegado al lugar del aterrizaje en menos de quince segundos, he recogido el termo descascarillado y he vuelto al interior, mientras le hacía señas con la mano a John. Yo podía verle y él podía verme, y ninguna de las criaturas podía vernos en nuestra posición. Cuando he entrado, he abierto el envío de John y he encontrado dos paquetes de ocho pilas Duracell Triple A, y dos cosas más: una nota de John y una radio de emisor/receptor.

Vecino...

Contáctame en el canal 07.

—John.

PD: ¡Te dije que funcionaría!

Venía protegido con bolitas de polietileno.

Los cadáveres por fin han llegado a mi zona, pero el sonido del impacto ha sido tan breve que no tenían ni idea de a qué área dirigirse. He colocado las pilas en la radio (necesita 4 AAA) y me he colocado el auricular. John ya intentaba contactarme por el canal siete. Hemos hablado un buen rato. Me ha contado que ha usado la cinta de resistencia de yoga de su mujer para lanzar el termo. Lo que nos hemos reído cuando lo contaba. No me atrevía a preguntarle por su mujer, así que le he dicho si había perdido a alguien durante todo esto, y me ha respondido llanamente: «Creo que todo el mundo ha perdido a alguien».

No he intentado averiguar nada más. Le he preguntado qué planes tenía, y cómo estaba de provisiones. Me ha dicho que todavía trabaja en un plan de supervivencia y en otro de huida, y que tiene comida y agua suficientes. También me ha contado que tiene un fusil semiautomático del calibre .22 y un par de cajas de 500 cargas de munición. Joder, tiene más que yo.

Le he preguntado por qué se han reunido todos alrededor de su casa, y me ha explicado que es por su perra, que le había ladrado a un grupo de esas criaturas. John tuvo que amordazarla. Le he preguntado de qué raza era, y me ha dicho que es una galgo italiano (como un galgo normal, pero más pequeño), y que se llama Annabelle. Me ha dado envidia que tenga compañía. Las obligaciones de la Marina me impedían tener una mascota, porque tenía que salir en misiones en diferentes horarios. Le he dicho que tenía un amigo en el escuadrón que también se llamaba John. Él ha contestado que deberíamos reservar las pilas y pensar en algo útil de lo que hablar por la tarde y que nos volveremos a poner en contacto a las seis en punto. Le he dicho que de acuerdo y nos hemos despedido.

1. Víveres. Estado ¡bien!

*19:50 h.*

Como había prometido, John ya estaba al aparato a las 18.00. Hemos hablado de nuestra situación actual, y hemos comentado algunas teorías sobre cómo empezó todo. Le he preguntado a John si sabía si las balas los mataban, pero no estaba seguro. Yo le he explicado lo de la hoguera que monté anoche y me ha dicho que él había visto el fuego, cuando ya estaban todos derribados, y se preguntaba qué habría sucedido. Al final me ha revelado lo que le había sucedido a su esposa. Su hijo estaba fuera, en la Universidad de Purdue, cuando todo esto empezó. Su mujer cayó víctima de una de las criaturas: la atacó justo antes del crepúsculo. Un día ella salió al cobertizo a buscar unos cuantos clavos para las tablas que estaban colocando. Se trataba de un vagabundo que se había buscado refugio en el cobertizo y había muerto allí. Cuando su mujer gritó, ya era demasiado tarde. Cuando John llegó armado con un bate de béisbol, su mujer iba agarrándose un brazo ensangrentado y corría hacia él; la criatura la seguía. John mató a esa cosa con el bate.

El mordisco del brazo enseguida mostró signos de infección y de hinchazón. En una hora se le notaban unas venas negras y rojas que le recorrían todo el brazo, hasta llegar al hombro. Le practicó los primeros auxilios y la puso cómoda, pero no podía hacer nada por ella. Ha empezado a llorar, podía percibir las lágrimas a través de la transmisión metálica de la radio, y he intentado cambiar de tema, pero John no paraba de repetir: «Tuve que acabar con ella, me dolió muchísimo, pero tuve que hacerlo». Le he aconsejado que no piense más en eso y que por ahora intente mantener la cabeza fría. Se ha mostrado de acuerdo y hemos seguido hablando.

Yo le he comentado que había visto varios mensajes en Internet de supervivientes de todo Estados Unidos, pero ninguno de nuestros aliados al otro lado del océano. Me ha pedido que se los lea, y lo he hecho. Uno de los supervivientes es del sur de Texas, lo que significa que no somos los últimos que quedamos aquí. Le he leído las notas de un superviviente de Nueva York; con un tono distante, John me ha contado que tiene parientes allí. Nos hemos desconectado los dos un par de minutos para ir a buscar los mapas de carreteras.

Cuando hemos vuelto, hemos empezado a comentar posibles rutas de huida, si esta área queda infestada e inhabitable. Él sugiere El Álamo, que está a sólo medio día de aquí a pie. Pero yo creo que sería un suicidio meternos en la ciudad. Yo le he sugerido que «cojamos prestado» un vehículo pesado y nos dirijamos hacia el este, al Golfo de México, y busquemos una plataforma petrolífera que esté en alta mar.

John ha comentado que los últimos días la electricidad le funciona a ratos, y no estaba seguro de lo que aguantaría. John tiene un generador Honda en el sótano, pero no quiere usarlo si no es del todo imprescindible, porque puede que lo escuchen desde el exterior. Hemos decidido no gastar mucha más pila. Sólo me quedan tres recambios de pilas Triple A.

He intentado usar la radio de banda civil, pero sólo capto estática.

Tengo hambre.

Idea: Todavía tengo la radio por satélite en el coche. Satélite: no hay cables que se incendien. Si las estaciones de arriba siguen operativas, alguien podría conectarse desde Internet y enviar transmisiones ascendentes. Esta noche saldré y recuperaré la radio y la antena de UHF.

*23:34 h.*

John y yo hemos acordado que si tenemos que hablar, nos asomaremos a la ventana a cada hora en punto y encenderemos las linternas. Hemos pactado comprobar cada hora qué tal estamos, hasta que indiquemos que es hora de acostarse con cinco destellos. Si no hay luz, significa que no necesitamos malgastar las pilas del walkie talkie. He comprobado la radio: funciona bien, pero desafortunadamente las emisoras que siguen emitiendo lo hacen en un bucle constante. Algunos canales de noticias emiten reportajes y noticias de la semana pasada. Noticias viejas. Continuaré mirándolo siempre que pueda. He vuelto a comprobar la radio de banda civil. Juraría que he oído una voz humana muy débil. He enviado un mensaje, a ver si me respondían. Sin éxito.

He mirado por la ventana y he podido ver al menos una docena de incendios a lo lejos. De vez en cuando me parece oír disparos. Durante un segundo he imaginado que deben de ser los últimos supervivientes de la gran ciudad. Apuesto a que se ha convertido en una zona bélica. Me siento sucio, pero no quiero malgastar el agua que me queda. Esto me ha recordado que tengo que comprobar la presión. Todavía queda. No he abandonado mi domicilio en los últimos cinco días, excepto por los incidentes de la hoguera y el tirachinas. Parece que haya pasado un mes.

¿Cómo estarán aguantando los demás países? Supongo que los esquimales y algunas islas menores de Filipinas no se habrán visto afectados. Cabrones con suerte. ¿Los muertos vivientes están fríos? Si fuese así, mi teoría es que no generan calor corporal, que son muy parecidos a una serpiente. Aunque me parece que si hace mucho frío, avanzan más despacio. Mañana es domingo. Nada de ir a la iglesia mañana. Supongo que cuando Él dijo todo aquello del Omega en el Apocalipsis no estaba de broma. Es casi medianoche. Voy a mandarle los cinco destellos a John.

**19 de enero.**

*16:59 h.*

Cuando me he despertado esta mañana no había electricidad. Eran las 7.30. A las 8.00 en punto me he acercado a la ventana para hacerle la señal a John. Ya estaba allí. Me ha dicho que hemos sufrido un apagón de madrugada, hacia las 3.30. Yo he dormido sin darme cuenta. No sé por qué, pero desde que conozco a John duermo un poco mejor. Supongo que es la sensación de no estar solo. Al estar en el ejército nunca he tenido la oportunidad de hacer buenos amigos, ya que siempre me he tenido que trasladar a otros destinos. Es lo que me pasó aquí también; compré la casa porque pensaba que sería una buena inversión y porque sabía que me quedaría aquí un par de años.

John me ha dicho que él no necesita la electricidad para hacer nada. Tiene un fogón de propano y mucha agua. Le he dicho que yo me abastezco de energía solar almacenada en baterías cíclicas de submarino.

Mi conexión de banda ancha aún funciona gracias a las líneas de cable que van por el subsuelo, y todavía no se han visto afectadas. También sigue habiendo energía en las líneas de teléfono, porque esta mañana al levantar el auricular oía el sonido del tono comunicando, que me indicaba que las centralitas no funcionaban pero las líneas todavía se mantenían en pie. Le he dicho a John que volvería enseguida, que tenía que bajar al garaje para pasar de la red energética general a la de mis baterías; no quiero que vuelva la electricidad de pronto y me las fría.

Tras cambiar la fuente de energía, he vuelto a hacerle señales a John. Me ha preguntado si había nuevos mensajes de supervivientes en los foros de Internet y se los he leído. Hay gente de todo Estados Unidos: algunos suenan pesimistas, otros desesperados. Creo que estas lecturas que le hago a John nos sirven de válvula de escape. John y yo hemos empezado a valorar la posibilidad de viajar; le he comentado que sé pilotar. Si pudiese hacerme con un aparato operativo, podríamos llegar a casi cualquier punto de Estados Unidos, siempre que tenga planos en los que estén indicados los aeródromos para repostar. Los dos empezamos a desarrollar algo de claustrofobia, y eso se nota. Buscamos excusas para abandonar esta zona muerta.

*19:20 h.*

Disparos fuera. Sin la farola está demasiado oscuro para poder ver la casa de John. Estaba seguro de que John corría peligro hasta que he oído su voz entre el crujido de la estática. «No te preocupes, estoy bien, he tenido que disparar contra unos cuantos porque habían empezado a apilarse unos encima de otros para formar una escalera humana». Le he preguntado cómo les habían afectado las balas; ha disparado contra doce de ellos en la cabeza, iluminado únicamente por la luz de la luna y a quemarropa. Los ha matado. Ésas son las buenas noticias. Porque los disparos atraerán a más criaturas. Esta noche tendré que dormir con un ojo abierto. Le he sugerido a John que se prepare para tener que matar al doble que hoy en cuanto amanezca.

*23:11 h.*

No puedo dormir; no dejo de pensar en la gente que sigue con vida e intenta desesperadamente sobrevivir. En Oklahoma, una mujer está atrapada con sus hijos, y no para de pedir consejos en los foros de Internet. ¿Cómo me afectaría saber que un consejo mío ha enviado a alguien a caer en garras de esos seres? Lo único que sé es que yo, si me encontrase en esa situación... atrapado... con el número de cadáveres vivientes aumentando día a día alrededor de mi perímetro sólo tendría una elección: escapar. Mientras hablamos, no paro de pensar en lugares que nos podrían servir de refugio durante un breve periodo de tiempo. Se me ocurrían depósitos de agua, vagones de tren con salidas por el techo, terrazas de edificios que tuviesen el acceso limitado... No quería

acabar rodeado en alguna parte, sin ninguna salida. Si encontrase alguna prisión o algún edificio militar, también me serviría. Serían fáciles de defender si antes podemos vaciarlas de esas criaturas. Cuanto más pienso en ello, más cuenta me doy de que puedo acabar en una situación igual de complicada que la de esa mujer si no me mantengo alerta. No creo que sea muy prudente dar consejos a otros, ya que no soy ningún experto. Sólo espero que sobrevivan. Aunque no parece que tengan muchas posibilidades...

# LAS BODAS DE FÍGARO

**20 de enero.**

*22:23 h.*

Situación: nefasta... Cuando nos hemos despertado esta mañana, John y yo hemos empezado a hablar enseguida con el walkie talkie. Cuando me he asomado a la ventana, he visto que la cosa había empeorado mucho. Eran sólo las 7.00, y alrededor de casa de John debía de haber alrededor de cien de aquellas criaturas, llenaban la calle y formaban una barrera humana ante su casa. He cogido el fusil, he comprobado que funcionase correctamente, me he colocado la funda de la pistola y me he preparado para la batalla. Me he puesto los guantes, el casco y el traje de vuelo, y he conectado el transmisor de John a un auricular. John no tenía ni idea de que sus esfuerzos para librarse de ellos acabarían con tantas criaturas allí, atraídas por el ruido. Le he pedido que aguante, he quitado la barricada de la puerta trasera, he salido, he lanzado una toalla de baño vieja sobre los cristales de mi propia valla y he saltado por encima.

Con mi fusil, he apuntado con cuidado a los que tenía más cerca, o a los que se encontraban en el perímetro exterior del círculo que formaban; suponía que esto tal vez frenaría el avance de los demás al tener que superar los cadáveres de los ya derribados. Sólo tenía cuatro cargadores, es decir, 116 proyectiles. He disparado una bala tras otra a los cráneos de esas cosas. Pensaba que los mataría al instante, pero no ha sido así. Algunos tiros directos ni siquiera les han alcanzado el cerebro, sino que han seguido el perímetro del cráneo hasta salir por la parte trasera. Por cada diez disparos, sólo he matado a ocho o nueve.

La masa de monstruos ha empezado a avanzar con lentitud hacia mí mientras yo intentaba atravesar un suelo cubierto de cadáveres. No tenía otra opción. Tenía que huir. He recorrido varias manzanas, pero sólo he logrado encontrar más criaturas de éstas. Toda esta zona se ha convertido en una ciudad muerta. Lo siento en el aire; las vibraciones de sus gemidos reverberan en mi pecho, como si fuese la música de una banda barata en un local nocturno. Me estaban cazando. El refugio más cercano que he logrado encontrar ha sido una gasolinera. Mi cuerpo rebosaba adrenalina. Si les doy cuartel, me devorarán.

He trepado por una tubería de gas que sobresalía en la pared de la gasolinera y me he quedado sobre el techo. Por los gemidos y el movimiento que apreciaba a lo lejos, he llegado a la conclusión de que era hombre muerto, de que vivía el tiempo de prórroga. Me quedaban sólo unas treinta balas (un cargador y unas pocas más), así que he decidido sacar una del cargador y reservarla para mí.

He empezado a disparar. He intentado dar siempre en la cabeza. Cada vez acertaba menos y fallaba más, como si la niebla de la guerra se apoderase de mi puntería, o tal vez sólo estuviese cayendo víctima de una depresión, similar a la de alguien que acaba de descubrir que es seropositivo.

Ha sido entonces cuando he oído a mi salvador. He vislumbrado un coche que se acercaba por mi calle. He seguido disparando. El coche se ha dado cuenta y ha virado en dirección a mí. Era John. Ha rodeado la gasolinera y ha parado el coche en uno de los laterales. Cinco seres se

acercaban; me he cargado a tres antes de que se me agotasen las balas. Tenía que recurrir a mi pistola. He saltado del techo, me he acercado a ellos y he disparado contra los dos últimos a quemarropa, al estilo de un ejecutor. Una niebla marrón oscuro ha empapado el aire tras los cráneos. Yo me he alejado de ella, ya que temía que me pudiese infectar, y he saltado al interior del coche, con John. No nos hemos estrechado las manos; John me ha preguntado si quería volver a casa, pero yo era consciente de que si volvíamos allí, sólo conseguiríamos atraerles. Él se ha mostrado de acuerdo. Entonces se me ha ocurrido un plan: le he preguntado a John si podía desprenderse de su coche. John me ha contestado con una sonrisa: «¿Qué se te ha ocurrido, marinero?».

Le he pedido que continuase conduciendo. Las criaturas nos seguían. Le he indicado que se dirigiera a un punto no muy alejado de nuestras casas. He comprobado el tipo de música que John escucha en el coche: es un tío conservador. Al rebuscar entre los CD, he encontrado lo que buscaba. Sería perfecto. Hemos llegado a nuestro destino: un aparcamiento enorme al lado de una fábrica cerrada. Hemos aparcado y le he indicado a John que mantuviese el motor en marcha. He puesto el CD, he bajado las ventanillas y he abierto todas las puertas. Lo he puesto todo en marcha, hasta los limpiaparabrisas. He subido el volumen lo máximo que he podido sin llegar a fastidiar los altavoces. John y yo hemos agarrado nuestras armas y nos hemos dirigido a un punto seguro, a unos cuatrocientos metros del coche.

Las bodas de Fígaro llenaban el aire del aparcamiento y toda la zona adyacente. Finalmente, la masa de muertos vivientes ha doblado una esquina y ha visto el coche. Su tambaleante forma de caminar se ha acelerado cuando han visto lo que sus ojos en blanco, lechosos, anhelaban ver. Han rodeado el coche y se han metido dentro. John y yo no hemos perdido más tiempo. Cuando hemos visto que nuestro plan funcionaba, hemos seguido nuestro camino.

Al dirigirnos a casa, le he comentado a John que no estaba seguro de que esos seres pudiesen sobrevivir a aquella música. Se ha reído mientras seguíamos avanzando. Nos hemos cruzado con una docena de criaturas, pero como nosotros caminábamos con sigilo, no nos han detectado. Y ahora aquí estoy, media botella de whisky después. Aquí estoy, mirando la bala que he reservado para mí... ¿Vale la pena vivir así?

**21 de enero.**

*21:43 h.*

He tenido tiempo de recomponer mis pensamientos, de recuperarme de la catástrofe de ayer y de la resaca de esta mañana. John y yo hemos decidido que es mejor que nos mantengamos en casas separadas porque nunca es una buena idea «guardar todos los huevos en la misma cesta». No queremos acabar los dos muertos porque asedien una casa. Los sucesos de ayer me afectaron mucho. Estuve a punto de morir. Si John no me hubiese encontrado, o si hubiese decidido no salir en mi busca, me podría haber quedado allí arriba, muriendo de deshidratación, escuchando los gemidos de los muertos, hasta tomar la determinación de terminar con todo.

Debía de haber unos quinientos cadáveres revoloteando alrededor del coche cuando John y yo nos alejamos del aparcamiento. Anoche, acostado en la cama, todavía podía escuchar el débil

sonido de la música de Mozart cuando el viento soplabla en la dirección adecuada. Ya no se oye. Sólo puedo conjeturar cuánto tiempo tardó el motor encendido en consumir toda la gasolina o la batería en agotarse con la radio encendida. Ahora mismo las calles están despejadas, pero no hay forma de saber cuánto tiempo seguirán así. Estoy seguro de que cuando el sonido que los atraía hacia el coche se apagó, se dispersaron de nuevo. Es cuestión de tiempo hasta que el azar los vuelva a traer hasta aquí.

John y yo hemos hablado un poco. Anoche, antes de separarnos y refugiarnos en nuestras respectivas soledades, justo después del incidente con Las bodas de Fígaro, John corrió al interior de su casa y me ofreció unos cuantos paquetes más de pilas para el walkie talkie. Era evidente que deseaba hablar, pero hasta hoy no me he acercado al aparato. John sabía que yo estaba destrozado. Hoy he podido conocerle un poco mejor: Es ingeniero, lo que explica su alocado plan con la goma elástica. Se sacó un Máster en Ingeniería Mecánica en Purdue. Me ha contado que trabajaba para Execu-Tech.

Se siente culpable por el probable destino de su hijo, ya que lo presionó para que asistiera a la misma universidad que su viejo. Mi respuesta fue que no importaba en qué rincón del mundo se encontrase cuando todo esto sucedió. Por lo que parece, es igual de malo en todas partes.

Tras la debacle de que fui testigo anoche, soy consciente de que no muchos habrán podido o habrán querido sobrevivir a la situación. Sólo me quedan 884 balas para mi arma del calibre .223. Si descienden por debajo de 500 me consideraré en una situación crítica, teniendo en cuenta que allá fuera debe de haber unos mil. O incluso más. No puedo convertir esto en una guerra de guerrillas. Ni siquiera obtendría una victoria pírrica.

John y yo nos veremos de nuevo mañana si la calle continúa despejada. Tenemos que planificar una misión de exploración, aventurar qué víveres creemos que podemos conseguir. Es posible que éstos sean nuestros últimos días aquí. Estoy firmemente convencido de que el gobierno se ha derrumbado. Hemos descartado completamente la opción de la plataforma petrolífera, ya que para lograr alcanzarla tendríamos que atravesar innumerables kilómetros de un terreno dominado por completo por los muertos. Cuando salgamos, si es que salimos, tenemos que seguir un plan realista y dirigirnos hacia una localización defendible.

Es imposible aislar nuestro vecindario con esas cosas vagando a nuestro alrededor. Lo único que se me ocurre sería conseguir algunos remolques y aparcarlos en los extremos de la calle; a continuación, colocar a su lado otro remolque, pero del revés, para evitar que se puedan arrastrar por debajo. Podríamos tapar los últimos huecos con vehículos más pequeños. Pero este plan es una locura; antes de que lográsemos conducir el primer remolque hasta su destino, la calle estaría a rebosar de criaturas de éstas. Lo que daría ahora por un hidroavión con el depósito lleno de combustible. Me pregunto qué tal aguantará la base. Supongo que las puertas siguen en pie. En el peor de los casos, se habrán llevado a los supervivientes en los aviones más grandes (737) a algún lugar seguro antes de que los muertos puedan entrar. Necesito algo de tiempo para sacar más ideas. Buenas noches, diario.

**22 de enero.**

*22:40 h.*

Ha venido John. Hemos decidido que es mejor trazar un plan hablándonos cara a cara que intentar coordinar nuestros esfuerzos por radio. Está en la cocina, dando de comer a su perra. John y yo intentaremos encontrar un avión que siga en condiciones de volar. Hemos pasado el día preparando lo indispensable, y saldremos con las primeras luces del día. John dejará a la perra encerrada en el sótano con agua y comida para cinco días. Lo bueno es que no la oirán aunque ladre desde el sótano. Me sabe mal por ella, pero el mundo ya no es lugar para el mejor amigo del hombre. Mientras estemos fuera, intentaré encontrar más armas.

Algo que debo tener en cuenta es llevarme el cargador de baterías. Mi coche no sobrevivirá a la escapada. Nuestro plan es salir de aquí bien pronto con mi coche, el de John ha quedado inservible, y localizar enseguida un medio de transporte alternativo. Lo mejor sería algún tipo de vehículo militar, el que sea. Lo ideal sería un carro de combate, pero hay las mismas posibilidades de encontrar uno, que de que me salgan monos voladores del culo. No sé si los satélites GPS seguirán funcionando sin mantenimiento humano. Si logramos encontrar un avión, no me importaría estar respaldado en la navegación por un GPS. Mientras estemos fuera seguiré escribiendo el diario. Creo que volveremos en tres días, que no nos alejaremos más de quinientos kilómetros. Nos dirigiremos hacia una población cercana, Austin, Texas. No llegaremos a entrar en la ciudad, sobre todo después de mi aventura sobre la gasolinera del otro día. Todavía me estremezco y huelo pólvora y sudor cuando pienso en ello.

**23 de enero.**

*06:00 h.*

John y yo nos vamos. Cambio de planes: volveremos en dos días, no en tres.

*10:00 h.*

Hemos salido esta madrugada, alrededor de las 6.00. Ya estamos a la altura de Universal City. He cargado el coche mientras seguía en el garaje; quería evitar que se presentasen invitados no deseados. He puesto en marcha el motor, que aunque ha tosido un poco, al final se ha encendido. En el Volvo no había mucho espacio, por lo que nuestra primera misión era encontrar un transporte más viable. Hemos llegado al Loop 1604. Creo que en mi vida había presenciado una situación tan caótica. La carretera estaba sembrada de vehículos abandonados. La he examinado con mis prismáticos: los he desplazado de izquierda a derecha, y lo que he visto ha sido completamente perturbador. Me recordaba a las imágenes que emitían las cámaras de tráfico, parecía que hubiesen pasado semanas desde aquello. Algunas de aquellas criaturas estaban atrapadas en su interior, con los cinturones de seguridad abrochados. Tenía todo el aspecto de que algunas personas habían dejado las ventanillas bajadas, que los habían atacado y después se

habían reanimado. Hemos encontrado lo que buscábamos, aunque el color no era el ideal.

Un Hummer H2 de color amarillo chillón estaba de través en la carretera, con la puerta del conductor abierta. Hemos aparcado mi coche fuera de la vista, hemos empuñado nuestras armas, hemos agarrado el cargador de baterías, y hemos empezado a bordear la loma que rodea el Loop 1604. El único movimiento que hemos percibido ha sido el de unos seres a bastante distancia, aparte de los que se removían atrapados en los vehículos.

Al llegar al H2 he visto algo que nunca olvidaré. Una sillita atada en el asiento trasero. Le he pedido a John que esperase mientras yo me aproximaba, ya que él es o era padre y no quería que viese algo así.

He abierto la puerta trasera del vehículo. Y allí estaba: la carcasa de un niño humano, que se revolvía en su sillita e intentaba agarrarme. Los círculos negros alrededor de sus ojos los hacían parecer orbes. Tenía ganas de gritar mientras desataba la sillita y la colocaba a una buena distancia, a una distancia segura. Cuando me he sentado en el asiento del coche y he vuelto a alzar la mirada, la he visto. Una mujer desfigurada, vestida con unos téjanos, una camiseta y botas se acercaba. Estaba a tan sólo unos metros de nosotros.

Cuando me ha descubierto, ha empezado a caminar hacia mí. Un gemido agudo brotaba de su cuerpo en descomposición. He empezado a pensar en cuál sería la forma más silenciosa de encargarme de ella. Tendríamos que encender el motor del Hummer con las pinzas; la puerta del conductor había estado abierta días, o tal vez semanas, por lo que la luz piloto había estado encendida.

El cadáver de la mujer se acercaba pausadamente, pero a ritmo constante. He echado un vistazo al interior del Hummer. Había un cojín en el asiento del copiloto; lo he agarrado rápidamente, me he quitado el cinturón y he enrollado el cojín al cañón de mi CAR-15. El cinturón me ha permitido sujetarlo con firmeza. La mujer ya había llegado hasta mí, por lo que he tenido que disparar. Cuando sus deformados labios han empezado a mostrarme sus dientes amarillentos, he apretado el gatillo.

El arma no ha emitido más ruido que el de una palomita de maíz al estallar cuando la cabeza del monstruo ha explotado, y ha liberado tras ella una niebla oscura. Ha dejado de existir. Me he arrodillado hacia el niño pequeño. Me he quedado sentado en el suelo, meditabundo, valorando qué debía hacer. Si existe un dios en el cielo, espero que me perdone. He acabado con la joven criatura con el cuchillo. No creo que sea necesario extenderme más sobre esto.

Tras este encuentro, he tirado el cojín de nuevo sobre el asiento y le he hecho un gesto a John para que se acercase. No veía ningún peligro inmediato en el área, aparte de uno que seguía en el interior de un coche, a unos seis metros, y que no dejaba de retorcerse. John acarreaba el cargador portátil de baterías, se trata básicamente de una batería cargada, con cables para conectar a la gastada. He quitado las sujeciones del capó, me he inclinado a través de la puerta del conductor y lo he abierto. He vuelto a entrar en el coche, para buscar las llaves. No había llaves. Me he quedado sentado y he pensado durante un minuto.

¿Qué había sido del conductor de aquel vehículo? ¿Había sido tan egoísta que había dejado a su hijo en manos de aquellas criaturas? Tras pensarlo cuidadosamente, he llegado a la conclusión de que seguramente los padres no habían abandonado al pequeñín. He vuelto a mirar el interior del coche; había un ambientador de pino de color rosa colgando de la ventanilla trasera. He

mirado al suelo, hacia el monstruo que acababa de matar; le he registrado los bolsillos hasta encontrar las llaves del H2 y el carnet de conducir. Siento lo de su hijo, señora Rogers.

He introducido la llave en la ranura y la he girado para encender el motor. Lo que pensaba. Muerto. He cogido el cargador y lo he enganchado a la batería mientras John giraba la llave. Ha rugido, vivo de nuevo. Hemos comprobado la gasolina. Quedaba poca. John se ha encaramado en el asiento del copiloto y nos hemos puesto en marcha. Hemos dado una vuelta completa y nos hemos dirigido hacia mi coche. Al ascender por el terraplén me he dado cuenta de que habíamos atraído algo de atención no deseada. Calculo que debía de haber unos veinte tambaleándose hacia nuestro vehículo. Estaban a casi trescientos metros. He detenido el Hummer cerca de mi coche y he cargado los paquetes en el maletero de nuestro nuevo vehículo, antes de dirigirnos al sitio más cercano donde proveernos de gasolina. Tanto John como yo éramos conscientes de que los surtidores no funcionarían sin electricidad, por ello hemos cogido una manguera para poder extraer la gasolina.

Hemos recorrido algo más de tres kilómetros y hemos esquivado los coches detenidos en la carretera, hasta llegar a una carretera secundaria. Hemos virado por ella. A un kilómetro de la entrada hemos encontrado un coche que no tenía sistema de seguridad en el depósito. Las luces de advertencia estaban encendidas; seguramente llevaban semanas parpadeando. He aparcado el H2 en una posición que nos facilitase la tarea. Hemos extraído hasta la última gota del coche, pero sólo hemos conseguido llenar medio depósito. Como todas las gasolineras están cerradas, nos tendremos que conformar con esto.

# DESCUENTOS ESPECIALES EN EL PASILLO 13

22:43 h.

Si existe el infierno en la Tierra, hoy lo he encontrado. Estoy pensando en tirar la cámara. Aunque la humanidad sobreviva a este calvario, no creo que nadie quiera ver esto... porque lo único que encuentro son imágenes de muerte y destrucción.

La mayor parte del trayecto he conducido yo. Tras dejar atrás la ciudad de Universal, hemos subido por la I-35 hacia San Marcos. Hemos tenido que esquivar varios coches y esos malditos sacos de pus andantes. Ya estoy empezando a pagar las consecuencias. He empezado a sentir respeto por los veteranos de guerra que tuvieron que enfrentarse con la muerte a diario. No sé cómo lo lograron. Incluso antes de llegar a San Marcos, ya podíamos ver el humo que cubre Austin. Necesitábamos gasolina, por lo que he girado por la salida 1900 y he virado a la derecha, hacia el aparcamiento de un Wal-Mart abandonado ya hace mucho tiempo.

John vigilaba mientras yo me aliviaba en la cuneta. Después me ha tocado a mí vigilar. Hemos colocado el Hummer cerca de algunos coches para poder recolectar más gasolina, cada vez más necesaria. Al menos en esta ocasión hemos encontrado un Chevy Blazer de finales de los 80 con el depósito lleno. Hemos llenado tres cuartas partes del Hummer. Como yo sólo llevaba 880 balas del calibre .223 y 300 de 9 mm, y John tenía mil del.22, le he preguntado si se sentía con ánimos de ir de compras.

La puerta principal estaba cerrada. He vuelto al Hummer, lo he llevado hasta ella y he buscado una palanca. La he encontrado y he intentado forzar la cerradura. Tenía un buen punto de apoyo, por lo que me he dedicado a ello con todas mis fuerzas. John vigilaba el aparcamiento, para no encontrarnos con ninguna sorpresa mientras yo me peleaba con la puerta. De pronto he notado un golpe seco; he alzado la vista y, para mi decepción, me he encontrado cara a cara con un cadáver ataviado con el traje azul de Wal-Mart, sucio de sangre, que golpeaba la puerta de cristal e intentaba salir. La criatura se ha separado un poco de la puerta y ha golpeado el pestillo que la mantenía cerrada.

La puerta se ha abierto ligeramente mientras aquel ser intentaba deslizarse por la abertura para llegar a nosotros. Ha sacado la cabeza y he aprovechado para clavarle la herramienta que llevaba en la mano; le he atravesado la cuenca del ojo, y ha muerto al instante. He mantenido la puerta abierta, como un perfecto caballero, para permitir que el cadáver cayese sobre la acera. Después he abierto la puerta del todo y he apoyado en ella el contenedor de la basura, para que no se cerrase.

Le he comunicado a John que lo más probable es que hubiera más criaturas de aquéllas en el interior. Hemos empujado el Hummer más cerca de la entrada, para que nadie pudiese entrar y para que, para salir, tuviesen que escalar por la puerta del conductor y atravesar el asiento del copiloto. Ha sido idea mía, para impedir que llegase algún visitante inesperado durante nuestra tarde de compras. Le he enseñado a John a usar su arma en espacios cerrados: yo le llamo el movimiento de reconocimiento, como algunos marines amigos míos, que me lo enseñaron. John y yo hemos empezado a avanzar por los pasillos... Me cago en la puta... ¿por qué en los Wal-Mart

siempre ponen los artículos de deporte al fondo?

Le he hecho gestos a John para que viniese a ver lo que yo estaba viendo. Otro trabajador, que debía de haber muerto durante su turno, se acercaba poco a poco hacia nosotros. Le he hecho una señal a John para que disparase; su arma es menos ruidosa que la mía. John ha apuntado con cuidado, y se ha cargado a la criatura. Esta ha quedado tumbada en el suelo, quieta, sin vida.

Le doy las gracias a Dios por los tragaluces del techo, porque sin ellos toda aquella expedición se habría ido a tomar por culo. John y yo hemos avanzado hacia el fondo de la tienda. Hemos llegado a la sección de deportes para descubrir que la mayoría de armas habían desaparecido: o bien las habían vendido o las habían robado. Había varias cajas de munición de .223 y algunos cartuchos del calibre.12. En el mostrador quedaba un arma que me ha interesado bastante: una escopeta de corredera Remington 870 del calibre.12. He roto el cristal del escaparate y le he pasado el arma a John, que es el menos dotado en cuestiones armamentísticas. Hemos recogido los cartuchos y las balas y nos hemos dirigido hacia la salida.

John y yo cruzábamos los pasillos con mucha precaución, temerosos de encontrarnos con un nuevo muerto viviente. Al doblar la esquina en la que acababa el departamento de deportes, un cadáver femenino me ha derribado. Me he dado un terrible porrazo contra el suelo, al mismo tiempo que sentía como me tiraban con fuerza del tobillo. Estaba mordiendo mi bota militar reforzada, intentaba llegar a mí a través del talón. Le he pegado una patada en toda la nariz y he oído como el cartílago se partía. Me he levantado y he reulado unos pasos, para poder comprobar si me había llegado a herir en el talón. Dios bendiga al diseñador de las botas Altama. No se ha levantado, porque se había partido la espalda con la estantería que le había caído encima, seguramente hacía semanas. Me enseñó los dientes con una mueca terrorífica. John la ha apuntado, pero yo le he hecho un gesto para indicarle que no disparara. Me he acercado a ella y le he pisado la sien con el talón; he presionado con todas mis fuerzas. Ya no era una amenaza.

Hemos llegado a la puerta principal. Como me temía, se había reunido ante ella un comité de bienvenida. He llegado a contar treinta cadáveres andantes. John se ha colado por la ventanilla del asiento del conductor y ha pasado al asiento del copiloto; yo le he imitado y me sentado en el lugar del conductor. He encendido el motor y he subido la ventanilla. Si no hubiésemos colocado el H2 bloqueando la puerta de entrada a la tienda, nos habríamos encontrado en un buen fregado. Al salir al aparcamiento, me he quitado todas las preocupaciones y he avanzado por encima de ellos. John estaba ocupado arrancando todas las etiquetas y el envoltorio de su nueva Remington.

Había llegado el momento de buscar un refugio; empezaba a anochecer. Hemos avanzado por la vía I-35, hacia el norte, en busca de un lugar en el que descansar. Al final le he sugerido a John que buscásemos un punto que nos pareciera seguro y que durmiésemos en el Hummer. Él se ha mostrado de acuerdo y hasta ha bromeado: «No creo que encontremos ningún motel abierto».

He conducido hasta que hemos llegado a un pueblecito, Kyle, al sur de Austin. En la señal de la entrada decía KYLE, TEXAS. BIENVENIDOS A CASA. Y allí he encontrado el punto que buscábamos: un gran campo de heno, rodeado por una valla; no había ni rastro de ninguna de esas criaturas vagando a su alrededor. He virado por el sendero de acceso y he alzado la barra en forma de «T» que mantenía cerrada la puerta. Le he pedido a John que condujese él, para que yo pudiese cerrar de nuevo la puerta de la verja cuando él hubiese entrado en el campo. Hemos aparcado el Hummer entre cuatro balas de heno, colocadas de forma que los lados quedasen

tapados. Si algo se acercaba a nosotros, tendría que hacerlo desde delante o desde atrás. John y yo nos hemos asegurado de que todas las puertas estuviesen cerradas, y John se ha dormido. Ya son las 23.30; supongo que debería hacer lo mismo.

**24 de enero.**

*15:34 h.*

Nos hemos despertado a las 6.15 h de la mañana al oír el canto de un gallo a lo lejos. He puesto en marcha el H2 y lo he sacado de entre las balas de heno. Nos hemos dirigido hacia la puerta de entrada, y hemos mirado por la carretera, en dirección al camino por el que habíamos llegado. Había un montón de aquellos seres en la distancia. No he sabido distinguir si venían hacia nosotros. ¿Era posible que hubiesen oído nuestro vehículo y hubiesen seguido el sonido desde tan lejos? Espero que no.

Hemos llegado a las afueras de Austin a las 7.05. El humo casi no se podía soportar. La visibilidad se veía restringida a unos ciento cincuenta metros. En algunos momentos, cuando el viento soplaba en la dirección correcta vislumbrábamos los edificios más altos. Uno de ellos parecía una antorcha; los pisos superiores ardían con furia. A la derecha, he logrado distinguir lo que me ha parecido una torre de control de tráfico aéreo. Hemos virado hacia allí y nos hemos dirigido hacia ella.

Hemos alcanzado la valla del perímetro exterior. Se trata de un pequeño aeropuerto privado, con algunos aviones Cessna y dos jets pequeños cobijados en el interior de unos hangares abiertos. Una sección de la valla estaba derruida, y la hemos cruzado para entrar en la pista. Hemos examinado el área, pero no hemos descubierto ningún peligro inmediato. He amarrado una cuerda en la rueda frontal de uno de los Cessna 172, he escogido el que tenía mejor aspecto, y he abierto la portezuela de la cabina. Para mi sorpresa, sobre el asiento del copiloto, he encontrado un piernógrafo, un ordenador de vuelo y un mapa.

He trepado hasta la cabina y le he gritado a John que nos condujera, con calma y tranquilidad, hasta la instalación de reabastecimiento. He cerrado la puerta y me he concentrado en comprobar todos los elementos, para poder encender el sistema eléctrico y revisar el nivel de combustible y que no hubiese nada que se saliese de lo normal. Cada pocos segundos sentía un temblor en el aparato, mientras John nos arrastraba hacia los surtidores. Los dos depósitos de las alas estaban llenos, por lo que he abierto la puerta, he saltado a tierra y he corrido hasta John para decirle que diese una vuelta completa y volviese a llevar el avión hasta la torre.

Al llegar a la torre, he usado la lista de control del avión para realizar una inspección minuciosa del aparato. No me gustaba nada la idea de quedarme sin motor cuando sobrevolásemos un área con un alto nivel de infectados. He dejado el aparato listo para emprender el vuelo y he discutido con John nuestro plan de actuación. Hemos sacado el mapa de carreteras y hemos buscado el aeropuerto más cercano a nuestras casas, en San Antonio. Yo buscaba y buscaba, pero sólo he encontrado el aeropuerto internacional que hay en el centro de la ciudad. Y es una opción del todo inaceptable.

John se ha dado la vuelta y me ha mirado con una expresión extraña. Me ha preguntado si

conocía el circuito Retama Park, en la I-35. Habíamos pasado por delante al salir de la ciudad. Nunca había oído hablar de él, ya que hace poco que vivo en San Antonio. John quería saber cuánta distancia se necesita para aterrizar. He ido a la cabina y he revuelto el compartimento donde se guardan todos los papeles, pero no he podido encontrar ninguna información. Algunos de los aviones más pequeños que he pilotado requieren unos trescientos metros, usando un sistema beta. Pero aquel pájaro no tenía controles beta. Tendría que calcularlo a ojo. Seguramente necesitaríamos unos quinientos metros como mínimo. John creía que tendríamos suficiente espacio.

Hemos preparado las armas y nos hemos acercado poco a poco a la puerta de entrada de la torre. John la ha abierto mientras yo le cubría. El ascensor, evidentemente, no funcionaba, por lo que hemos tenido que subir por la escalera. Hemos cerrado y asegurado la puerta a nuestras espaldas antes de empezar a ascender. En cada tramo de escalera hay ventanas que dan a las pistas de aterrizaje. No hemos visto ni oído nada hasta que hemos llegado arriba del todo; frente a la puerta del centro de la torre de control había un charco de sangre coagulada.

Le he hecho un gesto a John para que lo examinase. Me he acercado a la puerta, la he abierto poco a poco y he saltado al interior, preparado para abrir fuego. No esperaba ver lo que me he encontrado: uno de los controladores se había cargado a cuatro criaturas de aquéllas hasta que, desesperado, había vuelto la pistola hacia sí mismo y se había disparado. He abierto las puertas que comunicaban con la cubierta de observación, y con la ayuda de John hemos arrastrado los cadáveres hacia ella. Los hemos tirado por el borde, al lado contrario de donde habíamos aparcado el avión.

Hemos vuelto a bajar. Hemos descargado el Hummer y subido todas nuestras pertenencias al centro de control, por pura precaución. He cerrado las puertas del Hummer y hemos vuelto al piso superior, para trazar un plan.

John me ha comunicado que no abandonaría a su perra, encerrada en el sótano. Allí podría acabar por morir de hambre. Le comprendo completamente. John quiere coger el H2 y reunirse conmigo en el circuito Retama Park; después, los dos podremos seguir hasta nuestras casas en el H2. Yo tengo que pilotar el avión y aterrizar sin complicaciones en el circuito. He pasado muchas horas volando en aviones militares, pero nunca he pilotado un Cessna. Es arriesgado, pero necesario.

He calculado que tardaré unos treinta y cinco minutos en realizar las comprobaciones, despegar y llegar al circuito, lo que se traduce en que, para ahorrar gasolina, John tendrá que partir en el coche antes que yo. Le espera un trayecto de dos horas. He compartido con John mis cálculos, y está de acuerdo en salir antes.

*22:43 h.*

Fuera está oscuro. Lo único que distingo, en la distancia, son los incendios. He encontrado algunos informes de despegue sobre la pista de aterrizaje. Ha sido una suerte, porque gracias a estos documentos he sabido que hay una torre de agua a 60 metros del final de la zona de despegue

de la pista. Con todo el humo no lo habría podido ver a tiempo. Al menos ahora ya sé hacia qué dirección tengo que volar en el momento del despegue. Ha llegado la hora de acostarse.

**25 de enero.**

*07:00 h.*

Hora de dejar el nido, literalmente. Hemos salido al exterior y hemos mirado la base de la torre. Parece ser que hemos hecho demasiado ruido. Había diez cadáveres caminando alrededor de la torre, chocaban contra ella y provocaban ligeros chasquidos metálicos. Yo les he distraído mientras John lanzaba todo el material irrompible por el borde de la cubierta, para que no tuviésemos que hacer tantos viajes transportándolos. Cuando ha terminado, John se ha acercado a mí y me ha pasado su .22. Le he prometido que yo me ocuparía de las criaturas mientras él cargaba todos los víveres en el coche. Nuestra visibilidad todavía se veía limitada a unos cien metros.

He disparado contra las criaturas y me he apresurado a ayudar a John a cargar los últimos bultos. Hemos podido bajar la escalera sin ningún incidente. Yo me he quedado lo necesario para el vuelo, como mis armas, algo de comida y agua, y he dejado que John se llevase el resto. Le he preguntado a mi compañero si estaba seguro de lo que iba a hacer. Ha respondido que sí. Hemos quedado en reunimos en el circuito a las 9.30. Anoche cogimos una radio portátil de la torre, para que John pudiese comunicarse conmigo en la frecuencia 121.5 si necesitaba hablar. Es la frecuencia de emergencia de vuelos, pero no creo que a nadie le importe que la invadamos.

John ha montado en el Hummer y se ha alejado. Yo me he metido en el avión, he cerrado las puertas y he comprobado todo lo que he podido para hacer tiempo. Supongo que el humo y la falta de visibilidad están jodiéndoles los sentidos, porque yo me imaginaba que los disparos atraerían a más. Estoy empezando a asustarme, pero voy a salir ya...

*08:12 h.*

Estoy en el aire. El avión está estabilizado, por lo que tengo las manos libres. Me dirijo de nuevo hacia el circuito, ya que como he despegado muy pronto, primero he querido efectuar una vuelta de reconocimiento. Es un avión relativamente fácil de pilotar; pensaba que tendría más problemas. Después del despegue, he decidido encaminarme hacia la base para comprobar si los muros seguían en pie. He recordado la frecuencia VOR (Radiofaro Omnidireccional de VHF), la he sintonizado en el panel de navegación y he seguido la aguja. Mi corazón ha dado un vuelco cuando he descendido por debajo de las nubes, a 6500 metros de altura.

He sobrevolado la base a la menor altura que me he podido permitir y he observado todo el horror. Los edificios o estaban en llamas o destruidos... Era como si hubiesen sido víctimas de un ataque aéreo. Tal vez esto explique lo que sucedió en Austin. He virado con el avión, haciendo que se ladease en un ángulo de quince grados y me he dirigido a las puertas de acceso. Estaban

destruidas por completo. A través del humo he podido distinguir miles de muertos vivientes que dominaban todos los terrenos de la base. He dirigido el avión al punto de reunión en el circuito.

*23:56 h.*

De vuelta a casa.

No tengo ganas de escribir.

Los muertos son los más afortunados.

# TODO SE VE MÁS CLARO DESPUÉS

26 de enero.

18:42 h.

Ayer fue un día muy duro. Cuando ya estaba sobre el circuito, todavía quedaba mucho combustible. La valla seguía intacta y no había ninguna criatura alrededor. Parecía que tendría espacio suficiente para aterrizar, pero me fijé en que el terreno era irregular y parecía tener una inclinación de diez grados. Debería controlar a la perfección los alerones para mantener el control de las dos ruedas cuando aterrizase.

Me dirigí hacia el extremo norte del circuito a una velocidad de 85 nudos. Reduje la velocidad, encendí los propulsores, corregí la posición de las ruedas traseras... Empujé el timón de profundidad con lo que el morro se inclinó hacia delante. Puse el motor al ralentí, y dejé que se posase y rodase hasta detenerse; no podía usar los frenos porque el circuito era de tierra. Eché un vistazo al piernógrafo, y pasé las páginas hasta llegar a la lista de instrucciones para apagar el motor. Lo apagué tras llevar el avión hasta el punto menos visible, que estaba en un extremo del circuito.

Ahora tocaba esperar. Cuando aterricé eran las nueve y media, y no veía el H2 por ninguna parte. Era difícil no localizar un Hummer de color amarillo canario, con más de tres kilómetros de visibilidad. Si John se acercaba, vería el avión y sabría que estaba cerca. Decidí buscar algo para poder cubrir el aparato, de forma que llamase menos la atención... tanto a los vivos como a los muertos. Era un circuito; estaba seguro de que debía de haber una lona en alguna parte. Agarré mi fusil y me dirigí hacia el área de mantenimiento. Tras la valla de tela metálica, vagaba un gran número de no muertos. Algunos arañaban la valla, furiosos por su incapacidad para atravesarla. Era consciente de que si llegaba el número suficiente de muertos vivientes, lo lograrían.

Me acerqué con cautela al área de mantenimiento. Me quedé delante de la puerta de acero y escuché... Oía el sonido de alguien que golpeaba metal; como si alguien en el interior aporrease el suelo con un martillo. Siempre he preferido el sigilo por encima de la violencia. Rodeé el edificio en busca de ventanas. Había una en la parte trasera, a dos metros y medio de altura. El único problema era que había un cadáver que se tambaleaba en la zona exterior de la verja. No podía avanzar hasta mí, pero si llegaba a verme, haría mucho ruido. La ventana tampoco me servía. Volví hacia la puerta, caminando pegado al muro.

El sonido se había detenido. Ya empezaba a joderme la mente. No pude soportarlo más así que abrí la puerta y eché un vistazo al interior. Estaba oscuro, excepto por un rayo de luz que penetraba por la ventana que acababa de ver. Olía a carne putrefacta.

Cerré la puerta de nuevo. Todos mis instintos me decían que olvidase de una puta vez el camuflaje para el avión, que no era tan importante, pero por algún motivo ignoré la lógica del proceso mental. Saqué la linterna LED y la encajé en el soporte de mi fusil. Encendí la luz y abrí un poco la puerta. Introduje el cañón del arma para que el oscuro garaje quedase iluminado. El hedor era insoportable.

Enseguida vi la fuente del ruido. Un mecánico muerto, aplastado por una grúa hidráulica,

estaba tumbado de espaldas al suelo; se había reanimado y golpeaba con una llave dinamométrica contra el suelo. De su cuerpo mutilado brotaba un gruñido grave cada vez que intentaba erguirse para mirarme. Se alargaba hacia mí. Lo que pasó a continuación, sucedió en un solo segundo.

Distinguí las marcas de mordisco, la carne que le habían arrancado en el rostro, en el cuello. No se lo había hecho a sí mismo, por lo que deduje que en aquella estancia debía de haber otro puto cadáver. Al final, la puerta se abrió de golpe y una de aquellas criaturas me derribó, seguramente la misma que se había zampado al mecánico para desayunar.

Lo único que impedía que aquel hediondo montón de mierda me arrancase la nariz de cuajo era que yo mantenía el arma elevada, separándonos. Lo aparté de mí de un empujón, pero aquella cosa, no podría decir si había sido un hombre o una mujer, logró agarrarme por la muñeca. Le pegué un buen culatazo con el fusil y se desplomó a un lado. Me puse en pie a toda prisa y le disparé una bala en la cabeza. Deseaba partírsela por la mitad, pero una parte de mí, todavía sensata, se hizo con el control y me recomendó que sería mejor no derrochar la munición de aquel modo.

La puerta del garaje se había cerrado. Y así se iba a quedar, joder. Oía el golpeteo de los puños contra ella. Había más allí dentro. Corrí al lateral del garaje; había visto unos cuantos bidones de aceite e hice rodar uno hasta la parte delantera. Lo coloqué ante la puerta, para impedir que lo que hubiese tras aquella puerta lograse abrirla y me amargase el día.

Se habían acabado las exploraciones. Volví poco a poco hacia el avión, mientras constataba que había convocado todo un séquito de admiradores al otro lado de la verja. Esperaba que hubiesen disfrutado del espectáculo de la ejecución que había ofrecido. Mordisqueaban el alambre, gruñían, golpeaban contra el metal. Ver aquella muchedumbre de maldad grisácea hacía que me sintiese muy intranquilo.

En aquellos momentos escuché el sonido de un vehículo que se acercaba. Me escondí tras uno de los tenderetes de los concesionarios para poder vigilar. El color amarillo confirmó mis sospechas: era John. Corrí hacia la verja de entrada para dejarlo pasar. Estaba cerrada con candado.

A regañadientes, preparé el fusil para disparar. Apunté a la zona que sujetaba la cadena y no a la cerradura... Con tres disparos, el candado se soltó de la cadena y cayó al suelo. Me decía a mí mismo que lo de disparar contra los cerrojos sólo funcionaba en las películas mientras sacaba la cadena y abría la verja.

John la atravesó a toda leche. Yo cerré con rapidez la puerta, volví a asegurarla con la cadena y corrí hacia el avión. Me había acordado que en la cabina había visto una prensa-C que sujetaba unos auriculares. La desenrosqué a toda velocidad y volví corriendo a la puerta. Ya había unas cuantas criaturas a un tiro de piedra. Deslicé los extremos de la cadena en la prensa y la enrosqué, hasta tensorlos. Aquello no detendría a una persona viva, pero dudaba de que aquellos miserables restos de humano averiguasen el funcionamiento del mecanismo.

Volví caminando al avión. John ya había aparcado. Le miré; le sangraba la mejilla. Le pregunté qué había pasado, y me contó que había tenido que parar a obtener algo de gasolina, y había acabado teniendo que disparar a tres muertos. Había matado al primero, pero al disparar por segunda vez erró el tiro, la bala rebotó en un murete de hormigón y una astilla le arañó la mejilla. Mató al último y se largó de aquel puto lugar. Por suerte ya había acabado de absorber la

gasolina cuando todo había pasado.

Cuando lo he visto, había temido que lo hubiesen mordido, que lo hubiesen arañado, que mi único amigo en el mundo se hubiera convertido en uno de ellos.

Le comuniqué a John que nos quedaba combustible para volar unas dos horas (apenas 190 millas náuticas, a una velocidad de crucero máxima de 95 nudos).

El avión estaba listo para despegar, pero decidimos que era mejor dejarlo allí, encaminarnos a casa e intentar planear nuestros siguientes pasos desde allí. Estábamos a tan sólo unos veinte minutos en coche de casa. Recogí mis cosas del Cessna y las guardé en el Hummer. Si teníamos que salir por el mismo camino por el que había entrado John, tendríamos que encontrar una forma de distraer a aquellas criaturas.

Me acerqué a la verja y capté su atención. Me usé a mí mismo como cebo para que me siguieran mientras John se preparaba para escapar en el Hummer. Me siguieron hasta el otro extremo del recinto. Esto me proporcionaba un tiempo de unos doscientos metros para volver corriendo, abrir la puerta, entrar en el coche, atravesar la abertura, salir del coche y volver a asegurar la verja. Ningún problema. Todo fue a pedir de boca. Nos encaminamos de vuelta a casa, esquivando coches, sobreviviendo.

Aquella forma de vida se había convertido ya en natural. Cuando llegamos a nuestro barrio, John avanzó por callejones y aparcó el vehículo en un solar en construcción. Sacamos las armas y los utensilios esenciales, y volvimos convertidos en sombras a casa de John. Durante el camino evitamos que algunos de aquellos seres nos viese. Saltamos el muro que rodeaba la finca de John y él corrió a buscar a su perra mientras yo comprobaba el estado del resto de la casa. La perra subió corriendo la escalera, saltó sobre John y le empezó a lamer la cara. Le sugerí a John que usásemos mi casa como base de operaciones, ya que yo seguía teniendo energía eléctrica. Después de todo, si íbamos a morir, mejor que estuviéramos juntos. Lo que llega a cambiar la perspectiva.

Durante todo el día, hemos pasado el equipo de John a mi casa, poco a poco, para evitar que nos descubrieran. Tengo la sensación de que nos iremos volando de aquí en breve.

**27 de enero.**

*17:13 h.*

Qué suerte que John sea ingeniero. Ha ideado un mecanismo de alarma que nos podrá salvar si es necesario. Se nos ha ocurrido hoy, cuando hemos tenido que salir para acabar en silencio con uno de ellos, que golpeaba con fuerza la puerta trasera. Lo he matado con un picahielos pegado con cinta aislante a una cañería de metal. Ha sido entonces cuando John me ha pedido la opinión sobre su plan: quiere conectar una radio a pilas al buzón de alguna finca que esté un poco alejada, a un par de casas de ésta. Tiene algo de cable en casa, en el sótano, y está seguro de que funcionará. Nos hemos colado en su casa para recoger algunos víveres más y el cable. El sótano está sembrado de cagadas de Annabelle.

Ha agarrado la radio a pilas, con función de despertador, el cable y un interruptor que ha arrancado de la pared de su casa, y ha preparado una especie de alarma con control remoto. Nuestra idea es que si aquellos seres nos asaltan de noche y hay demasiados, pulsamos el

interruptor para encender el artilugio, de forma que se sentirán atraídos hacia el buzón al fondo de la calle, a unas puertas de nosotros.

John lo ha preparado de forma que la radio-despertador quepa en el interior del buzón, para que la caja de metal amplifique el sonido. Lo hemos probado un momento, y ha sonado lo bastante fuerte. Tenemos que usar la función de alarma, ya que no queda nadie que siga emitiendo en ninguna frecuencia.

Hemos enrollado el cable en el poste del buzón y lo hemos desenrollado a lo largo del bordillo, para que quede fuera de la vista. El problema ha venido en el momento de hacerlo cruzar la calle e introducirlo por el muro de mi casa, para poder acceder al interruptor con facilidad. Hemos extendido el cable sobre el asfalto; a continuación, John y yo hemos agarrado unas palas y lo hemos cubierto de tierra. Así aquellas criaturas no tropezarán con él ni desconectarán el circuito. En total hemos desenrollado unos cien metros de cable.

He empalmado el interruptor para la alarma a una caja de conexiones de la cocina, con la ayuda de un imán.

Pasaré el resto de la noche intentando decidir adonde ir ahora. Tal vez nos quedemos por aquí un tiempo, pero tal vez vuelva a apoderarse de mí la sensación que me invadió ayer.

Después de acabar con nuestro pequeño invento, he comprobado el estado del Hummer con los prismáticos. Desde mi posición, sólo puedo ver desde los retrovisores laterales hasta el morro. Había tres o cuatro seres de éstos vagando a su alrededor, curiosos. Lo he apuntado mentalmente.

**28 de enero.**

*20:39 h.*

Mientras comprobaba la banda de emisión ciudadana, he descubierto algo asombroso. He interceptado una grabación que se emite por el canal 9 en el que se solicita a los ciudadanos que se presenten voluntarios para convertirse en miembros del «nuevo ejército». Están emitiendo una grabación en bucle con fecha de ayer. A cada hora en punto, la grabación hace una llamada para que alguien responda, pero hay algo que no me acaba de encajar. Si son una banda de militares abandonados, y piden refuerzos, ¿qué les ha sucedido a los miembros originales? ¿Muertos? ¿Ejecutados? La apagué hasta que faltaron diez minutos para las seis de la tarde. Y luego escuché a ver si había otra gente que se ofreciera voluntaria.

— [**\*\*Estática\*\***], Shane Stahl desde Concord, Texas. ¿Hay alguien?

— Sí, al habla el capitán Thomas Beverly, del 24.º Escuadrón de Tácticas Especiales. Me alegro de oírle.

La conversación ha seguido, se han intercambiado alguna información y han decidido un punto de extracción no muy lejos de casa de Shane, cerca de una torre de agua al lado de la carretera

interestatal. John y yo hemos hablado de este cambio en los acontecimientos, y hemos decidido que el mejor curso de acción sería seguir escuchando las conversaciones para recabar más información, hasta que tengamos la certeza de que este grupo independiente no es hostil y está formado por voluntarios abandonados.

He pasado una buena parte de la mañana leyendo manuales de aviación y procedimientos de emergencia. Quiero conocer a fondo los sistemas del avión la próxima vez que lo haga volar, por si acaso.

John y yo hemos pensado en posibles destinos para nuestra próxima salida. Contamos con dos opciones: continuar aquí y esperar que no nos superen, o salir con el avión y todo lo que podamos cargar en él, y dirigirnos hacia el sureste, hacia las islas ante la costa de Corpus Christi. En Corpus hay una estación aérea de la Marina. Estoy convencido de que allí podremos avituallarnos de combustible, o incluso encontrar un avión mejor.

Si decidimos escapar de aquí, tendremos que valorar muy cuidadosamente qué equipo nos llevamos en el avión y cuál abandonamos aquí. John y yo pesamos 165 kilos. Si a eso le sumamos el combustible y el equipaje, sólo podemos permitirnos volar con unos 180 kilos de víveres. Esto nos añade todavía más presión. Hemos empezado a hacer una lista de objetos que no podemos dejar atrás de ninguna de las maneras. John ha escrito: «perra, nueve kilos». He tranquilizado a John: no tiene por qué preocuparse. Annabelle se viene con nosotros.

**29 de enero.**

*12:50 h.*

Un grupo de motoristas ha pasado rugiendo por nuestro vecindario hace unos treinta minutos. John ha tenido que ponerle el bozal a Annabelle para que no empezase a ladrar. No creo que pudiesen oír los ladridos por encima del rugido de sus motores, pero mi filosofía de vida ahora es «nada de riesgos». He contado entre 70 y 80 motos mientras el convoy pasaba ante nosotros. Muchas iban con alguien de paquete. La mayoría llevaba un fusil o una pistola encajados en los manillares.

Me he fijado en algo que nunca pensaba que llegaría a ver antes de que estallase la epidemia. No eran sólo Harleys, sino que iban acompañadas por motos de carreras. Estoy seguro de que las usan como avanzadilla. Parecía un grupo duro; no he visto la necesidad de hacerles notar nuestra presencia.

*18:47 h.*

Los gemidos y el roce de los pies de los cadáveres resultan casi insoportables. Tres horas después de pasar la formación de motocicletas, las criaturas que sin duda los seguían han iniciado su lento desfile por el barrio. John y yo mantenemos el silencio. La luz del día se apaga, y hay demasiados para contarlos. Esto podría convertirse en algo peor de lo que habíamos imaginado.

No creo que noten nuestra presencia, pero no hay forma de estar seguro del todo. Veo que a veces miran hacia aquí, que chocan contra el muro de mi casa, pero hay tanto ruido que no puedo cerciorarme de si intentan entrar.

He ido a la habitación donde guardo las armas y he traído cuatro tapones de espuma para los oídos. Le he dado un par a John. Si queremos salir de aquí mañana, tenemos que conseguir descansar. John se los ha guardado en el bolsillo y ha asentido.

*22:13 h.*

Tenemos todas las cosas preparadas, por si debemos escapar en cualquier momento. Muchos monstruos han continuado su marcha tras los motoristas. Hay otros cadáveres que parecen perdidos, confundidos, y han acampado en nuestra calle. Vagan, caminan dando vueltas hasta que chocan entre ellos y cambian de dirección. Me recuerdan a las clases de física de hace años, en que veíamos cómo las moléculas chocaban entre sí siguiendo patrones impredecibles... Simplemente se movían por el portaobjetos. He calculado que debe de haber unos ochenta y cinco muertos vivientes; he tenido que contarlos a la luz de la luna y de las estrellas.

Nota mental: encontrar gafas de visión nocturna a la de ya.

Si hoy fuese un día normal, mis compañeros de escuadrón y yo estaríamos pillando una turca en algún bar del paseo del río. Es mi cumpleaños, y estoy seguro de que no habrían dejado que me quedase encerrado en casa. Bueno, supongo que la celebración tendrá que esperar. Me he bebido un chupito de whisky con John; hemos brindado por la supervivencia. Buenas noches.

# NOTICIA BOMBA

**30 de enero.**

*15:34 h.*

Malas noticias. Mientras examinábamos las frecuencias de televisión y de radio, nos hemos topado con la primera emisión gubernamental en semanas. La retransmisión se ha efectuado por todos los canales de televisión funcionales, además de por todas las frecuencias AM. Supongo que debe de ser porque el AM tiene más alcance que la FM. Era la primera dama. Con voz solemne nos ha comunicado a lo que queda de Estados Unidos que el presidente ha fallecido hace una semana, víctima de un ataque de las fuerzas de los no muertos. Las Fuerzas Armadas se han hecho cargo del vicepresidente: éste se encuentra en un lugar seguro. La primera dama ha seguido diciendo que sólo puede albergar los mejores deseos para América y para el mundo.

Ha advertido de la presencia de facciones militares rebeldes que han desertado durante las últimas semanas, y ha dicho que esperaba que recuperasen la cordura y volvieran a su lado, para luchar en nombre de su fallecido comandante en jefe.

Pero ha reservado lo mejor para el final.

Ha pedido que todo el que escuchase lo que tenía que anunciar a continuación hiciese lo posible para difundirlo al resto del mundo, ya que estaba segura de que no había muchos supervivientes que aún tuvieran electricidad o acceso a un televisor o a una radio.

Y ha soltado la bomba.

La Presidencia ha autorizado el uso de cabezas nucleares tácticas contra todas las metrópolis. El día 1 de febrero, a aproximadamente las 10.00 de la mañana (hora estándar central), una fuerza de choque compuesta por bombarderos de la Armada y de la Fuerza Aérea dejará caer varias cabezas nucleares de alta carga en los centros urbanos de mayor tamaño. Esperamos que este ataque defensivo nos dé la ventaja necesaria para recuperar nuestro país y el mundo entero. Nuestros vehículos no tripulados Global Hawk y Predator UAV han mostrado gran cantidad de no muertos en estas ciudades y en sus alrededores. Si pueden viajar y escuchan este mensaje, les pido que hagan todos los preparativos necesarios para evacuar su ciudad. A continuación emitiremos un listado con las áreas que recibirán el bombardeo. Por favor, consúltenla en la parte inferior de la pantalla de sus televisores.

Y hemos visto las lágrimas empapar su rostro.

No, no estaba de coña. Van a hacerlo. Me he quedado mirando la pantalla, con los dedos cruzados. Era consciente de que mi ciudad es la octava más grande de Estados Unidos. No albergaba falsas esperanzas. Mientras pasaban las ciudades con R inicial, John y yo hemos contenido el aliento. Allí estaba: San Antonio. John y yo nos hemos convertido en un objetivo nuclear. Mi casa está a treinta kilómetros de El Álamo... y El Álamo está en el centro de San Antonio. El radio de la explosión alcanzará un mínimo de cuarenta kilómetros, dependiendo de la cabeza. Apuesto a que no querrán correr riesgos, el radio de la explosión alcanzará casi ochenta

kilómetros.

En el mismo instante que estos pensamientos me cruzaban por la cabeza, en el televisor, mientras aún aparecían los nombres de las ciudades en la parte inferior, ha aparecido un listado de precauciones: «Distancia de seguridad mínima: 240 kilómetros de la zona cero». Esto significa que el gobierno va a usar bombas capaces de volar una montaña, que van a hacer todo lo que esté en sus manos.

He mirado a John. «Creo que ha llegado el momento de abandonar esta casa».

**31 de enero.**

*23:41 h.*

La situación no mejora. Ya hemos cargado el Hummer para emprender el trayecto de vuelta al circuito. Esta noche emprenderemos el vuelo. La luna está casi llena; la visibilidad para volar será muy buena. El texto en las emisiones de emergencia ha informado que los bombarderos dejarán caer señuelos de sonido en el centro de las ciudades designadas para atraer al mayor número de no muertos posibles, de forma que la efectividad de las bombas sea máxima. En el aviso también advertían que esto causará una mayor actividad en las filas de los no muertos. Alrededor del mediodía unos jets han sobrevolado la zona y han descargado. Los señuelos deben de emitir un sonido con muchos decibelios, porque se escucha desde aquí. Es como un gemido oscilante y agudo. A Annabelle no le gusta, pero ya se ha acostumbrado a oírlo; a pesar de todo, tiene el pelo erizado todo el rato.

Es difícil creer que en unos minutos vamos a dejar atrás enero. Mientras cargábamos el H2, hemos tenido que usar el «truco del buzón sonoro». Ha sido un par de horas después de que el ejército lanzara sus reclamos. Esas cosas han salido de la nada y han empezado a avanzar, arrastrando los pies, por nuestra calle. Hemos logrado realizar cuatro viajes antes de que las criaturas se cargaran el invento de John. Uno de ellos al final ha logrado arrancar el receptor del buzón y lo ha usado como porra; el buzón ha quedado abollado. Ya lo hemos cargado todo y ha llegado la hora de irse. Fuera está muy oscuro, y he apagado las luces para que cuando salgamos, nuestra visión nocturna natural ya se haya ajustado. John y yo nos dirigiremos con nuestro pequeño avión hacia el este. He estudiado y repasado los manuales; no queda mucho más que hacer, sólo contar las horas.

Tal vez carguemos un poco de sobrepeso en el avión. Da igual, conseguiré que despegue. Quedan diez horas para el fin del mundo.

# INVIERNO NUCLEAR

**1 de febrero.**

*04:30 h.*

Los tres, Annabelle incluida, nos hemos escabullido de casa a hurtadillas por la puerta trasera y hemos avanzado hacia el Hummer. Nuestros ojos ya se habían ajustado a la noche. Los de Annabelle también, porque nos ha advertido de la presencia de uno de los cadáveres oculto en las sombras. John me ha dicho que había notado cómo se le erizaba el pelo del lomo, la llevaba en brazos, y los dos hemos oído los quedos ladridos que soltaba al llevar el bozal.

Me he encargado de la criatura con un bate de aluminio y he seguido mi camino hacia el coche. Había algunos que deambulaban por la zona del vehículo, pero estaban a una distancia segura y hemos logrado montar en él. Incluso con las ventanillas cerradas oíamos el chillido de los señuelos sonoros. Los gemidos sobrenaturales de los no muertos se alzaban por encima del ruido de los reclamos.

El trayecto hasta el circuito ha sido tranquilo. He conducido a poca velocidad, con los faros apagados. Aparte de algunos choques de esas criaturas contra el guardabarros, no ha sucedido nada reseñable. La luz de la luna nos mostraba el camino.

Hemos llegado hasta la portezuela encadenada de la verja que lleva al circuito. He encendido los faros y he visto que la prensa-C seguía donde la había colocado. He salido del Hummer con el fusil preparado y me he aproximado al cercado; he desenroscado la prensa. Aunque no he visto a ninguno por los alrededores, podía olerlos y sentir su presencia en la distancia.

He vuelto a colocar la prensa cuando el Hummer ha atravesado la entrada. A un centenar de metros he distinguido la silueta de uno de ellos. No importa. Necesitarían ser un centenar o más para lograr derribar el cercado.

Hemos descargado el Hummer y hemos llevado los bultos al Cessna. He llevado a cabo las comprobaciones anteriores al vuelo y he preparado el avión para el despegue. Me he metido en la cabina y he comprobado el sistema de encendido del motor. No ha habido ninguna dificultad para ponerlo en marcha. Todo correcto con la presión y la cantidad de combustible. Hemos cerrado las puertas y he encendido las luces de despegue. Y me he acordado de lo que había encontrado allí hacía unos días. De aquel pobre mecánico apresado bajo una grúa; de aquel pobre hombre convertido en una cena.

Y me he acordado de mi enfrentamiento contra uno de ellos, y del bidón de aceite de 200 litros que hice rodar y que coloqué en la puerta principal, para evitar que nada más pudiese salir de allí.

Las luces de despegue apuntaban hacia la puerta. Estaba completamente abierta. El bidón había caído sobre un costado. Y en aquel momento he visto al habitante del garaje: con un golpe sordo en el cristal de la ventanilla del piloto, el engendro ha aparecido; babeaba, chupaba, presionaba los labios contra el cristal como uno de esos comealgas en un acuario. Me he cagado de miedo. No puedo creerme que me haya olvidado de comprobar el garaje hasta que he estado dentro del avión; eso podría haber supuesto mi fin. He empezado a rodar hacia el área de despegue. Aquel ser avanzaba tras el avión, y he intentado evitar golpearlo con el propulsor, ya

que no quiero arriesgarme a que se produzca ninguna avería.

He colocado el acelerador en posición de máxima potencia y he dejado que la energética mezcla del combustible alimentase el motor. Hemos empezado a avanzar. Las luces estroboscópicas anticolidión hacían que el estadio pareciese inmerso en una tormenta eléctrica. Miré por el espejo retrovisor y distinguí a dos monstruos dentro del perímetro, acercándose a nosotros.

50 nudos... 60 nudos... 70 nudos... He tirado de la palanca de mando y he empezado a elevar el aparato. Faltaba poco. El motor ha gemido por la presión cuando lo he puesto a la máxima potencia. Juraría que el tren de aterrizaje ha topado contra una de las gradas cuando empezábamos a sobrevolar las hileras de asientos.

Estábamos en el aire, en dirección sur-sureste hacia Corpus. Antes de salir de casa y coger el Hummer, John y yo hemos escuchado la tele y la radio, y hemos comprobado que no hubiese otra bomba nuclear destinada allí, con nuestros nombres escritos en ella. Pero no, no había ningún cambio en el nombre de las ciudades que aparecían en la zona inferior de la pantalla.

Supongo que Corpus no es lo bastante grande. De todas formas, sé que tienen las suficientes bombas atómicas para atacar todas las ciudades... supongo que lo que les faltan son pilotos.

Durante el trayecto, podíamos distinguir el débil resplandor de algunos faros en la carretera interestatal. ¿Serían otros supervivientes evacuando? Aterrizar en la carretera para ayudarles no serviría de nada, y lo más seguro es que tanto John como yo acabásemos muertos.

Volaba a 2100 metros, y seguía las Reglas de Vuelo Visual por costumbre. No creo que podamos chocar con otro aparato en el aire, ya que supongo que debo de estar en el único avión pilotado de toda Norteamérica, pero estoy seguro de que hay varios Predator no pilotados patrullando el cielo, informando del estado de los cada vez más numerosos muertos de la Tierra. A medio camino de Corpus he visto algo que no esperaba... Luces, luces eléctricas de verdad. Los incendios son algo habitual, a diferencia de la electricidad.

Según las cartas de vuelo nos acercamos a «Beeville, Texas», donde hay un pequeño aeródromo municipal. He comprobado el combustible y he determinado que nos iría justo, así que John y yo hemos decidido enviar un mensaje al aeropuerto, que tenía luces, para ver si podía aterrizar sin problemas. Sobrevolábamos la interestatal, en dirección sureste, cuando he virado hacia el aeropuerto municipal de Beeville. Milagrosamente, los satélites GPS siguen en funcionamiento, por lo que he introducido las coordenadas (28-21,42 N / 097-47,27 O). El monitor verde apuntaba en la misma dirección a la que yo me dirigía; íbamos bien.

Hemos llegado al aeropuerto unos ocho minutos después, como nos había indicado el GPS, y he bajado a 250 metros de altura para evaluar las pistas de aterrizaje. Están construidas de noroeste a sureste, y me he decidido por la pista 12, ya que el viento jugará a mi favor. Las luces de aproximación seguían encendidas, por lo que estaba convencido de que lograría aterrizar nuestro avión siempre y cuando no hubiese algún objeto extraño aparcado en medio del asfalto. Tras la pasada de inspección, he hecho que el avión virase para iniciar el aterrizaje. Al sobrevolar la zona, había localizado un camión de combustible cerca de la calle de rodaje.

He aterrizado el Cessna y he rodado hasta estar cerca del camión. He dejado el avión en marcha y lo he rodeado por la parte trasera, hacia el camión. Llevaba el fusil preparado por si algo iba mal. He encendido la linterna LED y su resplandor ha iluminado toda el área alrededor del camión. Me había olvidado de apagar las luces anticolidión, que me dejaban ver fogonazos de la zona cada dos segundos.

Me he acercado a la manguera, la he sacado de su soporte y he comprobado la presión de la bomba de combustible. Parece que no la habían apagado. No importa, porque no agotará la batería a menos que bombee constantemente. El camión llevaba bastante combustible como para cruzar el país dos o tres veces. Lástima que no me lo pudiese llevar todo. He vuelto al avión y he destapado el depósito del ala con ayuda de una palanca de madera que había en la puerta. No quería arriesgarme a que saltara ninguna chispa. Normalmente no repostaría con el motor encendido, pero tampoco quiero correr el riesgo de que este pajarito decida no volverse a poner en marcha. He llenado los depósitos a tope, hasta que el combustible ha empezado a rezumar por el ala. He vuelto a colocar la manguera en su soporte en el camión y he vuelto hacia el aparato. Con el ruido del motor no podía oír nada... pero mientras volvía hacia el Cessna, John hacía gestos frenéticos y señalaba hacia mí. Ha saltado del avión y se me ha acercado corriendo. Yo me he dado la vuelta y he alzado el arma por instinto. Justo a tiempo.

He apretado el gatillo y ha salido una bala a bocajarro que ha decapitado a la criatura. Es una suerte contar con John a mi lado, porque este saco de pus de dos metros tenía la altura exacta para arrancarme un trozo de cuello de un mordisco sin que yo me diera cuenta de qué era lo que me había golpeado. Ahora se había convertido en un pastel de gusanos que se estremecía entre convulsiones en el suelo. John me ha mirado preocupado y ha vuelto corriendo al avión, junto a Annabelle. A la perra no le gusta volar, y ya había vomitado dos veces durante el vuelo.

Hemos despegado y reemprendido nuestro viaje hacia Corpus. Según la carta de vuelo, está a 230 kilómetros de San Antonio. Necesitamos una distancia de seguridad mínima de 240 kilómetros. A las 3.15 ya volvíamos a estar en el aire, lo que se traducía en que quedaban seis horas y cuarenta y cinco minutos para que los bombarderos soltaran su carga. Una hora después de haber abandonado Beeville ya nos encontrábamos en el espacio aéreo de Corpus. Nuestro destino era la estación aérea de la Marina que hay al este de la ciudad, en la que seguramente sí que estaremos a la distancia de seguridad mínima de la zona cero. La estación aérea de Corpus Christi es una base de entrenamiento. Los aparatos que encontraremos allí no tienen importancia táctica; tan sólo son aparatos con un único motor de turbohélice.

Las luces de la base seguían encendidas. Deben de estar usando un generador. La mayoría de bases tienen fuentes de energía alternativas para contrarrestar el efecto de un ataque enemigo sobre la red de suministro. Cuando sobrevolábamos la base, hemos podido ver las consecuencias de la destrucción. El perímetro de la base había sido rebasado; había cientos de ellos pululando por la zona. Lo de siempre. He comprobado el aeródromo. Las luces de la torre siguen encendidas, y con sus señales blancoazuladas sueltan destellos.

Las luces del interior de la torre también están encendidas, pero no he podido ver nada de movimiento dentro del perímetro del aeródromo cuando lo hemos sobrevolado; hay una verja que separa el aeródromo de los edificios de administración y la torre. He distinguido unos cincuenta o sesenta aparatos de un solo motor aparcados en las calles de rodaje. La mayoría eran T-34c Turbo

para los entrenadores y T-6 Texans. Me gusta; estoy familiarizado con los T-34c y todos llevan paracaídas, a diferencia del Cessna. Hemos decidido aterrizar cerca de la torre, y pasar la noche refugiados en ella. Cuando hemos tomado tierra, he apagado rápidamente el motor; no quiero atraer a muchos engendros de éstos. La puerta de la torre estaba cerrada, pero no habían pasado el cerrojo. Como sospechaba, la torre está del todo abandonada. No hay señales de vida... ni de muerte. Hemos acarreado al interior comida y agua, y nuestras armas. Hemos cerrado y asegurado la puerta a nuestras espaldas. Es una gruesa puerta de acero. Aguantará.

# ZONA CERO

*10:30 h.*

John y yo nos hemos podido acostar alrededor de las 5.40. La torre estaba limpia, en silencio, segura... Me daba una buena sensación. He puesto la alarma del reloj a las 9.30, para tener treinta minutos de preparación antes del espectáculo. He encendido la radio: el mismo mensaje del otro día se repetía en un bucle. Alrededor de las 10.05 he notado que había sucedido: la onda expansiva debe de haberse desplegado a una velocidad inmensa. Se ha levantado viento y he visto que los árboles se inclinaban hacia el este; no era su balanceo natural. Tenía los ojos enfocados hacia el noroeste, hacia San Antonio. Lo he visto. Pequeño, a causa de la distancia, pero allí estaba.

Hemos sido testigos de cómo una enorme nube en forma de hongo de color naranja chillón se alzaba en el horizonte. Joder, deben de haber lanzado una gorda de veras para que haya podido verla, para que haya podido sentir el viento a más de 240 kilómetros de distancia. Hoy el día estaba claro, tranquilo. Era consciente de que el viento, a esa distancia, no sería radiactivo, aunque la fuerza que lo hubiese provocado sí lo fuese. Tan sólo esperaba que la nube radiactiva no se desplazase en dirección a nosotros.

Me he dado cuenta de que había algo que no encajaba. Houston está al noreste. John miraba en esa dirección, pero no ha habido ningún estallido. Vale que esté a 450 kilómetros, pero es raro. Igual se han retrasado.

La torre tiene electricidad, presión de agua y radio. Creo que nos quedaremos aquí a reflexionar sobre lo que ha sucedido.

**2 de febrero.**

*14:35 h.*

Al despertar esta mañana he agarrado los prismáticos para poder echar un buen vistazo a toda la zona. Lo primero que he comprobado ha sido las mangas de viento. Soplaba hacia el oeste. Buenas noticias: está noche no brillaré en la oscuridad. El aeródromo sigue seguro. Todas las estaciones aéreas de la Marina cuentan con verjas metálicas de dos metros y medio de altura para impedir el paso a cualquier persona no autorizada. A lo lejos, en la parte exterior del perímetro, puedo ver una gran cantidad de no muertos. No le prestan ninguna atención a la verja; tan sólo están allí.

Annabelle gimoteaba. John comprobaba las radios, así que he decido sacarla fuera, era el gemido típico de «tengo que mear». La he acompañado por la escalera y la he sacado hasta un pequeño recuadro de hierba que hay al lado de la torre, en dirección contraria a las pistas de aterrizaje. Ella ha hecho lo suyo y ha olfateado el aire. No es una perra muy grande, pero tiene buen olfato. Se le ha erizado de nuevo el pelo del lomo. Hemos vuelto a subir y he cerrado la

puerta de la torre a mis espaldas. Desde la torre contamos con una visión de 360 grados, así que he ido a la zona que da al cuadrado de hierba para ver si averiguaba qué es lo que ha molestado tanto a Annabelle.

No había nada. Seguramente ha sido la brisa, que transportaba alguna clase de hedor. Annabelle ya volvía a estar contenta, le he puesto agua y algo de pienso para perros. John llevaba sus auriculares y escuchaba con atención. En las torres de control todo el mundo lleva auriculares porque sería un caos si todas las radios emitiesen al mismo tiempo. Era evidente que John escuchaba algo que no era el sonido de la estática. Me he acercado al panel, he mirado en qué frecuencia se encontraba y me he sentado en otro terminal para escuchar.

Eran dos pilotos que hablaban entre ellos. Uno le preguntaba al otro si habían tomado una buena decisión. Debían de estar cerca de nuestra torre; de otro modo, no los hubiésemos captado. Seguramente pensaban que contaban con toda la intimidad del mundo... Por lo que podían saber, no quedaba ningún otro ser vivo en el área. Me preguntaba a qué se debían de referir. ¿Serían los mismos pilotos que habían soltado las bombas? Enseguida me han dado la respuesta: han continuado hablando y he descubierto que aquellos pilotos se habían negado a descargar la artillería. No consideraban que se tratase de una decisión acertada, así que en lugar de acatar las órdenes han escogido el exilio.

No les culpo. Son humanos. Como yo. No estoy seguro de que yo hubiese podido llevar a cabo un bombardeo. Me pregunto qué ciudades se habrán librado. Supongo que una de ellas es Houston, y tal vez también Austin. A pesar de todo, soy consciente de que la explosión de San Antonio se los habrá cargado a todos.

John y yo hemos podido traer toda nuestra comida y agua en el avión. Ahora el agua no nos supone ningún problema, pero seguramente la comida empezará a serlo en un par de semanas. Anoche los incendios del noroeste brillaban con mucha intensidad. Seguramente todo lo inflamable ya ha estallado en llamas. Apostaría que mi casa no es más que cenizas y polvo.

*21:43 h.*

Tras registrar toda la torre, John y yo hemos dado con un cajón de aluminio bastante grande cerrado con un candado. Hemos logrado abrirlo con la ayuda de unas tenazas que hemos sacado del armario de mantenimiento del piso inferior. Ha resultado ser un cajón de material, recubierto de espuma protectora, que guardaba en su interior gafas de visión nocturna. Había cuatro, de las que se usan en un solo ojo. Funcionan con pilas normales AA. Tendría que habérmelo imaginado: los controladores aéreos las usan para advertir a los pilotos de posibles obstáculos en la pista. La mayoría de torres militares las tienen. Ahora las tenemos John y yo. No tienen mucha percepción de la profundidad, pero, oye, me siento mejor con ellas.

Las hemos probado. Hemos apagado todas las luces y he ajustado el objetivo y el nivel de luz, sólo luz de estrellas. El aeródromo está bañado con un brillo verde. Nos van a ser muy útiles. Hasta he podido distinguir algunos ratones de campo que corrían por la pista, cerca de los aviones. Mañana saldré y comprobaré los aviones.

**3 de febrero.**

*15:23 h.*

Esta mañana he salido para comprobar el estado de algunos de los vehículos y escoger el mejor, por si John y yo tenemos que huir de allí. Estos turbopropulsores me inspiran más confianza que el Cessna, y al menos yo cuento con varias horas de experiencia a bordo de ellos. Todos parecían funcionar, pero examiné a fondo el que me pareció en mejores condiciones. Era el número 07. Más tarde, hemos planeado ir a los hangares para buscar equipo.

Mientras seguía fuera, he recorrido con mucho cuidado la valla del perímetro, aunque he evitado las áreas por las que las criaturas merodeaban, al otro lado de la verja. Es un aeródromo enorme. Desde el suelo, con la ayuda de los prismáticos, he observado algo de movimiento en el interior de uno de los edificios de administración; en concreto, en el tercer piso. ¿Alguien vivo? No estoy seguro. He vuelto en silencio a la torre y he advertido a John sobre lo que había descubierto. Empiezo a pensar que la única forma de acabar venciendo a estos monstruos es esperar a que se marchiten ellos solos. Será como un largo encierro.

Hacía tiempo que no pensaba en mis padres. No conservo muchas esperanzas al respecto de cuál habrá sido su destino. Le he dado vueltas a la idea de coger uno de los aviones y aterrizar en alguna pista cerca de casa, para sacar algo en claro. Pero no le podría pedir a John que me acompañase... De todas formas, sólo ha sido una idea pasajera.

**4 de febrero.**

*14:47 h.*

Hemos llenado de combustible el depósito de uno de los T-34. He comprobado el motor, le he enseñado a John cómo funciona el APU (la unidad de energía auxiliar). Los T-34c pueden ponerse en marcha con su propia batería, pero es mejor hacerlo con una unidad exterior que funcione con combustible. Después hemos encerrado a Annabelle en la torre y nos hemos preparado para ir a registrar el hangar. Igual encontramos algún equipo adicional que nos sirva de algo.

Nos hemos convertido en unos expertos: John abre la puerta y yo compruebo que la estancia está limpia. El interior del hangar parecía una ciudad fantasma. Avanzamos hacia una puerta con el cartel MANTENIMIENTO DEL EQUIPO DE VUELO. La puerta estaba medio abierta y las luces de dentro seguían encendidas. Me he precipitado al interior, con el arma en ristre. He estado a punto de disparar a un maniquí que estaba allí de pie, vestido con un traje de vuelo. Es demasiado pequeño para mí, pero me parece que a John le iría bien.

Tras comprobar que la estancia estaba vacía y cerrar la puerta, por si acaso, le he ordenado a John que desnudase el maniquí y que se probase el traje y el casco. He cogido uno de la hilera marcada como «mantenimiento completado», me he acercado a la radio de pruebas y he comprobado el micrófono de caña. Funciona a la perfección. He agarrado un par de chalecos de supervivencia, equipados con elementos esenciales, y también he cogido un modelo de T-34 de

madera, que puede serme de ayuda si tengo que explicarle algo a John. De una estantería colgaban unas llaves con el nombre: «camión de combustible».

Al volver a la torre, he empezado a instruir a John en las bases del vuelo. Me he ayudado de unos cuantos manuales y del modelo de madera para que se hiciese idea de los sistemas electrónicos y de cómo funcionan los controles de superficie de los aviones. Le he preguntado a John si le gustaría volar y comprobar cómo está todo en el exterior, como si se tratase de una misión de reconocimiento. Como estaba de acuerdo, nos hemos puesto los trajes.

*19:32 h.*

Hemos despegado alrededor de las 15.45 h. Hemos volado hacia el noroeste alrededor de 200 nudos para comprobar el daño de las explosiones. Sólo hemos tardado cuarenta minutos en llegar a las afueras; ya estábamos lo bastante cerca. La ciudad está en ruinas. Hemos volado a gran altura, a 3000 metros, para evitar la radiación residual, hasta que hemos decidido que lo mejor sería dar media vuelta. Cuando hemos llegado a una zona segura, hemos descendido a 600 metros. El día estaba claro y teníamos el sol a nuestra espalda. Hemos seguido la carretera interestatal.

John me ha pedido que inclinase el aparato para poder comprobar bien el terreno; he girado treinta grados. Hemos contemplado la interestatal. Las criaturas surgían de la ciudad, en un éxodo en masa. Me pregunto si las bombas atómicas habrán tenido algún efecto sobre las que no estaban cerca del punto de deflagración; dudo que la radiación les afecte de algún modo. Lo único que puede haberles afectado es el calor de la explosión. La distancia de seguridad mínima para cualquier ser humano era de 240 kilómetros, pero eso no se aplica a ellos. Habrán sobrevivido a tan sólo treinta kilómetros.

John ha sacado una instantánea digital de la huida de los fiambres. Hemos aterrizado cuando el sol empezaba a ponerse, y hemos rodado hasta el punto de aparcamiento cercano a la torre. Este lugar está completamente muerto. No hay señales de vida; sólo miles y miles de ellos vagando por campo abierto. Tarde o temprano las luces de Corpus Christi los atraerán hasta la ciudad.

**5 de febrero.**

*22:01 h.*

Aumenta su número al lado oeste de la verja. Ese lado está aproximadamente a cuatrocientos metros de la torre. Con las gafas de visión nocturna, contemplo cómo se acercan tambaleándose. La imagen verde y granulada me parece surrealista y perturbadora. Esta mañana, cuando nos hemos percatado de su presencia, hemos apagado las luces. Tengo la sensación de que se trata sólo de la primera oleada, que huyen de las grandes ciudades. Maldición, me hubiese ido bien que por Navidad me hubiesen regalado un contador Geiger. No realizaremos más viajes frívolos en el avión; no quiero que se pongan más nerviosos. Esta noche iré a explorar el edificio de oficinas en el que el otro día vi movimiento. Tengo la ventaja de la visión nocturna, por lo que supongo que

todo irá bien. Además, necesito pilas.

**6 de febrero.**

*4:30 h.*

Anoche fui solo al edificio de administración. John se quedó en la torre. Cuando abandoné el piso superior, cerré enseguida la puerta y encendí las gafas de visión nocturna. Aquella imagen verde y granulada que ya me era familiar ocupó todo mi campo de visión. Hacía que me sintiese invisible. El edificio está a unos buenos trescientos metros de la torre. El fusil era mi arma principal, pero también había cogido la Glock como refuerzo. Sólo me llevé 58 balas de .223 para el fusil, 29 en cada cargador. No me iba a la guerra; sólo quería buscar entre los restos de aquel edificio. Me llevé unos amarres de plástico negros y una cuerda que había encontrado en la torre. Por alguna razón, no creo que el «yo» de hace un mes hubiese abandonado la torre aquella noche. En el fondo de mi mente pensaba: ¿para qué seguir viviendo?

Me aproximé con cuidado a la puerta principal del edificio. Comprobé metódicamente las ventanas, intenté localizar algo de movimiento. Las gafas de visión nocturna son limitadas, y no pude ver nada en el interior de las ventanas hasta que estuve casi a tiro de piedra del edificio. No podía distinguir qué era lo que se movía allá arriba, en el tercer piso... Durante un segundo me pareció que podía ser la sombra de un ventilador de techo, iluminado por una especie de aplique. Eso es lo que deseaba que fuese. Me encontraba ante la puerta principal. No estaba cerrada con llave. Entré con cautela; escuché con atención e intenté captar el más mínimo sonido. Me recordó todas las pruebas auditivas que tuve que superar en el ejército. Estaba en completo silencio, como si fuese una habitación aislada. Tras atravesar el segundo juego de puertas, avancé hasta el centro de la estancia y me fijé en una escalera que, supuse, subía hacia el segundo y el tercer piso. Avancé otro paso y oí un estruendoso crujido bajo mis pies; había pisado un trozo de cristal roto, uno muy ruidoso. Fue entonces cuando empecé a oírlos.

Parecía un grupo formado por cuatro o cinco en los pisos superiores. Unos gemidos graves, unos pies que se arrastraban con lentitud, que se oían a través de las ruinas que tenía por encima. Era consciente de lo que era. Me habían oído y querían bajar al piso inferior para alimentarse con mi carne. Me di la vuelta rápidamente y me dirigí a la puerta; detrás de mí escuché el ruido de uno (o más) de ellos cayendo por la escalera. Sonaba como una bolsa de basura llena de hojas húmedas.

Corrí con todas mis fuerzas hacia la puerta. Tras cruzar el primer juego de puertas dobles, saqué un par de amarres negros y las dejé bien cerradas. Atravesé las siguientes, las que daban al exterior, e hice lo mismo. Eran de plástico grueso, y sabía que sólo los detendrían. Usé cuatro para las puertas exteriores. Cuando empezaba a alejarme, lograron abrirse camino por las puertas interiores y empezaron a golpear las exteriores, las que acababa de cerrar. Empecé a correr hacia la torre; escuchaba los fuertes golpes de frustración que resonaban en el aire mientras huía.

Y a continuación el estruendo del cristal rompiéndose. Miré a mi espalda y vi cómo uno de ellos se desplomaba desde la ventana del tercer piso. Todo aquel ruido debía de haberlos excitado. Llegué a la torre y corrí hacia el piso superior, en el que nos habíamos instalado John y

yo. Golpeé la puerta, y le grité a John que apagase las luces y que se pusiese las gafas de visión nocturna. Cuando vi que las rendijas de la puerta exterior se oscurecían, entré y comprobé si la criatura que había saltado por la ventana me había seguido.

Ni rastro de él. La puerta de abajo está cerrada. Si intenta entrar, lo oiremos. Por ahora estamos a salvo.

*15:34 h.*

John ha estado escuchando las radios, en los últimos días ha empezado a deprimirse por la muerte de su esposa, y comprobaba los diferentes canales; me ha llamado para que comprobase algo. Me ha contado que había visto algo arrastrándose por debajo de uno de los aviones, pero que ya no podía verlo. He cogido los prismáticos y he examinado el área que me ha indicado John. Es el cadáver que se lanzó anoche por la ventana. Se desplaza con los brazos, y arrastra las piernas paralizadas tras él. No me apetece nada la idea de tener que salir y matarlo. De todos modos, ahora no molesta a nadie.

**7 de febrero.**

*18:26 h.*

Movimiento... John y yo lo hemos notado hace unas horas. Con el ángulo de visión con que cuento no puedo ver si los amarres de plástico han logrado mantener cerrada la puerta de entrada. La mayoría de esos engendros se están reuniendo en la zona oeste de la valla. He salido a comprobar el aparato, a asegurarme de que está listo para emprender el vuelo cuando lo necesitemos. Cuando volvimos del viaje de exploración a la ciudad, no pude aparcar el avión demasiado cerca de la torre, porque la hierba que la rodeaba estaba húmeda a causa de una llovizna reciente.

Lo tuve que dejar a unos doscientos metros de la torre; ir a comprobarlo era un paseíto. He logrado acercarme sigilosamente al avión sin que tuviese lugar ningún incidente. No he visto el fiambre que se arrastraba por ninguna parte. El área vallada es enorme, y podría estar en cualquier parte. El camión del combustible está cincuenta metros más allá del avión. Me he acercado al vehículo y los he visto. El ángulo en que me encontraba antes me impedía verlos; he llegado a contar hasta diez en el interior del área vallada, vagando alrededor de un punto ciego en el edificio de administración. Ellos no me habían visto, pero si empujaba el camión hacia el avión, para llenar el depósito, lo harían. Se me revuelve el estómago sólo de pensar que tendré que hacerlo en la oscuridad, pero no hay otra forma.

21:00 h.

He cogido las gafas de visión nocturna y las llaves del camión que encontramos hace un par de días, y he salido a la oscuridad para llenar de combustible el avión. Tenía el arma preparada, y me he deslizado por el aeródromo, en dirección al camión; esta vez me he acercado por un ángulo distinto, para poder vigilar el edificio de oficinas mientras avanzaba. Ni rastro de ellos. He llegado hasta el vehículo, me he aupado hasta la ventana y he echado un vistazo al interior, por si acaso. Despejado. He abierto la puerta y lo he puesto en punto muerto. Nunca antes había empujado un camión tan grande; ahora sé la razón. No se puede. Tenía que encender el motor. Sé que las criaturas no me pueden ver en la oscuridad, pero no tengo ninguna duda de que me oirán.

A regañadientes, he sacado la llave del bolsillo y la he puesto en la ranura de ignición... He dudado unos segundos, pero después he empujado el embrague, he sujetado el freno y he girado la llave. Tras voltearla dos veces, el motor ha cobrado vida, he soltado el embrague y he avanzado hacia el avión. En el trayecto, he pulsado los controles de la bomba del vehículo, para que estuviese preparada cuando me apease del camión.

He frenado el camión, he saltado y me he dirigido hacia el avión. He podido ver algo que se movía en la hierba, a un centenar de metros. He ajustado la sensibilidad de mis gafas hasta que lo he visto. Era el engendro paralítico, sobre la hierba, que reptaba hacia la torre. Tendría que vigilar con él cuando volviese.

Entonces los destellos de la linterna de John han cegado mi visión a través de las gafas; era código Morse, no había duda.

D... E... T... R... Á... S...

Me he dado media vuelta y he visto a seis que se tambaleaban en dirección al camión. No había alternativa. He preparado el fusil y he corrido hacia el avión. He saltado sobre un ala y he abierto fuego contra ellos. He derribado a dos, pero un tercero se me ha escapado.

He tenido cuidado de no disparar a los dos que estaban justo en la línea entre el camión de combustible y yo. Tenía que cargarme a dos más antes de ocuparme de éstos. He acertado a uno en la cabeza y la frente se le ha abierto como una flor en primavera.

Los destellos que soltaba el cañón de mi arma estaban impidiendo el buen funcionamiento de mi visión nocturna. Tenía que ajustar el intensificador; lo que veía a través de la lente era mucho más oscuro cuando he derribado al cuarto engendro con un disparo en la cabeza y otro en el cuello. Quedaban dos; era demasiado arriesgado tirar contra ellos, pero se acercaban. Ya estaban en el avión. Estaban intentando trepar al ala. He disparado a uno en el hombro, con lo que le he hecho caer al suelo. El otro ha estado a punto de agarrarme de la bota antes de que pudiese volarle la cabeza.

El último cadáver, herido, se ha vuelto a poner en pie y ha alzado los brazos, como un monstruo de Frankenstein enloquecido, mientras se acercaba de nuevo a mí. He saltado del ala por el lado contrario al que estaba el no muerto, y lo he mirado mientras empezaba a rodear el aparato, hacia mí. Estaba oscuro, y aquella criatura seguía chocando contra el ala y el empenaje

del avión. He apuntado con mucho cuidado, para evitar dañar el aparato, y he disparado una vez. Se le ha separado la mandíbula de la cara, y la lengua, ahora huérfana, ha quedado colgando. Incluso con la limitada percepción del color que tengo con las gafas, era un espectáculo asqueroso. El monstruo ha dado un salto atrás, pero ha seguido avanzando; de su garganta escapaba un sonido borboteante. He vuelto a disparar contra el cabronazo ese, y he acabado con su miserable existencia.

He apartado todos los cadáveres de las cercanías del avión arrastrándolos por las piernas, y he empezado a llenar el depósito. He tardado diez minutos en completar la tarea. Durante este tiempo, no he parado de oír los gemidos de los no muertos que trae el viento. El sonido de los disparos los ha puesto nerviosos. Es un sonido terrorífico. Tras realizar el avituallamiento de combustible del avión, he vuelto a la torre. Sin dar ningún rodeo, pero esta vez tampoco he visto ni rastro del monstruo paralítico. Pero ¿dónde coño...? En el interior, durante la noche, estamos a salvo. Los gemidos continúan... Otra noche con taponos.

Reflexión de la noche: me he cargado a seis... Eso significa que dentro de la valla quedan cuatro y el «cojito». ¿Dónde se han metido?

## **8 de febrero.**

*18:22 h.*

Esta mañana me he despertado con el ruido de los golpes contra la puerta de acero que hay en el piso inferior. Sonaba como si hubiese más de uno. John y yo hemos descendido la escalera con mucha cautela. Por los sonidos, hemos calculado que hay varios puños golpeando la puerta. A través del acero se colaban unos gemidos graves. He comprobado la cerradura, para asegurarme de que aguanta. Es la única puerta de acceso a la torre.

La otra forma de salir de aquí es una caída de 60 metros por el balcón. Hemos bajado un escritorio pesado para colocarlo tras la puerta; he subido y he salido al observatorio. No he logrado ver la puerta por el pequeño tejado que cubre el área. Con los prismáticos he comprobado la valla oeste. Había todavía más, pero la verja aún resiste. Supongo que las criaturas que golpean la puerta son los restos de mi batalla de anoche. No quiero arriesgarme a abrir la puerta de abajo; no sé cuál es la mejor forma de encargarme de ellos.

## **9 de febrero.**

*21:42 h.*

El golpeteo se detuvo anoche; los no muertos del piso inferior deben de haberse cansado, seguramente porque ni nos han visto ni nos han oído. Tanto John como yo hemos estado completamente quietos, completamente callados durante todo el día de ayer. Hoy no ha sido necesario salir al exterior: ya hemos repostado el avión y todavía tenemos electricidad y agua corriente en la torre.

He aprovechado la ocasión para ducharme en el baño que hay un piso más abajo. Hay un fregadero muy hondo y una manguera. Los paneles del suelo son de plástico y tiene un sumidero en el centro; la estancia es un armario de mantenimiento. He alzado la manguera por encima de la cabeza y he tomado una agradable ducha. He tenido que usar una pastilla de jabón como si fuese champú, pero bueno, tampoco estamos para ponernos quisquillosos. Llevaba días sin afeitarme, y me ha gustado la sensación de la cuchilla en la piel. Después de lavarme me he sentido como un hombre nuevo. He aprovechado también para lavar un poco de ropa (en el fregadero, también con la pastilla de jabón) y la he tendido en la escalera para que se seque. Le he dicho a John lo de la manguera, pero no le ha interesado. Empeora por momentos, llora la pérdida de su mujer.

No tengo planes a largo plazo. El mundo se ha convertido en un lugar distinto. El alcance de un avión a turbopropulsor es de unos seiscientos cincuenta kilómetros, lo que nos proporciona algunas opciones. Hoy, durante un rato, hasta me he planteado ir en busca de lo que queda del estamento militar, aunque sería complicado responder a las preguntas que me formularían: «¿Cómo lograste sobrevivir en la base, hijo?». Casi me siento culpable por no haber muerto junto a mis compañeros. Eso me recuerda a un capítulo de *La dimensión desconocida* que vi antes de que todo se fuera a la mierda: era un episodio sobre un submarino del ejército que se había hundido, y sólo había sobrevivido un tripulante. El marinero se sentía culpable y no dejaba de ver a sus compañeros, muertos e hinchados, que le llamaban desde las profundidades.

Por favor, que no sueñe esta noche.

**10 de febrero.**

23:50 h.

La verja del área oeste puede caer. Ahora hay centenares alrededor del perímetro. Las luces de la ciudad los han atraído. Odiaría tener que salir de compras al centro de Corpus Christi en momentos así. He pasado la mayor parte del día con los prismáticos y he estudiado sus movimientos. He visto algunos pájaros que los sobrevolaban. Una de las criaturas no tiene brazos, y dos águilas se estaban aprovechando de ello; se habían posado sobre los hombros del cadáver y le picoteaban la carne del cráneo. El muerto mostraba los dientes y lanzaba mordiscos en dirección a ellos, pero no le servía de nada. Le está bien empleado a ese cabronazo.

John y yo hemos intentado establecer cuál será nuestro siguiente paso, pero la seguridad de la torre nos ha hecho caer en un falso estado de calma, de semitranquilidad. Si tenemos en cuenta el alcance limitado de nuestro avión y que hay áreas radiactivas, supongo, es difícil tomar una decisión. No sé cómo pilotar un helicóptero, por lo que si encontramos una isla, necesitaré suficiente tierra nivelada para aterrizar. Ha pasado casi un mes desde que los muertos empezaron a andar. He apreciado signos de descomposición en algunos de ellos, pero hay otros que parecen haberla diñado hoy mismo.

Tengo curiosidad por saber cómo afectará la radiación ambiental a los no muertos. Estoy seguro de que al estar en contacto con ella se verán afectados, pero ¿qué efectos tendrá la radiación sobre los cadáveres? ¿Destruirá la radiación las bacterias que provocan la putrefacción

natural del cuerpo? Me estremezco al pensar que las bombas que han lanzado pueden haber causado más daños que el bien que pretendían. Nos quedamos sin comida. Tal vez tengamos suficiente para una semana más. Debe de haber comida en algunos de los edificios que nos rodean, pero no estoy preparado para arriesgar mi vida para hacerme con ella; no tengo ninguna duda de que aún hay más criaturas atrapadas en los confines del perímetro.

He intentado evitar que el shock de todo lo sucedido me afecte durante mucho tiempo, pero no sé cuánto más voy a soportar antes de derrumbarme. Supongo que todo tiene que seguir su curso natural, pero no quiero que se me vaya la olla en el peor de los momentos. John sigue sin mejorar. Hoy he jugado con Annabelle, que lo necesitaba. Es una perrita muy buena; siente que tanto John como yo estamos al borde de la crisis nerviosa, pero no sabe qué hacer para ayudarnos. Hemos llegado a la conclusión de que uno de los dos tiene que vigilar el perímetro a todas horas. Voy a descansar un poco, y espero no tener la mente lo bastante embrollada como para no dormir. Mi turno empieza en cuatro horas.

**11 de febrero.**

*17:13 h.*

Con una variante del nudo llano, he atado tres sogas de nailon de 30 metros para crear una cuerda de escape, por si la necesitamos. Como he atado unos nudos más en medio de la cuerda, cada noventa centímetros, incluyendo los que unían una soga con la otra, la longitud de 90 metros se ha visto reducida; de todos modos, si la atamos al balcón y la dejamos caer, llega al suelo. Tengo la certeza de que esos engendros no pueden trepar, pero de todos modos la he recogido, la he enrollado y la he guardado ante la puerta del balcón atada a una cañería exterior que sobresale.

La valla todavía aguanta y los mantiene en el exterior, aunque el único motivo de que sea así es que no están seguros de que haya comida en el interior. Supongo que si nos viesan aquí dentro, si descubriesen dónde nos encontramos, derribarían la verja sin más complicaciones... John y yo no pasaríamos un buen día. Pero creo que estamos lo bastante alejados de la verja oeste como para que nos logren ver. Hoy he limpiado las armas y le he enseñado a John a manejar el CAR-15. También he descubierto un acceso al techo de la torre. Supongo que servía para que el personal de mantenimiento pudiese subir allá arriba para arreglar las numerosas antenas y receptores. He trepado por el acceso para comprobarlo. Está al menos tres metros por encima del balcón.

Soy consciente de que ha pasado más de un mes desde que se realizó alguna tarea de mantenimiento en cualquiera de los aviones, por lo que hoy he salido, me he acercado a hurtadillas al avión y he sacado los paracaídas del piloto y del copiloto, para comprobar que siguen en perfecto estado. Si tenemos problemas con el motor, al menos todavía tendremos una posibilidad de sobrevivir. No he visto a los engendros sueltos que hay dentro del cercado, al menos cuatro, a los que hay que sumar el paralítico, aunque tampoco he intentado localizarlos. Me he llevado los paracaídas a la torre. Los he inspeccionado correctamente, y al ver que no tenían ningún desperfecto me siento más seguro en caso de tener que hacer despegar el avión (el número 07) de nuevo, cuando nos acucie la necesidad. Sigo vigilando la zona oeste; sigo asegurándome de que la barrera aguanta.

**12 de febrero.**

*19:13 h.*

En el interior de la verja oeste hay pájaros muertos. Los he visto hoy con los prismáticos; he contado seis. No parece que se los hayan comido, es como si se hubiesen muerto allí. Están en el suelo, a poco más de un metro de la masa de engendros. No puedo distinguir qué especie de ave son: son negros, lo que elimina a la mayoría de aves de presa. Supongo que no es algo de lo que deba preocuparme mucho, pero aún pienso en las águilas negras que se posaron sobre los hombros de la criatura sin brazos y le arrancaban tiras de carne. Hoy no ha pasado nada más. La valla todavía aguanta.

Esta noche saldré para cargar el resto de munición y de víveres en la carlinga. Me moveré en completo silencio, y prestaré mucha atención a los muertos que no tenemos localizados y que vagan por el interior del perímetro. La única cosa que hace reaccionar a esas criaturas es la carne viva. No las he visto intentando comerse las unas a las otras. Hay algo que debe atraer a esos engendros fuera de mi vista. Annabelle duerme. Ojalá gozara de la despreocupación de un perro. La ignorancia es una bendición.

*21:22 h.*

Estoy temblando. No he tenido miedo a la oscuridad desde que era un niño, pero todos mis miedos se han recrudecido hoy. He cargado todos los objetos en la bodega del avión. Estaba nublado y la luna era casi nueva, por lo que la oscuridad lo envolvía todo. Y mis gafas se han ennegrecido del todo. Llevaba pilas conmigo, por si algo parecido llegaba a sucederme, pero no me imaginaba que se gastarían con tanta rapidez. He empezado a sacarlas, con torpeza, en medio de la oscuridad. Estaba a más de cien metros de la torre. Mientras seguía allí sentado, en la oscuridad, e intentaba encontrar cómo colocar las pilas, he empezado a escuchar el ruido de algo que se arrastraba. Mi mente me jugaba una mala pasada.

El miedo escalaba posiciones... Por fin he logrado colocar las pilas correctamente, me he puesto de golpe las gafas de visión nocturna en la cara y he ajustado el intensificador. Cuando la imagen, verde, granulada, se ha puesto en marcha, he comprobado mi perímetro. Nada. Toda esta situación ya me supera. He corrido hacia la torre, he subido la escalera y me he sentado. John examinaba uno de los mapas que encontramos hace unos días. Me he acercado para mirar por encima de su hombro y he visto el lugar que ha señalado con un círculo: Mustang Beach.

No está muy lejos de aquí.

**13 de febrero.**

*20:13 h.*

Fuera está muy oscuro. Hace mucho frío, sobre todo en el interior de la torre. Supongo que si volviésemos a encender las luces, el ambiente se caldearía un poco, pero las criaturas que hay al otro lado de la valla oeste se pondrían nerviosas. Lo más seguro es que las vieran. Al anoecer he ascendido por el acceso al techo y me he quedado absorto mirando las estrellas. No hay ninguna luz encendida en el interior del perímetro, John y yo nos dedicamos a apagarlas cuando vimos que los muertos empezaban a reunirse en masa en la verja oeste, por lo que la Vía Láctea se distinguía perfectamente.

Creo que John ya se está recuperando de su bajón emocional, que ya empieza a superarlo. Hoy incluso me ha hecho un par de bromas. No he abandonado la torre para nada, pero tendría que devolver los paracaídas al avión para que tengamos menos cosas que cargar el día que partamos. Todavía estoy asustado por lo de anoche, así que lo de los paracaídas tendría que esperar un poco. Aún me intriga lo que hay en la zona oeste para que las criaturas se amontonen allí y no en ningún otro lugar. Me encantaría poder disfrutar de comida de verdad. Cuando John comprobaba los canales de radio, ha oído una emisión de un avión de las Fuerzas Aéreas que sobrevolaba el área. Hay un dato clave que John me ha comunicado que me ha dejado preocupado: el piloto ha tenido que volver para ahorrar combustible. Ha insistido en las pocas reservas con que cuentan en la base. Todo esto indica que están racionando el combustible, así que están confinados en un área que no está del todo accesible. El gobierno, o al menos esa parte, está tan atrapado como nosotros.

Cada vez me parece mejor la idea de ir a una isla cerca de la costa de Texas. El único problema es que será difícil conseguir víveres suficientes con sólo dos personas inspeccionando los despojos.

**14 de febrero.**

*14:40 h.*

La verja está empezando a abombarse hacia el interior; no sé cuánto tiempo aguantará en pie. Ahora o nunca. He comprobado las mangas: sopla un fuerte viento de este a oeste que cruza el aeródromo. Despegaremos tan pronto como me salga de los cojones.

# TORRE

**15 de febrero.**

*22:43 h.*

La situación es crítica. He dejado de sangrar, pero la cabeza aún me da vueltas por la pérdida de sangre. Lograron abrirse paso justo cuando estaba escribiendo la entrada de ayer. No me di cuenta de que estaban en el interior del perímetro hasta las 14.45 h. Entonces ya era demasiado tarde. Tanto John como yo los vimos: una sección de alrededor de un centenar de metros de la verja había cedido y estaban penetrando en el aeródromo como hormigas de fuego.

Reunimos todos los objetos esenciales, al menos, los que creíamos que necesitaríamos, y fuimos hacia la puerta. Embarcaríamos en el avión y escaparíamos de allí. Cuando llegamos a la planta baja y abrimos la puerta, ya había cuatro esperándonos. Cerramos de golpe y colocamos el escritorio que habíamos bajado hacía unos días delante de la entrada.

Joder, estábamos atrapados como putas ratas, y esos cabrones lo sabían. No pasó mucho tiempo antes de que comenzásemos a escuchar los gemidos de centenares de esas criaturas y que empezase el golpeteo incesante contra la única puerta de acceso. La torre tenía 60 metros de altura y una sola salida. Me asomé al balcón y confirmé mis peores sospechas.

Había literalmente trescientos congregados alrededor de la puerta exterior, así como ante la zona cubierta de la torre. John le puso el bozal a Annabelle, que estaba empezando a enloquecer. Agarré la cuerda y miré hacia abajo, para ver dónde iría a parar si la lanzaba. Nada. Volví a guardar la cuerda en el balcón, con amargura, porque no iba a ser posible descender por ella sin que al menos cien engendros nos viesan y nos atacasen antes de que tuviésemos la posibilidad de alcanzar el suelo.

Entonces la situación se hizo todavía más complicada. Oíamos el sonido chirriante del acero al combarse en el piso de abajo. Había tantos que la masa bruta se abría camino a la fuerza. En ese momento me di cuenta de que estábamos jodidos del todo. Miré a John y le dije: «No estoy preparado para morir». «Yo tampoco», contestó él, y los dos corrimos hacia la puerta que comunica con la escalera y empezamos a lanzar por ella televisores, escritorios y sillas. Con eso ganaríamos algo de tiempo. Cerramos la puerta, que se abría hacia fuera, gracias a Dios.

La puerta de la planta de arriba no era tan robusta como la exterior. Cuando la atrancamos y le colocamos el último escritorio que quedaba delante, empezamos a oír el chasquido metálico de los zapatos sobre los escalones. John metió a Annabelle en su mochila y abrochó la cremallera hasta llegar al cuello de la perra. Le hice un gesto, para que subiese por la escalerilla del techo e hiciésemos una cadena. Yo le pasaría los víveres y los demás objetos.

John esperaba con Annabelle metida en la mochila en el peldaño superior. La perra notaba nuestro miedo y no cesaba de gimotear. Primero le entregué los dos objetos más importantes de mi plan: los dos paracaídas que todavía no había devuelto al avión. Después un paquete con seis botellas de agua, las gafas de visión nocturna y unos cuantos paquetes de MRE. Por alguna extraña necesidad, le entregué el maletín que contenía mi portátil. Al final, todas nuestras armas y la mayor parte de nuestra munición; al fin y al cabo, aunque disparásemos todas nuestras balas,

todavía quedarían centenares en pie.

Ya estaban ante la puerta del piso superior. En medio de la puerta había una ventanita rectangular de 15x25 cm. Veía a la perfección cómo un engendro apretaba la cara contra el cristal reforzado, cómo mostraba los dientes, cómo intentaba descubrir qué había en el interior. Empezó a dar golpes y a gemir cuando me vio. Los otros le imitaron enseguida. John acabó de trepar hasta el tejado; subí detrás de él. Hacía viento, como anteayer. Buenas noticias, seguramente.

John se descolgó la mochila, y la perra, de la espalda y le dio la vuelta, para podérsela colgar del pecho. Le ayudé a ponerse el paracaídas y con algunos amarres se lo ató sin dificultarle mucho la capacidad de movimiento. Le di unos consejos esenciales de cómo quitarse el paracaídas una vez hubiese aterrizado en el suelo.

Le expliqué que era básico que desatase las dos tiras interiores antes de la pectoral. Asintió para comunicarme que lo había entendido, y yo me incliné para coger mi propio paracaídas. Del interior de la torre nos llegó el sonido de cristales rotos. Debían de haber arrancado el cristal reforzado del marco. Esperaba que esas criaturas no fuesen capaces de subir por escaleras de mano. Sujeté mi fusil con los mosquetones de la mochila, y aseguré la culata en la anilla de mi pecho. Llevaba el cuchillo enfundado en el cinturón, para poder agarrarlo enseguida cuando llegase al suelo.

Yo iba a ser el primero en saltar... En ese momento volví a escuchar el ya familiar sonido del acero al combarse, el chirrido que emitía el escritorio al arrastrarlo por el suelo. No teníamos ninguna forma de atrancar la escotilla de acceso al tejado desde fuera. Era muy sencillo: si podían trepar, llegarían aquí arriba. Una última lección para John: «Asegúrate de tirar de los elevadores para frenar la caída». Le describí el aspecto que tenían los elevadores.

Hice que John me observase mientras yo avanzaba poco a poco hacia el borde del tejado. Aún oía todo el ruido que hacían ellos debajo de mí, el ruido que hacían al intentar localizar su comida. La puerta del balcón se abrió de un empujón. Por alguna razón no parecían tan putrefactos como creía. Calculé que en aquel momento en el interior de la torre debía de haber doscientos muertos vivientes.

John se inclinó y los vio. Palideció de miedo. No era sólo miedo a que se lo comiesen vivo... sino a saltar de la torre, romperse ambas piernas y no poder defenderse... Yo era consciente de lo que estaba pasando por su cabeza, porque yo también pensaba lo mismo. En ese momento la escotilla de acceso al techo se elevó y volvió a cerrarse con un chasquido. Clang... Clang... La alianza de una criatura resonaba al chocar contra la escotilla, al alzarla unos cuantos centímetros y dejarla caer de nuevo con estruendo cada vez que la mano la empujaba hacia arriba. Durante un instante lograba ver la exangüe mano, cuando el peso de la escotilla volvía a empujarla hacia abajo. Estuve a punto de perder los nervios.

Logré que John me volviese a prestar atención y le mostré cómo tirar de la anilla de apertura del paracaídas piloto. El piloto es un paracaídas pequeño que captura la fuerza del viento y jala el resto de la tela, hasta sacar todo el paracaídas. El piloto del tipo que llevábamos se activaba con un muelle: se tiraba de la anilla y salía disparado, capturaba el viento y desplegaba el resto. Comprobé la manga de viento que había al otro lado del aeródromo... Podíamos saltar. Miré al suelo. Había demasiados, pero parecía que la mayoría ya se había metido en la torre. Tiré de la anilla y me mantuve en el borde, para no caer antes de que todo el paracaídas se desplegara.

El viento lleno el paracaídas principal y me alzó por los aires literalmente. Vi cómo la escotilla se abría del todo y oí el estruendo al golpear contra el tejado cuando cayó a un lado. John estaba justo detrás de mí. Las criaturas del balcón vieron cómo John y yo saltábamos y empezaron a gritar. Alcé la mirada cuando sus manos, estiradas hasta el límite, se alargaban para intentar agarrar la tela del paracaídas.

A cada pocos metros había ventanas que daban a la escalera. Maldición: estaban trepando unos encima de los otros para llegar arriba. Muchos iban vestidos con uniformes militares. Mis cálculos de que había unos doscientos se habían quedado cortos: por la forma en que estaban apilados en la escalera, debía de ser casi un millar. Floté poco a poco hacia el suelo durante lo que me pareció una eternidad. Cada ventana ante la que pasábamos al descender era como una instantánea, un Picasso de rostros muertos, de extremidades entremezcladas... Volví a la realidad al chocar contra el suelo. No fue un aterrizaje suave, pero no me rompí nada. Solté los amarres del paracaídas y di una voltereta para escapar de la tela. Desenfundé el cuchillo y esperé a que John aterrizase. Las criaturas se acercaban.

Cuando John llegó al suelo, empezó a desembarazarse del paracaídas. Ninguno de los dos quería que el viento nos arrastrase hacia un grupo de aquellos monstruos. Tuve que ayudarlo y rasgar el arnés de nailon con el cuchillo. Le pedí a John que agarrase uno de los extremos de la tela. Corrimos hacia un grupo de engendros que se interponían entre nosotros y el avión.

John comprendió cuál era mi plan. Atrapamos al menos a diez criaturas en el paracaídas estropeado; los rodeamos y atamos el arnés rasgado con el paracaídas piloto. Por suerte, con nuestro salto desde el techo, nos habíamos acercado cincuenta metros en dirección al avión. Corrimos todo lo rápido que pudimos. Con todo el movimiento, la perra resbaló de la mochila de John y cayó al suelo. John estaba delante de mí, por lo que pude recogerla al pasar. Estaba tan asustada que intentó treparme hasta la coronilla. No la culpo, joder. Sentí la orina caliente que me caía por el traje. Se había meado encima.

Llegamos hasta el avión, abrí la mampara de la cabina y lancé todas mis cosas en el asiento trasero. John y Annabelle saltaron en la parte de atrás y le recomendé a John que se pusiese el cinturón. Salté al asiento del piloto, cerré la cabina y pasé el cierre. Recordé la secuencia de arranque de la lista de comprobación, y por costumbre, empecé a recitarla en voz alta mientras llevaba a cabo la secuencia...

- 1.-Encender el reloj.
- 2.-Interruptor de arranque.
- 3.-Baterías por encima de los diez voltios.
- 4.-Luz de ignición encendida.
- 5.-Luz de la presión del combustible apagada.
- 6.-Presión del aceite aumentando.
- 7.-NI sobre el 12%.
- 8.-Palanca de condición a posición paralela.
- 9.-Indicar que todo va bien al señalizador.

Casi me reí al recordar este paso. No había ningún señalizador, aunque estaba seguro que el muy cabrón estaba allí fuera, en alguna parte, buscándonos. Coloqué la palanca de condición a máxima potencia y sentí como el propulsor agarraba aire.

De ninguna manera podría haber evitado lo que sucedió a continuación. Había cincuenta de ellos acercándose a nosotros. Lo único que podía hacer era colocarme en posición de despegue. Uno, que estaba cerca del morro, se acerco a la hélice. Siempre me había preguntado cómo sonaría, pero ahora ya lo sabía: era como un triturador de verduras. El cadáver perdió todo el hombro izquierdo. Comprobé las revoluciones de la hélice; habían bajado un poco pero volvían a aumentar hasta estabilizarse en 2200 rpm. No quería golpear a ninguno más. Pulsé los pedales, alejé el morro de los cadáveres e hice rodar el aparato hasta colocarlo en posición de despegue. Llegué a rozar a algunos más, pero nada tan bestia como el primero.

Comprobé la presión del combustible, perfecta, todo estaba en verde, empujé la palanca de energía al máximo e inicié el rodaje de despegue. 50 nudos... El indicador de velocidad se puso en marcha, 65 nudos... 70 nudos... Uno se quedó pegado en el ala izquierda, pero la cadera se le quebró, por fin, antes de alcanzar los 80 nudos. Al llegar a los 85, tiré de la palanca hacia mí: ya estábamos en el aire. John se había puesto el casco; yo cogí el mío, lo llevaba sobre el regazo, y me lo puse. Comprobé con John el funcionamiento del sistema de comunicaciones interno. Me recibía, pero por la forma en que hablaba era evidente que en estado de shock. Además, por el retrovisor veía que tenía los labios morados.

Lo peor de todo era que no teníamos ningún lugar al que ir. Mientras nos elevábamos, volví la vista hacia la torre. El techo estaba lleno de no muertos, y caían por el borde como si fuesen lemmings. Yo intentaba pilotar el avión y consultar la carta de navegación al mismo tiempo. Avanzaba a bandazos, y por los auriculares del casco oía cómo John vomitaba. Era un sonido divertido, pero no quería burlarme de él. Encontré un aeródromo abandonado llamado «Isla Matagorda» a unos ciento cincuenta kilómetros al noreste de nuestra posición. Lo marqué en la carta con un bolígrafo rojo. Parecía que había muchas islas alrededor, y no estaba muy alejada de Corpus, por lo que seguramente la energía eléctrica seguiría funcionando.

Volamos al noreste durante unos veinte minutos a 180 nudos cuando empecé a tener problemas de propulsión. El motor funcionaba correctamente, pero la hélice estaba perdiendo su ángulo de incidencia, por lo que no agarraba el aire necesario. En poco tiempo, empezó a colocarse en paralelo a mí. Estaba convencido que el problema lo había provocado el cadáver que habíamos triturado. No tenía elección. Tenía que hacer que el avión planeara, ya que el aceite del control de ángulos de la hélice debía de estar perdiendo presión. Coloqué la hélice en paralelo con ayuda de la palanca y reduje el motor a trescientas libras-pies de torque.

Según la carta de navegación, debería ver la pista de aterrizaje, pero todavía no la veía. Descendí a 900 metros para poder planear correctamente. Lo que tenía ante mí, por debajo de mí, parecía una zona turística, con un montón de hoteles en primera línea de mar. Gracias a Dios, era febrero, y no estábamos en temporada alta. En ese instante, tuve que tomar una decisión. Podía buscar otro lugar para aterrizar o pasar de todo e intentarlo en la calle. Abajo vislumbré algunas criaturas, pero no era nada comparado con la cantidad de la que habíamos logrado escapar. Sin una hélice en buen funcionamiento, jugábamos en tiempo de prórroga. Tenía que hacer descender el aparato. Tiré de la palanca hacia mí y hacia la izquierda, para que virase en esa dirección, y

planeé hacia un encuentro con la carretera que había debajo en un ángulo de aproximación de 180°. El morro y el motor apuntaban hacia abajo, pero en cuanto estuve cerca del asfalto, elevé el morro a toda prisa y tomé contacto con el suelo con el tren de aterrizaje.

Pisé los frenos e intenté conducir las alas por entre los postes de teléfono. El depósito seguía lleno de combustible y no quería que aquello se convirtiese en una pira sólo porque una de las alas decidiese pegarse un encontronazo con uno de esos postes. Durante el avance, me llevé por delante con el ala derecha una de las criaturas, que quedó doblada. Se había golpeado la cabeza con tanta violencia contra el ala que cuando la parte superior del cuerpo chocó contra ella, murió al instante y dejó un pudding de sesos marronzcos esparcidos sobre ella. Comprobé la velocidad: 50 nudos. Frené hasta detener el avión; el área que nos rodeaba estaba despejada.

Le hice a John una señal para que saliese. Dejé el motor en marcha, para que el ruido del avión camuflase nuestra huida. Saltamos al exterior, cogimos todas las cosas y nos dirigimos hacia una señal que indicaba el PUERTO DE ISLA MATAGORDA.

Y aquí estamos ahora...

Me arañé la pierna con el parachoques cortante de un coche accidentado cuando llevábamos sólo cinco minutos fuera del avión. Era un trayecto largo, casi un kilómetro y medio de calles, playas y patios, pero al fin llegamos aquí. Se trata de un puerto marino decente, con un trasbordador bastante grande y una tienda de regalos. La electricidad todavía funciona. El puerto está abandonado. Es como si el capitán se hubiese suicidado. Su cuerpo hinchado estaba tirado sobre un escritorio, en el despacho principal; lo que quedaba de su cerebro estaba desperdigado sobre un calendario abierto por enero. El televisor seguía encendido, pero sólo se recibía nieve.

**16 de febrero.**

*19:12 h.*

Hoy me siento muy débil. Si no fuese por John, ya estaría muerto. Annabelle duerme junto a mí. Fuera está muy oscuro; llevo todo el día desmayándome y volviéndome a despertar. Se me ha infectado la pierna; necesito antibióticos. En un cajón del escritorio del capitán de puerto encontramos algo de whisky. Lo he estado usando todo el día de desinfectante y calmante. Mañana John hará una incursión en solitario para encontrarme medicamentos y tratar la infección. De momento no corremos peligro.

Ayer seguimos oyendo el ruido del motor del avión todavía en marcha durante al menos dos horas antes de que se apagase. De todas formas, sólo era chatarra; estoy seguro de que no queda nadie vivo que sepa cómo arreglarlo.

**17 de febrero.**

*22:20 h.*

Hoy ya me siento mejor. Hemos oído el sonido de un motor que nos ha parecido una moto de

cross. John ha encontrado un botiquín de primeros auxilios en el transbordador. Dentro no había antibióticos en pastilla, pero sí algunos para uso tópico. He mantenido la herida limpia, la he lavado varias veces al día y me he aplicado la pomada. Parece que va haciendo efecto. Todavía está muy enrojecida, y me duele alrededor del corte. Anoche oímos algo en medio de la oscuridad. Nos pusimos las gafas de visión nocturna para intentar localizarlo, pero resultó ser sólo un mapache que buscaba algo de comer. Mañana intentaré empezar a caminar, para no quedarme demasiado entumecido. Necesitamos empezar a examinar toda el área; aquí estaremos seguros sólo por un tiempo.

# EL CABALLERO OSCURO

**18 de febrero.**

*23:03 h.*

El viento transportaba el sonido de algunos disparos esporádicos. En la radio del puerto hemos recibido una llamada de ayuda de una familia en las afueras de Victoria, Texas, a 80 kilómetros de nuestra posición actual. La señal era débil, y aunque hemos intentado responder, no nos han recibido y han seguido transmitiendo su llamada de ayuda una y otra vez como si nosotros no estuviésemos. Lo he meditado durante un rato, pero he decidido que no vale la pena recorrer 80 kilómetros a través de territorio hostil para encontrar un grupo de gente que puede estar muerta cuando lleguemos. Es triste. Antes era más compasivo, más caballeroso. Supongo que después de ser testigo de tantas cosas malas que les han sucedido a gente buena, ya no te quedan muchas ganas de serlo tú. Están atrapados en el ático, y las criaturas rondan a su alrededor. Y ya sabemos quién aguantará durante más tiempo.

Espero que tuviesen tiempo de llevarse todos los víveres básicos al ático cuando el mundo se fue a la mierda. Hay algo que me reconcome, como si un eco de mi antiguo yo me ordenase hacer algo. Tal vez me quede algo de conciencia... aunque lo dudo.

Ya puedo caminar, aunque aún no me atrevo a correr. John y yo hemos aflojado la cadena que mantenía la plataforma flotante unida con tierra firme. Hemos encontrado un poco de cuerda en el cuarto de mantenimiento de las oficinas del puerto, y la hemos usado como parte de un mecanismo para mover el puente. John y yo la hemos estado ideando hoy. Cuando estamos aquí, lo único que tenemos que hacer es tirar de la cuerda y la plataforma flotante se aparta de la costa, por lo que esos cabronazos lo tendrán complicado para llegar hasta nosotros. Espero que no sepan nadar.

**19 de febrero.**

*15:25 h.*

Hemos mejorado mucho en la seguridad del área. En el puerto deportivo hay varios botes pequeños. Hemos arrastrado hacia nuestra localización los que nos han parecido más útiles. Quiero comprobarlos todos al mismo tiempo, para evitar tener que poner en marcha los motores en diferentes momentos y hacer demasiado ruido. Esta mañana he visto un grupo de ocho muertos que vagaban por la calle, a unos cincuenta metros del borde del agua. Lo único que me ha preocupado es que me ha parecido que se movían a más velocidad que las criaturas con las que nos hemos encontrado hasta ahora. No es que corran, ni tan sólo que avancen al trote... pero es que tampoco andan. Se me ha encogido el corazón al comprobar lo rápido que iban.

He cruzado la pasarela del transbordador que hay junto a las oficinas del puerto. Es de tamaño medio, y con capacidad para hasta veinte vehículos. Supongo que lo usaban para cruzar el canal hasta tierra firme.

He subido a la cubierta superior y he comprobado el puente de mando. He encontrado unos prismáticos, me dejé los míos en la torre, y los he usado para seguir observando la manada de muertos. Después he recorrido con la mirada toda la playa, y he comprobado las ventanas de los hoteles. No hay señales de vida. He contado hasta cinco habitaciones en el quinto y el sexto piso del hotel más cercano, el hotel LaBlanc, que seguían ocupadas. Eran clientes muertos, putrefactos, que nunca harían el check-out.

Estos prismáticos son especiales para el servicio marítimo. Son grandes, pesados, con mucha capacidad de aumento. No es muy cómodo llevarlos encima, pero son geniales para examinar la zona. Tres monstruos se han quedado quietos ante una ventana y han mirado hacia fuera. Había uno que parecía mirarme fijamente a mí. Los otros dos han seguido dando vueltas dentro de la habitación. Me pregunto cómo debieron de morir.

Tengo la pierna mucho mejor, y creo que ya podré correr, si es necesario, en un par de días. No nos queda comida, por lo que asaltaremos la máquina de golosinas hasta que pueda correr; entonces iremos a registrar la ciudad. Sólo pude salvar 500 balas para el CAR-15. A John le quedan unas mil para semiautomática del.22.

*22:23 h.*

Hace una media hora he oído un ruido. He encendido las gafas de visión nocturna y me las he puesto, esperando volver a ver un mapache. Pero no... Hay cuatro criaturas en el borde del agua, que miraban hacia nosotros. No emiten ningún ruido, tan sólo están de pie, y balancean los brazos inquietantemente ante la orilla. Nosotros mantenemos todo el silencio que nos es posible. Yo ahorro la energía de las pilas y apago las gafas, pero cada chapoteo de agua que oigo cuando las olas rompen contra el pontón, se me antoja como uno de ellos que nada hacia nosotros.

**20 de febrero.**

*18:54 h.*

Me he pasado la noche despierto. La niebla que se levantó del agua después de la medianoche me hizo imposible poder ver lo que pasaba en la orilla. Cuando esta mañana se ha alzado el sol y ha deshecho la niebla, los he buscado. A lo lejos he oído algunos ruidos: parecía como si alguien hubiese tropezado con latas. La pierna ya casi no me duele. Hoy nos hemos alimentado con barritas de caramelo revenidas y refrescos. Me ha hecho pensar... que seguramente ya nunca más los fabricarán. Es deprimente. Necesito encontrar un reloj nuevo, porque no le he cambiado la pila al que llevo desde hace dos años. Supongo que lo incluiré en mi «lista de saqueo». Claro que robar para sobrevivir no es saquear, aunque la diferencia sea muy leve. No planeamos saquear una joyería, pero no voy a dejar de apropiarme de nada que pueda salvarme la vida.

Por cierto, para alegrar un poco el asunto, John y yo hemos encontrado una emisora de radio que todavía emite música. Es una lástima que esté automatizada y que emita en un bucle que se

repite cada doce horas, pero es bueno para la moral. Estoy contento de que todavía funcione. Hasta podemos imaginar que es en directo. Ayuda... un poco.

**21 de febrero.**

*08:00 h.*

Necesitamos provisiones con urgencia. Tenemos agua de sobra en el puerto gracias al depósito de agua potable, pero nos estamos alimentando a base de caféina y azúcar. Nos sería muy útil contar con un mapa detallado de la zona, aunque lograr encontrarlo puede resultar fatal. Esta mañana, a primera hora, cuando empezaba a brillar el sol entre la niebla, he oído como una gran cantidad de seres caminaban por la calle que hay ante el transbordador. Se desplazaban juntos por alguna razón. Parecía que el mismo ruido que ellos provocaban los atraía. No he podido ver a todo el grupo, pero he calculado que debían de ser unos centenares.

John y yo hemos escogido el mejor bote de entre los que acercamos a nuestra zona hace unos días. He comprobado el tanque de combustible y he visto que estaba en tres cuartos. He ido a comprobar si la bomba de combustible que hay en el puerto todavía funcionaba. He entrado en las oficinas, para localizar los interruptores de funcionamiento. El interruptor de la bomba 2 estaba encendido.

Me he acercado a la bomba para usar la 2 para repostar el bote. Nada; aunque la bomba funciona, no salía combustible. Debieron de secarlo cuando el mundo se fue a la mierda. He vuelto al interior de la oficina para poner en línea la bomba número 1. He presionado la boquilla de la manguera, que ha bombeado unos cuantos segundos antes de que no saliese nada de combustible... Ha surgido un arco iris de gasolina que ha caído sobre la superficie del agua. En otra época, eso me habría costado una buena multa. Con unos cuantos bombeos, he acabado de llenar el depósito. He encontrado un par de bidones de plástico en el puerto, los he llenado y los he atado al interior de la lancha.

John ha vuelto al interior, ha cogido mi fusil y ha apuntado hacia la orilla mientras yo trabajaba. Seguimos sin tener ni idea de si los muertos serán capaces de cruzar el agua. Ayer, cuando escuchábamos las últimas emisiones radiofónicas de música de la humanidad, encontramos una caja de metal con llaves al lado de la oficina de administración. Todos los barcos tienen un número de registro pegado en el lateral del casco con cinta adhesiva reflectante, así que no nos ha costado mucho encontrar la llave. He encontrado la que pone «Shamrock 220», y he salido para intentar ponerlo en marcha.

El extremo final de la lancha se había deslizado, y ahora estaba frente la puerta de la oficina cuando yo he salido. El nombre del bote estaba pintado en la parte trasera en forma de semicírculo. Se llamaba Bahama Mama. He saltado a popa, me he dirigido al timón y he colocado la llave. John seguía sentado en el muelle, con sus entrenados ojos centrados en las hileras de hoteles y en la calle. He colocado la palanca de marchas en posición de encendido y he girado la llave. Al segundo intento se ha puesto en marcha sin ningún problema; lo he dejado ronronear durante cinco minutos.

Me he sentado y le he dedicado una sonrisa a John, celebrando la suerte que hemos tenido. He

vuelto a girar la llave a la posición de apagado, y cuando el motor se ha callado hemos descubierto el ruido que había estado cubriendo. Unos estremecedores gemidos, como los gritos en un estadio de fútbol, resonaban en todos los edificios de la playa. Desde el interior del puerto oíamos la respuesta de Annabelle. Estaba totalmente histérica a causa de aquel ruido incesante, y a mí se me erizaron todos los pelillos de la nuca. Ahora que sabemos que el motor funciona, ha llegado el momento de trazar un plan para reunir víveres. Saldremos por la mañana.

**22 de febrero.**

*04:40 h.*

A medida que pasó el día de ayer, la costa se convirtió en la zona de reunión de al menos cincuenta de aquellos seres, que suplicaban por nuestra carne. Hay algo en ellos que no cuadra. Ahora la cantidad se ha visto reducida a apenas veinte. Bahama Mama & Co. Parte en busca de víveres.

# EL ÉXODO DEL BAHAMA MAMA

**23 de febrero.**

*20:06 h.*

Con ayuda de las gafas de visión nocturna, ayer por la mañana preparé el barco para poder salir a primera hora de la mañana. Alrededor de las 4.30 empecé a cargar barritas de caramelo, agua embotellada, munición y algunos bidones más de combustible. También cogí una palanca de acero, por si necesitábamos forzar alguna puerta para entrar en algún edificio. John preparaba un pequeño refugio casero para Annabelle. Sería peligroso llevarla con nosotros, y aquí, entre los límites de nuestro escondrijo flotante, la perra estaría bien.

Alrededor de veinte muertos vagaban por la costa, cegados por la noche, esperando poder vislumbrar su presa. En el cobertizo de mantenimiento encontré unos remos de plástico, y también los guardé en el bote, con el mayor de los sigilos. Nunca se sabía. Subimos a la lancha y soltamos amarras. Encendí de mala gana el motor y comprobé el movimiento en la línea de la costa. Algunas criaturas se sacudían salvajemente y dos se habían adentrado en el agua, que les cubría hasta las rodillas. Pensar que tal vez estaba disminuyendo su pavor al agua hizo que una serie de escalofríos me recorriese la columna vertebral.

Cuando partimos nos dirigimos al oeste. Había encontrado una carta de navegación especial para trayectos acuáticos en las oficinas del puerto. Qué lástima que no hubiese un mapa de Isla Matagorda. Aunque conocía la forma general de la isla, no tenía ni idea de los detalles. Ahora nos dirigíamos hacia la bahía de San Antonio. Avanzábamos con lentitud, para no desperdiciar combustible, y vigilábamos los posibles peligros que podían aparecer repentinamente entre la bruma mañanera.

Por lo que mostraba la carta de navegación, nuestras opciones eran muy evidentes. Navegaríamos hacia la bahía de San Antonio, y después podíamos decidir avanzar hacia la costa este o la oeste. Al oeste había un pequeño pueblo, según la carta, llamado Austwell; al este estaba Seadrift. Ni John ni yo los conocíamos, así que nos pusimos de acuerdo en dirigirnos a Seadrift, sin ningún motivo en concreto. Tal vez, por el nombre que significa «Flujo marino», se nos antojó que estaría mejor habilitado para atracar.

El sol ya se alzaba sobre el horizonte al este y nos caldeaba la espalda cuando tuvimos Seadrift a la vista. Había varias dársenas largas, lo que debía de proporcionar mejores atraques para los barcos pesqueros. Apagué el motor y empezamos a remar hacia el muelle. No nos podíamos permitir el lujo de hacer ruido.

Examiné la costa con los prismáticos que había encontrado en el transbordador. Estaban allí. Podía ver cómo aquellas carcasas lamentables vagaban sin rumbo arriba y abajo por la calle principal que recorría toda la bahía. No eran muchos, pero sí los suficientes para darnos problemas. El letrero del muelle decía: "Centro de pescadores del muelle". Uno de los barcos atracados contaba con una tripulación de cadáveres. John y yo vimos a tres muertos vivientes que recorrían la cubierta de un barco pesquero, a sólo cuarenta metros de nosotros. Nos vieron, y uno de ellos se lanzó hacia nosotros hasta caer por la borda; desapareció en las turbias aguas de la

bahía.

Mientras remábamos hacia el muelle, vimos una pequeña tienda de comestibles y cebos justo en el embarcadero. Amarramos el Mama con una soga a una distancia prudencial. John y yo, con mucho cuidado, nos apeamos sobre las gastadas planchas de madera del embarcadero. Yo había agarrado la palanca y me la había colgado del cinturón. Cada crujido que se oía nos parecía tan fuerte como un trueno. El sonido de los muertos que caminaban por el otro barco era mucho más fuerte que el nuestro, pero el ambiente permanecía silencioso. No había sonidos de la naturaleza, no se oían motores. Incluso el sonido del agua que rompía contra la orilla parecía silenciado.

La pasarela que llevaba al barco en el que todavía quedaban dos cadáveres seguía colocada en su lugar. Eran una amenaza. Hice que John atrajese su atención: empezó a mover los brazos mientras yo me deslizaba hacia la pasarela de madera que conectaba el muelle con la embarcación y, con cuidado, la tiraba al agua. El chapoteo sonó más fuerte de lo que había imaginado, y los dos engendros se volvieron enseguida hacia mí gimoteando con el quejumbroso sonido que ya me era tan familiar. La cubierta del barco en el que estaban los dos cadáveres estaba rodeada de cangrejos; en la popa se amontonaba una gran cantidad de peces muertos.

El hedor era insoportable. Los cangrejos pinzaban los pantalones de los muertos. Había algunos caparzones inmóviles tirados sobre la cubierta. Les habían arrancado las pinzas, y las conchas estaban rotas. Al volver a observar los rostros de aquellas criaturas no muertas, me fijé que les faltaban algunos dientes o que tenían algunas piezas rotas. Los muy gilipollas habían intentado comerse los cangrejos.

Decidimos alejarnos de aquella extravagante tripulación y nos dirigimos a la tienda de comestibles. Con las armas preparadas, nos acercamos a la puerta principal. Nada se movía. Joder, qué hambre... y pensar en toda la comida que debía de haber allí dentro sólo conseguía empeorar las cosas. Con el brazo derecho sujetaba en alto el fusil, mientras con la mano izquierda alzaba la barra de acero negro. El establecimiento no era mayor que un campo de tenis. Las contraventanas a prueba de huracanes estaban cerradas, lo que impedía que pudiésemos ver lo que se cocía en el interior; la única pista era a través del cristal de la puerta principal. Dos carteles colgaban de la puerta, por dentro: CERRADO y SE NECESITA AYUDANTE. Este último se quedaba corto.

Me acerqué a la puerta, cogí el pomo y tiré de él. Nada. Tendría que ser a las malas. Coloqué la barra entre la puerta y el marco y empecé a empujar. En esta ocasión no me pillarían por sorpresa. Volví a pensar en el Wal-Mart... parecía que hubiesen pasado años. Miré hacia el interior, nervioso, intentando captar el más mínimo movimiento, mientras gruñía e intentaba abrir la puerta. John se había convertido en un buen hombre para llevar en la retaguardia: me cubría, mientras intentaba localizar movimiento. Tras unos cuantos minutos de lucha con la puerta, logré abrirla.

La tienda estaba sumida en la oscuridad, y hacía mucho calor en su interior. Olía a fruta podrida. Encendí la linterna que llevaba montada sobre el fusil. Paseé la luz por toda el área e intenté escuchar cualquier cosa que se saliese de lo normal. John y yo cogimos un carro cada uno y nos acercamos a la sección de alimentos en conserva. Los llenamos en silencio con todo lo que todavía se podía comer y beber; empezamos con los alimentos imperecederos. Todo el pan estaba mohoso, pero algunas galletas estaban bien conservadas. Obviamente, todo lo enlatado seguía

bien.

Todo lo que contenía la sección de refrigerados estaba podrido. Enfoqué con la linterna los cristales de la puerta y vi las botellas de leche amarillenta, el queso enmohecido. Y algo más me llamó la atención. Algo se movía en el congelador. Siempre había sabido que había algo de espacio en el fondo para que los reponedores pudiesen guardar la mercancía. Parece que el reponedor y un amigo suyo seguían allí. La luz los excitó y vi cómo empezaban a golpear las estanterías llenas de leche. A través de una de las secciones, uno de ellos empezó a arrastrarse entre las estanterías, y acercarse hacia la puerta de la nevera ante la que nos encontrábamos.

Decidimos que había llegado el momento de irnos. Condujimos los carritos hacia el frente y examinamos el área, para comprobar si había señales del enemigo. Abrí la puerta; John fue el primero en salir. Mientras le seguía, vi cómo, en el fondo del establecimiento, la puerta del congelador se abría, y escuché el sonido de un cuerpo al caer al suelo. Era el reponedor, dispuesto a ofrecerse si podía ayudarnos en algo.

Corrimos de vuelta al embarcadero, a toda prisa. Los carros hacían mucho ruido, y no quería esperar a ver en qué acababa todo. Cargamos rápidamente la lancha con las provisiones. Detrás de nosotros, la puerta de la tienda de comestibles se abrió lentamente y distinguí la figura pálida de la criatura que había estado atrapada en la sección de refrigerados. Saltamos en el bote y enseguida nos alejamos del puerto. Remábamos con todas nuestras fuerzas, y nos detuvimos cuando ya habíamos avanzado diez metros.

Había llegado el momento de tomarse un respiro. Con el cuchillo abrí una lata de buey estofado y me tragué el contenido. John me imitó. Nos quedamos sentados y bebimos algo de agua embotellada mientras nuestro amigo del muelle nos deseaba buen viaje a voz de gemido. La criatura tenía un aspecto terrible: le faltaba una mano y media mandíbula. Llevaba un delantal blanco, largo, con algo escrito con sangre. Saqué los prismáticos para leer lo que estaba escrito:

«¡Si lees esto, mátame!».

Sonreí al leerlo, y pensé que me habría gustado conocer a ese hombre mientras estaba vivo; apreciaba su sentido del humor. Apoyé el fusil en el hombro, y escogí la posición de un solo disparo. Apunté y disparé al reponedor en la cabeza. John me miró, y me preguntó «¿por qué lo has hecho?» con la mirada, pero yo sólo pude devolverle la mirada y responderle: «Un cumplido profesional a nuestro amigo... tan sólo eso».

Durante el viaje de vuelta a nuestro baluarte marino no sucedió nada reseñable. Cuando faltaban unos cuatrocientos metros para llegar al muelle, apagamos el motor y avanzamos con los remos. No había más seres en la orilla, seguramente porque habían seguido el sonido del motor cuando nos alejábamos esta mañana. Descargamos en silencio la comida y la bebida. Le había llegado la hora de cenar a Annabelle. Es curioso pensar que seguramente ahora se alimenta con mejor comida que antes de que sucediese todo esto.

**24 de febrero.**

*20:47 h.*

John y yo hemos estado hablando sobre nuestras familias. Le he comentado que estaba

preocupado por la mía, que dudaba de que hubiesen sobrevivido a esto, a pesar de vivir en un lugar apartado. John me ha hablado de su hijo, de lo orgulloso que se sentía de él, de cómo había conseguido una beca en Purdue. Y ha seguido con detalles sobre una reciente reunión familiar, y cómo su mujer no soportaba a su madre. John ha querido saber por qué me alisté: mi historia es la de un joven y pobre pueblerino americano que deseaba servir a su país y que ascendió por el camino largo por los diferentes rangos.

Aunque ahora mi rango no importa mucho, claro.

Estoy seguro de que en un lugar apartado del noroeste de Estados Unidos el rango todavía importa, pero no aquí, en este puerto deportivo de una isla sin nombre. También le he confiado a John las razones por las que no permanecí en la base, junto a mis camaradas. He tenido que hacer una pausa, y preguntarme a mí mismo si no debería haberme quedado y luchado hasta el final. A veces lamento no haber estado en la base con los demás soldados, y así se lo he dicho a John. Pero lo que importa ahora es que yo estoy vivo y ellos no. Prefiero ser una aguja en un pajar que un gilipollas en una fortaleza. Siempre tendré que vivir con mi decisión, pero al menos estoy vivo para hacerlo.

John me ha mirado y me ha dicho: «Lo dices como si te acusara de haber desertado». Me he disculpado, pero se trata de un asunto delicado. Supongo que sí soy un desertor. Pero ¿quién queda vivo para juzgarme? Supongo que si las cosas vuelven a la normalidad, yo... No sirve de nada pensar en ello.

Se me ha encogido el corazón al pensar en mis padres encerrados en el ático, rezando, pidiendo ayuda. Mi imaginación ha reproducido a la perfección su ropa sucia, su pelo apelmazado, sus cuerpos secos por la desnutrición. He tenido que frenar mis pensamientos para evitar tomar una mala decisión. Ir a rescatar a mis padres, que se encuentran a cientos de kilómetros de aquí, sería un suicidio. ¿Cuánto tardó toda esta devastación en alcanzar las zonas más apartadas de Arkansas? No pasó mucho tiempo desde que empecé a verlo por las noticias hasta que llegaron a mi calle, hasta que empezaron a arañar mi puerta.

Es una decisión que hay que tomar en frío. Si quiero sobrevivir, no puedo permitir que la emoción me dicte hacia dónde dirigir mis pasos. Incluso en el mejor de los casos, un pequeño error de juicio puede significar la muerte. Si al final decido viajar hasta Arkansas para comprobar si mis padres siguen con vida, cada una de las decisiones que tome debe ser perfecta, desde los lugares elegidos para pasar la noche hasta las tiendas en qué me abastezca de comida.

¿Qué es lo que falló? No sé por qué he tardado casi dos meses en empezar a reflexionar sobre ello, pero ¿qué puto enfermo iniciaría algo así? Supongo que alguien muy enfermo. ¿Estaba alcanzando el hombre los niveles de la divinidad? Tal vez era algo mucho más grande... No quiero pensar en esto ahora mismo, ya que sólo conseguiría ponerme a maldecir y a gritar, y si se trata de algo mayor, no quiero que esa fuerza superior me castigue por insubordinarme a ella. Por ahora, seguiremos con este acuerdo tácito. Si existes, de momento nos dejaremos en paz el uno al otro... Ya te informaré cuando esté preparado para conocerte.

No temo a la muerte.

**25 de febrero.**

*19:32 h.*

La costa estaba despejada esta mañana, cuando he sacado a Annabelle para que estirase las piernas un poco en la dársena. He hecho que pasease arriba y abajo por la pasarela de madera. Se ha engordado un par de kilos, y necesita hacer algo de ejercicio. Le he puesto el bozal, para que no ladre fuerte. El puerto está formado por una serie de muelles que, desde el aire, deben de parecer una «H». La oficina flotante está situada en uno de los lados de la «H», y sólo una rampa flotante es lo que unía esta isla artificial de madera, metal y polietileno a la isla de verdad.

He paseado con la perra alrededor del perímetro de los muelles. Ayer, agarré una larga caña de pescar de uno de los barcos e intenté tocar el fondo del mar, en la punta del muelle más cercana a la costa, pero no lo alcancé. Eso significa que el agua tiene casi tres metros de profundidad. Por algún motivo tenía miedo de que fuesen capaces de vadear el agua y trepar hasta aquí. Tras mi pequeña prueba de profundidad, me siento un poco más seguro.

En la segunda vuelta alrededor del puerto, Annabelle ha empezado a olfatear el aire y se ha repetido la ya familiar escena del pelo de su lomo erizándose. Los sentía. El viento llegaba desde la costa, y nos encontrábamos en medio de las ráfagas. La he cogido y la he llevado al interior. Me he asomado a la ventana que da a la línea costera y he esperado, mientras le contaba a John la reacción de Annabelle en el exterior. John también se ha acercado a la ventana, y nos hemos quedado observando.

Primero hemos escuchado el sonido... un ruido traído por el viento que me recuerda al de un barrendero, a lo lejos. A continuación se ha acercado la gran masa, que se tambaleaba con lentitud, caminando. No había forma de contarlos, y era consciente de que si lo deseaban, podrían llegar hasta nosotros, aunque estuviésemos refugiados en el puerto. Cuando he visto que pasaban de largo de nuestra zona, he pensado en las maratones de las grandes ciudades. Sólo haría falta que se apilasen unos sobre otros, en el agua. Me estoy cansando de huir, pero aunque esta isla sea bastante grande, estoy seguro de que no encontraremos suficiente munición ni suficientes armas para cargarnos a todos. Si hubiésemos podido pasar unos cuantos días más en la torre de control de Corpus para trazar un plan. John capta algunas señales débiles de los supervivientes atrapados en el ático. Eso también me pone de los nervios.

**26 de febrero.**

*09:35 h.*

Esta mañana, John y yo hemos estado controlando la radio. Parece que nuestros supervivientes del ático siguen bien. Todavía no hemos podido hablar con ellos mediante nuestro transmisor. El hombre se llama William Grisham y es quien emite todo el rato. En algún momento he oído una voz femenina de fondo, pero no he logrado distinguir si se trata de una niña o de su mujer. Dice que no están infectados, y que tienen comida y agua suficiente para una semana, pero que los sonidos de los cadáveres debajo de ellos los están volviendo locos.

Cree que no pueden sobrevivir ni escapar de allí sin ayuda. He examinado la carta de

navegación; podríamos ir en lancha hasta Seadrift, buscar un coche e intentar llegar a Victoria. No sé ni por qué me lo planteo. Es un viaje de menos de ochenta kilómetros, y unos dieciséis son por agua. Eso significa que serán un total de ciento cuarenta kilómetros de peligros, ida y vuelta. No le puedo pedir a John que me acompañe, y de hecho me gustaría que permaneciese aquí. John se siente dividido entre hacer lo correcto y perder, muy probablemente a su único compañero y no hacer lo correcto y perder su alma. Mis pensamientos avanzan en fases: no me gustaría hallarme ante esa disyuntiva... aunque ya lo estuve y tomé una decisión. Decidí vivir.

*21:45 h.*

William ha lanzado mensajes durante todo el día. Suena desesperado. No puedo dejar de escuchar, porque al menos se trata de otra voz humana. Sus divagaciones enloquecidas hunden mi mente en un laberinto de oscuridad. Siento que debo ayudar. John y yo hemos hablado de ello; él se quedará y defenderá el fuerte con la ayuda de Annabelle. Yo me siento como si empezase a conocer a William. Por algún extraño motivo se ha pasado media hora divagando sobre cualquier cosa que se le ha pasado por la cabeza. Supongo que debe de encontrarse en estado de shock y que usa la radio como vía de escape emocional. Ha hablado de su trabajo, y creo que he podido sentir su honestidad, su sinceridad en el miedo a perder a toda su familia. Siento que DEBO ayudarle. Esta noche me prepararé y saldré mañana.

**27 de febrero.**

*08:20 h.*

Me voy dentro de poco. Iré en barco hasta Seadrift, y haré el resto del camino en coche o a pie. Puedo tardar unos cuantos días. He encontrado una radio de banda civil en uno de los barcos. Pesa un poco y funciona con pilas. Cuando esté dentro del radio de alcance de la frecuencia de William, la usaré para intentar enviarle un mensaje de saludo. No tiene ningún sentido cruzar los últimos treinta kilómetros hasta casa de William y su familia sólo para descubrir que se han convertido en ellos. Me quedan unas quinientas balas de las que me llevé tras la huida improvisada de la torre de control, descontando la que usé para volarle la cabeza al reponedor. Con la radio, el agua, el arma, la munición, la comida y un poco de equipo adicional, llevo encima unos treinta kilos. Por eso sería mejor conseguir un coche.

Mi plan es adueñarme de una guía de carreteras en cuanto llegue a Seadrift, y seguir de cerca las carreteras que se dirigen hacia Victoria, si es que voy a pie. No puedo arriesgarme a que nada, vivo o muerto, me vea durante el trayecto. Me mantendré en contacto con John mientras los walkie talkies funcionen. No sé cuál es su radio de acción, pero estoy seguro que desde Seadrift podré hablar con él, ya que la señal se transmite mucho mejor por el agua.

Anoche salí a contemplar las estrellas y vi un rayo verde, brillante, en el cielo; parecía una estrella fugaz. El verde debía de provenir del cobre ardiendo en el interior de algún satélite,

olvidado hace ya mucho en el cielo. Es sólo cuestión de tiempo que los GPS fallen, al igual que el resto de servicios basados en los satélites.

Basta de cháchara.

Ha llegado el momento de ponerse en marcha.

*18:44 h.*

Remé hasta alejarme medio kilómetro del puerto, para no atraer a las criaturas hacia John. Anoche tuve que llenar el depósito. Cuando he encendido el motor, me he alejado más del puerto, hacia el oeste, para confundirlos y proporcionarle algunos momentos de calma a John. No he tardado mucho en llegar a Seadrift, ya que sólo son dieciséis los kilómetros que separan el puerto deportivo de tierra firme. He vuelto a apagar el motor del Bahama Mama y he intentado hacer el resto del trayecto con un solo remo. A la que he alcanzado el mismo embarcadero en el que John y yo estuvimos hace unos días, he visto que las dos criaturas seguían en el pesquero, y que el reponedor rematado estaba tirado boca abajo en el muelle. Un grupo de pájaros se estaba pegando una comilona sobre él.

Antes de acercarme al amarradero, he comprobado la radio y he intentado comunicarme con John en el canal que ya habíamos acordado. Tras el segundo intento, he oído por fin la voz débil y quebrada de John que me preguntaba si todo había ido bien. Le he confirmado que no había tenido problemas, y que sus amigos, los pescadores, van a cenar a base de cangrejo y le han invitado a pasarse. Se ha reído al oírlo; le he prometido que volvería a comunicarme con él tan pronto como volviese a tenerlo al alcance de la radio.

Sabía que había otra criatura en el interior de la tienda de comestibles. En la calle, a medio kilómetro de mí hacia el norte tierra adentro, he visto algo que se movía. Siguiendo la línea de la costa había lo que parecía un nuevo embarcadero, pero estaba demasiado lejos para acercarme remando sin la ayuda de otra persona. He tenido que encender el motor; las criaturas del barco se han puesto nerviosas, y me he sentido como si todos los ojos que quedan en el mundo se fijasen en mí... furiosos por haber roto el silencio.

Mientras recorría la línea de la costa, las criaturas de la playa se han fijado en mí y han empezado a seguirme por la orilla. No me podía creer lo que veía. Las criaturas no avanzan tambaleándose con lentitud, como estaba acostumbrado... Algunas parecen muy rápidas.

Hasta había una que parecía corretear, con los brazos estirados hacia mi lancha. Aunque se movían con mucha falta de coordinación, y hay muchos que caían de cara sobre la arena, se levantaban de nuevo y seguían persiguiéndome. He decidido alejarme un poco de la costa y acercarme al muelle de modo que no atraiga a esa peña de arrastrados a mi posición.

He llevado el bote hacia el centro de la bahía, a un kilómetro y medio de la costa, y me he acercado al muelle desde una dirección perpendicular. He intentado acelerar bastante para que, cuando apagase el motor, la inercia me arrastrase la mayor parte del camino. Como no estaba muy familiarizado con este puerto deportivo, he mantenido el arma preparada a medida que me

acercaba. Se parecía mucho al muelle este; no veía ningún cadáver. Distinguía con claridad una gasolinera a unos trescientos metros del muelle. Me he estremecido al recordar mi aventura en el techo de aquella gasolinera cercana a mi casa. El miedo ha empezado a atenazarme a medida que los contornos de la gasolinera se hacían más definidos.

Por fin he apagado el motor y me he deslizado por encima de las olas todo el tiempo que he podido sin necesidad de usar el remo. Me he acercado al embarcadero y he amarrado la lancha. He comprobado la zona, en busca de cualquier peligro inmediato, y después he comprobado el nivel de combustible, para asegurarme de tener suficiente para realizar el viaje de vuelta a Isla Matagorda. También he apagado la radio; no quería que ninguna llamada rompiera el silencio que tanto me estaba costando mantener. Me he colgado la pesada mochila del hombro, he desembarcado y he caminado hacia la orilla, dando pasos con mucho cuidado para reducir el ruido al máximo.

Había dos vehículos aparcados ante la gasolinera. Uno de los coches seguía con la boquilla de la manguera del surtidor dentro del depósito, como si el propietario del vehículo no lo hubiese devuelto a su soporte. El otro coche tenía la puerta del conductor abierta. Estaba seguro de que la luz piloto del interior habría dejado seca la batería.

Me he acercado a la estación de servicio apuntando con el arma. Sabía que si tenía que escapar, no podría recorrer más de cinco kilómetros sin descansar, ya que avanzar con todo aquel peso muerto en la espalda era una gran paliza. Al acercarme al coche más cercano a los surtidores, el único sonido que se oía era el del agua al romper contra el muelle. Ya estaba junto al surtidor.

He examinado la lectura en el visor del surtidor para comprobar si habían llegado a llenar el depósito. Nada; era digital y la energía estaba cortada. En silencio, he sacado la boquilla de la manguera del coche y he colocado la tapa. Calculo que es un modelo de mediados de los 80. Hay unas pegatinas que dicen que es un Buick Regal Grand National. Es negro.

Lo he rodeado hasta llegar al lado de la puerta del conductor. La ventana estaba abierta y me he inclinado en su interior para coger las llaves. No estaban. Me he dirigido a la tienda; los cristales de los aparadores y de la puerta estaban hechos añicos; hacía tiempo que la habían saqueado... Me daba lo mismo, porque yo no necesitaba saquear nada, tan sólo necesitaba una guía de carreteras. El expositor de mapas estaba en el mismo mostrador que el microondas; me he agachado para atravesar el cristal roto y me he encaminado hacia allí. Mi olfato no me advertía de la presencia de ningún cadáver en el interior, pero de todas formas he examinado cada uno de los pasillos antes de acercarme al mostrador. No les quedaba ninguna guía, pero he encontrado un mapa de las carreteras de Texas plastificado. No tengo pensado hacer ningún viaje interestatal, por lo que con ese mapa tendré suficiente.

Había llegado el momento de enfrentarme al Buick sin llaves. Como la zona parecía completamente vacía de cualquier peligro inmediato, he decidido que sería mejor intentar hacerle un puente al coche que adentrarme en territorio peligroso en busca de uno que funcionase. Si fuese un modelo de coche más moderno, sería una mierda hacer el puente, pero con el Buick sería algo más sencillo. He ido hasta el pasillo de objetos de todo tipo y he cogido un paquete, demasiado caro, de cables de conexión; después me he acercado de nuevo al mostrador y he cogido una navaja suiza de baratillo, falsa y mal hecha, la típica de tienda de recuerdos.

He salido del establecimiento con mi botín, he comprobado de nuevo el área y me he acercado al Buick. Cuando he pasado ante el otro vehículo, el que estaba con la puerta abierta, me ha asustado un sonido que surgía del interior... Una ardilla estaba construyendo su casa, un nido completo en el asiento trasero. He abierto la puerta del Buick y he levantado el capó. He seguido los cables de encendido hasta el cable de alambre. He cogido el cable de conexión, he pelado los dos extremos con la mierda de navaja suiza y lo he extendido del extremo positivo de la batería al extremo positivo del alambre. Con eso llegaría energía al salpicadero. Sin esto, el coche no serviría de nada.

Tenía que localizar el solenoide del motor de arranque. Lógicamente, lo encontraría en el motor de arranque. He usado la cuchilla más larga de la navaja para completar la conexión entre el solenoide y el cable positivo de la batería. Ha saltado una chispa. El motor ha tosido y ha cobrado vida. Ya sujetaría los cables más adelante. Estaba seguro de que el sonido los atraería; tenía que darme prisa.

He dejado la mochila y el arma en el asiento del copiloto. Con la cabeza plana del destornillador de la navaja he podido romper el sistema de seguridad que mantenía bloqueado el volante. Después he sujetado el alambre, para asegurarme de que no saltase durante el trayecto. He cerrado el capó, he entrado en el coche y he subido el cristal de la ventanilla tan rápido que casi he roto la barrera del sonido, y he salido disparado hacia la carretera. Era mi día de suerte: el pobre infeliz propietario del coche había llenado el depósito antes de, lo más seguro, morir. Al mirar el mapa, he visto claramente qué ruta debía seguir.

Estaba en la carretera 185 que salía por el noroeste de Seadrift y que iba directa a Victoria. La carretera no estaba para nada muy transitada, por lo que no he tenido ningún problema para alcanzar las afueras de Victoria en menos de dos horas. Sólo me ha retrasado algún coche que estaba parado de través en el asfalto o por alguna manada de criaturas inusualmente grande que se tambaleaban juntas, como ovejas. A medida que me acercaba a las afueras de la ciudad, me he dado cuenta de que me acercaba a una zona en la que había caído una de las bombas, porque había una ligera capa de ceniza en la mayoría de superficies horizontales, como los coches aparcados, las casas y los edificios. No soy un experto en radiación, pero como he visto algunos pájaros y animales pequeños, he asumido que no era del todo peligroso atravesar aquella zona.

Ahora son casi las 20.30 horas, y llevo treinta minutos intentado mandar una señal de saludo a la radio de Grisham. No he recibido respuesta. Este viaje puede haber sido una completa pérdida de tiempo. Al entrar en la ciudad he tenido que evitar que me viese un grupo de monstruos. He aparcado el coche a una corta distancia de la torre de agua municipal de Victoria. Cuando sólo estaba a trescientos metros del coche, ya había decenas de cadáveres rodeándolo. No tengo ni idea de cómo logran triangular el sonido de la forma en que lo hacen. A una persona viva le costaría lograrlo... Mis pensamientos han empezado a reflexionar sobre la estructura del oído, y las partes que deben de agudizarse con la muerte.

Pronto se pondrá el sol, y ya me estoy cansando de escribir. Estoy en la torre, con mi mochila, seguro a unos cincuenta metros de altura. Empieza a llover y me siento completamente desgraciado. Continuaré intentando contactar con los supervivientes.

**28 de febrero.**

*9:23 h.*

Les he encontrado. No tengo demasiado tiempo para escribir. He encendido la radio esta mañana, a eso de las 8.00, y he caminado alrededor de la plataforma de la torre de agua, para asegurarme de que la recepción era buena. Tras tres intentos, la familiar voz de William me ha respondido: «Gracias a Dios, necesitamos ayuda. ¿Dónde estás?». He intercambiado información con él y le he contado que hace días que recibo sus mensajes, y que yo y otro hombre llamado John estábamos defendiendo un refugio en un puerto deportivo de una isla de la costa de Texas.

Le he preguntado cómo pintaban las cosas, y me ha respondido que su localización estaba completamente rodeada de cadáveres vivientes. Le he contado que estoy emitiendo desde el depósito de agua de Victoria y le he preguntado que me indicase dónde se encontraba, con la torre como punto de referencia. Las indicaciones han sido bastante simples; estaban a escasos tres kilómetros de mi localización. Me voy ya.

A la izquierda por la calle principal. Avenida Brown. 500 metros. A la derecha hasta Elm. Seguir recto. Sabré que casa es cuando la vea.

*16:41 h.*

Les tengo. William conduce.

Esta mañana, después de hablar con William, he abandonado mi posición para ir en su busca. He vuelto a encender el motor del coche con el puente, esta vez ha sido mucho más sencillo, y he seguido las indicaciones que había apuntado. No me ha costado mucho encontrar la casa, ya que estaba rodeada por lo menos por un centenar de muertos vivientes. Podía ver la cara de William a través de un agujero en la pared del ático, en el mismo lugar en que debía de haber estado la ventana. Incluso a tanta distancia he podido apreciar la derrota en su mirada. No sé las sensaciones que me han embargado. Tal vez, después de todo, sigo siendo humano por dentro. Tal vez siga teniendo una conciencia. Me he comunicado con William para decirle que aguántase. He pisado a fondo el pedal de los frenos, me he apeado del coche de un salto y he abierto fuego sobre la manada de muertos. Un centenar de pares de ojos giraron de inmediato hacia mí, y juraría que un centenar de bocas se abrieron y pronunciaron mi nombre al unísono.

Es evidente que era mi miedo el que provocaba todas esas fantasías, pero era verdad que se me acercaban. He vuelto a saltar al interior del coche, he puesto la marcha atrás y he dado media vuelta. Cuando el primer engendro ha llegado a la altura del coche y ha empezado a golpearlo, he acelerado, para alejarlos de William y de su familia.

He activado el micrófono y le he ordenado a William que hiciese que su familia saliese al tejado y se colocase lo más cerca del borde posible. Avanzaba muy poco a poco, para que pudieran cazarme, para que se quedasen conmigo. William me ha confirmado que mi plan

funcionaba, que todos los muertos vivientes me seguían. Los únicos que se habían quedado atrás eran a los que había acertado en la cabeza con las ráfagas disparadas al azar cuando había abierto fuego.

He dado la vuelta a la manzana. He esperado hasta que estuvieran casi encima de mí; he pisado a fondo el acelerador y me he dirigido a la casa de los Grisham. He visto a William, a su esposa y a una niña pequeña en el tejado. He avanzado por la calle lateral de la casa, para minimizar la distancia que tendrían que saltar. He salido del coche para cubrirlos, mientras William saltaba el primero y después tendía los brazos para ayudar a las otras.

Un engendro ha salido caminando por la puerta medio destrozada, ha visto a la esposa de William mientras se dejaba resbalar por el tejado, con las piernas por delante. Se ha dirigido a ella. He apuntado y he disparado al muy cabronazo en la boca; eso no lo ha detenido. Me estaba cansando. Con otra bala en el cráneo le he enseñado cuál era su lugar.

He girado mi torso casi por completo y he apuntado a toda la calle, como si fuese la torreta de un tanque. Seguía despejada. Ya habían bajado todos. William ha empezado a darme las gracias, pero lo he cortado. Las dos chicas ya estaban en el asiento de atrás. William se ha sentado y se ha puesto el cinturón de seguridad. Le he pasado el fusil y he acelerado todo lo posible, de vuelta hacia Seadrift. Cuando lleguemos, ya habrá oscurecido demasiado para embarcarnos de vuelta a Matagorda. No podré encontrar la lancha en la oscuridad, ya que mis gafas de visión nocturna se han quedado con John. Tendremos que encontrar un lugar seguro para dormir esta noche cerca de Seadrift.

**29 de febrero.**

*06:45 h.*

Ni anoche ni esta mañana he logrado contactar con John por radio. Acabamos durmiendo en la lancha. La alejé un centenar de metros del muelle y lancé el ancla. Estábamos a salvo, y he podido dormir bastante bien. Dejé el Buick aparcado ante el embarcadero. No estoy seguro de si volveré a necesitarlo, pero es un coche muy bueno. Dentro de unos minutos partiremos hacia la isla junto con los nuevos supervivientes. No he tenido mucho tiempo para hablar con ellos, ya que se han sumido en un sueño profundo en cuanto nos hemos encontrado seguros, anclados en el mar. La niña, Laura, ha gemido en sueños.

*09:00 h.*

No hay rastro de John. No hay ninguna nota, nada. No hay señales de lucha. William, Jan, la pequeña Laura y yo mismo estamos a salvo en los confines del puerto deportivo. Estoy preocupado por John. Es demasiado conservador para haber hecho algo así. Annabelle se ha puesto muy contenta al verme, pero se ha mostrado especialmente alegre al ver a Laura. A la niña le gusta tener un perrito con el que jugar. Tal vez John ha salido en alguna lancha y volverá

enseguida...

# BASE

**1 de marzo.**

*15:22 h.*

Seguimos sin señales de John. Siento la necesidad de empezar a buscarlo, pero no tengo ni idea de por dónde empezar. ¿Qué le habrá hecho abandonarnos sin avisar? Su arma también ha desaparecido y el mecanismo de conexión con el puente que ideamos está abierto. Es todo muy confuso. Aprovecho el tiempo para conocer a la familia Grisham un poco mejor. No conocen a John, pero pueden ver la preocupación en mis ojos, aunque intente disimularla.

**3 de marzo.**

*09:14 h.*

John estaba cubierto de sangre, agotado, derrotado. Ha vuelto esta mañana y me ha llamado. He corrido al exterior y he vuelto a poner el mecanismo del puente en su sitio para que pudiera cruzarlo. Se ha desmayado cuando todavía estaba en la costa, y he tenido que acarrearlo hasta dentro. No es un hombre muy voluminoso: debe de pesar unos ochenta kilos. Me lo he cargado al hombro, he cruzado el puente móvil y he tirado de la cuerda para deslizado hacia mi posición y poder amarrarlo a la pared del edificio del puerto. He llevado a John al interior, lo he tumbado en una cama provisional... Entonces he visto la fotografía que llevaba en su mano ensangrentada.

La fotografía de una mujer, manchada de sangre, ha caído al suelo. En el fondo de mi corazón sabía quién era: era su esposa. Desde esta mañana ha estado despertándose y volviendo a caer en un estado de inconsciencia. Ha bebido algo de agua y ha intentado dar unos sorbos a un poco de sopa enlatada. Janet y yo hemos cuidado de él.

La mujer de William, Jan, es enfermera diplomada, aunque dejó su trabajo hace un par de años para matricularse en medicina. No es médico, pero ¿queda alguien que lo sea?

Janet lo ha examinado de pies a cabeza, y ha prestado una atención especial a las heridas que presenta John. No hay ninguna que se asemeje a un mordisco. Una parecía un disparo realizado con un arma de calibre pequeño, tenía orificio de entrada y salida en el hombro, mientras que el resto parecían arañazos causados al arrastrarse por el suelo. John no se ve capaz de explicar nada, y casi no puede ingerir agua o sopa sin vomitarlo todo y volverse a desmayar. Estoy preocupado.

**4 de marzo.**

*20:14 h.*

John ha salido por fin de su letargo. Le he dicho que estaba muy preocupado, y que no tengo ni idea de lo que le ha sucedido. Y él me ha contado que se había derrumbado en la soledad de los

últimos días. Mientras yo no estaba, en lo único en que podía pensar era en su mujer y su hijo, en lo mucho que los amaba. Jan le escuchaba desde la habitación contigua, y estoy seguro de que empatizaba por completo con aquellas palabras. John recordó que había olvidado algunos objetos en el avión cuando lo habíamos abandonado, entre ellos la única fotografía que le quedaba de su esposa. Nunca habría podido pedirme que yo arriesgase mi vida por una foto, por lo que en lugar de esperar a que volviese, decidió intentar recuperarla él solo.

Se acercó al avión abandonado, recuperó la pequeña mochila en la que había guardado la fotografía y enseguida volvió hacia el puerto. Los muertos no tardaron en rodearlo, y tuvo que refugiarse en uno de los hoteles. Logró encerrarse en el segundo piso de uno de los edificios de cinco pisos. A continuación empezó a despejar los pasillos de cualquier huésped peligroso con ayuda de su fusil del calibre .22. Tras pasar tres días con sus tres noches escuchando los inacabables sonidos de los seres atrapados en sus habitaciones, decidió intentar huir.

Recorrió cada una de las habitaciones, se aseguró de que no estaban ocupadas, y recuperó las sábanas de las camas. Con nudos llanos, se construyó una larga cuerda con la que escapar. A primera hora de la mañana del día en que debía huir, localizó la ventana ideal por la que empezar el descenso. Se encontraba en el tercer piso, y un árbol alto que crecía desde la calle lo ocultaba de la vista de cualquiera que caminase por la calle. Empezó a descender por las sábanas, con el fusil colgado del hombro. Todo lo que no podía romperse, lo dejó caer al suelo.

Cuando empezó el descenso, notó que uno de los nudos de la cuerda de sábanas empezaba a deshacerse. Era demasiado tarde para volver a trepar y rehacerlo, así que continuó bajando. El nudo se soltó del todo cuando estaba a la altura del segundo piso. Cayó a toda velocidad por entre el ramaje del árbol, recibiendo arañazos y cortes por todo el cuerpo. Cuando golpeó contra el suelo, el fusil se disparó; la bala le entró por la espalda y salió limpiamente por la parte frontal del hombro.

Lo siguiente que recordaba era a mí llevándole de nuevo al interior del puerto.

## **5 de marzo.**

*12:30 h.*

Esta mañana me he despertado alrededor de las 6.00, empapado en sudor frío. La familia Grisham dormía en la otra sala. John y yo nos habíamos acostado en los dos sofás de la oficina. Anoche tuve una horrible pesadilla, pero no acabo de recordar de qué iba. Sólo recuerdo que corría... que corría muy rápido. Lo primero que he visto al despertar han sido las salpicaduras de sangre en la pared, los restos del suicidio del capitán del muelle. John no se ha despertado hasta las once y media, o por ahí.

Por suerte, ni la herida de bala ni las laceraciones parecen muy infectadas, aunque hay algunos bordes que están un poco enrojecidos. Tuvo suerte que la bala le atravesase el hombro. Podría haber muerto de sepsis si uno de nosotros hubiese tenido que extraérsela.

Sería todo un lujo poder contar con medicamentos, sobre todo porque ahora tenemos a alguien que es capaz de darles un buen uso. Aunque está claro que un buen bunker de paredes de acero de

dos metros y medio, con energía geotermal y un suministro infinito de comida y agua tampoco estaría mal. Y es que nunca nos conformamos con lo que tenemos... ¿A quién quiero engañar?

Sólo tenemos esto.

Pero yo no voy a conformarme.

Quiero más.

# JUGANDO A CALLAR

*19:44 h.*

Laura y Annabelle han estado jugando en la trastienda del puerto deportivo mientras Jan, John, William y yo compartíamos nuestras experiencias. William nos ha relatado su situación en el ático, cómo llegaron a eso. John estaba tumbado en el sofá con su brazo en un cabestrillo improvisado, irónicamente, lo hemos hecho con un trozo de sábana.

He querido resaltar el hecho de que no podemos quedarnos para siempre en esta isla. No estaremos nunca a salvo de las hordas que deambulan por las calles. ¿Y si se desata un huracán y borra el puerto del mapa o peor aún y si lo arranca de la costa? Pueden pasarnos un millón de cosas. En las lanchas hay una cantidad limitada de combustible. Ninguno de nosotros sabe cómo reparar o cómo funciona el transbordador que tenemos amarrado justo al lado. Le he reprochado a William que sea farmacéutico, en lugar de mecánico... Al parecer, tiene sentido del humor, para ser farmacéutico.

Le he preguntado a Jan cómo llevaba Laura lo que estaba pasando. Me ha contado que se muestra extrañamente resistente a todo el horror del que ha sido testigo en el último par de meses. Anoche volví a oír cómo Laura gemía en sueños, pero no se lo he mencionado a su madre, ya que no dudo de que está al corriente.

Debe de ser por mi naturaleza militar, pero siento que estamos en la misma situación que cuando John y yo estábamos encerrados en la torre de control. Siento que necesitamos trazar planes, que debemos hacerlo ya. No puedo prever ningún peligro aquí, en el puerto, ya que contamos con nuestra isla artificial... pero John y yo estábamos en la cima de una torre de 60 metros de altura, rodeados por una resistente valla de hierro, y nos asediaron en cuestión de minutos.

O tal vez sólo me estoy volviendo paranoico.

Con Laura hemos establecido unos códigos para cuando vemos una o más de esas criaturas en el exterior. Le decimos que tenemos que «jugar a callar». Así Laura sabe que no es momento de jugar, de saltar, o de reír con Annabelle. Hoy había uno de esos engendros tambaleándose ante nosotros, muy cerca de la orilla, donde estaría la pasarela flotante si estuviese conectada. Tenía dificultades con su cuerpo putrefacto para levantar la cabeza, pero lograba mirar en mi dirección mientras yo echaba un vistazo a través de las persianas. Soy consciente de que ese ser está idiotizado, está muerto, pero aún siento que me lanza una mirada calculadora cuando mira hacia aquí. Poco después han acudido más. Algunos parecía que acababan de morir. Son los que se movían más rápido, más metódicamente que sus compañeros podridos. He decidido que voy a evitarlos con mucho más empeño.

**6 de marzo.**

*03:22 h.*

Me he despertado hace media hora y no puedo volver a conciliar el sueño, por lo que he decidido comprobar el estado de la costa con las gafas de visión nocturna. Veo que hay muchas figuras que vagan por el área cercana a la orilla. Oigo un sonido que proviene de la dirección donde se alzan los edificios más altos. No se me ocurre de qué debe tratarse. Por algún extraño motivo se me antoja un televisor encendido, con el volumen demasiado alto. Me han dado ganas de comprobar el televisor que tenemos aquí, pero esperaré a que se haga de día para que no puedan ver desde la costa una luz en el interior del puerto. ¿Por qué se quedan ahí? ¿Es que pueden oírnos?

Si tuviese un silenciador, me cargaría un montón de estas miserables criaturas ahora mismo.

*12:42 h.*

Ideas, ideas, ideas. Me he pasado toda la mañana pensando en posibles áreas seguras, aunque es evidente que no hay ningún lugar que sea del todo seguro. La mayoría de edificios fortificados o de prisiones serán impenetrables; si no tenemos acceso a ellas, no nos sirven para nada. Esta isla tampoco nos sirve. Tal vez podríamos sobrevivir en una isla más pequeña, sin tanta población de no muertos. Se puede creer que en una situación como ésta una isla es lo ideal, pero no hay ningún lugar al que escapar y los únicos víveres son los que se pueden encontrar en la misma isla. Cuando se nos acabe la comida accesible que podemos recuperar de los edificios cercanos, todo habrá acabado. William me ha hablado de su vecino, de cómo lo mordieron. Me ha jurado que sólo pasaron unas cuantas horas antes de que sucumbiese a la herida, antes de convertirse en uno de ellos. Y con un engendro es suficiente. En alguna parte he leído que incluso los mejores ladrones se plantean la posibilidad de que al final los van a arrestar; es cuestión de probabilidades.

Al basar mis posibilidades de supervivencia en esta premisa, siento también que un día me llegará la hora. Lo único que puedo hacer es intentar sobrevivir. No he tenido hijos, pero soy testigo del velo de preocupación que cubre las miradas de William y de Jan cuando Laura pide permiso para salir de la sala. Es una vida de mierda. Por algún motivo siento que todo el mundo es responsabilidad mía. Soy consciente de que si cualquiera de ellos cae víctima de uno de los cadáveres, sentiré un gran pesar. En alguna parte tiene que haber un grupo de gente. La pregunta es: ¿quiero revelar mi propio nombre? He llevado la radio del puerto cerca del sofá de John, para que pueda controlarla desde allí. Le gusta y, al menos, se mantiene ocupado mientras se recupera.

Todavía tengo el mapa robado de Texas. No hay muchos detalles sobre Isla Matagorda, pero a unos tres kilómetros al sur de nuestra posición hay un hospital. No parece que las heridas de John empeoren, así que no estoy seguro de que necesite medicación, pero supongo que está bien saber dónde está por si me apetece arriesgar el pellejo.

No emiten nada por la tele, pero juraría que esta mañana he oído algo que parecía una a lo lejos. Hay una emisora que emite un zumbido muy agudo, pero en la pantalla sólo aparece nieve. La emisora de radio sigue con la música; creo que ya he memorizado el orden de todas las canciones, y hasta los anuncios. Seguirá en un bucle constante hasta que la electricidad se apague

o hasta que el origen de la música, sea una cinta o un soporte digital, falle. Me pregunto qué tipo de ser putrefacto está atrapado en la cabina del DJ.

Cada vez estamos más cerca de la primavera, y no me gusta para nada la idea de estar a merced de un huracán, si se desata alguno por aquí. Odio tener que volver a trasladarme, pero parece que, hasta ahora, es lo único que me ha mantenido con vida.

**7 de marzo.**

*21:23 h.*

Cuando John y yo realizamos la expedición a Seadrift en busca de alimentos, cogimos todo lo que pudimos en dos carritos de la compra y nos largamos como alma que lleva el diablo. La cantidad de comida que nos llevamos era suficiente para resistir durante bastante tiempo, pero ahora tenemos tres bocas más que alimentar. John todavía no es capaz de volver a salir, lo que me deja sólo con William. Hoy he ido a comentárselo. Me sentía culpable, porque tiene mujer y una hija, pero tampoco puedo salir allá afuera yo solo y esperar sobrevivir. Necesito a alguien que sea los ojos en mi nuca mientras yo trabajo. William me ha mirado y me ha dicho que no era necesario ni preguntar, y siguió expresándome toda la gratitud que sentía hacia mí. A mí no me gustan ni las alabanzas ni los cumplidos, por lo que le he dado las gracias y he cambiado de tema.

Tras realizar un inventario de lo que nos queda de comida y agua, he calculado que tenemos suficiente para una semana. Supongo que leer esto suena a buenas noticias, sobre todo para una persona complaciente, pero yo preferiría tener bastante para un mes, más una semana extra. William tiene una experiencia limitada con las armas de fuego; esto tendrá que cambiar si quiero que sea efectivo allá fuera. Después de hablar con William sobre qué tendremos que hacer en los próximos días, se ha mostrado de acuerdo en que le enseñe a utilizar el fusil del calibre .22 de John.

Hemos comprobado si había algún cadáver en el exterior. Sólo hemos localizado uno, que se tambaleaba en una posición paralela a la nuestra, ocupado con algo que había encontrado en el suelo. He cargado mi arma y el fusil de John con balas suficientes para hacer lo que tenemos planeado. Le he dejado las pistolas a Jan, preparadas para dispararlas. Le he explicado que no debe dejarlas en ningún lugar al alcance de Laura, y las bases de cómo sujetar y apuntar el arma. De todos modos, estará a salvo mientras William y yo estemos fuera, sólo nos ausentaremos durante una hora.

William y yo hemos embarcado en silencio en la lancha y la hemos desamarrado. Hemos remado al unísono para alejarnos del área del puerto deportivo durante quince minutos. En esta ocasión, en lugar de encaminarnos hacia Seadrift, al oeste, hemos seguido la costa hacia la zona más poblada de la Isla Matagorda. Lo mejor es practicar con objetivos reales.

William estaba nervioso. Le he aconsejado que se tranquilizase, ya que desembarcaríamos en tierra firme. Esto le ha descargado algo de tensión y ha hecho que todo fuese un tanto más placentero. Hemos anclado el Bahama Mama a veinte metros de la costa, cerca de los tres grandes hoteles que están en primera línea de mar. Odio tener que hacerle esto a William, pero es mejor sudar en el entrenamiento que sangrar en la batalla. He empezado a hacer ruido, a silbar, a

gritarles. No ha pasado mucho tiempo antes de que la playa se llenase de docenas de cadáveres andantes. Algunos hasta se han adentrado en el agua hasta que el mar les ha llegado a las rodillas; después han dado media vuelta y han vuelto, entre tumbos, a la orilla.

En ese momento he empezado a darle lecciones a William sobre cómo cargar y soltar un arma encasquillada. Me he imaginado que si podía cargar rodeado de muertos vivientes, lo podría hacer en cualquier parte. Ha manipulado con torpeza el fusil, ha dejado caer sobre la cubierta del bote unas cuantas balas, pero ha asimilado con bastante rapidez cómo cargar el arma y apuntarla. Le he cogido el fusil y he reemplazado el cargador lleno con uno vacío que llevaba escondido en el bolsillo mientras él no me miraba. Él observaba nervioso la línea de la costa cuando le he pasado el arma descargada y le he pedido que apuntase a la criatura de la camisa roja.

Le he explicado con grandes aspavientos cómo apuntar y la necesidad de acertarle en la cabeza para matarlo. Le he contado que lo ideal sería que le alcanzase en el tercio superior del cráneo. Le he dicho que respirase profundamente, con aspiraciones largas... Cuando estuviese preparado, tenía que apretar el gatillo y exhalar...

Estaba probándole. ¿Se anticiparía al retroceso del fusil del .22 y bajaría levemente la boquilla cuando soltase el gatillo? Le he ordenado que apunte...

Con los dos ojos abiertos, como le había instruido, ha mirado a través de la mirilla y ha apretado el gatillo. CLICK...

William ha movido el arma hacia arriba y hacia la derecha; era lo que sus reflejos mentales le ordenaban que hiciese. Después me ha mirado, confundido. Le he contado lo que había hecho y el porqué. Durante los siguientes minutos, le he colocado una bala al azar para seguir probando cómo actuaba. Enseguida ha dejado de mover el arma en el último segundo. A la primera criatura que ha matado, le ha dado por completo en la diana: le ha atravesado el ojo del cadáver afortunado y le ha destruido completamente el cerebro cuando el proyectil ha rebotado en su cráneo putrefacto.

He colocado diez balas en el cargador y le he recordado que enseguida iríamos a la ciudad, aunque antes tendría que encargarse de las criaturas con movilidad completa. En poco tiempo la costa ha quedado cubierta de unos veinte cadáveres inmóviles. En total, he gastado veinte balas en nuestra lección de tiro: aún nos quedan casi ochocientos repuestos.

Hemos atraído a casi todos los cadáveres en un radio de diez kilómetros. No importa; es mejor que vengan hacia aquí que no que se dirijan al puerto deportivo. He levado el ancla y he acelerado recorriendo la costa, alejándolos todavía más de nuestro refugio. Tras cinco minutos de recorrido he hecho virar la lancha y me he alejado de la isla para enmascarar el sonido de nuestro retorno. Cuando nos hemos encontrado razonablemente cerca, hemos apagado el motor y hemos remado de vuelta a nuestro refugio. Ahora me siento un poco mejor por llevar a William conmigo; confía más en sí mismo.

**9 de marzo.**

*20:47 h.*

Ayer y hoy han sido días interesantes. Hacía tiempo que no sentía que nada llenase mi yo humanitario, y me estaba volviendo seco, rústico. Tras la riña marital de la que hemos sido testigos John y yo, me he convencido de que esta plaga no puede... no logrará acabar con la naturaleza humana. Como no tenemos televisión y no es muy buena idea ir a pasear por la ciudad, esto es lo que me ha entretenido toda la mañana.

Mi nostalgia no ha sido lo que ha ocasionado su pelea, sino la suya propia; ha sido la naturaleza preapocalíptica de la riña lo que me ha conmovido. Ha sido una pelea sencilla sobre lavar la ropa, sobre las tareas domésticas, y sobre quién lo hacía en su casa antes de que todo esto sucediese. Me ha encantado poder escuchar por fin una conversación normal, y no una que dé vueltas sobre cómo vamos a evitar que esos seres nos muerdan el culo.

Comida: La situación no es crítica, pero nos queda para unos cinco días.

Laura quiere salir y jugar, «como hacen sus amigos del cole». He intentado explicarle, con mi limitado conocimiento de la «gente pequeña» que ahora jugar fuera no es muy divertido, que la gente de la orilla no es muy amable. Ha puesto los ojos en blanco y me ha contestado: «Ya sé que están muertos, no tienes que engañarme». Me ha sorprendido la franqueza de la niñita y he tenido que reprimir una carcajada.

Me pregunto de qué progenitor habrá sacado esa capacidad. Con la navaja he tallado un tablero de ajedrez en la mesa del área de descanso del puerto. Hemos cogido algunos señuelos de la tienda del puerto, y John y yo los usamos sin el anzuelo como piezas de ajedrez. De momento, gano yo por tres partidas a dos.

Tengo la extraña sensación de que William y Jan han hecho las paces tras su estúpida discusión; ya no se oyen gritos al otro lado de la cortina que colgué para que gozaran de un poco de intimidad hace unos días.

Actividad del enemigo: movimientos esporádicos. La luna llena de anoche ha atraído centenares de ellos hasta nosotros. Los he estudiado con las gafas de visión nocturnas. Parecen más activos. ¿Puede ser por la luna llena? Lo dudo.

Les he dado el último juego de tapones de espuma para las orejas a los Grisham. Laura se ha quedado fascinada al ver cómo recuperaban su forma original tras apretarlos. John aún guarda los suyos en el bolsillo de los pantalones.

Como no me quedan tapones, me he metido en los oídos un par de balas de 9 mm. Encajan a la perfección y han amortiguado el sonido de los gemidos de anoche.

**10 de marzo.**

*12:22 h.*

Hoy han dejado de emitir música por la radio. Durante un instante he oído una voz humana en el otro extremo de la línea. Ha sonado como la palabra «reforzad», antes de que cortasen el sonido del micrófono. John y yo jugábamos al ajedrez cuando ha sucedido. Ahora no puedo separar a John de la radio de onda corta. Todavía intenta localizarlo, espera que quien haya parado la música le escuche y responda. La estación emite desde fuera de Corpus, por lo que es evidente que los han invadido. Y la radio que usa John no puede llegar a tanta distancia... pero supongo que le ayuda a mantener el ánimo.

William y yo hemos hablado de sus habilidades como químico. Le he preguntado si podía llegar a crear algo útil, teniendo en cuenta nuestra situación actual. Me ha contestado que si cuenta con los ingredientes, puede llegar a hacer lo que sea necesario. Con William como químico y John como ingeniero, estoy seguro de que podrán inventar algo que nos ayude a salir de este berenjenal.

Reflexión: ¿Qué lugares históricos han quedado destruidos? ¿Qué lugares históricos ya no podrá ver Laura? Me acuerdo que el año pasado fui a visitar El Álamo. Me pregunto si quedó alguien defendiendo El Álamo hasta el final cuando cayó la cabeza nuclear. Tal vez ha sido la respuesta a una oración...

**12 de marzo.**

*21:34 h.*

—Comida: para dos días.

—Agua: aún hay presión, pero empieza a tener un sabor raro. Necesitaremos pastillas de purificación pronto. Si empiezo a mostrar algún síntoma, como diarrea, tendremos que buscar las pastillas o empezar a hervirla.

William es consciente de que se acerca el momento de irnos. Mañana tendremos que salir a reponer los víveres o moriremos de hambre aquí. Llueve y la mar está picada, y hace que el puerto deportivo se mezca lo suficiente como para intranquilizarme un poco. Ya no hay señales de la emisora de radio. He estudiado con atención el mapa que conseguí durante mi última excursión. Hay otras opciones para ir a saquear. Podríamos seguir la línea costera hacia el nordeste y escoger al azar, pero eso supondría correr el riesgo de que la lancha sufra un problema mecánico y nos veamos atrapados en medio de un montón de mierda.

Otra opción es volver a la vieja Seadrift.

Al otro lado de la bahía de San Antonio, en la costa oeste, hay una aldeíta que se llama Austwell. Supongo que podríamos ir a comprobar qué tal están las cosas ahí cuando salgamos a reunir suministros y víveres. Necesito pilas para las gafas de visión nocturna y repuestos para el botiquín de primeros auxilios.

John se recupera bastante bien y casi ya puede mover por completo el brazo. Las laceraciones

también se están curando, pero sin haberlas cosido con puntos tendrá que tomarse las cosas con calma una temporada. Jan le ha tapado las heridas con cinta de embalar, para mantenerlas cerradas. Ya hemos encontrado un nuevo uso para ello. William le ha prometido a Laura que le traerá algo cuando volvamos de nuestra expedición. Supongo que era casi una obligación cada vez que William tenía que ausentarse de casa por cuestiones de trabajo, que era una costumbre traerle un regalito a su pequeña. Haré todo lo que esté en mis manos para asegurarme de que sea así.

Estas salidas me dan mucho miedo, y me pregunto si habrá algún momento en que podré volver a caminar con libertad por la tierra. Esta noche seguiré escribiendo la lista de la compra y después llenaré el depósito de la lancha, en la oscuridad, para evitar llamar la atención. Intentaré estar ya en el sobre a medianoche.

**13 de marzo.**

*07:45 h.*

Preparados para partir. Hemos cargado el equipo en la lancha. Ha dejado de llover, y la mar ya no está picada. He dejado mi Walther P99 con John y Jan. No les quedan muchas armas de fuego, pero no creo que las necesiten. Nuestro destino es Austwell, en la punta contraria a Seadrift, en la bahía de San Antonio. Austwell también es tan sólo un puntito en el mapa, lo que espero que se traduzca en una población pequeña de no muertos. Esta salida tiene dos funciones. La primera, conseguir que William se sienta más cómodo moviéndose entre ellos, de manera que podamos planificar algo más arriesgado. La segunda, reunir los víveres que tanto necesitamos.

Ahora tenemos seis almas que alimentar en nuestra pequeña isla, incluyo a Annabelle; siendo sólo dos personas, calculo que sólo podremos recoger comida para una semana. Esto se traduce en que, en teoría, tendremos que salir una vez a la semana, lo que, en mi opinión, es demasiado. Necesitamos empezar a pensar desde otra perspectiva todo este tema de las compras. Sí, la comida basura, la sopa enlatada, y el resto de cosas que hemos robado son geniales, pero la falta de vitaminas y de ejercicio empieza a afectarme. Mi metabolismo se ha ralentizado porque no puedo salir a correr.

Que la suerte nos acompañe.

*22:33 h.*

Después de abandonar el puerto deportivo y haber remado hasta llegar a una distancia segura para encender el motor, lo hemos puesto en marcha y nos hemos dirigido a la bahía de San Antonio. He visto volar algunos pájaros, y el olor del aire fresco era vigorizante. Enseguida hemos visto tierra firme, el estado de Texas se levantaba ante nosotros. Nos hemos adentrado en la bahía igual que en las dos ocasiones anteriores. Cuando hemos llegado a la costa oeste, hemos visto algunos embarcaderos privados. En una pequeña colina, tras ellos, había una mansión enorme. Supongo que era el hogar del propietario de los muelles, aunque no había ningún bote

amarrado a ninguno de ellos.

Hemos apagado el motor y nos hemos acercado a remo a la costa. Me he sentado y he pensado en lo estúpido que le parecería nuestro comportamiento a un observador si nada de esto hubiese sucedido. He cerrado la mente y he seguido remando, imaginando que todo era normal.

Estaba todo destrozado. Las ventanas estaban hechas añicos, había ratas, basura, periódicos, y todo volaba alrededor de los embarcaderos y de la calle. Había un aparcamiento bastante amplio en la zona asfaltada más allá de la rampa del muelle. He visto cinco criaturas rodeando un pequeño coche blanco; golpeaban las ventanillas con sus manos pútridas. Desde tan lejos, y desde el ángulo que tenía, no podía ver qué sucedía en el interior del coche. He supuesto que había algo dentro que las criaturas anhelaban... y hasta podía llegar a imaginar que, fuera lo que fuese, estaba vivo.

Nos hemos deslizado remando en silencio hasta el punto de amarre y hemos atado la lancha. Me he colgado la mochila vacía a la espalda, y la palanca de acero en el cinturón, me he guardado unas cuantas sujeciones de plástico en el bolsillo y he preparado el arma; después hemos dado nuestros primeros pasos en este nuevo mundo. No he mirado atrás; podía sentir la presencia de William a mi espalda. Casi podía oler su miedo, aunque seguramente yo estaba más aterrorizado que él. Sin dejar de observar el área, hemos cruzado poco a poco la rampa que nos llevaba hasta la orilla, con los ojos clavados en el pequeño Ford blanco rodeado de muertos. Tan pronto como he puesto el pie en tierra firme, he cogido una roca del tamaño de un puño y la he lanzado con todas mis fuerzas, a veinte metros del coche; la he estrellado contra el parabrisas de un camión negro. Ha sonado como si alguien tocase un tambor militar. Los seres se han erguido todos de golpe y han empezado a caminar hacia la zona de detrás del coche.

Le he pedido a William que se quedase atrás, que los vigilase mientras yo comprobaba el estado de las cosas. El coche estaba muy cerca de mí; he extendido el brazo para tocar el capó: la superficie estaba fría. He visto una figura tumbada en el asiento del conductor. Era una mujer muy atractiva que parecía tener veintipocos años. Los cristales de las ventanillas estaban recubiertos de carne podrida y seca, de pus expelida durante los incansables golpes de las criaturas. La mayoría de las ventanillas estaban rotas, rajadas con líneas que formaban los dibujos de una telaraña.

He acercado la cara a la ventanilla para poder mirar a la mujer más de cerca. Parecía muerta. Su rostro mostraba signos de una grave deshidratación. Tenía los labios secos, quebrados. Las criaturas que hasta ahora se habían reunido alrededor del coche estaban ocupadas en otra parte. He llamado a William y le he preguntado cuánto tiempo tarda una persona en transformarse en un muerto viviente, recordaba que me había contado que había sido testigo de cómo le había sucedido a alguien. Me ha contado que, desde el ático de su casa, había visto a un hombre morir en la calle, y había vuelto a levantarse en menos de una hora.

No tenía sentido. Había un frasco de aspirinas desparramado sobre el asiento del acompañante; esparcidas por todo el coche había botellas vacías de agua. No podía llevar más de un día muerta. Supongo que lo que en realidad me preguntaba era por qué no se había transformado como el resto.

En el asiento de atrás había varios vasos desechables de restaurantes de comida rápida llenos de orina y de heces. Parecía que había estado atrapada en el coche durante varios días.

Y he captado movimiento. Primero su boca se ha movido con un débil bostezo, y después sus ojos han empezado a parpadear. He apuntado con mi arma hacia ella, mientras le pedía a William que me vigilase las espaldas y que siguiese comprobando el área circundante. Esperaba encontrarme con los habituales orbes lechosos y desprovistos de vida mirándome, así que me he quedado sorprendido cuando ha abierto los ojos y ha revelado el color azul de sus iris. Me ha mirado, completamente asombrada. Para ella, era un desconocido que llevaba una máscara y que la apuntaba con una metralleta. Ha mirado detrás de ella, alrededor del coche, y ha formado con los labios las palabras «Estoy viva».

Me he quitado la máscara y he intentado abrir la puerta. Estaba bloqueada. Ella, me ha mirado, ha sonreído, y ha quitado el seguro. La he cogido del brazo y la he ayudado a salir del coche. Apeataba más que los engendros. Ha tenido que apoyarse en mí para poder caminar. Está muy débil, muy dolorida por la larga permanencia en el coche. He mirado a mi espalda, le he hecho un gesto a William y le he indicado que me siguiese de vuelta a la lancha.

Tras llegar al Bahama Mama, la he ayudado a sentarse y le he dado algo de agua y buey enlatado, mi almuerzo. Le he recomendado que no comiera ni bebiera muy rápido. No teníamos tiempo para quedarnos y charlar. William ya tenía sus instrucciones: debía remar para alejar veinte metros la lancha, lanzar el ancla y esperarme. Yo iba a comprar.

Cuando he vuelto a pisar el embarcadero, ya oía cómo William remaba y alejaba el barco de mí. He avanzado de nuevo hasta el aparcamiento y he visto que ahora había más de cinco seres. He seguido adelante con la cabeza agachada y he recorrido la línea costera, hacia el pueblo. No había señales de vida en ninguna parte. Ni perros, ni gatos... Nada. Ni siquiera he visto pájaros que sobrevolasen el municipio. Me acercaba a un grupo de edificios. He virado para adentrarme en tierra y he llegado al centro del pueblecito de Austwell. Tras caminar unos centenares de metros, he llegado a un claro. Había un Walgreen y una gasolinera.

Dudaba de que encontrase comida en el Walgreen, pero estaba seguro de que encontraría medicamentos. Me he acercado a la puerta principal con sigilo, pegado a la pared. Esta puerta era distinta, ya que estaba cerrada por el interior con cadenas. No había forma de atravesarla sin romper el cristal, pero si lo hacía, los atraería. He ido hasta la parte trasera; había una ventanilla de acceso para comprar en la farmacia desde el coche. Ese lado del edificio daba a un bosque. Podría haber centenares de ellos observándome desde allí y ni siquiera me daría cuenta. No podía sentirlos, pero repito que no sé si todavía existen las sensaciones en un mundo con seres de esa calaña.

Había una puerta exterior de acero, que estaba cerrada, lo más seguro que para que a través de ella descargaran los nuevos pedidos. Intenté alzarla. Estaba cerrada. Tengo que conseguir un libro sobre cómo forzar cerraduras en la biblioteca. He sacado la palanca del cinturón y la he colocado bajo la persiana de acero, justo debajo de la cerradura. Tras unos minutos de empujar, cagarme en todo y sudar, he logrado romper el cierre. He comprobado el área que me rodeaba; me había ganado un poco de atención indeseada a una manzana de allí... y se acercaban.

He colocado la linterna LED sobre el cañón del fusil y la he encendido. El área de carga estaba muy oscura, ya que se encontraba bastante separada de la parte principal de la tienda, iluminada por la luz del día. He paseado la luz por toda la estancia: sólo he podido ver cajas, estanterías de acero y otros objetos habituales. He entrado de un salto en la nave. Justo en el

momento en que cerraba de nuevo la persiana, dos de ellos han doblado la esquina y me han visto. He cerrado la puerta del todo y he buscado una forma de bloquearla. He mantenido la persiana sujeta con el talón de la bota mientras la primera criatura ha empezado a aporrear el metal. Atraerán a más. Los amarres de plástico que llevo en el bolsillo no servirán de nada, porque no hay nada en el suelo para atarlos. He lanzado una mirada a la esquina; había una fregona y una cuerda de nailon. Me he acercado a la esquina, arrastrando el pie sobre la rebaba metálica de la persiana, mientras con la pierna izquierda me ayudaba para mantener el equilibrio. He agarrado la fregona y la he insertado entre los rodillos que permiten que la persiana se alce con suavidad. Con el cordel, la he sujetado bien. En una estantería repleta de botellas de enjuague bucal, había una caja pesada; la he cogido y la he colocado sobre la rebaba en la que todavía mantenía el pie. No aguantaría para siempre, pero por ahora me tendría que servir.

Satisfecho con poder mantener la puerta cerrada durante un ratito, me he adentrado en la farmacia. Había muchos libros sobre la materia colocados en las estanterías. He recogido el Manual de Referencia de los Farmacéuticos y lo he hojeado en busca de información útil sobre los medicamentos. Me gustaría llevárselo a Jan, pero es demasiado voluminoso y me ocuparía un espacio vital en la mochila.

En otro de los volúmenes había un listado de antibióticos. Con esto como referencia, he cogido algunas bolsas de píldoras que habían dejado en la zona de carga que nadie reclamaría jamás. Cualquier cosa que tuviese las letras «biótico» al final ha ido a parar al interior de la mochila. He saltado por encima del mostrador, he aterrizado en el pasillo principal y he apuntado de inmediato el fusil hacia un punto ciego de la tienda.

He mirado hacia arriba y me he dado cuenta de que el establecimiento tenía espejos convexos de vigilancia, lo que me permitía poder examinar mucho mejor el área. He comprobado los espejos, y me he asegurado, pasillo por pasillo, de que la tienda estuviese del todo despejada. Las criaturas seguían aporreando rítmicamente contra la persiana. No me gustaba para nada. Tenía que darme prisa. Paracetamol, agua oxigenada, vendas, tiritas... Lo he metido todo en el apartado refrigerado de la mochila, con los antibióticos. He visto yodo en la estantería y he recordado que en las clases de supervivencia del ejército nos habían contado que el yodo servía de purificador del agua. Lo he añadido a la mochila. Tenía sed; he agarrado una botella de agua de la estantería y me la he bebido sin despegar los labios. Ya tenía la mochila medio llena. He pasado a la sección de chocolatinas, he cogido una barrita.

Al abrirla, he recordado todo el tiempo que ha pasado desde que esta catástrofe empezó. La barrita ya estaba pasada, pero no me importaba: necesitaba la energía. En el pasillo de juguetes he encontrado un osito de peluche y lo he metido en la mochila.

Tras comerme la chocolatina he empezado a buscar un lugar por el que escapar.

Me encontraba ante las puertas principales. La cadena era normal, de acero grueso. No quería pasearme mucho delante de las puertas, por si acaso tenía que utilizarlas para salir. No había forma de romper el candado de acero sin dispararle, o golpearlo un centenar de veces con un hacha de bombero. He aprovechado para coger un par de rollos de cinta de embalar de la estantería. En silencio, aunque no importaba mucho con todo el ruido que llegaba de las criaturas que aporreaban el metal, he empezado a cubrir de cinta adhesiva la parte inferior de la puerta de cristal, asegurándome de que no me veían.

He tardado unos minutos, pero he conseguido cubrir toda la sección. Después, con ayuda del extintor que había tras el mostrador, he golpeado contra el cristal. No ha sonado con tanta fuerza como habría hecho sin la cinta, pero era demasiado alto para mi gusto. Con rapidez, me he dirigido a la zona por el mismo camino por el que había llegado, a través del área arbolada, hacia el aparcamiento que había junto al puerto. He corrido a través del bosque; estaba casi esprintando. Ya veía el claro.

Y han aparecido dos de ellos delante de mí, entre los árboles. Los he derribado y he seguido corriendo. Cuando he llegado al claro, el corazón me ha dado un vuelco. Había muchos... He bordeado el aparcamiento, para evitar llamar la atención. Pero no podía hacer nada... Me tenía que dejar ver. He corrido hacia el muelle, sabía que me habían visto. Sus gemidos orquestados rebotaban en el agua y resonaban en todas direcciones, lo que casi me desmoraliza y me ha hecho desear colocarme en posición fetal.

Estaba en modo huida. He empezado a gritar a William. No había rastro de la lancha. He seguido corriendo... Ni rastro. He mirado atrás, y he visto cómo todos convergían en el muelle. No había salida. Me quedaban sólo tres metros para llegar al fin del embarcadero; las criaturas estaban a sólo seis metros de mi posición. Estaban tan hambrientas. Eran la personificación del mal, putrefactos, podridos. En su frenesí por atacarme, empujaban a algunos de sus compañeros al agua... Luchaban por ser el primero en poder devorar mi carne. Me he dado la vuelta y he seguido corriendo. Me he lanzado al agua y he empezado a alejarme a nado. He nadado de lado durante todo un minuto, antes de detenerme, mantenerme a flote y volver a mirar hacia el muelle. El embarcadero estaba plagado de cadáveres; había tantos que caían por los bordes, ya que no había suficiente espacio para todos. Y allí estaba yo, en el agua, solo. Y no podía quitarme de la cabeza la idea de que había algo bajo el agua que me tiraría de la bota. Estaba aterrorizado, y he tragado accidentalmente agua por el conducto erróneo al imaginar cuantos no muertos se pudrían en fondo de aquellas aguas turbias.

Entonces he oído el zumbido de un motor. Llevaba todo mi equipo sujeto al cuerpo, pero es sorprendente lo fácil que es flotar si haces que la ropa se te llene de aire. He empezado a hacer señales frenéticas hacia la lancha. Era William. Me había visto.

El bote ha avanzado al ralentí, hasta llegar a mi posición con el motor todavía encendido. Le he dado a William la mochila y el fusil desde el agua. Después me he aupado al interior de la lancha. William me ha dicho que el aparcamiento se había llenado de cadáveres después de irme yo y que había intentado alejarlos del puerto para mi seguridad. He comprobado la mochila; sólo había entrado un poco de agua en los compartimentos refrigerados. No lo suficiente para estropear el botín.

Hemos vuelto al lado de John, de Jan, de Laura, de Annabelle. Estaba empapado, helado, y no había conseguido la comida que habíamos salido a buscar. Si la lancha no hubiese aparecido, no sé cómo habría acabado. No sé cuánto tiempo podría haber nadado, y estoy seguro de que me hubiesen seguido por toda la línea de la costa hasta que hubiese estado demasiado agotado para seguir. Habría admitido mi derrota, y mi cuerpo cansado habría sido desgarrado mientras me hundía en las profundidades... de sus brazos.

# LOS IDUS DE MARZO

**15 de marzo.**

*18:22 h.*

Me he pasado todo el día de ayer y hoy recuperándome de un resfriado, recuerdo de mi aventura nadando en el mar; he aprovechado para limpiar y secar el fusil. Sólo en un mundo como éste, un resfriado común puede ser el equivalente a una sentencia de muerte. No es muy grave, pero me siento algo más débil de lo habitual y tengo un poco de fiebre. Jan me ha aconsejado que no tome antibióticos a menos que sea del todo necesario, ya que mi cuerpo podría acostumbrarse a la medicación y no me servirían de nada si los necesitase de verdad en el futuro. Jan se ha ocupado también de nuestra nueva inquilina, Tara. La chica ha estado atrapada en el interior del coche durante días. Estaba a punto de morir deshidratada cuando William y yo aparecimos, pero ahora ya está mejor. Jan se ha ocupado de que se quedase en la cama y de recuperar el agua de su cuerpo.

Hoy la he pillado mirándome unas cuantas veces. Ella no me ha pillado a mí, pero yo hacía lo mismo. Es atractiva, y yo soy humano. He escuchado a escondidas cómo le contaba a Jan la historia de cómo llegó al muelle.

Estaba atrapada en su casa, en Austwell, pero encontró una oportunidad para escapar. Logró llegar hasta el puerto deportivo, pero tres criaturas la vieron mientras buscaba una lancha en la que huir. No tuvo otra opción: tuvo que buscar refugio en el primer coche abierto que encontró. Tara estudiaba marketing en una universidad local... Y añadió que ya nada de eso importaba, que su carrera en el mundo del marketing había terminado antes de empezar. Las dos mujeres se rieron.

Ayer William y John salieron en el bote y pescaron diez piezas. John se encontraba un poco más recuperado, y supuso que un poco de sol le haría bien. Laura me preguntó cómo había ido mi viaje a la tienda. Le he dicho que todo bien, pero que lamentaba no haberle podido traer nada para comer, pero la niña me ha contestado que no pasaba nada, que su papá tampoco le había llevado ningún regalito del viaje. Entonces me acordé del osito. Se lo di a William para que pudiese secarlo al sol antes de dárselo, ya que se empapó cuando salté al mar para escapar de las criaturas. Le pedí a Laura que no estuviese triste, porque su padre tenía un regalo para ella, pero que esperaba a un momento especial para dárselo. Ella sonrió y salió a investigar.

El pescado crudo no es mi entrante favorito, pero millones de japoneses no pueden equivocarse. Bueno, tampoco sé si queda un millón de japoneses vivos. Me siento atrapado en el tiempo, y tengo miedo de volver a tierra firme. Necesitamos una vida mejor; necesitamos un lugar mejor para vivir.

**17 de marzo.**

*18:33 h.*

Estábamos sentados alrededor de la mesa; discutíamos como caballeros de antaño la estrategia de la próxima batalla. Jan, Tara, John, William y yo mismo considerábamos todas las posibilidades de encontrar un nuevo lugar en el que vivir. Montar una fortaleza en una isla era algo ideal, y nos atraía mucho, pero al final hemos acabado por descartarlo ya que necesitaríamos viajar constantemente a tierra firme en busca de suministros. ¿Dónde podemos encontrar una posición fácil de defender que no se alce cerca de una metrópolis?

En la tienda de regalos había un mapa muy grande de Estados Unidos. No era muy detallado, tan sólo los ríos, las líneas de las fronteras estatales y las ciudades más grandes. He descolgado el cuadro de la pared y lo hemos estudiado durante un buen rato. Mis motivos personales, egoístas, han hablado por mí y he sugerido que recorramos la costa con la lancha, y que remontemos el río Misisipi hasta que encontremos un lugar adecuado; ahí estaríamos más cerca de mis padres. Es una opción. William ha sugerido que nos desplazemos por tierra, para evitar las consecuencias catastróficas si la lancha sufre un problema mecánico. John ha sugerido que naveguemos bordeando el sur de Florida y nos dirijamos a las Bahamas.

Todo el mundo ha sonreído al escuchar la idea, pero volvemos al problema de encontrarnos con objetos limitados, a la necesidad de salir a saquear. Por ahora estamos a salvo, pero el ruido que el motor de la lancha ha emitido cada vez que hemos salido a pescar o nos hemos acercado a tierra a buscar provisiones, los ha atraído de todas las partes de la isla; esto no durará para siempre. Necesitamos un lugar más permanente en el que vivir.

Esta noche jugaremos al póquer para mantener los ánimos un poco elevados. Laura, Annabelle y Tubby, el osito de peluche, tienen otros planes: jugarán a papás y a mamás.

# LA REFULGENCIA DE CLAUDIA

**18 de marzo.**

*21:48 h.*

Los últimos días nuestra dieta ha sido a base de pescado. He encontrado un hornillo de propano en uno de los barcos más grandes amarrados en el puerto, y por fin hemos podido cocinar un poco. Ahora tenemos una dieta más variada. Hoy me he aventurado al interior de la isla, acompañado por William. Hemos recorrido la costa oeste de la isla con el Bahama Mama, para intentar encontrar comida. Según el mapa, la isla Matagorda mide apenas cuarenta kilómetros de largo, y unos cinco de ancho. He pensado que estaría bien montar un señuelo sonoro que atrajese a las criaturas a un punto determinado de la isla mientras William y yo exploramos el resto de la zona. John ya está trabajando en la idea.

Hoy hemos descubierto algo interesante. Debíamos haber avanzado ya 15 kilómetros al oeste cuando algo ha aparecido tierra adentro, entre los árboles. Parecía una especie de torre. Cuando nos hemos acercado, nos hemos dado cuenta de que se trata del faro de la isla. Es una columna negra, larga, que se eleva unos cuarenta y cinco metros. En la zona superior tiene una sala con una lente.

Supongo que en la base debe de encontrarse la casa de los fareros. Parece una zona solitaria, aunque soy consciente que en menos de dos horas aparecerían, atraídos por el sonido de los motores. Hemos lanzado el ancla a tres metros de tierra. He saltado al agua, que no me cubría; estaba templada. Esta zona es más rural que la del puerto deportivo. Lo bueno de eso es que a menos población, menos población de muertos vivientes. Lo malo es que los árboles impiden que tenga una visión completa del área que rodea el faro.

William ha mejorado con el fusil del .22 estos últimos días. Nos quedan sólo 700 balas para su arma, y a mí sólo me quedan 450 para mi fusil del .223, también he hecho unas prácticas de tiro. Hemos avanzado en silencio por la zona arbolada cercana al faro, pero había algo que hacía ruido... y cuanto más nos acercábamos a la construcción, más fuerte sonaba el ruido. Era un golpeteo constante, a intervalos rítmicos, pero nosotros todavía no habíamos tenido contacto visual con ningún cadáver. Nos encontrábamos ya en el claro. El faro tenía un aspecto envejecido. Estoy seguro de que hubo una época en que la pintura negra, ahora desconchada, había sido brillante, pero los años de aire salado y de lluvia habían dejado su huella. La casa que había junto a la base del faro parecía más moderna. El césped del patio estaba cubierto de malas hierbas, que habían crecido libremente durante tres meses. Era evidente que el sonido procedía del faro.

Hemos seguido adelante. Le he hecho gestos a William para que comprobase nuestro flanco, para evitar un posible ataque por la retaguardia. Bang... Bang... Bang... El sonido seguía, con un ritmo parecido al de un segundero en un reloj. Hemos recorrido el perímetro de la casa y del faro. Ya teníamos claro de dónde procedía el ruido; la puerta de acceso al sótano, en la parte trasera de la casa, temblaba con cada golpe que le propinaban desde abajo. No podía estar seguro al cien por cien, pero tenía una idea bastante clara de lo que sucedía allá abajo. La puerta aguantaba con firmeza, por algún extraño motivo, la habían cerrado desde el exterior, y fuera lo que fuese lo que

estaba encerrado abajo, allí seguiría hasta que la puerta se pudiese alrededor de las bisagras o hasta que yo lo soltase. Nos hemos acercado a la puerta de entrada de la casa. No estaba cerrada con llave, pero las ventanas estaban cegadas con tablones, por lo que no podíamos averiguar cómo estaba el interior. He girado con mucho cuidado el pomo y he abierto la puerta de un empujón; los dos hemos dado un salto atrás y hemos apuntado el interior con los fusiles. Debíamos de tener una pinta ridícula. La casa apestaba a carne podrida. Malas noticias. Yo estaba tentado de enviarlo todo a la mierda y pasarme el resto de la vida alimentándome de pescado... pero ya que estaba ahí, necesitábamos comida. El suelo de la vivienda estaba hecho de madera vieja. Cada paso crujía como un trueno. Estábamos en la salita. «¿Crees que dentro de la casa hay una puerta que lleva al sótano?», le he preguntado a William en un susurro. Él no estaba seguro, pero yo esperaba que esa puerta no existiese. Enseguida me he fijado que en el suelo había un rastro de sangre seca que llevaba hacia el pasillo. Se distinguían con claridad las huellas sangrientas de unas manos, como si algo o alguien se hubiese arrastrado por el pasillo.

Yo he sido el primero en entrar, William me seguía de cerca. Al doblar la esquina del pasillo, me he fijado en que el rastro de sangre giraba hacia lo que creía que era un dormitorio. Lo he seguido. El corazón me palpitaba, sudaba, estaba asustado. Me encontraba ante la puerta bajo la que desaparecía el rastro. Estaba cerrada, y la parte inferior estaba cubierta de huellas de manos. He escuchado, y he estirado el brazo hacia el pomo. Ningún sonido. He girado el pomo en silencio y he abierto unos centímetros la puerta: el olor a putrefacción me ha golpeado con fuerza. Podía ver un par de piernas, enfundadas en unos vaqueros sucios, tumbadas sobre la cama. He entrado en la habitación, y he visto los restos de lo que me ha parecido que era un hombre. Su camiseta y los téjanos estaban embadurnados de sangre; le había desaparecido la mitad de la cabeza, desde la nariz hacia arriba. Los gusanos infestaban sus heridas, y la piel se le estremecía con las larvas que se movían por debajo.

Un rifle de caza del calibre .12 descansaba sobre su pecho. Se lo he quitado de la mano podrida, y me he fijado que también había estado sosteniendo un trozo de papel amarillento, escrito con tinta negra.

12 Feb.

Queridísima Claudia,

Te quiero tanto. Si que estás en el cielo,  
observando, y que sabes todo el dolor que  
siento. Aunque sé que ya no eres tú la que está  
en el sótano, no he logrado obligarte a hacerlo.

Por favor, perdóname por no haber haberte  
dejado descansar en paz.

Soy un cobarde.

Que Dios se perdona por lo que soy a  
hacer.

Siempre te querré.

Frank

Le he pasado la nota a William<sup>[1]</sup>. No hemos hablado durante los siguientes minutos. El rifle de caza es un buen hallazgo, así como las tres cajas de cartuchos que guardaba en el armario. En el cajón de los calcetines había escondido un revólver Smith & Wesson del calibre .357. La siguiente habitación era la cocina: todas las latas, el aceite de cocina, las especias y todo lo que no tuviese fecha de caducidad se venía con nosotros, pero no hemos encontrado tanta comida como esperaba. El incesante golpeteo no paraba; Claudia no se rendía con facilidad.

Recordaba haber visto una carretilla cerca de la puerta del sótano; la he empujado por la puerta de entrada y la hemos llenado con todo nuestro botín. A continuación le he comunicado a William mis suposiciones sobre el sótano: allí debía de haber más comida y más armas. Hemos decidido abrir la puerta y encargarnos de Claudia.

William se ha ofrecido voluntario para abrir la puerta y me ha dejado a mí la tarea de disparar. Con mucho cuidado, ha deslizado el cerrojo fuera de la manga de hormigón en la que quedaba trabado. La puerta estaba desbloqueada. Claudia ha seguido golpeando; no sabía que estábamos allí. Lo único que sabía es que tenía hambre y que quería salir. Yo tenía miedo de tener que mirarla a la cara.

William ha agarrado el pomo y estaba a punto de tirar de él, pero yo le he dicho que esperase. Había una forma mucho más segura de hacerlo. Le he dicho a William que buscase una cuerda en la casa. Tras unos minutos ha venido con un ovillo que había encontrado en uno de los dormitorios vacíos. He hecho que lo doblase y que lo atase al tirador, y que se alejase unos cuantos metros. Le he hecho un gesto, ha tirado del hilo doblado... Y ha abierto la puerta.

Allí estaba... Podrida, putrefacta, enferma. Sus ojos lechosos se han clavado en los nuestros y lo que quedaba de sus labios se ha curvado hacia atrás, mostrando sus dientes amarillentos, rotos.

Sus manos se habían convertido en muñones ensangrentados tras pasarse semanas golpeando contra la puerta de madera del sótano. Nos ha embestido. Cuando ha ascendido los escalones, ha tropezado con el superior y ha caído de cara sobre el suelo. He aprovechado la ocasión para proporcionarle la paz que Frank no había sido capaz de administrarle. Le he disparado a quemarropa en la nuca; la he enviado de vuelta con su marido.

El sótano estaba oscuro; resultaba espeluznante. He encendido la linterna que llevaba montada en el fusil. El resplandor de la linterna LED ha llenado la escalera. He permitido que mis ojos se ajustaran a la nueva iluminación y he reflexionado qué otros horrores podía haber agazapados en las entrañas de ese viejo faro. He bajado los peldaños, me he sumergido en la oscuridad, pero no he encontrado ninguna criatura, viva o muerta. Claudia había estado sola. He llamado a William para que bajase a ayudarme. Había un montón de latas de conserva llenas de judías verdes, boniatos y otras verduras. También había una considerable selección de vinos y más comida enlatada.

Parecía como si Frank y Claudia se hubiesen parapetado aquí abajo, ya que tenían una cama, un hornillo y una nevera. También había una escopeta de caza Remington de 7 mm con punto de mira, apoyada en una esquina. Encima de la nevera había dos cajas con cartuchos de 7 mm. Hemos cogido toda la comida que podíamos llevar, además de la escopeta.

Hemos llenado las mochilas con la comida, las armas y la munición. La mayor parte de los víveres que habíamos encontrado han acabado en la carretilla. Me he descolgado la mochila de la espalda y le he dicho a William que volvería enseguida. Me he acercado al faro. Quería ir arriba para poder observar lo que nos rodeaba desde una perspectiva mejor y saber si debíamos esperar compañía. He subido la escalera de caracol que daba vueltas y más vueltas hasta llegar a la cima de la columna.

Al llegar arriba he observado toda la zona. En la dirección de la que habíamos venido, el este, he llegado a ver veinte criaturas que avanzaban a trompicones en un grupo que se movía hacia nosotros. Los catalizadores de aquel movimiento debían de haber sido el ruido del motor y el disparo.

A juzgar por el ritmo al que se desplazaban, he calculado que teníamos tiempo de sobra para escapar. He bajado la escalera corriendo; William y yo hemos hecho turnos para empujar la carretilla de vuelta a la lancha. La hemos cargado y hemos vuelto a casa. Hoy hemos tenido suerte.

**20 de marzo.**

*15:17 h.*

Acabo de escuchar una emisión de radio por los canales civiles. La persona que hablaba aseguraba que era un congresista del estado de Luisiana, encerrado en un búnker a un centenar de kilómetros al norte de Nueva Orleans. Tenía la voz quebrada, cansada. Ha seguido comunicando que a su lado se encontraban varios soldados supervivientes de la Guardia Nacional de Luisiana. La razón por la que emitía ese anuncio era para advertir cualquier posible superviviente de la amenaza que suponían los no muertos expuestos a la radiación. Aparentemente, Nueva Orleans fue destruida durante la campaña de bombardeos estratégicos.

El congresista envió exploradores equipados con dosímetros y contadores Geiger para comprobar el estado de las ruinas de la ciudad y las filas de cadáveres. De los diez que había enviado, sólo habían vuelto seis. Los exploradores habían informado que los no muertos afectados por la radiación no mostraban muchos signos de descomposición y eran más rápidos y más coordinados que los no afectados. La radiación los conservaba. Uno de los soldados había afirmado que creía haber escuchado a una de las criaturas pronunciar una palabra. De los cuatro exploradores que habían muerto, dos habían caído bajo las garras de una docena de muertos irradiados en la carretera interestatal a las afueras de Nueva Orleans. Los otros dos murieron por exposición a la radiación ya que pasaron la noche en un camión de bomberos empapado en radiación, mientras que el resto durmieron a salvo en un desagüe de hormigón, a un metro y medio bajo tierra.

El congresista ha dicho que tiene un sistema de comunicación por teletipo de alta frecuencia con una base equipada con escuadrones de prototipos de UAV y almacenes llenos de explosivos militares.

Según la emisión, las ráfagas electromagnéticas han inutilizado la mayoría de objetos electrónicos sin protección de las grandes ciudades devastadas. Los exploradores no lograron hacer puentes a ningún coche ni encontrar ningún sistema de comunicación radiofónico. Lo he dejado apuntado en el fondo de mi mente, por si tengo la mala suerte de ir a parar a una de estas zonas arrasadas.

John ha intentado responder a la emisión, pero nuestro transmisor de poco alcance no tiene la energía suficiente para llegar a destino. Tal vez, en un día nublado, encapotado... Pero hoy no. Sólo es otro tema más por el que preocuparnos.

**22 de marzo.**

*18:54 h.*

Tara es una mujer muy interesante. Tengo que reconocer que ha logrado sobrevivir hasta ahora. No puedo ni imaginar su sensación de derrota cuando se quedó encerrada en aquel coche pequeño, escuchando como golpeaban contra los cristales durante días. Me contó que se había pasado un día entero atrayéndolos a un lado del coche, para poder abrir ligeramente la ventanilla del otro lado para renovar el aire antes de que volviesen a esa zona con sus tambaleos. No he visto que en ningún momento se haya derrumbado y haya roto a llorar, pero es algo natural y algún día pasará.

Laura sigue en su pequeño mundo con Annabelle y su osito de peluche. Temo el día que está a punto de llegar, el día en que tendremos que irnos de aquí. Me siento responsable por todos los que vivimos aquí. Sería muy difícil superar la pérdida de cualquiera de ellos, pero sé que tarde o temprano tendremos que rendirnos a la estadística. He mejorado al ajedrez, y cuando John y yo jugamos acabamos siempre al 50/50.

William se despertó anoche alrededor de las 2.00 de la madrugada. Yo estaba despierto, examinaba el mapa. Me contó que había soñado con la excursión al faro, y que en su sueño la

mujer del sótano, «Claudia», no había tropezado. Pensé en cómo iba a continuar la historia e intenté quitármelo de la cabeza. No hemos visto a ninguno desde que hemos vuelto. Hemos logrado confundirles con los ruidos del motor y de los disparos.

Ni ayer ni hoy hemos recibido más transmisiones desde Luisiana. Hemos procurado que siempre haya al menos una persona que pueda escuchar la radio a todas horas. Desde el episodio del faro sufro una especie de depresión, así que hoy he decidido afeitarme para subirme un poco la moral. Es sorprendente como un buen afeitado puede ayudarte a sentirte más humano.

He calculado cuántos seres debe de haber. He reflexionado en que nos superan en número y me he preguntado cuántos militares profesionales deben de quedar. Me he acordado del último censo de Estados Unidos, en el que se informó de que había casi trescientos millones de personas. No tengo forma de saber cuánta gente ha sobrevivido, pero estoy seguro de que nos superan en número. Me atrevería a decir que la campaña nuclear se ha cargado algunos millones, incluyendo a los vivos. Supongo que no tengo los suficientes datos para realizar unos cálculos estimados.

La llovizna impide una buena visibilidad. Se acerca la primavera; se acercan las tormentas.

### **23 de marzo.**

*18:19 h.*

Hemos recibido otra transmisión desde Luisiana. Esta vez ha sido bastante confusa. La voz del otro extremo dice que se han interrumpido todas las comunicaciones con el NORAD. La teoría que plantean es que lo han atacado desde dentro. Están intentando pinchar algunas imágenes de vídeo del centro de mando al norte de Nueva Orleans, pero todos los intentos han sido infructuosos.

John todavía sigue trazando algunos bocetos para crear el «distractor» que tendremos que usar contra las criaturas. Le he pedido que también idee algo para cargar las baterías gastadas, ya que la mayoría de las baterías de los coches que nos encontremos en tierra estarán tan muertas como sus propietarios. Estamos construyendo la base de nuestra evasión. Aún no estamos seguros de adonde iremos.

### **24 de marzo.**

*23:39 h.*

La lluvia radiactiva no nos ha afectado. Debemos evitar la mayoría de las metrópolis; por la información que recibimos sobre los exploradores y sus compañeros muertos, estoy seguro de que todavía hay grandes dosis de radiación en las ciudades. También tenemos que tener en cuenta el resto de informaciones que recibimos hace algunos días desde Luisiana. Puedo oír sus gemidos. El viento arrastra el sonido, y es como si estuvieran justo tras la ventana. Sé que no es así, pero sólo pensarlo me intranquiliza mucho. No son gemidos humanos; surgen de las profundidades de la garganta. Son sonidos graves, antinaturales. Necesito comprobar el perímetro.

**26 de marzo.**

*20:03 h.*

Aunque las criaturas no pueden nadar, sí que pueden «existir» en el agua. Hoy el día estaba despejado y la mar estaba en calma. Hemos decidido salir al muelle, para tomar un poco el sol. He cogido el fusil, para asegurarme de que todo el mundo estuviera a salvo mientras estuviésemos fuera. La pequeña Laura estaba muy pálida por la falta de sol, y me siento culpable por no dejarla salir al aire libre. Me he quedado de pie, mirando hacia la costa, mientras el resto de gente se ha quitado los zapatos y han dejado los pies colgando por el borde del muelle y los han sumergido en el agua.

Mientras observaba la línea costera, no he percibido ningún movimiento, excepto el de las criaturas atormentadas atrapadas en el dormitorio del hotel que había enfrente de nuestra posición. He comprobado a mis compañeros, a mi espalda; parecía que se lo estaban pasando bien. Estaban callados, conscientes de los peligros que nos acechaban en el área urbana que nos rodeaba. He bajado la vista hacia el agua y me he dado cuenta de que algo oscuro se movía por debajo de la superficie, pero el tono verde oscuro del agua reducía mi visibilidad.

He llamado a John, y le he pedido a William que se quedase con las demás y las vigilase; les he ordenado a todos que sacasen los pies del agua. En la pared del puerto deportivo hay un salvavidas redondo, parecido a los que hay en los barcos, y un gancho para sacar gente del agua. He lanzado una mirada al garfio y después a John. Éste lo ha traído mientras yo seguía examinando las verdes profundidades. Lo he vuelto a ver. Había algo grande que se desplazaba por debajo de la superficie.

Le he pedido a John que me sujetase por el cinturón mientras yo sumergía el largo gancho en el agua. He sentido cómo golpeaba contra algo sólido; tras unos minutos de empujar y tirar, he logrado atraparlo. Mientras arrastraba a la criatura putrefacta hacia la superficie, he lamentado haberme comido todos esos pescados que seguramente se han alimentado de su cuerpo corrupto. Se sacudía, tenía la boca abierta en una mueca terrible. Ha intentado morderme, he visto cómo el agua estancada en su garganta se derramaba por las comisuras de sus labios; de su interior ha brotado un borboteo grave.

No tenía ojos. Seguro que los peces ya se los habían zampado hace semanas. Aquella criatura llevaba mucho tiempo en el agua. Lo he subido hasta el muelle. Cuando he sacado todo su torso del agua, he visto que tampoco tenía piernas; a pesar de todo, todavía era peligroso, así que he decidido encargarme de él de una puñalada en la órbita del ojo izquierdo. Con ayuda del gancho, he mantenido la cabeza quieta mientras he golpeado con el cuchillo, y he neutralizado al cabronazo ese.

Pasará mucho tiempo antes de que me decida a darme un baño relajante en ningún tipo de agua. He colocado el puente del embarcadero ante tierra firme tirando del mecanismo de cuerdas. Con el gancho, he arrastrado a la criatura hasta la calle mientras John me cubría con su fusil. Laura ha visto el engendro mientras yo arrastraba el cadáver y ha empezado a llorar. Me he sentido mal y he odiado a ese ser aún más al abandonar a aquella masa pútrida en el suelo. El cadáver ha dejado una marca negra sobre el hormigón; el delgado torso se ha quedado cociéndose

en la calle, bajo el sol.

**27 de marzo.**

*19:51 h.*

El viento aúlla en el exterior. Los gemidos de las criaturas parecen sonar con más fuerza a medida que pasan los días. Hay un par de docenas allá afuera, que patrullan la línea costera. A cada segundo que pasa, me tengo que convencer para no salir y ejecutarlos. Esta noche tendré que volver a dormir con balas de 9 mm metidas en los oídos, porque el ruido es enloquecedor. Incluso en la oscuridad de la noche, todavía puedo ver las marcas que dejó en el muelle el cadáver que neutralicé ayer.

Estamos todos de acuerdo en que ha llegado la hora de ponerse en marcha. Nos hemos dado un plazo de una semana. En este periodo de tiempo, reuniremos más víveres y buscaremos un destino posible. Hemos llegado a la conclusión de que si no nos movemos, moriremos. No, no moriremos, nos convertiremos en uno de ellos, lo que es peor.

# ATLÁNTIDA

**28 de marzo.**

*13:00 h.*

Estamos en la lancha. A las 2.00 de esta madrugada, un vaso de cristal que Laura había olvidado en el mostrador de cebos ha caído al suelo sin motivo aparente. Yo me he levantado enseguida; parecía que estuviese borracho, porque me ha costado mucho mantener el equilibrio. Era como si ascendiera por una colina para llegar hasta los cristales rotos. He encendido la luz y he llamado a John y a William. Ellos dos también estaban desorientados, al final me he dado cuenta de lo que sucedía.

Me preocupaba por qué tardaba tanto en actuar la ley de Murphy. Nos estábamos hundiendo. Anoche se desencadenó una tormenta y nos balanceó un poco. Supongo que la falta de mantenimiento, de revisiones y la furia de la naturaleza han acabado de arreglarlo todo. He despertado a los demás y he sugerido a John y a William que empezasen a reunir los víveres. No tenía ni idea de con cuánto tiempo contábamos antes de que el puerto deportivo y su tienda de regalos y cebos se hundiesen por completo. Habría un momento en que el desequilibrio entre el peso y la superficie flotante haría que el soporte de madera se quebrase, y el edificio entero caería a las profundidades.

No era momento de estar en silencio. He sacado las gafas de visión nocturna y he empezado a preparar el Mama. El sonido que provocaba yo, mezclado con los crujidos de la madera del puerto rompiéndose había atraído a toda una multitud. A través de las imágenes granuladas de las lentes, he contado hasta veinte criaturas. Eran horrendas; en el fondo de mi corazón, siento que si existe un infierno, estos seres han surgido de él y en mi imaginación llegaba a notar su aliento infernal sobre mi cuello.

Aunque estoy del todo seguro de que no pueden ver en la oscuridad, la mayoría miraban en mi dirección, atraídos por el sonido, inclinando la cabeza de la misma manera en que lo haría un perro confundido que mira a su amo. La mayoría se encontraban en estados intermedios de descomposición; no podía ver sus ojos a través de las gafas, ya que eran tan sólo círculos negros, lo que hacía su visión todavía más espeluznante.

Jan, Tara, John, William y yo mismo formamos una cadena humana para pasarnos todo nuestro equipaje de mano en mano hasta la lancha. Sólo había pasado media hora y una de las esquinas del puerto ya se había hundido casi medio metro en el agua. Eso significaba que la estructura empezaría a sufrir una gran tensión.

Le he puesto el bozal a Annabelle, he cargado con ella y con Laura y las he sentado en la lancha. Las criaturas nos gritaban con sus voces dementes. Le he susurrado a Laura que no se preocupase, pero que dejaba en sus manos una tarea importante: tenía que sujetar a Annabelle y asegurarse de que no saltase fuera de la embarcación. Le he dado su osito de peluche y le he pellizcado la mejilla.

Hemos cargado la lancha hasta niveles de peso casi peligrosos. Ha sido la vez que más hundida la he visto desde que empezamos a usarla. He ayudado a Jan y a Tara a embarcar, y le he

dicho a William que se quedase en la lancha mientras John y yo comprobábamos que no nos dejábamos ningún objeto valioso, igual que hubiésemos hecho al abandonar una habitación de hotel. Satisfechos con nuestra búsqueda, hemos embarcado y he encendido el motor. Si no hubiese sido por Laura, hubiese acabado con algunos de ellos en ese mismo instante; me hubiese hecho sentir mejor.

Mientras nos alejábamos del puerto deportivo, he pensado en los lugares en los que me había visto obligado a refugiarme. Cada vez que nos trasladamos parecen más incómodos. Ahora nos encontramos sentados a un kilómetro y medio de la costa, con el motor apagado, estamos dejando que la corriente nos arrastrase para ahorrar combustible.

*21:44 h.*

Hemos decidido seguir la costa noreste de Texas, hacia Galveston. Hay algo que no va bien en el motor, no para de ahogarse. Cuando logro ponerlo en marcha, se ahoga a los cinco minutos. Parece que hemos perdido toda esperanza. He calculado que hemos recorrido tan sólo unos ciento veinte kilómetros de la costa de Texas. Se nos acaba el combustible; la flechita de nivel casi llega a la zona inferior del indicador. Pero éste no es el problema principal de la lancha; supongo que tiene algún problema del motor, por lo que o bien remamos en esta bañera avanzando a un nudo por hora, o tendremos que acabar el trayecto a pie.

La cosa sólo puede ir a peor.

**29 de marzo.**

*06:05 h.*

Efectivamente. Anoche, después de remar durante cuatro horas, al fin llegamos a un área en la que hemos podido echar el ancla, alejados de cualquier muerto. Tras dormir durante dos horas, no nos quedaba otra opción que intentar avanzar a pie. Tara me ha comunicado que tendría que ir a empolvase la nariz, y que después del pequeño encontronazo que tuvimos con la criatura sumergida en el agua, no le apetece mucho asomar el culo por la borda. Creo que la comprendo. No nos podemos quedar indefinidamente en esta pequeña lancha. Hemos remado hasta acercar lo suficiente la embarcación a la costa, de forma que yo ya percibía el fondo arenoso. He saltado fuera, con el agua salada hasta los tobillos y he empujado el bote sobre la arena de la playa. William me cubría las espaldas con la escopeta de caza del farero. Hemos descargado todo lo que hemos podido en la playa. Debemos estar cerca de Freeport, pero no puedo estar seguro.

Pero, por algún motivo, se me antojaba una idea peligrosa, una locura, la idea de tener que atravesar a pie el territorio de Texas acompañados por una niña pequeña. Soy consciente de que no es hija mía, claro, pero siento una gran necesidad de protegerla. Nos hemos sentado en la playa, y le he dicho al resto de hombres que deberíamos colocarnos en una postura defensiva, para mantener a las mujeres, incluida Annabelle, en el medio, y situarnos nosotros en los bordes. Nos

vamos ya, y debemos dejar algunas latas de verduras atrás, junto con una buena parte del agua potable que tenemos. Cuando abandonemos la playa, lanzaré una última mirada al Bahama Mama y me despediré mentalmente, igual que hice con el coche que tuve en el instituto después de haberlo conducido durante años.

*13:41 h.*

Tras cinco horas de caminar tierra adentro, hacia el noroeste, nos hemos detenido a descansar y comer. Me siento muy vulnerable, en comparación con la seguridad de la que hemos disfrutado en el puerto deportivo. Si llegan los suficientes, podrían superarnos enseguida. En estas últimas horas hemos atravesado varias carreteras de dos carriles y alguna de cuatro. Estamos en campo abierto. Hay varios ranchos. Supongo que estamos en algún lugar cerca de Sweeny, pero no estoy seguro y me niego a pedir indicaciones a los habitantes de la zona. Hay cactus por todas partes. Nunca antes me había dado cuenta, pero tampoco me había decidido a cruzar a pie las tierras de los ranchos.

Esta mañana hemos cruzado una de las carreteras, alrededor de las 10.30; a unos cien metros del punto por el que la hemos atravesado había una pila formada por seis coches. También había un camión de bomberos con la escalerilla extendida en el aire. He decidido ir a echar un vistazo y comprobar si había algo que pudiésemos aprovechar. Al observar los restos del accidente, me he dicho a mí mismo que no quiero arriesgarme a conducir por las carreteras, a causa de todos los bloqueos que podemos encontrarnos durante el trayecto. No me gustaría quedarme atrapado y rodeado por esos seres a menos que fuese montado en un tanque.

Cuando me acercaba al accidente, mi mente ha empezado a ordenar todo lo que había sucedido. Les he hecho un gesto al resto de mis compañeros para que se quedasen quietos. El enemigo estaba cerca. En la parte superior de la escalera de bomberos extendida, una criatura que colgaba de un arnés de seguridad, ha advertido mi presencia. No había manera de saber cuánto tiempo llevaba colgado allá arriba, como un animal salvaje en una trampa forestal. Este bombero no muerto seguramente había sido un buen hombre en su vida anterior. El uniforme amarillo aún era visible bajo la sangre seca. Llevaba cosida en la manga izquierda la bandera de Estados Unidos, con la fecha 11/9/01 bordada entre las barras y estrellas.

Me hubiera gustado enviar a esta criatura al otro mundo con una bala bien dirigida, pero ahora era distinto. No teníamos la seguridad de la lancha. Le he dejado colgado allí. He rodeado la zona del accidente hasta el otro lado. Supongo que atacaron al bombero y se refugió a 12 metros de altura, en lo más alto de la escalera, quien sabe durante cuánto tiempo. Había una cabina lo bastante grande para que cupiese un hombre. Seguramente se convirtió en lo que es ahora, y ha quedado condenado a estar colgado allí durante el resto de su podrida existencia, atado a su arnés de seguridad. Había excrementos en el suelo, alrededor de la escalerilla, lo que indicaba que había resistido en aquella posición durante varios días. Mi pregunta es: ¿contra qué resistía? Aparte de su desgraciado cadáver, no había restos de otros no muertos en todo lo que alcanzaba la vista. Las huellas sangrientas de manos en la base de la escalera blanca, sumado a los mismos restos en el camión de bomberos, me contaban una historia distinta.

Hemos continuado avanzando por las tierras yermas de Texas; hemos tenido que atravesar verjas de alambre de espino, hemos tenido que luchar contra la vegetación de la primavera. Podríamos tener que viajar durante días o durante semanas antes de encontrar un lugar en el que valga la pena instalarse.

*23:12 h.*

Nos vamos a refugiar en el interior de un área rodeada por una valla de alambre de espino. La hemos encontrado por pura suerte después de tener que luchar contra cactus y zonas llenas de espesura. Había un letrero colgado en el exterior de la verja, y decía lo siguiente:

---

### AVISO.

Área controlada, propiedad del gobierno de Estados Unidos.

Entrar en esta área sin el permiso del mando de las instalaciones es ilegal. Mientras se encuentren en las instalaciones, todo el personal y sus propiedades pueden ser registradas. El área está permanentemente patrullada por equipos de perros militares.

---

Ya estaba a punto de caer la noche cuando John descubrió el letrero. Tuvimos que turnarnos para llevar a Laura en brazos durante la última parte del día porque sus piernecitas estaban cansadas y no podía seguir nuestro ritmo. La zona vallada no debía de medir más de 15 x 15 metros. No tenía ni idea de para qué debía de servirle al gobierno un área como ésa, o por qué era tan importante.

Tenía una vista panorámica de toda el área y no había restos de nada vivo ni muerto aparte de nuestro grupo. Dentro del recinto no había ningún edificio, ya que todo el perímetro era un solar cubierto de hierba, parecido a un patio normal. El césped había crecido bastante, y si había alguien agazapado entre la hierba, no podría verle. Pero la única otra opción con que contábamos era dormir en un árbol, y no me apetecía mucho. He sacado las mantas que guardamos en la mochila que lleva Tara y las he doblado hasta formar un cuadrado de un metro de anchura por uno de longitud.

La verja tiene unos dos metros y medio de altura, así que he tenido que intentarlo un par de veces pero al final he logrado extender las mantas por encima del alambre de espino, para poder trepar por la verja sin acabar hecho unos zorros. Cuando he aterrizado en el otro lado, he alzado el arma y he comprobado la hierba, en busca de cualquier amenaza.

He recorrido toda la verja por la zona interior y después me he adentrado en el área. Había una especie de tapa de alcantarilla en medio del suelo. Me he arrodillado y he visto que no había ningún agarre exterior; que aunque lo hubiese, no sería capaz de levantarlo, porque aquella tapa tenía al menos diez centímetros de acero que sobresalían del suelo. En uno de los costados había unas grandes bisagras. Me temo que esta tapa pesa más que todos nosotros juntos. No oigo nada, sólo el sonido de la naturaleza. Las estrellas brillan esta noche, el perímetro es seguro. Si no llueve, será agradable dormir bajo el manto estrellado.

**30 de marzo.**

*15:17 h.*

Nuestra suerte ha cambiado. Esta mañana me han despertado aullidos de perros a lo lejos. No hay forma de distinguir si están domesticados o son perros salvajes. Me han hecho recordar el letrero que leímos ayer, colgado de la verja. Siento mucha curiosidad por saber qué pinta una tapa de acero en medio de la nada, en el estado de Texas. Le he comunicado a John que me apetecía ir a mirar los alrededores de la verja, ya que por un lado está despejada de árboles y matojos.

He tenido que volver a usar la técnica de la manta para cruzar la valla; John, ya del todo recuperado, me ha acompañado. El fusil del .22 se ha quedado con William y las chicas, pero John se ha llevado la escopeta, ya que no sería muy útil con la valla de por medio.

La zona del área cercada de la que venimos está al menos tres pies por debajo de la zona del claro, que hay en la colina a la que nos dirigíamos. Cuando hemos llegado a la cima del pequeño montículo, una gran vista se ha desplegado ante nosotros. Había un terreno llano lo bastante ancho como para aterrizar con una avioneta en él, y a trescientos metros delante de nosotros se alzaba otra verja, similar a la otra.

Al acercarnos a esta segunda área cercada, nos hemos dado cuenta de que es mucho más grande que la zona en la que hemos pasado la noche, y que en su interior alberga un pequeño edificio de ladrillos, con una puerta de acero de color gris y una serie de antenas en el techo. Al llegar junto a la verja, hemos visto la pista de aterrizaje de helicópteros en el interior del perímetro, y un enorme cuadrado de hierba ennegrecida, que rodea lo que parece un gran agujero en el suelo.

No había rastro de movimiento, en ninguna parte. Teníamos buena visibilidad en cualquier dirección. Hasta podíamos ver la punta superior de la valla tras la cual William y los otros nos esperaban. Era evidente que aquello no era una base, pero tenía que ser algo. John y yo hemos retrocedido para recuperar las mantas y salvar la nueva valla. Le hemos contado a William lo que hemos descubierto y hemos vuelto a la nueva área.

Antes de escalar la verja hemos comprobado la puerta de entrada. Estaba firmemente cerrada con un cerrojo con una clave de entrada. La otra estaba asegurada con una gruesa cadena y un candado imposible de cortar. Me daba la sensación de que esa zona era más importante que la anterior. Hemos saltado la verja y hemos empezado a comprobar el perímetro. Me he dirigido hacia el helipuerto, con los ojos bien abiertos por si percibía cualquier tipo de movimiento. El

agujero en el suelo era lo que más me llamaba la atención, así que hemos decidido examinarlo enseguida. Cuando nos hemos asomado al borde del abismo cuadrado, he entendido qué clase de lugar era.

Nunca había visto una en la vida, pero esa área podría tener un cartel con las palabras MINUTEMAN III colgado en la puerta de acceso. Estaba de pie justo en el punto desde el que hacía poco se había lanzado un misil estratégico. He encendido mi linterna y he comprobado los bordes del agujero, en busca de una escalerilla de acceso. Había una casi a un metro de profundidad, bajo la rebaba que formaban las gruesas compuertas de acero, que estaban abiertas y apoyadas boca abajo al lado de la abertura. John me ha sostenido el arma mientras yo bajaba la pierna hacia la oscuridad del pozo vertical. Me la ha devuelto y me la he colgado del hombro mientras descendía hacia la oscuridad.

Aquel hueco parecía medir al menos veinte metros; he tardado una eternidad en llegar abajo. Cuando he alzado la vista, John parecía estar a un millón de kilómetros de distancia. No sé si es que estaba enloqueciendo, pero juraría que estaba oyendo un débil sonido de música en alguna parte. Me he quedado en el fondo del pozo. He iluminado a mi alrededor; había algunas ardillas que habían bajado a aquel abismo y habían muerto de hambre y sed. El suelo estaba cubierto de tierra y de hojarasca. Las compuertas llevaban mucho tiempo abiertas. Algunas de las ardillas muertas se habían descompuesto y sólo quedaban sus huesos. He comprobado el nivel inferior del pozo: había una puerta ovalada con una rueda en el centro en el punto más alejado de donde yo me encontraba. Le he preguntado a John si creía que podría bajar sin ayuda. No me ha contestado, pero he visto como su pierna se apoyaba en el primer peldaño de la escalerilla. Iniciaba su descenso.

Mientras John bajaba, yo he agarrado la rueda y la he movido en dirección contraria a las agujas del reloj, hacia la izquierda, para ver si cedía. Para mi asombro, así ha sido. Supongo que las compuertas de un metro de grosor que cerraban el hueco eran suficientes para mantener alejados a los intrusos, así que no se preocuparon de bloquear la escotilla oval, de diez centímetros de espesor, al fondo, pero... ¿por qué no habían cerrado las compuertas de arriba después del lanzamiento?

John ya estaba junto a mí. Se ha quedado detrás hasta que he acabado de girar la rueda que abría la escotilla de acceso. He seguido haciéndola girar hacia la izquierda hasta que he oído el chasquido de metal de los pasadores que se liberaban a la vez del marco de la puerta. He tirado de la puerta hacia fuera y he oído el siseo del aire, que entraba o salía; no lo sé. He abierto del todo la escotilla, y una luz brillante y el sonido de la música nos han golpeado a mí y a John.

«Its the end of the world as we know it!», de REM.

«El fin del mundo tal y como lo conocemos». Me parece que poner esta canción es toda una muestra de cinismo. He sujetado el fusil a la altura del pecho y hemos entrado en ese castillo moderno. No tengo ni idea de cómo está distribuido el espacio. Me he colocado en primera posición y me he dirigido hacia el origen de la música.

Todas las luces estaban encendidas. Hemos avanzado poco a poco. La canción se ha acabado... y ha empezado a sonar de nuevo. Se encontraba en un bucle constante. Esperaba que no fuese así, porque la música me daba una falsa sensación de vida. Por lo que sabía, podía hacer meses que aquella canción sonaba una y otra vez, ahora que había escuchado por primera vez el

bucle.

Nos acercábamos al origen de la canción, atronadora...

«Wire in a fire, represent de seven games in a government for hire and a combat site...».

Hemos doblado la esquina tras la cual creíamos que surgía la música. Hemos llegado a una puerta abierta que debía de contar con unos cuarenta centímetros de grosor. Parecía la puerta acorazada de la cámara de un banco. La música provenía del interior de esa nueva estancia.

Desde mi posición veía las lucecitas del panel del ordenador encenderse intermitentemente; el olor a podrido flotaba en el aire. He mirado alarmado a John y he dado un paso hacia el interior. El capitán Baker ha sido el primer cadáver que he visto. Estaba atado a su silla de acero; era un capitán de la Fuerza Aérea, con el nombre «Baker» colgado en una chapita sobre el bolsillo derecho.

Se ha retorcido y ha intentado librarse de las ataduras que lo mantenían bien sujeto. Las cuerdas le desgarraban la piel en algunas zonas. Había otro militar tirado sobre la consola de mando, con una Beretta de 9 mm en la mano. Le faltaba media cabeza.

Sólo puedo imaginar lo que debió de suceder. Baker mostraba tres heridas de bala y tenía el cráneo roto. Mientras la criatura se retorció en su silla, yo he cogido la pistola de la mano blanda y putrefacta del otro militar. He comprobado el cargador: quedaban once balas. Con las tres del capitán y la del «comandante Tom», no llevaba ninguna identificación, sumaban quince. Supongo que Baker quedó infectado, que el «comandante Tom» lo ató, lanzó el misil, disparó a Baker tres veces, en el pecho, y después se quitó la vida. Es tan sólo una hipótesis, pero en este momento no importa.

*23:26 h.*

John y yo hemos traído a los otros hasta el silo, nos hemos encargado de Baker, y lo hemos almacenado temporalmente, junto con el «comandante Tom», en otra habitación. Parece que aquí podremos gozar de refugio, electricidad, comida y agua en abundancia.

No tengo forma de saber si Internet aún funciona. En estos momentos estoy usando los ordenadores de este complejo. La mayor parte de las consolas de seguridad ya tienen insertados los códigos de acceso, y la mayoría de ordenadores sin claves de acceso funcionan. Tenemos que encontrar una forma de cerrar las compuertas. En los próximos días buscaré las «llaves del reino».

# HOTEL 23

**1 de abril.**

*09:12 h.*

He registrado los cadáveres del capitán Baker y del comandante Tom; he encontrado varios objetos personales y una libreta. Es bastante interesante, porque pertenece a Baker y contiene contraseñas para los diferentes sistemas de estas instalaciones y una tarjeta de proximidad que nos permitirá atravesar determinadas puertas.

Las instalaciones reciben energía eléctrica de la red local, pero además cuentan con cuatro generadores diesel enormes. La electricidad local no ha sufrido ningún apagón en esta área. He localizado algunos manuales técnicos en los cajones de los escritorios de la sala de control. En ellos se explican diferentes procedimientos de emergencia y se listan las capacidades de las instalaciones. Uno de ellos indicaba que si el complejo estaba provisto correctamente, contenía aire, comida, agua y refugio suficiente para albergar a cien personas durante ciento ochenta días.

Nos queda un problema: averiguar cómo funciona todo, descubrir dónde está todo. No hemos explorado todas las salas porque tenemos miedo de cruzarnos con más cadáveres andantes vagando por las catacumbas de los compartimentos más alejados. Creo que es interesante señalar que todos los manuales contienen las palabras «Hotel 23» impresas en la tapa. Encima de la consola principal, hay una placa ceremonial hecha con madera en la que se han tallado esas mismas palabras en inglés, y debajo en ruso.

La cocina de las instalaciones cuenta con una enorme despensa llena de comida enlatada, y muchos objetos etiquetados como «Raciones C». Nunca he comido ninguna, pero había oído mencionarlas a algunos de los veteranos con los que había servido antes de que todo esto sucediese. También hay varias cajas de MRE en las estanterías que hay al fondo del pasillo de la despensa.

Mientras manipulaba el sistema de control de los ordenadores, John ha descubierto cómo hacer funcionar las cámaras remotas que hay en el exterior de las instalaciones. No ha tenido la suerte de adivinar cómo cerrar las compuertas. Con las cámaras de John he localizado la entrada y salida principales. Por desgracia, para llegar a ellas hay que descender unos quinientos metros por el túnel de acceso, y después subir con un ascensor. Lo peor de todo es que gracias al circuito cerrado de vídeo hemos visto un centenar de muertos vivientes deambulando por la zona exterior de las puertas.

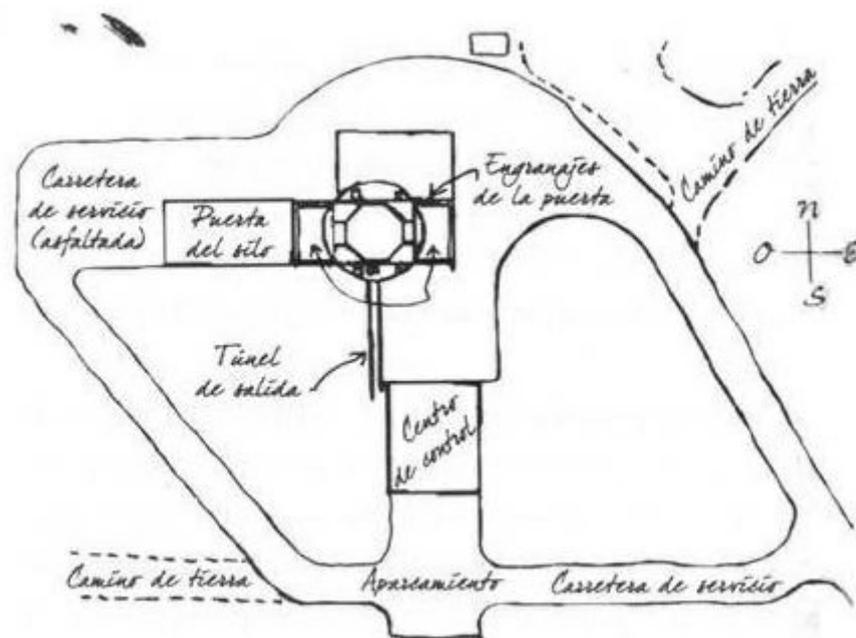
**2 de abril.**

*20:07 h.*

Hoy he localizado un plano de las instalaciones dibujado a mano. Algunas salas no se corresponden con el plano, pero supongo que se debe a que se añadieron nuevas áreas después de

que lo dibujaran.

Tenemos pensado acabar de despejar el interior del bunker mañana. Apesta a carne podrida y a fruta pasada.



**4 de abril.**

15:35 h.

Mientras recorría ayer el área habitable del silo, encontré el diario personal del capitán Baker. Empieza hace dos años, y acaba en marzo. Da detalles de casi todo lo que ha sucedido aquí desde el principio; no lo he leído entero, aunque me dedicaré a ello durante los próximos días.

Esto es bastante interesante.

Capitán Baker, USAF.

Me han ordenado que declare el estado de alerta aquí, en el Hotel 23. No paran de enviarnos comunicados con nuevas órdenes, bastante asombrosas, relacionadas con las nuevas coordenadas para los objetivos alternativos. Aunque las coordenadas no están en un lenguaje común, las conozco lo suficiente para darme cuenta de que los datos que nos llegan no indican objetivos nucleares al otro lado del océano. Estamos encerrados en el silo, en estado de alerta hasta nuevas órdenes. Por suerte, esta vez me he acordado de traerme una docena de libros, no como me pasó en el último simulacro. Parece que mis superiores consideran que esta epidemia puede afectar de forma grave nuestra seguridad.

Hoy hemos llevado a cabo el intento de limpiar por completo el interior. A veces, he oído un sonido mecánico o eléctrico que surgía de otra zona, dentro del búnker. Me da la sensación de que se trata de un sistema de filtración del aire. Ayer despejamos casi todo el silo, excepto la estancia marcada con el cartel Control ambiental. Para acceder al interior hay una gruesa puerta de acero cerrada con una cerradura con código. La libreta que le arrebaté al oficial hace un par de días no contiene ningún código que nos sirva para esta puerta. John ha encontrado una carpeta en el escritorio de uno de los ordenadores de control de lanzamiento.

Los ordenadores no clasificados funcionan con Windows, pero los equipos seguros, con torres resistentes a las tormentas, usan una especie de Linux que nunca antes había visto. John ha explorado el ordenador con una especie de sistema DOS sin GUI, interfaz gráfica de usuario. Hasta el momento ha podido recuperar varias fotografías aéreas a color de la misma área, desconocida; por lo visto, cada vez que accede a las fotografías, aparece una imagen ligeramente distinta aunque abra el mismo fichero. Las diferencias pueden apreciarse en débiles movimientos de las nubes u otros detalles igual de minúsculos.

En la lista de lugares a los que no tenemos acceso también hay una caja fuerte de acero reforzado de dos metros de altura: el arsenal. Lamentablemente en la parte frontal hay un cerrojo enorme que nos impide, de momento, el acceso. Todavía no he tenido la oportunidad de conocer bien a Tara, pero ya nos ha demostrado que es una persona muy curiosa. No le gustaba la idea de no ser capaz de ver lo que hay dentro de la caja fuerte, por lo que se ha pasado tres horas registrando el búnker, removiendo todas las cajas en busca de algo que nos ayude a romper el candado. No ha tenido suerte.

Hay que añadir que todos los servicios de estas instalaciones son similares a las letrinas de los aviones. Cuencos secos. Supongo que así se conserva el agua. Eso me lleva al suministro de agua del silo: hemos encontrado un tanque enorme, rectangular, en la sala de los generadores diesel en el que se leía «agua potable». Con la culata del fusil he golpeado contra el costado, hasta que un sonido grave ha resonado en toda la cámara. Debe de estar lleno hasta tres cuartos de su capacidad. Debe de medir 60 x 30 x 15 metros. En los próximos días calcularé cuánta agua podemos usar... cuánta agua debemos usar.

# UNA IMAGEN VALE MÁS QUE MIL PALABRAS

**6 de abril.**

*21:44 h.*

Tendría que habernos resultado evidente el motivo por el que las fotos que John abría del ordenador UNIX cambiaban. Eran imágenes sacadas por satélite a tiempo casi real. John descubrió anoche lo que sucedía, y también ha averiguado cómo activar el zoom de las fotos hasta lo que el ordenador indica como una resolución de -2 metros. Con las coordenadas del mapa de carreteras, hemos logrado hacer una fotografía detallada de lo que queda del área de San Antonio. Al principio nos ha costado interpretar el ángulo de las fotos, que se toman desde arriba. Además, el color no está muy calibrado, por lo que las fotos parecen un poco desenfocadas. Tras teclear innumerables líneas de comandos, John ha logrado acercarse a una resolución de un millar de metros, y hemos podido contemplar buena parte de lo que queda del centro de la ciudad. Según la indicación temporal, la foto tenía unos cuantos minutos, ya que el satélite estaba configurado para hacer fotografías automáticas a un ritmo determinado. John no ha podido averiguar cómo sacar una instantánea en el momento que queramos.

He examinado la fotografía, y he reconocido muchos de los edificios en ruinas. También he visto algunas criaturas que deben de haber deambulado de vuelta a la zona de la explosión inicial, atraídas por el sonido y la luz. Había un grupo de ellas apiñadas alrededor de algo. John ha aumentado todo lo posible el centro de aquel grupo de cadáveres. Peleaban por los restos de una rata de gran tamaño. Supongo que esta imagen sí que vale más que mil palabras. John y yo tenemos planeado fotografiar ciudad por ciudad, introduciendo las coordenadas necesarias en el ordenador; queremos recopilar toda la información posible sobre las ciudades que destruyeron y las ciudades que siguen en pie. Tardaremos un poco, pero vale la pena porque al saberlo lograremos cierta tranquilidad de espíritu... o tal vez no.

Jan y William se han instalado en uno de los compartimentos más espaciosos, junto con Laura. John les ha dicho que no le importa que Annabelle duerma con Laura por las noches. John es consciente de que la perrita ayuda a Laura a superar toda esta situación; Annabelle representa un vínculo con un mundo que se ha ido a la mierda.

Ayer Tara y yo salimos al exterior para comprobar el perímetro, ya que la cámara cercana a la zona por la que habíamos saltado la verja sólo enfocaba las compuertas de lanzamiento. Es irónico pensar que John ha sido capaz de averiguar cómo enfocar al reloj de muñeca de un tipo muerto desde un satélite que está a miles kilómetros de distancia, pero no logra cerrar la puerta trasera de casa. Aunque tengo que reconocer que ha demostrado ser un buen amigo y una persona con una gran capacidad de adaptación.

**8 de abril.**

*23:24 h.*

Tras unos días de comprobar diversas coordenadas con el satélite y tras muchos intentos infructuosos, hemos logrado localizar varias ciudades que podemos confirmar que han sido destruidas por bombas nucleares... o por otros cacharros igual de potentes.

Quería usar la cámara para comprobar mi hogar, en Arkansas, pero parece que no funciona por encima de determinada longitud. Hemos confirmado que San Antonio, Nueva Orleans, Los Ángeles, Dallas, Orlando y probablemente Nueva York están destruidas y que hay muertos vivientes que vagan por sus calles. Ha supuesto un duro golpe para la moral de todo el equipo, incluida la mía propia. John y yo hemos logrado apreciar la destrucción masiva, con una resolución mayor para tener una panorámica completa de las ciudades. Ni una sola de las fotos mostraba ningún humano vivo. Algunos de los grupos que hemos contemplado me han recordado a las multitudes que aparecen en las fotos antiguas de Woodstock. No hay forma de contarlos, pero calculo que hay millones de no muertos en las zonas de alta radiación de las ciudades devastadas. Tampoco hay forma de saber cuántos transitan por las zonas no afectadas de Estados Unidos. Nos superan en número, es desesperante... Lo peor de todo es que no parece que haya sobrevivido ninguna parte del gobierno.

John y yo hemos intentado recopilar información sobre los estados del norte, pero no lo hemos logrado a causa de las limitaciones en el área de visualización efectiva del satélite. A pesar de todo, he logrado algunas informaciones sobre el destino de Nueva York.

Al examinar con más calma el área de mando, he descubierto un maletín negro, con un cerrojo doble colocado en los números 205; estaba encajado entre dos consolas. El maletín se podía abrir, y dentro había un mensaje impreso.

TOP SECRET.

RTTUZYUW RUHPNQN0765 0B12376Z TTTTTT-ZZZZ.

DE NNNOASA 155 Z 311700Z EN DE DEP DE MNDO AR MSL A OPALS ESI  
LONE STAR.

INFO REF/DEFENSA AÉREA NORTEAMÉRICA//AFSC-OPE-MA// ZE/CRTEL  
LACKLAND AFBTX//GCGS/MARTE//.

BT.

T O P S E C R E T // N02763.

ASNT0: AUTORIZACIÓN LANZAMIENTO MANDO//COHETE MAGENTA//.

A ORDEN EJ. 23765 WASHINGTON DC 311600Z EN (CMB, 16-98).

NTP 8(C), ART. 830, MUESTRA MENSAJE 3.

1.- AUTORIZACIÓN AL DISPARO INTERIOR DE ARMAS NUCLEARES  
TÁCTICAS CONCEDIDA POR EL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS. CÓDIGO  
DE AUTENTICACIÓN A CONTINUACIÓN DE LA TRANSMISIÓN.

2.- NUEVO OBJETIVO BISCT, 870E57E86YF CONFIRMADO.

P. L.

LOCALIZACIÓN: NUEVA YORK, NUEVA YORK.

3.- ARMAS NUCLEARES TÁCTICAS ORIGINALMENTE DESTINADAS A NY EN

# SITUACIÓN DE BROKEN ARROW. PILOTOS DESERTORES.

BT.

TOP SECRET.

Supongo que el gobierno aprovechó el mando aéreo y de misiles para suplir la huida de los pilotos desertores. Seguramente, lo habían previsto; Baker ya comentaba que tenían nuevos objetivos antes incluso de que los pilotos hubiesen decidido desobedecer las órdenes.

**11 de abril.**

*12:33h.*

Seguimos sin la llave para el candado del pequeño arsenal. Me estoy planteando la posibilidad de adentrarnos en un área urbana para conseguir el equipo preciso para cortarlo. Un soplete me iría de perlas, pero dudo que logre encontrar uno. Necesitaría una sierra de arco; una cizalla no me serviría de nada porque la barra del candado es muy gruesa. No existen cizallas que puedan cortar ese espesor.

John ha descubierto el código de acceso al compartimiento ambiental. Se encontraba entre los archivos del sistema, en las carpetas de control de las instalaciones. Hemos sido muy precavidos a la hora de acceder a la zona, como hemos hecho con cualquier otra área nueva. John ha sujetado la puerta y ha esperado a que le hiciese la señal. Yo tenía miedo de disparar contra algo en el interior del compartimiento; no quería que una bala perdida dañase algún sistema vital. John ha abierto la puerta. El interior estaba sumido en la oscuridad.

Me he puesto las gafas de visión nocturna y las he encendido. No he apreciado ninguna amenaza al entrar en la habitación. La sala parecía despejada. He encontrado un interruptor en la pared y lo he encendido mientras volvía a ponerme las gafas sobre la cabeza. Los fluorescentes han necesitado unos segundos para ponerse en marcha. La sala alberga un sistema completo de filtrado de aire; no tengo ni idea de cómo mantenerlo o cómo ajustarlo. Hay estanterías llenas de equipo en las que se hallan todo tipo de aparatos de comprobación del ambiente. De buenas a primeras me di cuenta de que había distintos tipos de mascarillas antigás, además de cinco contadores Geiger en el mismo estante. Las mascarillas no tenían filtros; éstos se encontraban en el interior de unas latas selladas, al lado de ellas. Había diez máscaras de cada tipo: veinte en total.

En el suelo había varias cajas con una etiqueta de «traje CBR» en el lateral. Con el cuchillo, he cortado con cuidado la cinta de embalar y he descubierto que cada caja contiene diez trajes protectores contra agentes químicos, biológicos y radiológicos, de color verde militar, sellados dentro de bolsas de plástico. Dentro de la caja también había un manual de instrucciones y especificaciones sobre cuánto tiempo puede estar un humano expuesto a esos agentes llevando esos trajes.

Ya es evidente que estas instalaciones se diseñaron para sobrevivir a un ataque nuclear. Lo que no entiendo es por qué destinaron a sólo dos oficiales, por qué no enviaron gente VIP con

ellos. Tal vez el mundo se desmoronó demasiado rápido, o tal vez este refugio no estaba en el mapa. Eso nos lleva a otro asunto importante: hasta ayer no descubrimos dónde estamos. Parece que haya pasado mucho tiempo desde que dejamos atrás el Bahama Mama, desde que avanzamos corriendo a ciegas durante lo que se nos antojaron días de caminata, transportando por turnos a Laura y a Annabelle. Con ayuda de las imágenes que le proporciona el satélite, John ha triangulado nuestra localización. Calculamos la dirección general en que avanzamos al salir de la costa, y nos hemos ayudado del atlas para entrar las coordenadas.

Lo primero ha sido localizar la lancha. Después hemos hecho avanzar las coordenadas y la imagen en pequeños pasos hasta que hemos encontrado la zona del accidente, en la que el bombero seguía colgado de la escalerilla hidráulica. Después de eso hemos seguido adelante, de nuevo poco a poco hacia el noroeste, hasta que hemos topado con las instalaciones.

Ha sido fácil verlas; el hueco de lanzamiento destaca mucho. John ha apuntado las coordenadas exactas en un papel. Para asegurarnos de que observábamos la zona correcta, he llevado un rollo de papel higiénico arriba, me he asegurado de que la zona estaba despejada y he trazado una gigantesca letra X con el papel al lado de las compuertas abiertas.

Tras quince minutos de espera, John ha reintroducido las coordenadas y, sí, la X de papel era visible desde la resolución de cien metros que ha seleccionado. Manteniendo las coordenadas, nos hemos alejado hasta los doscientos kilómetros. Ya no podíamos distinguir nuestras instalaciones, aunque sabíamos que estaban en el centro de la pantalla; el programa funciona así.

Con ayuda del mapa de carreteras y de la foto hemos determinado que estamos cerca del pueblo Nada. Las malas noticias son que estamos a menos de cien kilómetros al sudoeste de Houston. Esta ciudad no fue uno de los objetivos durante la campaña nuclear, pero al recordar las fotos que sacamos el día 8, estaba rebosante de muertos vivientes. Con las cámaras de seguridad podemos rastrear los movimientos de los cadáveres hasta la puerta de entrada principal, pero con las fotos satélite podemos intentar hacernos una idea general de la situación ahora que conocemos nuestras coordenadas.

# TOC, TOC

**12 de abril.**

*22:19 h.*

No he mencionado ni documentado las posibilidades de entretenimiento que nos ofrecen estas nuevas instalaciones. Hay una salita de estar, equipada con un televisor, un vídeo y un DVD. Encima del mueble sobre el que reposa la tele había varios DVD. Tras abrir la puertita del armario y comprobar su contenido, he encontrado uno de mis clásicos favoritos, El último hombre vivo, en VHS. Por algún motivo no me decido a verla; sería como ponerse una película bélica mientras te encuentras en el campo de batalla.

Me he acostumbrado a correr por la verja del perímetro durante el día. Antes de salir compruebo la pantalla del circuito cerrado de cámaras, para asegurarme de que la multitud de muertos continúa en el mismo lugar que la última vez, golpeando con desesperación la gruesa puerta de acero de la entrada principal. Tras dar unas cincuenta vueltas a la valla, vuelvo a entrar y tomo una ducha rápida. Me cronometro al hacerlo, para ahorrar la mayor cantidad posible de agua. Me recuerda a los campamentos de entrenamiento, a la academia de oficiales, cuando me tenía que enjabonar el pelo antes de meterme bajo el agua para no perder tanto tiempo en la ducha. He logrado hacerlo en menos de un minuto.

Parece que el resto no tiene ni la disciplina de la conservación, ni interiorizado el concepto del ahorro. Supongo que tampoco puedo esperar que todo el mundo actúe como si fuese una máquina. Creo que tal vez éste sea el problema que he tenido durante los últimos días; he estado en unas situaciones tan extremas que he reaccionado respondiendo siempre con lógica, sin emociones, para poder ocuparme de todas las situaciones que nos surgen.

Tras examinar con minuciosidad todas las instalaciones durante días, hemos logrado habilitar una entrada que podemos usar sin tener que trepar a todas horas por la escalerilla del silo. Hay una escalera que asciende hacia donde calculábamos que se alzaba la cabaña de ladrillos que tenía la puerta de acero pintada de gris. Como esta puerta de acceso daba a la superficie en un punto muy cercano a las compuertas de lanzamiento, hemos pensado que sería la forma más segura de entrar y salir.

Hoy, Tara y yo hemos pasado algo de tiempo juntos. Nos estamos haciendo amigos. Hemos dejado que Annabelle y Laura saliesen al exterior, vigiladas muy de cerca por nosotros dos; han podido jugar en el área del perímetro. Ayer por la tarde John y yo también salimos. Con un poco de cordel y cuatro estacas que hemos sacado del departamento de mantenimiento, hemos alzado un cercado improvisado alrededor de las compuertas de la zona de lanzamiento. No quiero que ninguno de nosotros caiga dentro por accidente. Obviamente, todavía no hemos descubierto el código necesario para poder accionar el sistema de las compuertas. John sabe ya cómo acceder al área adecuada del sistema informático, pero no quiere equivocarse y abrir por error las puertas principales del complejo. Si abriese la caja de Pandora, dejaría entrar a centenares de esos demonios, y nos obligaría a parapetarnos en una zona cerrada del complejo.

Al contemplar cómo Laura jugaba con Annabelle, me he olvidado de los no muertos durante un

buen rato. Media hora después, cuando el viento ha arrastrado hasta mí sus gemidos, he recordado las circunstancias acuciantes que nos trajeron hasta aquí, hasta el Hotel 23. Las he apresurado a volver a las instalaciones antes de que en el viento flotase el hedor de la putrefacción como acompañamiento de la sinfonía de gimoteos espeluznantes.

### **14 de abril.**

*23:57 h.*

Hemos sufrido un apagón de aproximadamente dos horas. Las baterías de refuerzo se han puesto en marcha y han iluminado el interior del complejo de un tono rojo de combate. Supongo que la red eléctrica finalmente está fallando en esta zona, aunque no hay forma de estar seguro. La luz ha vuelto a las 23.30. El sistema debe de ser automático; tengo serias dudas de que, con los tiempos que corren, todavía haya algún técnico en sus puestos en las centrales eléctricas.

### **15 de abril.**

*19:20 h.*

Esta noche saldré a dar una vuelta de reconocimiento al área con mis gafas de visión nocturna. Evitaré la densa población de no muertos congregada ante las puertas de seguridad atrancadas de la entrada principal. Esa zona está a unos cuatrocientos metros de distancia, tras una pequeña colina. John me vigilará con las cámaras de seguridad.

Le he dicho que si se producía el más mínimo problema, les alejaría del complejo, que no se preocupase. Tampoco es que me puedan ver en la oscuridad. Tal vez me acomodo demasiado, tal vez les subestimo. Soy consciente de que cuando hay un gran número de ellos, resultan letales. Pero es que también son letales cuando sólo hay uno.

Hoy he escuchado cuatro veces el extraño sonido mecánico. Una de las veces, he corrido hacia la sala de control ambiental para comprobar si se originaba allí. Pero no. El sonido surge de algún lugar en las entrañas del complejo. Debe de ser una especie de bomba, un sistema de soporte, no sé. Es el primer año que no he pagado a Hacienda a tiempo.

### **16 de abril.**

*14:00 h.*

Anoche patrullé el área. Antes de salir comprobé, acompañado por John, todos los detalles de las fotos de satélite del día anterior. El área está cercada por dos vallas, y sólo se puede acceder por un pasadizo subterráneo o saltando la segunda verja por la superficie. En las fotos descubrimos que en la zona nordeste del complejo parece haber un pequeño grupo de cadáveres

amontonados. Subí la escalera que llevaba a la puerta de salida y le pedí a John que apagase las luces de mi área, de manera que ellos tuviesen tiempo de aclimatar su vista a la oscuridad antes de que yo saliese. Esperé veinte minutos para que se produjese el ajuste completo a la oscuridad nocturna.

Me puse las gafas de visión nocturna, ajusté las tiras de sujeción y abrí la escotilla. El aire fresco de la noche olía a madreselva en flor. Crucé el umbral y penetré en su mundo. Tras cerrar la escotilla a mi espalda, cogí la manta que llevaba colgada al hombro y la lancé sobre la alambrada, en el mismo punto en el que la saltamos la primera vez.

Tenía los códigos para la puerta, pero no quería tener que manipular el cierre electrónico durante un subidón de adrenalina. En la situación en la que nos encontrábamos, era mucho más seguro usar el sistema de la manta para cruzar la verja. La manta ya se había rasgado en varios puntos, y tras un par más de usos, ya no serviría más que para alimentar una hoguera. La dejé colgada sobre el alambre de espino, salté sobre mis botas y empecé a recorrer el perímetro en dirección contraria a las agujas del reloj.

Cuando puse en marcha el sensor infrarrojo en las gafas nocturnas, vi brillar los ojos de muchos animales nocturnos escondidos en la zona. Rebosaba de conejos, de ratones y de ardillas. Era algo a tener en cuenta por si sufríamos escasez de comida en el futuro. Doblé la primera esquina de la verja, y seguí avanzando.

Cuando abandoné el área con la que estaba familiarizado, me adentré en la parte del complejo que sólo había visto. Había un campo de trescientos metros entre nuestra verja y la siguiente, que nunca había pisado. Calculé que John estaba en el mismo punto que yo, sólo que 30 metros por debajo. En las esquinas de nuestra valla percibía las luces de las cámaras de seguridad que me seguían. También usaban tecnología de infrarrojos, así que para mis gafas eran como faros en la noche. Corrí durante un minuto, en dirección hacia la segunda valla. Giré hacia la esquina nordeste. Los gemidos y el hedor de los muertos se hacían más penetrantes a medida que me acercaba. Ahora estaba fuera del alcance de la mayor parte de las cámaras de las instalaciones, excepto las de la puerta principal.

Ahora veía los cuerpos apilados tras la segunda verja, y a lo lejos distinguía la masa de muertos que golpeaban, incansables, la puerta principal. Me agazapé y avancé a hurtadillas hacia los cadáveres del suelo. Cuanto más me acercaba, más sentido le encontraba a todo. En la valla había varios agujeros, varios puntos en los que se había roto, supongo que a causa de unos disparos efectuados desde el interior con armas automáticas. Los cadáveres que hay amontonados fueron víctimas de alguien de dentro que disparó contra ellos; llevan aquí mucho tiempo. Tienen la piel cubierta de gusanos y de otros insectos.

Miré el interior de la segunda verja e intenté localizar a la persona armada que había sido responsable de aquella matanza. No veía nada, sólo la hierba crecida. Este cercado debe de guardar algo importante, pero no veo ninguna escotilla de acero parecida a la de la primera. No podía dejar de imaginar que quienquiera que disparase contra estos engendros tuvo que replegarse de nuevo en la oscuridad del bunker, en busca de seguridad, pero nosotros ya habíamos rastreado todas las instalaciones sin encontrar a nadie, ni vivo ni muerto. Mi mente todavía se preguntaba qué debía de ser aquel ruido mecánico, intermitente.

Comprobé la verja que había sido afectada por los disparos, pero aunque la habían dañado,

nada mayor que un brazo humano podría atravesarla. Había manchas de sangre seca, jirones de piel que colgaban de los afilados bordes del alambre de espino. Algunos habían intentado atravesarla con sus brazos, algunos habían intentado agarrar a su verdugo.

En silencio me di la vuelta y volví por el mismo camino por el que había venido, pero en lugar de saltar enseguida por la primera verja, decidí tomar una ruta distinta y rodear el perímetro de la zona que hay entre los dos cercados, hasta llegar al costado oeste. Volví a fijarme en esta enorme extensión de hierba: ya lo había hecho cuando llegamos aquí. Podría hacer despegar o aterrizar un avión en esta zona. No sería mala idea intentar encontrar un aparato. Después de todo, volar no es como ir en bicicleta, es una habilidad que se olvida. Salté la verja, recuperé la manta y entré en el complejo. Empecé a contarles a los demás lo que me había encontrado fuera.

**19 de abril.**

*12:11 h.*

Anoche volví de una excursión de tres días para conseguir más víveres y algo de equipo que necesitábamos. Estoy herido, y de nuevo estuve a punto de no sobrevivir a la salida. John ha acabado un poco mejor que yo: sólo tiene un arañazo en la cara. Uno de ellos, a pesar de avanzar entre tambaleos, logró arañarle. Hicimos la mayor parte del trayecto a pie.

Con el mapa de carreteras y la carta de navegación aérea que habíamos conseguido antes, fuimos capaces de establecer cuál era la población más cercana que contase con un aeródromo. Según la carta, había un pequeño aeropuerto privado llamado Eagle Lake a unos treinta kilómetros en dirección nornordeste desde el Hotel 23. La noche anterior a nuestra salida, John sacó una foto con el satélite del área, y pudimos apreciar dos carreteras de hormigón paralelas en la imagen. Había un hangar y dos pequeñas avionetas estaban aparcadas cerca de una diminuta torre de control. Cuando alejamos la imagen, vimos el curso de la I-10 a unos diez kilómetros al norte del aeródromo. Éramos conscientes de que necesitaríamos un medio de transporte para la vuelta, así que nos centramos en la franja de la I-10 que quedaba justo sobre el aeropuerto. Había coches detenidos al azar por toda la carretera. Era la vía principal que recorría las ruinas de San Antonio y la ciudad de Houston.

En la carretera había manadas de cadáveres. Los dos pensamos que sería inútil usar la carretera para llevar a cabo nuestra misión. El fresco aire de abril se coló por la escotilla cuando descorrimos el cerrojo. Las flores se estaban abriendo; iba a ser un día bonito. John y yo íbamos cargados con equipo. Introdujimos el código numérico y abrimos la verja que nos unía de nuevo a un mundo en el que no éramos bienvenidos.

Nos quedamos cerca de las zonas de hierba alta o de árboles, y avanzamos. Cuando llegamos a la entrada principal, vimos el comité de bienvenida sin necesidad de usar ningún artilugio que nos aumentase la imagen. John y yo los contemplamos por turnos, con los prismáticos, desde unos arbustos alejados de ellos. Con dos palabras podríamos resumir su estado: hambre, rabia. Dudo de que exista alguien que pueda llegar a comprender de dónde surge su odio visceral hacia los seres vivos, pero no me importa.

Sentí una gran repulsión cuando ellos intentaron agarrar la puerta, seguían aporreando el

grueso acero; se rompían las uñas y dejaban tras de sí un líquido marrón con cada golpe, con cada arañazo. Había algunos que parecían todavía más nerviosos, y empujaban a otros a un lado para poder tener la oportunidad de convertir sus manos en muñones a fuerza de golpes.

Otro hecho que me llamó la atención y que creo que merece la pena reseñar es que uno de ellos se ayudaba con una piedra para efectuar sus golpes. La roca tenía el tamaño de un bate de béisbol; la criatura aporreaba con un ritmo marcado, incansable. Y fui consciente de por qué no lo habíamos oído antes: la puerta de seguridad exterior es la primera de tres puertas que separan el mundo exterior de nuestro grupo, afincado en el Hotel 23. Es evidente que estas criaturas retienen algún sentido primario sobre el funcionamiento de las puertas.

John y yo seguimos nuestro camino hacia el norte. Antes de abandonar el Hotel 23 intentamos imprimir la foto del satélite, para llevarnos con nosotros una referencia visual. Por algún motivo, el sistema de seguridad de la consola de control no permite imprimir nada que tenga acceso a las carpetas de las imágenes del Departamento de Inteligencia (IMINT). Tuvimos que reemplazar la impresión con notas y bocetos sobre nuestro mapa de carreteras.

Tras contemplar los cadáveres que no paraban de aporrear la puerta durante unos minutos, reemprendimos el viaje. El terreno era irregular, implacable, y lo notábamos más a medida que avanzábamos. El alambre de espino de la naturaleza nos arañaba las piernas. Tras dos horas de caminata, de avanzar con cuidado para que no se nos viese desde la carretera de dos carriles junto a la que andábamos, fuimos a parar a un campo en el cual habían alzado un grupo de cruces. Había cuatro de diferentes alturas. Había tres no muertos atados a cada una de las cruces; el cuarto estaba muerto. Parecía que la población de aves de la zona se había comido a picotazos la mayor parte de su cerebro, sirviéndosela directamente de la cabeza.

Los otros tres engendros nos miraron al mismo tiempo cuando nos acercamos. Sus cabezas se retorcieron mientras ellos intentaban alzarlas para poder mirarnos, para poder seguir nuestros movimientos. Uno de ellos no estaba tan bien sujeto como los otros, y sus piernas empezaron a patallar de forma salvaje en un intento de liberarse de aquella prisión de madera cruzada y de ataduras. Tanto John como yo sabíamos que si los matábamos de un tiro, atraeríamos a más a nuestra posición. Las cruces se balanceaban dentro de los agujeros del suelo en las que estaban clavadas, con cada tirón que los no muertos daban al intentar liberarse.

Decidimos abandonar aquel lugar y seguir hacia el norte. Al abandonar aquel campo maldito, me pregunté qué tipo de gente retorcida había perdido el tiempo construyendo las cruces, plantándolas en el suelo y después crucificando a los cuatro no muertos. Pero mi mente dio un salto a un pensamiento bastante angustioso: ¿Y si no estaban muertos cuando los crucificaron?

No se lo expuse a John, ya que no tenía ningún sentido que los dos nos inquietáramos por nada. Nos acercamos a los límites del campo, salvamos la verja y nos adentramos en las llanuras abiertas de Texas.

No sé si fue la perspectiva de volar de nuevo lo que me impulsó a volver a caminar entre ellos o si fue la necesidad de observar con mis propios ojos lo que sucedía en el mundo. Aunque ya sabía bastante bien lo que estaba pasando: estamos jodidos y no se puede decir o hacer nada para arreglarlo. Ni una araña gigante es rival para un ejército de hormigas.

Nos encaminamos al hangar por la simple razón de que necesitábamos algunos objetos, como la sierra de arco para el armario del arsenal, y porque estaría bien tener un avión en el Hotel 23

por si necesitamos escapar. Otra de las razones es que si logramos despejar las puertas de entrada del silo de cadáveres andantes, un avión sería una buena manera de explorar la zona.

Volví a pensar en las fotos del aeródromo que sacamos con el satélite. Estaban hechas desde un ángulo superior directo, ya que la cámara está en el espacio. Nos servían perfectamente para reconocer las siluetas de los aviones, pero viendo sólo la forma de las alas no podía estar seguro de si se trataba de dos Cessna 172 o de 152. No importaba. De nuevo, la idea de volver a volar me hacía sentir bien. John y yo continuamos nuestro viaje hacia el aeródromo de Eagle Lake. Eran las 7.00 de la tarde cuando lo oímos: no era el hedor a carne podrida; lo que la brisa arrastraba era el familiar aroma del agua de un lago. Cuando coronamos la siguiente colina, una gran extensión de agua apareció ante nosotros.

Según el mapa, Eagle Lake no era muy grande. Parecía que nos diese la bienvenida, aunque tras nuestra experiencia en los muelles, sólo Dios sabía qué podía estar acechando en sus profundidades. Estábamos cerca del aeródromo, pero antes tendríamos que encontrar un lugar en el que guarecernos antes de que anocheciera. En el otro lado del lago había una carretera; saqué los prismáticos y vi que había un enorme autobús de línea de acero, en la cuneta, junto con otros vehículos más pequeños.

Contemplé el autobús durante varios minutos y me cercioré de que no se producía ningún movimiento en el interior ni a su alrededor. Le pasé los prismáticos a John, que hizo lo mismo que yo. Con mucho cuidado, bordeamos el lago por el camino más corto, que nos llevaba hasta la carretera. El sol descendía peligrosamente cuando llegamos a los dos carriles. Había muchos coches abandonados, pero no se produjo ningún movimiento de no muertos. Sabía que estaban allá fuera, pero no podía verlos. Mantuvimos nuestras armas preparadas mientras rodeábamos el autobús. No queríamos arriesgarnos. Clavé una rodilla en el suelo, apoyé el arma de forma que apuntase hacia fuera y le susurré a John que se aupase sobre mis hombros y mirase el interior del autobús, para asegurarnos.

Tras repetir lo mismo en intervalos de un metro hasta llegar a la cola del vehículo, nos dimos por satisfechos. Estaba vacío. Y nosotros, nerviosos. No es que me muriese de ganas de volver a ver a uno de esos hijos de puta podridos, pero estaba seguro de que tarde o temprano durante aquella expedición, sucedería. Me acerqué a la puerta del autobús, que se abrió con mucha facilidad. La barra de cierre no estaba en el asiento del conductor, las llaves estaban en el contacto. La batería no debía de funcionar ya, pero no me importaba: aquello era sólo un hotel donde pasar la noche.

Subí al autobús, con prudencia. John me siguió. Cerramos la pesada puerta de acero y cristal y colocamos la barra de cierre en su sitio, de manera que resultaba imposible abrirla desde el exterior. Los pelos de la nuca se me erizaron al vislumbrar algo en el hueco que quedaba ante los asientos del fondo. Había un brazo humano tirado en el pasillo. Por lo que parecía, estaba en un avanzado estado de descomposición.

John se quedó atrás, vigilando el perímetro del autobús mientras yo comprobaba aquel despojo. Con el arma en ristre, me acerqué a la cola del autobús. Cuando llevaba avanzados dos tercios, pude confirmar que el brazo era tan sólo eso, un brazo. Me puse los guantes de Nomex, abrí poco a poco una ventanilla y tiré aquella extremidad, tan sólo un hueso con algunos jirones de carne encima. Parecía como si alguien se hubiera limpiado el culo en los asientos del fondo; pero

no, era sólo sangre seca. Le comuniqué a John por señas que todo iba bien. Empezamos a montar el campamento en silencio, después de que yo hubiese comprobado dos veces que bajo los asientos no había nada.

Llevaba dos paquetes de pilas AA para las gafas de visión nocturna, pero había decidido racionarlas, por lo que sólo me las ponía cuando era del todo necesario. Aquella noche sin luna la pasé sumido en la más completa oscuridad. John y yo hablamos en susurros y planificamos qué haríamos al día siguiente. El aeródromo no aparecía en el mapa de carreteras. Tendríamos que extrapolar su localización en la carta de navegación aérea que había traído conmigo. El mapa y la carta estaban dibujados a escalas distintas; nos iba a llevar bastante tiempo encontrar el punto exacto en el que se encontraba el aeródromo.

Aquella noche me dormí con el repiqueteo de la lluvia sobre el techo de acero de fondo. Ya eran las 3.00 de la madrugada cuando me despertó el ruido de los truenos y, el destello de los relámpagos. Me froté los ojos, recobré la consciencia y miré afuera a través de los cristales semitintados de las ventanillas del autobús. Los rayos eran cada vez más frecuentes; qué bien que estábamos bajo techo. Otro destello; pude ver una silueta humana a sólo 20 metros. Ésta era una de esas ocasiones en las que es del todo necesario, por lo que me coloqué rápidamente las gafas de visión nocturna. No era humana: era un cadáver solitario que vagaba con una mochila a la espalda. Podía ver los huesos de los pómulos que sobresalían entre la cuarteada piel del rostro de la criatura, mientras ésta se movía arriba y abajo. La mochila era de esas que no sólo se cuelgan de los hombros, sino que también se aseguran con una correa que cruza el pecho, para que no se mueva al caminar. Los dientes de la criatura eran visibles en una sonrisa eterna; el agua goteaba de aquel cuerpo sin vida.

No podía vernos. John seguía dormido. No quise molestarlo. En poco tiempo el vagabundo pasó de largo, hacia la oscuridad de la noche tejana, hacia su siguiente parada.

La mañana del día siguiente, el día 17, guardamos con rapidez todas nuestras cosas y empezamos a salir. Antes de abrir la puerta, le pedí a John que me cubriese mientras yo intentaba encender el motor del autobús, sólo por curiosidad. Es cierto que eso causaría ruido, pero quería comprobar si la batería seguía funcionando tantos meses después. Giré la llave y apreté el starter. Ningún ruido. Estaba más muerto que el vagabundo de la noche anterior. Nos marchamos a buscar el aeródromo.

Tras un par de horas de búsqueda, encontramos las pistas de aterrizaje. No estaban muy lejos de la carretera principal. Tenían el mismo aspecto que habíamos apreciado en la fotografía, así que estábamos casi seguros de que estábamos en el campo adecuado. A lo lejos, distinguía las formas de los dos aviones aparcados cerca de la torre. Con cuidado, nos acercamos al perímetro del aeródromo; nos deteníamos a escuchar a intervalos regulares. La verja no estaba rematada de alambre de espino. Trepamos con facilidad y entramos en el recinto. Teníamos ante nosotros una vista de cientos de metros; no había ningún movimiento. Por el momento, nos sentíamos seguros.

Esta zona parecía totalmente desprovista de cualquier actividad de no muertos. Era consciente de que la I-10 estaba sólo unos kilómetros al norte de nuestra posición, y que las fotos de satélite nos habían indicado que había una gran población de no muertos en la zona. Tal vez se reunían en la I-10, de la misma forma que las gotas de agua se ven atraídas entre sí. O tal vez era el ruido que ellos mismos hacían. Podía ser cosa de mi imaginación, pero en ocasiones creí oír el ya familiar y

macabro sonido, que el viento arrastraba desde la distancia.

Mi preocupación principal eran los dos aviones. Nos acercamos a la torre, con los ojos clavados en los dos aparatos, los dos aparcados muy juntos uno del otro. Uno de ellos era un 172; el otro un 152, el tipo de Cessna menos potente. No era un experto en repararlos, pero desde donde me encontraba me parecía que los dos estaban en un estado de conservación decente. Volví a sacar los prismáticos para poder examinar el perímetro desde nuestra situación, un poco elevada. Me intimidaban un poco las ventanas tintadas de la torre, ya que no podía distinguir si había alguna criatura allá arriba enseñándonos los dientes. Pero teníamos que acercarnos, porque tendríamos que pasar la noche del día 17 refugiados en el interior de la torre.

John y yo avanzamos hasta la puerta de entrada de la torre. El me cubría las espaldas mientras yo accionaba con mucha prudencia el pomo de acero de la puerta. En el interior estaba oscuro. Encendí la linterna que llevaba mi fusil y empecé a comprobar la escalera. No había restos de sangre, no había señales de lucha. La torre estaba abandonada.

Cuando empezamos a ascender por la escalera, la sensación de miedo empezó a abandonarnos. La planta superior estaba vacía. Encontrarnos dentro de otra torre de control nos trajo recuerdos de nuestra primera huida. Parecía que hubiesen pasado años. No había electricidad, aunque en el hangar estaba encendida una luz exterior. Debía de tratarse de un diferencial activado. No me preocupé en descubrir qué era.

Lo siguiente que teníamos que hacer era registrar los hangares, donde seguramente encontraríamos las herramientas y los materiales que necesitábamos. Eran casi las 14.00 horas, y hacía un día muy caluroso. Con la tranquilidad asentada en nuestros cuerpos, John y yo nos acercamos con despreocupación al primer hangar. Le pedí a John que me cubriese y abrí la puerta. Nuestra actitud displicente estuvo a punto de matarnos.

Un cadáver podrido vestido con un mono blanco y una camiseta interior nos embistió en el mismo umbral de la puerta; blandía unas tijeras de podar en la mano izquierda. Parecía que no tenía ni idea de que las podía usar como un arma cuando atacó a John e ignoró casi por completo mi presencia. La criatura se desplazó con rapidez, entre tambaleos, y cayó encima de John, chasqueando sus dientes cariados. Las tijeras rasgaron la mejilla de John. Oí el ruido de algo más que se movía en el interior del hangar. Aparté la criatura de encima de John de una patada y me volví enseguida, para estar de cara a la puerta abierta, sumida en la oscuridad. Creía que John estaba bien, pero había quedado inconsciente al caer al suelo. La criatura que había alejado de John tenía ahora otro objetivo... Yo.

Cargó de nuevo contra mí, con su lento bamboleo. Era demasiado tarde; en el tiempo que reaccioné al familiar barboteo que emitía, ya me había clavado sin advertirlo las tijeras de podar entre las costillas. Me di la vuelta, encendido de rabia. Le pegué una patada en el pecho que le envió al suelo, al lado de John, le apunté entre los ojos y lo neutralicé. El cerebro desparramado, antes de quedar cubierto por una capa de tierra, se me antojó una coliflor azul. Las tijeras seguían en manos de la criatura; supongo que debían de llevar allí meses. Ahora seguirían con él toda la eternidad.

Me arrodillé al lado de John y le pegué un par de cachetes en la cara. Me quedaron las manos empapadas de su sangre. Aunque mi herida era peor que la suya, él sangraba más. Comprobé las tijeras; aparte de por nuestra sangre, parecían secas. Un sonido proveniente del hangar me recordó

que había otra amenaza con la que tendría que enfrentarme. No podía dejar a John ahí, inconsciente.

Le golpeé el rostro hasta que se despertó. Le ayudé a ponerse en pie, y le pedí que vigilase a nuestro alrededor. La luz que había visto la noche anterior en el hangar estaba situada encima de la puerta abierta. A ambos lados de la puerta que yo había abierto, había dos enormes persianas de hangar. Mi idea era penetrar en el edificio y poner en marcha el interruptor de las persianas, para que el interior quedase bañado de luz del sol.

Cuando crucé el umbral, vislumbré a uno de ellos. No tenía otra opción; tenía que acabar con él. La luz de la linterna acoplada al cañón me mostró a algunos más. La luz era brillante, y grabó a fuego la imagen de seis cadáveres más en el fondo de mi retina. Estiré el brazo, en busca de un interruptor, y lo accioné. Nada. Intenté con el que había debajo y empecé a oír el familiar rugido de una puerta de garaje al moverse.

Avancé hacia la puerta, le di la espalda a John y apunté con el arma hacia delante, hacia la oscuridad del hangar. Miré detrás de mí, y vi a un John con aspecto mareado, que se apoyaba sobre su fusil. Le grité que se reuniese conmigo. Había llegado la temporada de caza. Preparé el fusil y esperé a que el primero se acercase. El que estaba más cerca fue el que inauguró la lista. Lo maté de un solo disparo. Los siguientes lo siguieron, excitados porque veían comida por primera vez en meses. Intentaban cazarme con sus brazos extendidos. John intentaba disparar contra ellos, pero fallaba cada vez que apretaba el gatillo. Me cargué a la mayoría de un solo tiro, pero contra dos de ellos fallé en dos ocasiones. La última criatura se desplomó a sólo un metro de mis pies.

En los muelles de carga y en el suelo ante el hangar había ocho no muertos... muertos. Los había matado a todos. Comprobé el cargador y lo reemplacé por uno nuevo. John recobraba la compostura, y la hemorragia de la mejilla parecía haberse detenido. Me hizo un gesto con la cabeza, para asegurarme que ya se encontraba mejor, e indicar que necesitábamos apartar aquellos cadáveres de la vista; los muertos no eran los únicos que debían de haber escuchado los disparos. Los dos sabíamos en qué pensaba el otro: en las cruces.

Arrastramos los cadáveres hasta un rincón del hangar; las tijeras de podar acompañaron a su propietario. Rebuscamos durante unos minutos por el interior del edificio hasta encontrar una lona azul que nos permitiría disimular la presencia de aquellas endemoniadas criaturas. Me olvidé por completo de mi herida hasta que John encontró un botiquín de primeros auxilios colocado sobre un extintor.

Usé la navaja para hacer saltar el cierre y empecé a sacar lo que necesitaba: el yodo, el esparadrapo y las gasas. Desabroché la cremallera de mi traje de vuelo y me lo bajé hasta la cintura. La sangre, oscura, manchaba la camiseta de color verde que llevaba. Me daba miedo levantar aquella prenda... Poco a poco, deslicé la tela por encima de las costillas, y pude apreciar que no estaba tan mal, pero que necesitaba primeros auxilios. Agité el bote de yodo, lo abrí y lo apliqué directamente sobre la herida. Estaba frío y escocía un poco. El yodo tintó la piel de color naranja brillante. Coloqué una gasa sobre la herida y la sujeté con esparadrapo a mi caja torácica.

A continuación, comprobamos la valla y descubrimos que en la distancia se había reunido un pequeño grupo de tres no muertos. El sonido de los disparos les había atraído. Estaban demasiado lejos para poder vernos, pero era perturbador saber que estaban allí, saber que reaccionarían ante

cualquier sonido que produjésemos.

Tras encontrar los artilugios que necesitábamos, la sierra de arco, llaves inglesas, un sifón para combustible y una vieja chaqueta de cuero, empecé a examinar los libros que tenían en el archivo del hangar. Había sobre todo listas de comprobación del Cessna, algunas de fechas antiguas, pero me servían igual en la situación en la que nos encontrábamos. Hice otro hallazgo importante: un manual de mantenimiento que incluía indicaciones sobre los Cessna 172 y los 152. John y yo recogimos nuestro botín y nos encaminamos a los aviones; yo enseguida empecé a comprobar todos los elementos de la lista, para decidir si el aparato seguía estando operativo.

Tardé unos minutos en acabar, pero tras intentar tres veces encender el motor, el propulsor se puso en marcha y cobró vida entre toses. Puse todos los sistemas en funcionamiento y comprobé el combustible. Se encontraba a la mitad de su capacidad, lo que se traducía en un vuelo de dos horas. Calculé que el Hotel 23 debía de estar a unos veinticinco minutos, por lo que el combustible no era problema... no como el creciente número de no muertos en la parte exterior de la alambrada. Apagué el motor, y volvimos al hangar a buscar una lata, para llenarla con combustible del 152 y llenar el depósito del 172. Tras la verja se habían reunido ya diez seres. No intentaban entrar, pero deambulaban alrededor de la zona, atraídos por los sonidos de los disparos y del motor del aparato.

John y yo cogimos la lata y nos dedicamos a llevar a cabo la tediosa tarea de extraer con el sistema de sifón ochenta y tres litros de combustible para acabar de llenar el otro aparato. Cuando llevábamos unos setenta y cinco litros, el 152 estaba seco. Vaya. Hice unos cálculos mentales rápidos, y llegué a la conclusión de que podíamos contar con apenas tres horas y cuarenta y cinco minutos de vuelo, antes de que el avión cayese del cielo. Cargamos los asientos traseros con todo nuestro equipo. Yo llené todos los recovecos de la carlinga con todo lo que cupo. También me adjudiqué un poco de aceite para aviones que encontré en el hangar de mantenimiento; nunca se sabe si podría ser útil.

Como últimos preparativos, saqué la batería del 152 y la coloqué entre el montón de vituallas del asiento trasero. Llevábamos mucho peso encima, pero yo ya tenía experiencia y en esta ocasión tenía una pista de despegue real, no un camino de tierra. Se hacía tarde. Había sólo trece seres en la verja, por lo que dudaba que lograsen atravesarla. Cuando realizamos las últimas preparaciones en el avión, escuchamos el eco de unos disparos realizados con metralletas a lo lejos. Al oír este nuevo sonido, la mayoría de las criaturas abandonaron la valla y empezaron a tambalearse hacia allí.

¿Quién era? No había forma de saberlo. Lo peor, y seguramente sería lo peor, serían los cabrones pirados que habían crucificado a los pobres hijoputas en el campo a unos kilómetros al norte de Hotel 23. Dejamos preparado todo lo que pudimos, y nos retiramos a la torre de control para pasar una noche de sueño intranquilo.

Me desperté a la mañana siguiente con un dolor penetrante en las costillas. La cara de John tenía mucho mejor aspecto, pero mi herida se infectaba. La volví a limpiar y me puse un vendaje nuevo. Hasta las 10.00 de la mañana no me sentí con fuerzas para abandonar la torre. No había rastro de los no muertos en la verja, pero no oímos ningún disparo más, como la noche anterior. Ahora teníamos un problema. Íbamos a volar de vuelta con el avión y aterrizar en la zona de hierba que había junto al Hotel 23, ¿saldríamos del aparato y lograríamos saltar la valla antes de

que se nos zamparan?

Le dimos vueltas al problema durante unas horas, hasta decidir que lo mejor sería realizar el trayecto de noche, y usar las gafas de visión nocturna para mejorar nuestras posibilidades de salir airosos. Yo seguía preocupado por el fuerte ruido del motor que los atraería hasta nuestra posición, fuese de día o de noche. Fue entonces cuando John me sugirió: «¿No se puede aterrizar con el motor apagado?». Me reí de aquella idea, y le respondí que no lo sabía; nunca había intentado aterrizar con el motor apagado excepto en misiones de entrenamiento con la situación controlada por completo. Pensé en ello durante un buen rato, hasta decidir que sí podría funcionar.

Esperamos con paciencia a que cayera la noche. No fue hasta las 8.50 del día 18 de abril que decidimos que había llegado la hora de volver a casa. Aquella noche, mientras guardábamos los sacos de dormir y el resto del equipo que habíamos rescatado de la torre dentro del avión, volvimos a oír disparos. Esta vez sonaban cerca, mucho más cerca. En medio de las ráfagas, nos pareció escuchar también el ronroneo de motores de coche. Saltamos en el interior, nos ajustamos los cinturones del arnés, y decidimos llevar nuestros culos de vuelta a casa. No me costaría mucho localizar el Hotel 23 gracias a las cámaras de seguridad. Con las gafas de visión nocturna, era capaz de localizar cualquier cosa que brillase con la frecuencia de infrarrojos, como si fuesen faros.

Le habíamos pedido a William que se asegurase de que las cámaras estuviesen encendidas y en frecuencia de infrarrojos antes de acostarse cada noche. Serviría de sistema de seguridad, nuestro rastro de miguitas de pan que nos llevaría de vuelta a casa. Hice que el avión rodase por la pista y evité pasar por el punto que enciende las luces de aterrizaje. No encendí tampoco los faros estroboscópicos; no podíamos encender nada que revelase nuestra posición.

Mientras colocaba el morro de la nave en la línea central de la pista, pude ver unas formas de color verde granulado; eran figuras humanas reunidas al otro lado de la verja. Ni John ni yo queríamos quedarnos a averiguar si eran amigos o enemigos. Solté los frenos y cuando el indicador anunció que habíamos llegado a los cincuenta nudos de velocidad, elevé el morro; volábamos de nuevo. Con ayuda de la carta de navegación aérea, dirigí el aparato en dirección al Hotel 23.

Cuando llegamos al extremo de la pista, vi unos destellos provenientes del morro de una ametralladora bajo nosotros, en el suelo. No tenía ni idea de si disparaban contra nosotros o de si se defendían. Volví a pensar en las cruces mientras yo viraba hacia nuestro hogar.

No pasó mucho tiempo antes de que localizara el brillo de las cámaras de seguridad con las gafas de visión nocturna. Sobrevolé la zona en círculo para orientarme, ascendí hasta 760 metros y empecé a realizar el acercamiento circular. A regañadientes, apagué el motor; íbamos a acabar en el suelo, lo quisiéramos o no. No sabía cómo volver a encender el motor en el aire. Era un billete sólo de ida hacia el nivel del mar. El ala derecha estaba colocada en paralelo con la verja oeste, con las dos cámaras de la esquina oeste. Seguí controlando el altímetro y la velocidad. Ochenta nudos, 450 metros.

Tracé un nuevo círculo, esta vez con un ángulo de ataque más agudo, porque nos encontrábamos a demasiada altura. Disminuí la elevación, y me coloqué en posición de última aproximación a 180 metros. Caíamos más rápido de lo que consideraba tranquilizador. Veía el H23 tras mi ala izquierda. Las gafas de visión nocturna eran una mierda para lograr una buena

percepción de la profundidad, así que tenía que vigilar constantemente el altímetro. Lo coloqué en el nivel del mar antes de despegar. Noventa, setenta, cincuenta... Setenta nudos...

Cuando estábamos a tres metros, enderecé el aparato para suavizar el aterrizaje. El propulsor todavía expulsaba aire cuando el tren de aterrizaje topó con el suelo; la rueda delantera enseguida tocó tierra. Fue un topetazo terrible, y todos los objetos sueltos en la cabina saltaron por los aires. Mantuve el avión derecho mientras apretaba lo que quedaba de los frenos hidráulicos para reducir nuestra velocidad.

Los frenos hidráulicos no funcionan muy bien con el motor apagado. No me podría haber importado menos el equipo que dejábamos atrás. Lo único que me llevé del avión fue el fusil, y abandoné el aparato en medio del campo mientras corría hacia la alambrada con John pisándome los talones.

John tecleó el código de acceso. El chasquido metálico indicó que la puerta estaba abierta. Atravesamos la verja, cerramos la puerta tras nosotros... Por fin estábamos a salvo. Atravesé la escotilla y caí rendido entre los brazos de Tara, que observaba con ojos preocupados mi ropa empapada en sangre. He estado dormido casi toda la mañana, y después Jan se ha ocupado de mis heridas. Le ha parecido una buena idea coser el corte, y ha reabierto la herida de forma abrupta. La ha limpiado y a continuación ha empezado a coserla. Aunque me dolía horrores, no me he quejado. Simplemente me he tomado unos tragos de ron que tenía el capitán Baker.

## **21 de abril.**

*21:18 h.*

Hemos pasado el día camuflando el avión con arbustos y hierba, y transportando los nuevos suministros desde el aparato hasta el H23. John comprueba activamente las fotos para determinar la identidad de las personas que nos atacaron desde el suelo. Tara ha estado muy pegada a mí desde que hemos vuelto. Mañana intentaremos acceder al arsenal con la sierra de arco.

## **24 de abril.**

*20:41 h.*

En el hotel está todo en silencio. Mi infección del pecho está remitiendo. Me pica, me escuece; siento el dolor habitual de una infección grave. Jan me ha contado que me quitará los puntos en una semana. Por desgracia para mí, usó hilo de costura normal. En la mañana del día 22, William, John y yo hicimos turnos para serrar el enorme candado del arsenal de acero. Yo me dediqué a ello diez minutos, como los otros dos.

Aplicamos algo de lubricante en la sierra para evitar que se calentase y que las puntas de los dientes se mellasen. Tardamos casi una hora en cortarlo. En mi mente, casi esperaba que una bandada de cadáveres saliese de dentro del arsenal en cuanto abriésemos la puerta.

Pero no fue el caso. Tuvimos suerte. El interior del armario contenía un alijo de armas

militares de pequeño tamaño. Había cinco M-16, uno de ellos equipado con un lanzagranadas M-203. Como no me he entrenado como soldado de infantería, tengo que investigar cómo se usan antes de intentar lanzar una granada con ese artilugio.

Dentro de nuestro pequeño cofre del tesoro encontramos dos pistolas Remington 870, modificadas por los militares, y cuatro Berettas M-9. Cuando empezamos a transportar las armas desde sus colgadores hasta la sala de control, descubrí otro fusil, casi escondido en el fondo del arsenal, tras las cajas de munición. Volví al interior del armario para ver de qué se trataba. Estaba a punto de agarrar un arma rusa en un arsenal de un silo de misiles de Estados Unidos. Si no fuese por la inscripción que estaba gravada en el arma, siempre le habría dado vueltas a qué estaba haciendo allí ese fusil.

En inglés (y algo de ruso) habían escrito lo siguiente:

Para el coronel James Butler, USAF.  
Guerra Fría 1945-1989.  
Dimitre Nikolaevich.

No me costó mucho hacer una suposición más o menos decente sobre lo que hacía aquella arma aquí. Aunque mis conocimientos de ruso están un tanto oxidados, y siempre fueron bastante pedestres, he reconocido la palabra polkovnik, «coronel». También sé que voyna significa «guerra», y como se considera oficialmente que la Guerra Fría terminó en 1989, khalodny tiene que ser «fría» en ruso. Este AK-47 ruso debía de ser un regalo de buena voluntad de un militar de una superpotencia en declive al coronel Butler. Claro que no tengo ni idea de quién era Butler, pero es de suponer que había estado al mando de este puesto durante la Guerra Fría, y que había conocido a su adversario antes de la caída de la URSS.

Me pregunté qué debía de haberle regalado el coronel Butler a su camarada Nikolaevich. Nunca sabré la respuesta. El arma parecía estar en un estado excelente. Decidí llevármela a mi dormitorio como un souvenir... Un souvenir mucho más útil que un vaso de chupito.

Ahora estamos bien armados y tenemos al menos un arma militar para cada uno de nosotros. Por desgracia, las mujeres no saben cómo utilizar ninguna de ellas; deberíamos arreglarlo lo antes posible. John y yo volvimos a salir para camuflar mejor el avión.

Ahora casi tienes que tropezarte con él para encontrarlo. John sigue ocupado intentando averiguar cómo funcionan los distintos mecanismos del complejo. Todavía oímos el ruido intermitente que surge de algún lugar de las instalaciones, aunque los dos seguimos intentando aislar la fuente. Tras examinar literalmente docenas de fotos, hemos sido incapaces de encontrar ningún rastro de nuestro(s) atacante(s) de la otra noche.

Me pregunto si será lo suficiente bueno para localizarnos, si sigue la dirección general en que se desplazaba el avión. Si hubiese encendido los faros estroboscópicos y las luces de despegue nos habrían abatido a tiros, estoy seguro. Hubiese sido fácil alcanzar un objetivo iluminado; quien disparaba sólo apuntaba en la dirección en que oía el motor.

Hacemos turnos a intervalos regulares para comprobar las cámaras; John cree que debe de

haber un sensor que si se acciona correctamente, hace que la cámara siga cualquier movimiento que haya en el exterior. Ahora me pondré a limpiar las armas.

**26 de abril.**

*19:54 h.*

Me ha llevado bastante tiempo, pero por fin he acabado de limpiar todas las armas que lo necesitaban. No me importaría conseguir algo de munición para el AK-47, ya que necesita un calibre distinto que su equivalente nacional, el M-16. Ayer pasé el día enseñando a Tara y a Jan a cargar, a apuntar y a ajustar el disparo al viento con los fusiles. Me parece que son habilidades muy necesarias hoy en día.

En un momento de aburrimiento, John y yo nos hemos dedicado a sacarle fotos a Houston. No logramos localizar ningún superviviente. Hubo un momento en que creímos haber descubierto una pista bastante buena, ya que en el techo de uno de los edificios más altos ondeaba una bandera bastante tosca en la que se leía simplemente «SOCORRO». Hasta que John no disminuyó la distancia, no descubrimos que los no muertos ya les habían socorrido suficiente. Había unos cuatro deambulando por encima del tejado; lo más seguro es que fueran los mismos cuatro que hicieron la bandera.

También hemos estudiado los manuales de los generadores diesel del complejo. En la sala de generadores, fuera de la vista, hay unas baterías grandes en las que no nos habíamos fijado antes. Al examinarlas de cerca, nos hemos dado cuenta de que los pilotos de estado de la batería estaban en rojo, no en verde.

John y yo hemos intentado descubrir qué significaba que las luces estuviesen en rojo; las baterías han perdido su carga a causa de la falta de cuidados. Hemos practicado la secuencia de encendido varias veces antes de realizar la secuencia real. Hasta que el sonido no ha sido tan fuerte que John y yo hemos tenido que gritar para poder escucharnos no nos hemos dado cuenta de las implicaciones de nuestras acciones. Hemos corrido hacia la sala de control y hemos encendido enseguida la cámara que enfoca a las puertas principales.

Seguían allí; parecía que no habían reaccionado al sonido. No había mucha distancia entre la sala de generadores y la de control. No sonaba muy fuerte, pero sí se podía oír el zumbido regular del motor. Satisfechos por no haber desencadenado un infierno sobre nosotros, hemos vuelto a la sala de generadores para seguir examinando los indicadores de las baterías. Poco a poco, cambiaban hacia el color verde. Han pasado sólo dos horas antes de que se cargaran completamente, y los hemos apagado. La energía principal, milagrosamente, sigue aguantando.

En el fondo de mi mente, aún pienso en lo que significa en realidad el destello de un disparo en el cañón de un arma. ¿Por qué alguien dispararía contra otro superviviente humano, a menos que él intentase hacerle daño? No sé qué alegría puede encontrar otro humano en matar a una persona en un mundo como éste. Creo que he cubierto mi cupo de asesinatos en el tiempo transcurrido desde enero, sin embargo, no he tenido que apuntar mi arma contra un ser humano. A la luz de los últimos acontecimientos, seguramente esto va a cambiar.

# AMIGOS

**29 de abril.**

*23:05 h.*

Estos últimos días no han pasado demasiadas cosas. He comprobado las cámaras de seguridad a intervalos regulares por si se producían movimientos irregulares entre las filas de los no muertos. Me parece que los cadáveres que están ante las puertas de acceso me serán de utilidad: me advertirán si alguien vivo se acerca. Los considero como mi alarma de las puertas principales. Teniendo en cuenta la posible amenaza de seres humanos que nos puedan agredir, hemos pasado un rato comprobando la seguridad física del campamento. Nos hemos asegurado de trabar la escotilla de acceso al silo, para que nadie pueda descender por el pozo como hicimos nosotros. Todavía no hemos logrado cerrar las compuertas exteriores. John cree que hay una especie de mecanismo de seguridad colocado, para asegurarse de que nadie pudiera abortar un lanzamiento con un gesto tan sencillo como cerrar las compuertas.

Hay retazos, fragmentos del mundo antiguo que no dejan de inundar mi mente. No estoy seguro del destino de mis amigos. No puedo olvidar sus nombres; les echo de menos. Uno de mis amigos había fundado su propia empresa; era un hombre de negocios de mucho éxito. Tenía esposa e hijos. Estábamos muy unidos. Una parte de mi mente desea que Craig siga vivo, que su familia haya sobrevivido, aunque otra parte de mi mente lo que desea es que su muerte fuese rápida; creo que los que murieron rápido fueron los afortunados. Mi amigo Mike se había mudado a Nueva York para ir a la escuela de cocina.

Irónicamente, la bomba que le mató se lanzó desde el Hotel 23. Estas instalaciones fueron el reemplazo de los bombarderos desertores. Creo que preferiría morir bajo un destello de calor que ser despedazado por las manos de doce millones de no muertos. Duncan era un gandul profesional que no creía en la necesidad de trabajar a jornada completa. Supongo que era el que mejor había comprendido la vida; en lugar de pasar sus últimos días como un hámster en su rueda, continuó con su mantra de ser simplemente Duncan.

**30 de abril.**

*20:10 h.*

Hace una hora he oído un golpe sordo y fuerte que llegaba desde algún punto del complejo. Después de comprobar el interior de las instalaciones, no hemos podido encontrar su origen.

*23:42 h.*

Oigo golpes repetidos, extraños, en el interior. John y yo vamos a comprobar las cámaras de

seguridad.

# VERDAD Y CONSECUENCIAS

**1 de mayo.**

*14:24 h.*

No dejo de repetir en mi mente el sonido que oí anoche. Parecía surgir del interior del complejo, pero tras realizar una concienzuda inspección de todos los rincones, no encontramos nada. Esta mañana eso ha cambiado. Empezamos al oír un golpeteo intermitente, fuertes porrazos, que provenían de nuevo del interior de las instalaciones. Hemos comprobado, otra vez, las cámaras para asegurarnos. «¿Por qué no las miramos todas, por si acaso?», ha sugerido John después de meditar durante un minuto. Yo me he mostrado de acuerdo y hemos empezado a pasar las imágenes de todas las cámaras del interior del complejo.

Todas las imágenes parecían despejadas, hasta que hemos activado la cámara del silo de misiles. El lanzamiento debió de enturbiar la lente, porque la imagen no se veía muy clara. John ha intentado activar el modo nocturno, pero parece ser que la cámara no está diseñada para esa función.

Hemos seguido observando. Una figura oscura, alta, se movía frente a la cámara, y, en ocasiones, bloqueaba la vista. Después se han oído otra vez los ruidos. Fuera lo que fuese, golpeaba las paredes del silo. He decidido subir y mirar por el hueco de éste, aunque evitando la posibilidad de ponerme en una posición peligrosa, o letal.

He agarrado mi fusil y he empezado a ascender la escalera de la salida alternativa, la que desemboca en el helipuerto y en el agujero del silo. El aire fresco de mayo ha entrado cuando he abierto la puerta sellada. He salido bajo la luz del sol y he ajustado mis ojos a la iluminación. Lo primero en lo que me he fijado ha sido en la puerta de la verja. No estaba cerrada. Me he acercado a ella, y he mirado si la habían forzado. No había nada mal; lo único era que había tierra en las teclas. Por la información que tenía, cualquiera de nosotros podría haberlos pulsado con las manos sucias, así que lo he ignorado y me he acercado al agujero que se abre en el suelo.

Con miedo a que el viento me empujase al interior del pozo, me he estirado en el suelo boca abajo y he asomado la cabeza por el borde. He mirado al fondo y he visto por fin la fuente de los extraños ruidos que oímos ayer y esta mañana. En el fondo del silo había un miembro de la Fuerza Aérea destrozado; su brazo mostraba numerosas fracturas y tenía la piel podrida atravesada por astillas de hueso. Aquella espeluznante criatura ha visto la sombra que proyectaba y ha intentado ascender hasta su cena por la escalerilla.

Casi me he reído de la criatura al verla intentar subir. Supongo que se rompió el brazo, se lo dislocó con la caída. La falta de coordinación le obligaba a colocar el pie en el primer peldaño y luego volver a caer de espaldas.

Este antiguo militar no muerto iba vestido con el mismo uniforme que los dos cadáveres que encontramos cuando llegamos aquí. Si sumamos esto al hecho de que alguien ha tenido que introducir el código de apertura, me he supuesto lo peor. Esto sugiere que estas criaturas mantienen más que sus recuerdos residuales primitivos. Este soldado debía de estar destinado aquí, debe de hacer meses que murió... sólo para tambalearse hasta aquí esta noche y recordar

cómo teclear un código de cinco dígitos para entrar.

Ahora me tocaba encargarme de él. No podía arriesgarme a disparar mi arma desde aquí arriba, así que he decidido descender por el hueco del silo y dispararle desde la mitad del camino. No me entusiasmaba mucho la idea, pero prefería hacerlo así que llamar la atención de legiones a las puertas del complejo.

He colgado las piernas por el borde y he empezado a descender, con el arma colgada al hombro. A medio camino me he detenido con el arma preparada. La criatura estaba rabiosa; lo único que deseaba era que me cayese, que me rompiese las piernas... Estaría indefenso y me devoraría. Pensando más en esta criatura que en mí, he apuntado y la he destruido.

Le he comunicado a John las novedades. Estaba preocupado por la puerta de la verja, por si la criatura la había abierto. Quiero registrarle los bolsillos, pero no estoy de humor para bajar hasta allí, así que lo dejaré abajo hasta mañana. Después lo subiré y dispondré del cadáver.

**4 de mayo.**

*21:09 h.*

Hoy mi madre habría cumplido cincuenta años. He perdido toda esperanza respecto a la supervivencia de mi familia. Hemos cambiado el código de la cerradura exterior, por si acaso se acerca otro visitante. El día después a nuestro encuentro con el amigo saltapozos, John y yo decidimos registrarle los bolsillos. No había nada... aunque sí tenía algo que me llamó la atención. En su brazo izquierdo llevaba un reloj Omega que parecía nuevo. De nada serviría desperdiciarlo.

Su reloj estaba retrasado una hora con respecto al mío, seguramente porque la criatura ha sido incapaz de cambiar la hora para ahorrar energía. Aparte de eso, funciona a la perfección. Es automático y el movimiento del cadáver es lo que lo ha mantenido funcionando. Un buen hallazgo.

Esta noche aprovecharé la oscuridad para ir a comprobar el estado del avión. Hoy he jugado con Laura, y he sacado a Annabelle a dar un paseo. Las he dejado que corriesen con libertad mientras yo reparaba la débil estacada que rodeaba las compuertas de lanzamiento. Se había caído de un lado; era donde el cadáver había tropezado.

El viento ha cambiado, y Annabelle ha podido olerlos. El pelo del lomo se le ha erizado y ha empezado a ladrar. He señalado a la perra y después a Laura, para que la cogiese. Ha sido divertido ver cómo Laura intentaba capturar a Annabelle mientras ésta se retorecía. Por hoy, ya han estado suficiente en su mundo, supongo. Hemos vuelto al interior.

**7 de mayo.**

*20:36 h.*

Aunque el sonido de la lluvia de esta tarde no se oye desde el interior del complejo, sé que llueve, igual que sé que los muertos gimen en el exterior. Los truenos y los rayos han caído cerca

de las instalaciones. Las imágenes del circuito cerrado se quiebran cada vez que un rayo golpea cerca de nosotros. Supongo que ninguna tormenta puede afectarnos aquí bajo tierra; de todos modos, apuesto a que un tornado se cargaría la alambrada del perímetro.

Entre interferencias, hemos podido contemplar las hordas de no muertos del exterior. El viento derriba a muchos, y otros caen a causa de los tropezones con sus colegas cadáveres. Ayer estuve revolviendo por la sala de estar, y encontré un libro de Margaret Atwood, *Oryx y Crake*. He leído casi toda la noche y la mayor parte de hoy. Supongo que la situación es paralela a la que estoy viviendo yo, aunque parezca extraño. No hace falta que cuente mucho de qué va, ya que el resto del grupo seguramente también lo leerá. Supongo que es deprimente. John y yo hemos escuchado la cháchara que se oía en las radios de alta frecuencia. No es que no se escuche bien la señal, sino que parece que las personas que hablan usan una especie de código y recortan palabras. Qué optimista por su parte pensar que a alguien le importa una mierda.

Tara y yo hemos hecho un poco de ejercicio esta mañana: abdominales, flexiones, saltos laterales... «No nos detendremos hasta que no se nos detenga el corazón». Esta frase despierta en mí recuerdos del instructor de los Marines, cuando estaba en la academia militar. Era todo un cabrón. Me juego lo que sea a que seguramente sigue vivo, y que se las está haciendo pasar putas a alguien.

**10 de mayo.**

*19:53 h.*

Durante la noche del día 8, algo causó que los no muertos de la puerta principal del complejo se alejasen durante unas horas. Los observé por las cámaras exteriores, y me fijé en que su atención estaba dividida. Sus cabezas giraban con aquella expresión familiar que indica que hay comida disponible. Los centenares que se veían en la pantalla se fundieron con la noche. No sé qué es lo que perseguían. William y yo teorizamos que debía de tratarse del mismo grupo de gente que nos disparó cuando montamos en el avión. Tiene sentido que se hayan acercado a explorar esta área, sobre todo si tenemos en cuenta que es muy valiosa para refugiarse en ella.

Hemos oído más conversaciones en los canales de alta frecuencia. He logrado comprender las siguientes palabras: banda, ofensiva y perímetro. No estoy seguro del orden en que las pronunciaron, pero pueden significar muchas cosas distintas. Ahora contamos con unos cuantos millares de balas que encontramos en el armario del arsenal, pero no creo que podamos repeler a los intrusos si nos superan ampliamente en número. Si rompieran las defensas del complejo, podrían vencernos.

Las chicas han aprendido a apuntar con los fusiles, pero necesitarían practicar con disparos de verdad para ser al menos un poco competentes. Sería una locura hacerlo en algún lugar cercano al complejo, ya que lo único que lograríamos sería atraerlos a nuestra posición y sin duda nos verían huir a través de la verja. Comenzaré a preparar una salida con Tara y Jan para asegurarme de que pueden disparar con fusiles de asalto cuando haya llegado el momento.

He oído que Jan empezaba a enseñarle a Laura nociones básicas de matemáticas. Supongo que como no hay ningún colegio al que acudir no es una mala idea que Laura aprenda un poco.

Annabelle engorda a causa de la falta de ejercicio y de pienso para perros.

**14 de mayo.**

22:09 h.

El día 11 me llevé a las chicas a una pequeña excursión. Nos alejamos un kilómetro y medio del complejo, de manera que todavía veíamos las puertas de entrada a lo lejos. Fuimos William, Jan, Tara y yo mismo. Llevábamos a Jan y a Tara con nosotros para enseñarlas a disparar los M-16 que habíamos conseguido en el arsenal. En lugar de malgastar la munición, decidí que, para practicar, dispararan contra los cadáveres reunidos ante las puertas principales. Avanzamos hacia la entrada principal, hasta que estuvimos a unos quinientos metros, y con un campo de visión claro.

Yo los miraba con los prismáticos mientras William vigilaba a nuestras espaldas. Jan y Tara ya habían cargado las armas, y llevaban con ellas algunos cargadores más. Había llegado el momento de disparar de verdad las armas. Tiraron atrás los percutores; oí los chasquidos cuando las balas entraron en la recámara. Apuntaron. Me tapé los oídos con balas de 9 mm. Como no había nada a lo que apuntar, simplemente dirigieron sus disparos al centro de la masa que formaba la multitud. Con los prismáticos logré ver que algunos caían, mientras que otros levantaban nubes de polvo marrón en los lugares en que las balas les habían golpeado. Pero ellas no eran las únicas que habían venido a practicar. Había llegado mi turno.

William, Jan, Tara y yo esperamos a que la enorme formación de cadáveres empezara a desplazarse hacia el origen de los disparos, a que se alejaran del Hotel 23. Las chicas continuaron cargándose a algunos de los tambaleantes seres, mientras yo cargaba el M-203 que llevaba mi M-16. Nunca había disparado una granada con uno de estos cacharros, pero me había empollado el manual en los últimos días.

Un grupo de al menos trescientos seres se abría camino hacia nuestra posición; en ocasiones uno o dos se separaba de la formación. Había un número todavía mayor tras este grupo, pero parece ser que al final también percibieron que sucedía algo y se pusieron en marcha, hacia nosotros. El primer grupo estaba a unos doscientos metros cuando disparé la granada. No conocía las características de aquella arma, así que compensé demasiado el retroceso y lancé la granada entre el grupo de trescientos y el grupo posterior. Me cargué a seres de los dos grupos. Las chicas disparaban, apuntando a las cabezas. William comprobaba nuestros flancos; confiaba en que nosotros éramos sus ojos delanteros.

Coloqué el segundo proyectil en el lanzagranadas. Esta vez apunté justo en el centro del grupo más cercano. La bomba explotó y envió a la mierda al menos a cincuenta. La onda expansiva tumbó a la mitad; muchos de ellos volvieron a levantarse con dificultades. Ahora que conocía las posibilidades del arma y las chicas habían adquirido experiencia real con los M-16, había llegado el momento de volver. Desaparecimos tras la línea de árboles, trazamos un círculo, escondidos por los ramajes, y volvimos al complejo.

# PROBLEMAS EN EL PARAÍSO

**16 de mayo.**

*12:02 h.*

Estamos asediados. Esta madrugada, alrededor de las cinco y media, he escuchado un ruido muy fuerte encima de nosotros y en minutos he vuelto a escuchar los golpes familiares, parecidos a los del militar de las Fuerzas Aéreas que cayó en el silo abierto. He perdido la cuenta de los golpes.

Debe de haber veinte, tal vez treinta. John, Will y yo hemos corrido a la sala de control y hemos rebobinado la grabación de seguridad hasta un punto anterior al fuerte golpe. En la pantalla hemos visto la fuente del ruido original. Una grúa, parecida a los camiones-grúa que se usan para llevar tractores, estaba encadenada a la alambrada donde había estado la puerta con el cerrojo del código. Deduzco que el conductor había pisado a fondo por la cantidad de hierba y tierra que las ruedas levantaban. La puerta y una sección de tres metros de la verja se habían despegado del suelo y dejaron un espacio abierto de al menos cinco metros. La grúa quedó enseguida rodeada por no muertos, y desapareció en la noche. Vimos como los cadáveres empezaban a entrar en el perímetro, pisando la verja caída.

Volvimos a la función normal del monitor, pero no nos sirvió de nada. Vimos que cinco hombres colocaban sacos de patatas, o algo parecido, sobre las cámaras. ¿Por qué no las destruían? La única que queda es la de la entrada principal. Supongo que o bien no la han visto o la cantidad de población de no muertos es tan densa que no pueden acceder a ella. Oímos sonidos intermitentes desde arriba, pero no tenemos forma de saber qué planean.

Mi teoría es que si abrimos las puertas de entrada al silo, nos encontraremos con un pequeño ejército de cadáveres retorcidos con los que enfrentarnos. Incluso ahora no paro de oír el ruido de sus porrazos, ahogados por la distancia.

Quieren escapar de su prisión cilíndrica. Bueno, eso no es del todo cierto; lo único que quieren es otra cosa.

También me he planteado los motivos por los que no han destrozado la verja atravesándola directamente con la grúa. Habría sido más seguro que tener que salir del vehículo y atar una cadena a la valla y a la grúa... a menos que intenten hacer el menor daño posible al complejo. John se encarga de la cámara principal.

Ha visto vehículos desplazándose por detrás de la masa de cadáveres, pero cuando entran completamente en plano, vuelven a desaparecer por el camino de entrada al complejo, en el que nos encontramos. Ha contado un total de seis vehículos, sin la grúa. Amanece. Por ahora, todo está en silencio. Será un día muy largo.

*20:18 h.*

No sé cómo no se nos ha ocurrido antes. Han colocado sacos sobre las cámaras, no las han

desconectado. John ha cambiado el modo de funcionamiento y las ha colocado en visión térmica, de forma que podemos ver todos los movimientos humanos a través de los sacos de arpillera como si no estuviesen. Hemos saltado de una cámara a otra y contado la cantidad de gente que hay. El brillo naranja y rojo rodea los varios vehículos de su grupo.

También hemos visto muchos disparos. Cuando abren fuego, a través de la cámara térmica vemos un destello brillante en los cañones. Esas armas no parecen militares; creo que son escopetas de caza.

Siguen moviéndose, alejando a los muertos de la zona y después vuelven. Supongo que no pueden quedarse en un solo sitio, a causa de la gran cantidad de cadáveres vivientes que pueblan el área. Parece que sistemáticamente los alejan de aquí. Parece bastante ingenioso; supongo que han sobrevivido gracias a este método.

Apostaría que nos han observado durante días; tal vez hasta estuvieran allá fuera cuando salimos a probar las armas. No hemos escuchado ninguna herramienta cortante, nada que indique que intentan abrirse paso al interior del complejo. La cámara principal aún funciona a la perfección, y en la función de visión nocturna muestra una zona de aparcamiento vacía.

Estos merodeadores han conseguido despejar el acceso principal, pero no puedo saber si nos acechan en la oscuridad, para matarnos a la primera oportunidad que tengan. He colocado la oreja sobre la escotilla de acero del silo. He oído cómo se mueven, cómo gimen, cómo golpean las paredes desde el otro lado.

# EL ENGAÑO DE JOHN

**19 de mayo.**

*19:32 h.*

La noche del día 17 efectuaron su asalto. Estábamos observándolos a través de las cámaras térmicas y de la cámara descubierta de la entrada principal cuando sucedió. Trajeron montones de cadáveres al agujero de lanzamiento, al mismo punto en el que muchos de los no muertos ya habían caído. La pantalla de la cámara térmica más cercana al silo enseguida se puso completamente blanca. Yo puse una mano enguantada sobre la escotilla de acceso al silo. La puerta era maciza, resistente, pero al otro lado había fuego. Estaban incinerando a los no muertos en el pozo. Querían bajar, y yo estaba justo detrás de la puerta.

Teníamos que trazar un plan. John me contó lo que había visto en la pantalla, justo antes de que todo se volviese blanco: cuatro hombres transportaban una caja grande a través de la sección derruida de la alambrada. Debía de tratarse de una herramienta para cortar. En las veinticuatro horas anteriores, la noche del dieciséis al diecisiete había observado que usaban aquella táctica, parecida a la de un pastor, para controlar a los no muertos.

Con su convoy habían traído un tanque de gasolina de dieciocho ruedas. Esto lo vimos con las imágenes vía satélite, antes de que se nublase el día. Ahora estimaba que ya debían de ser unos cincuenta hombres, con unos veinte vehículos.

Comprobamos la radio por si recibíamos alguna información. Oíamos a la perfección cómo se comunicaban. El código que usaban sonaba muy familiar, igual que el que habíamos escuchado hacía un par de semanas. Pero podía haber sido chino... Ya no importaba. A juzgar por las imágenes térmicas, el incendio todavía no se había apagado. Tenía que encontrar una forma de subir sin que me descubrieran, y desorientarlos de forma que tuvieran que acabar rindiéndose. Necesitábamos colaborar todos para salir de esta situación.

Este era mi plan: le enseñé a Jan cómo lanzarles un mensaje a los merodeadores con la radio a una hora determinada. La llamada serviría para informarles de que se trataba de una base oficial del gobierno, y de que había más de cien soldados, todos armados. Si no se retiraban, los soldados serían autorizados a defenderse usando fuerza letal. Tenía que emitir la llamada por la frecuencia de los merodeadores exactamente cuarenta y cinco minutos después de que nosotros saliésemos del complejo.

John y yo recordamos el día en que llegamos al Hotel 23. Habíamos dormido en una pequeña área, cercada por una valla metálica, que también tenía dentro una especie de hueco. En los días que habíamos pasado desde que descubrimos este refugio, John, Will y yo habíamos averiguado que se trataba de una salida de emergencia, diseñada por si el resto de accesos quedaban neutralizados. Estaba bastante alejada de las compuertas del silo y de la entrada principal, así que teníamos bastantes oportunidades de que no se dieran cuenta de nuestros movimientos.

Las chicas se armaron con los fusiles y las pistolas. Les enseñé cómo debían usar una pistola en un área forrada de acero; si la apuntaban hacia el suelo, a unos 45 grados, los proyectiles del calibre .12 rebotarían y destruirían cualquier elemento que estuviese delante de ellas, en el

pasillo. Me enseñaron esta táctica en un entrenamiento antiterrorista; servía para detener a los terroristas que hubiesen invadido barcos americanos. Con esta estrategia ni tan siquiera tenías que ver a tu objetivo.

Cogí el M-16 con el lanzagranadas M-203, toda la munición que podía llegar a necesitar, una manta y mis gafas de visión nocturna. John también agarró los M-16, dos pistolas M-9 y los prismáticos. Nos dirigimos a la salida de emergencia, que estaba aproximadamente a quinientos metros de distancia, descendiendo por un túnel oscuro.

Algunas de las bombillas que iluminaban el corredor se habían fundido, y tenía que cambiar constantemente a la visión nocturna para mostrar el camino hacia la escotilla a John y a Will. La mano de John permanecía en mi hombro cuando los guiaba por la oscuridad. Olía el miedo en el aire. Todos estábamos asustados. Ninguno de nosotros deseaba tener que matar a otro ser humano, pero nuestra supervivencia estaba en juego.

No podíamos arriesgarnos con los que nos deseaban mal. Llegamos a la escotilla. Jan empezó la cuenta atrás en aquellos momentos. Comprobé la hora. Eran las 21.55, y ella realizó la transmisión a las 22.40 h. No podíamos arriesgarnos a abrir la pesada escotilla con el motor hidráulico, pero parecía que todo lo que había en las instalaciones tenía un plan B. Con sesenta y dos giros de la rueda de apertura manual, logramos abrir medio metro la escotilla. No había luna; la noche estaba nublada. A lo lejos percibía la luz que emitía el fuego del silo, que se veía por encima de la colina que había al lado de la valla tras la que nos encontrábamos.

Saltamos la alambrada juntos, con ayuda de la manta que había traído conmigo. Ya estábamos al otro lado. No había movimiento de no muertos a nuestro alrededor a ese lado de la valla. Ascendimos agachados por el terraplén, para igualar nuestro punto de vista con el de los bandidos. Allá estaban. Con ayuda de los prismáticos, los conté. Había cuarenta y cinco. Muchos de los vehículos que conducían parecían bastante caros. Había Landrovers y Hummers completos. Estaban reunidos junto a la valla, cerca de los vehículos y el tanque de gasolina que usaban para rellenar sus dinosaurios.

En ese punto estaba desesperado. Nos superaban en número y si había un tiroteo, estaba claro que perderíamos. Lo único que podíamos hacer era esperar al mensaje de Jan y desear que se lo tragasen. Eran ya las 22.15 h... Oía cómo hablaban. Me puse las gafas de visión nocturna para comprobar las áreas más oscuras que había tras el fuego del silo. Era irónico que pudiese ver los sacos de patatas iluminados por las luces infrarrojas de las cámaras que cubrían. Los sacos parecían una versión verde de las antiguas lámparas de acampada que usaban propano y un fondo de tela para generar luz.

Eran ya las 22.35. Cada minuto se me antojaba una hora. En cinco minutos sabríamos a qué nos enfrentábamos. Los maleantes iban vestidos con téjanos o con pantalones de camuflaje. Muchos parecían gordos, en poca forma, y las panzas les colgaban por encima del cinturón. No importaba; no hay que estar muy delgado para apretar un gatillo y acertar a tu objetivo.

Vamos, ya las 22.40. Comprobé mi reloj y le hice un gesto con la cabeza a John y a Will, para pedirles que se quedasen muy callados. No había señal de que hubiesen escuchado el mensaje de Jan. Y entonces llegó. Algunos del grupo sisearon un familiar «SHHH» al unísono, ordenando mantener silencio. Y entonces alguien soltó una carcajada, y otro grito: «¡JÓDETE, PUTA! ¡LO QUE TÚ TIENES LO QUEREMOS NOSOTROS!». Rieron, soltaron tacos y dispararon hacia el

cielo nocturno.

Tuve que agarrar a William del brazo para evitar que se pusiese en pie de la rabia. Las llamas se extinguían, y ya no veía las puntas a medida que desaparecían tras las compuertas del silo. Se nos acababa el tiempo. Con ayuda de los prismáticos, vi cómo introducían un artilugio cortante o para soldar. Aquellos hombres nos querían ver muertos.

Era una cuestión de supervivencia del más fuerte. Tomé la decisión. En lugar de esperar a que nos superaran en número en el interior de las instalaciones, decidí golpearlos cuando todavía estaban juntos. Y esta decisión me atormentará para siempre. Les ordené a John y a Will que mantuvieran la cabeza gacha mientras cargaba el lanzagranadas que llevaba con el M-16. Sabía que estaba muy lejos del tanque de combustible. Ajusté la mirilla para un objetivo a cien metros. Lo medité durante un instante, ponderé mi decisión. No quedaba tiempo para pensar. No quedaba tiempo para dudar... Y apreté el gatillo.

La granada silbó al volar por el aire en dirección al tanque de combustible. Aterrizó a dos o tres metros del centro del camión y detonó, lanzando centenares de astillas de metralla que atravesaron la piel de metal que rodeaba los miles de litros de gasolina. Y se produjo una enorme explosión. No recuerdo lo que sucedió después.

Lo siguiente que recuerdo es a John y a William haciendo turnos para intentar reanimarme en la base de la alambrada. Después descubrí que la onda expansiva me lanzó diez metros hacia atrás, y aterricé en la base de la valla. Tuve suerte al golpear la sección central de la verja y no uno de los postes o el alambre de espino.

He estado en cama desde ese día, recuperándome de las quemaduras y de una probable conmoción cerebral, según Jan. John y William me llevaron de vuelta al centro de mando y llamaron por radio al resto de los merodeadores. Supongo que estaban fuera, pastoreando a los cadáveres andantes. John emitió el siguiente mensaje en todas las frecuencias disponibles:

«Para el grupo rebelde que recientemente ha llevado a cabo actividades hostiles contra las instalaciones militares del gobierno: les advertimos que hemos desplegado cuatro helicópteros Apache para neutralizar todas las fuerzas hostiles de las cercanías. Cualquier hostilidad adicional por su parte se contrarrestará con la extinción total de su facción».

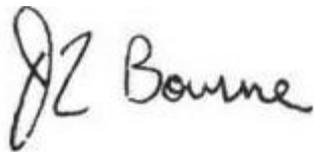
John ha repetido el mensaje durante media hora. Hasta ahora no hemos recibido ninguna respuesta a la advertencia. Sólo espero que el engaño de John funcione. Tal vez hemos ganado la batalla por el Hotel 23, pero si una fuerza similar decidiera atacarnos ahora, no lograríamos salir de ésta. De todas formas, después de matar a casi cincuenta personas, ya tengo bastantes problemas por los que preocuparme. De alguna forma me alegro de haberme quedado inconsciente, al borde de la muerte; al menos no he tenido que oír sus gritos.

# POSTFACIO

Gracias por adentraros conmigo en el mundo de los no muertos; espero que hayáis disfrutado leyendo Diario de una invasión zombi tanto como yo he disfrutado escribiéndolo. Éste no es el final de la historia; os aseguro que volveréis a saber del superviviente del Hotel 23. Aunque la Guerra contra el Terrorismo ocupa casi todo mi tiempo, todavía encuentro momentos para sumergirme en la mente de un hombre que huye, atrapado en un mundo muerto. Se lo debo al personaje, y a los seguidores de la novela.

Habrà una segunda parte.

Cerrad bien todas las puertas.

A handwritten signature in black ink, consisting of the initials 'JZ' followed by the name 'Bourne' in a cursive script.



J. L. BOURNE. Es conocido por sus historias sobre zombis con toques realistas, como su novela *Diario de una invasión zombi*. Es un marine estadounidense desplegado en una zona en conflicto que empezó a escribir en su blog este relato de zombis clásico a modo de entretenimiento. Nacido en un pequeño pueblo en la zona rural de Arkansas, J. L. Bourne maneja su tiempo entre sus deberes como oficial militar en servicio activo y creador del día a día universo Armagedón. J. L. Bourne en la actualidad reside en el área de Washington DC.

# Notas

[1] La carta, por si no se puede leer, dice: 12 de febrero. Queridísima Claudia. Te quiero tanto. Sé que estás en el cielo observándome, y que sabes todo el dolor que siento. Aunque sé que no eres tú la que está en el sótano, no he logrado obligarme a hacerlo. Por favor, perdóname por no (ilegible) haberte dejado descansar en paz. Soy un cobarde. Que dios me perdone por lo que voy a hacer. Siempre te querré. Frank. (Nota del digitalizador). <<